El Evangelio de Jesucristo
(Romanos, capítulos 5–8)

Tabla de contenido

Introducción

La justificación se recibe por medio de la fe (Rom 5:1)

Los resultados de la justificación (1): Gozar de paz con Dios (5:1)

Los resultados de la justificación (2): Obtener acceso por la fe a la gracia en la cual estamos firmes (5:2)

Los resultados de la justificación (3): Regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios (5:2)

Los resultados de la justificación (4): Regocijarse en las tribulaciones (5:3–4)

Los resultados de la justificación (5): Poseer la certeza de la esperanza (5:3–4)

Los resultados de la justificación (6): Alcanzar una esperanza perfeccionada a través de la tribulación, la perseverancia y el carácter (5:3–4)

Los resultados de la justificación (7): Recibir una esperanza que no nos avergüenza (5:5)

Los resultados de la justificación (8): El amor de Dios derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo (5:5–6)

Los resultados de la justificación (9): Dios demuestra su propio amor hacia nosotros (5:8)

Los resultados de la justificación (10): Ser salvados de la ira de Dios (5:9)

Los resultados de la justificación (11): Recibir la salvación futura (5:10)

Los resultados de la justificación (12): Regocijarse en Dios (5:11)

«Por medio de un solo hombre» (5:12–21)

El pecado estaba en el mundo incluso antes de la Ley (5:12–21)

«El don no es como la transgresión» (5:12–21)

«Así como por una sola transgresión muchos fueron condenados» (5:12–21)

La Ley intervino para que la transgresión aumentara (5:12–21)

Nosotros, los que hemos muerto al pecado (6:1-14)

Nosotros, los que morimos con Cristo (6:1-14)

Nosotros, los que fuimos resucitados con Cristo (6:1-14)

El resultado de ser Resucitados con Cristo (6:1-14)

«¡Gracias sean dadas a Dios!» (6:15-18)

«El fin de estas cosas es muerte» (6:19-21)

«El fin es vida eterna» (6:19-21)

El don de Dios (6:23)

Los que murieron a la Ley (7:1-4)

Los liberados de la Ley (7:5-6)

«¿Es la Ley pecado?» (7:7-9)

«El mandamiento destinado a la vida» (1) (7:8-13)

«El mandamiento destinado a la vida» (2) (7:8-13)

La ley espiritual (7:14-20)

«El pecado que mora en mí» (7:17-20)

La ley como ley de Dios (1) (7:21-23)

La ley como ley de Dios (2) (7:24-25)

La salvación del Dios trino (1) (8:1-4)

La salvación del Dios trino (2) (8:1-4)

La salvación del Dios trino (3) (8:1-4)

La salvación del Dios trino (4) (8:1-4)

La mente del Espíritu (8:5-8)

La mente de la carne (8:5-8)

El Espíritu Santo que mora en nosotros (8:9-11)

Nosotros, que somos deudores (8:12-13)

Los guiados por el Espíritu Santo (1) (8:14-17)

Los guiados por el Espíritu Santo (2) (8:14-17)

Los guiados por el Espíritu Santo (3) (8:14-17)

«Si hijos, también herederos» (8:14-17)

El sufrimiento presente y la gloria futura (8:18)

«La expectación anhelante de la creación» (8:19-22)
Nuestra esperanza (8:23-25)
La ayuda del Espíritu Santo (8:26-27)
La seguridad de la salvación (8:28-29)
La salvación de Dios (1) (8:29-30)
La salvación de Dios (2) (8:29-30)
La salvación de Dios (3) (8:29-30)
La salvación de Dios (4) (8:29-30)
De Dios La salvación (5) (8:29-30)
La salvación de Dios (6) (8:29-30)
«Si Dios está por nosotros» (1) (8:31-34)
«Si Dios está por nosotros» (2) (8:31-34)
«Si Dios está por nosotros» (3) (8:31-34)
«Si Dios está por nosotros» (4) (8:31-34)
«Si Dios está por nosotros» (5) (8:31-34)
«Si Dios está por nosotros» (6) (8:31-34)
«Si Dios está por nosotros» (7) (8:31-34)
«Si Dios está por nosotros» (8) (8:31-34)
«Si Dios está por nosotros» (9) (8:35-39)
«Si Dios está por nosotros» (10) (8:35-39)
«Si Dios está por nosotros» (11) (8:35-39)

Conclusión

Apéndice

«Redención en Cristo Jesús» (Rom 3:23-24)
La fe de Abraham, nuestra fe (Rom 4:17-25)
Iglesia Presbiteriana Seungri: Una iglesia en misión (Rom 1:14-17)

Introducción

¿Qué es el Evangelio? ¿Qué es, exactamente, el Evangelio de Jesucristo? Aún lo recuerdo vívidamente. Después de compartir una comida y un tiempo de comunión con mi amado padre —quien también ejerce como Pastor Emérito de nuestra Iglesia Presbiteriana Victory—, lo llevé en coche hasta su casa. Justo antes de que bajara de mi automóvil, me preguntó: «¿Qué es, verdaderamente, el Evangelio?». En ese momento, quedé algo desconcertado. Mi sorpresa surgió de la constatación de que, a pesar de haber pasado toda su vida escuchando y proclamando el Evangelio, mi padre todavía albergaba un deseo profundo y sincero de comprenderlo con aún mayor profundidad. Doy gracias a Dios porque, a la luz de las circunstancias que rodearon la pandemia de COVID-19 —las cuales le impidieron viajar al campo misionero—, nuestro Pastor Emérito ha estado proclamando fielmente la Palabra de Dios durante nuestras reuniones semanales de oración de los miércoles, centrándose específicamente en el Evangelio de Jesucristo. También estoy profundamente agradecido de que, basándome en los mensajes que él ya ha impartido sobre los capítulos 5 al 8 de Romanos, pude —aunque de manera imperfecta— recopilar mis notas y reflexiones personales en un solo volumen. He titulado este libro *El Evangelio de Jesucristo (Romanos 5–8)*. [Actualmente, el Pastor Emérito está predicando el Evangelio de Jesucristo a través de una serie centrada en los Cuatro Evangelios (Mateo, Marcos, Lucas y Juan); una vez que concluya esta serie de sermones, tenemos la intención de producir un segundo volumen titulado *El Evangelio de Jesucristo (Los Cuatro Evangelios)*.] Es mi ferviente oración que el Señor, conforme a Su divina voluntad, utilice este libro para asegurar que el Evangelio de Jesucristo sea proclamado aún más ampliamente.

Con la oración de que el Evangelio de Jesucristo se difunda cada vez con mayor amplitud,

Compartido por el Pastor James Kim

(Febrero de 2022, desde el Estudio Pastoral en la Iglesia Presbiteriana Victory)

La justificación se recibe por medio de la fe.

«Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1). La Biblia declara que hemos sido justificados por la fe (Rom 5:1). Esto significa que hemos recibido la justificación. La justificación se recibe únicamente por medio de la fe. No podemos ser justificados por ninguna otra cosa. Por ejemplo, no podemos ser justificados por las buenas obras, los actos virtuosos, el amor o por el cumplimiento de la Ley. La justificación no es un mérito humano. La justificación es, enteramente, un acto de Dios mediante el cual Él nos declara justos. La fe es un don de la gracia de Dios. La fe es un regalo que Dios nos otorga gratuitamente. ¿Por qué nos justifica Dios únicamente por medio de la fe? La razón es para impedir que nos jactemos. Observemos Efesios 2:8–9: «Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe; y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se jacte». Dado que la fe es un don de la gracia de Dios y no proviene de nuestras propias obras, no tenemos motivos para jactarnos. Consideremos Romanos 3:26–30: «para demostrar, en el tiempo presente, Su justicia, a fin de que Él sea justo y el justificador de aquel que tiene fe en Jesús. ¿Dónde queda, entonces, la jactancia? Queda excluida. ¿Por qué ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe, aparte de las obras de la ley. ¿O es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Sí, también de los gentiles; puesto que hay un solo Dios, el cual justificará por la fe a los circuncisos y por medio de la fe a los incircuncisos». Tanto judíos como gentiles son justificados únicamente por medio de la fe. Además, Aquel que justifica es Dios, y solo Él. ¿Implica esto, entonces —el hecho de que somos justificados únicamente por la fe—, que la Ley es innecesaria? No. La Ley es, en efecto, necesaria. Por el contrario, nosotros confirmamos la Ley. Aunque la Ley no sea el medio de nuestra salvación, sigue siendo relevante para nosotros: aquellos que hemos sido salvados al creer en Jesús mediante la

gracia de Dios. En otras palabras, habiendo sido justificados únicamente por la fe, debemos confirmar la Ley observándola (versículo 31).

Somos justificados únicamente por la fe. Dado que hemos recibido la salvación —un don de la gracia de Dios— solo por medio de la fe, debemos ofrecer acción de gracias, alabanza y adoración a Dios. No debemos jactarnos de nosotros mismos (ni de nuestras propias obras). Debemos amar y obedecer fielmente la Ley (por ejemplo, los Diez Mandamientos). Debemos obedecer el «Doble Mandamiento» de Jesús (amar a Dios y amar a nuestro prójimo); de hecho, tal obediencia sirve como evidencia de nuestra regeneración.

En Romanos 5:1, encontramos la conjunción «por tanto». Esta conjunción sirve para tender un puente entre el contenido que el apóstol Pablo ya ha abordado antes de Romanos 5:1 y el contenido que tiene la intención de tratar a partir de ese versículo. En consecuencia, existen diversos argumentos (o teorías) con respecto a exactamente qué parte del texto precedente —anterior al 5:1— es aquella a la que remite este «por tanto». Por ejemplo, algunos teorizan que se conecta con el 4:15; otros sostienen que abarca la totalidad del capítulo 4; mientras que otros sugieren que se vincula con el 3:21, o incluso con un pasaje tan lejano como el 1:18. Sigue siendo incierto cuál de estos argumentos es el correcto. Siendo así, ¿hasta qué punto se extiende este «por tanto» (5:1) en el texto subsiguiente? Se conecta directamente hasta llegar a Romanos 5:11. Además, Romanos 5:1 declara «nosotros» —un pronombre que aquí se refiere al apóstol Pablo y a los miembros de la iglesia en Roma—. En términos de aplicación práctica, este «nosotros» se refiere a ti y a mí: a todos aquellos que depositan su fe en Jesús. Las Escrituras declaran que hemos sido justificados por la fe (v. 1). Aquí, la frase «habiendo sido justificados» significa que, a pesar de ser pecadores, somos declarados justos por Dios; es decir, que Él nos considera como tales y nos trata en consecuencia. Dios, quien justifica a los pecadores, no lo hace sin un fundamento. Dado que Dios es justo y santo, Él no puede —y, de hecho, no lo hace— declarar justo a un pecador sin una base apropiada. Entonces, ¿sobre qué base justifica Dios a los pecadores? No es sobre la base de la «fe». En otras palabras, no es que Dios

justifique a un pecador simplemente porque observa que este posee fe. La fe sirve meramente como el método, el medio o el instrumento por el cual recibimos lo que Dios da. Dios justifica a los pecadores únicamente «por medio de nuestro Señor Jesucristo» (v. 1); es decir, porque el propio Jesucristo sirve como fundamento. Dicho de otro modo, Dios justifica a los pecadores basándose en la obra realizada por Jesucristo. Él justifica a los pecadores basándose en la muerte expiatoria y en la resurrección de Jesucristo.

Hermanos, ¿qué es exactamente la «fe» de la que se habla en Romanos 5:1? La «fe» que el apóstol Pablo aborda aquí, dirigiéndose a los creyentes de la iglesia en Roma, se refiere a esa misma fe —la fe de Abraham— descrita en el capítulo 4 de Romanos. Por favor, diríjanse a Romanos 4:3: «¿Pues qué dice la Escritura? "Abraham creyó a Dios, y esto le fue contado por justicia"» [(Versión en Inglés Contemporáneo: «La Escritura registra: "Abraham creyó a Dios, y debido a esta fe, Dios lo consideró justo"»)]. Aquí, la frase «la Escritura dice» hace referencia al relato sobre Abraham que se encuentra en el capítulo 15 de Génesis. Por favor, observen Génesis 15:5-6: «Lo llevó afuera y le dijo: "Mira hacia los cielos y cuenta las estrellas, si es que puedes contarlas". Luego le dijo: "Así será tu descendencia". Abram creyó al SEÑOR, y Él se lo contó por justicia» [(Versión en Inglés Contemporáneo: «Lo llevó afuera y le dijo: "Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas; tus descendientes serán tan numerosos como esas estrellas". Abram creyó al SEÑOR, y debido a esta fe, el SEÑOR lo consideró justo»)]. Cuando la fe de Abraham había vacilado momentáneamente —llevándolo a decirle a Dios: «Puesto que no tengo hijos, haré a este hombre de Damasco, Eliezer, mi heredero» (v. 2)—, Dios sacó a Abraham afuera y declaró (prometió): «Mira hacia los cielos y cuenta las estrellas… así será tu descendencia» (v. 5). Dios no le dijo a Abraham que cumpliría esta promesa a través de «Eliezer» (v. 2); más bien, declaró que llevaría esta promesa a su cumplimiento a través de «uno que saldrá de tus propias entrañas» (v. 4). Al recibir esta promesa, Abraham creyó a Dios (Rom. 4:3). Confió en que Dios, en efecto, haría exactamente lo que había dicho. En consecuencia, Dios le contó a Abraham por justo (v. 3). Sin embargo, si observamos Romanos 4:16 y los versículos que le siguen, notamos otro acto de fe por parte de Abraham. Abraham fue llamado por Dios cuando tenía setenta y cinco

años de edad; Este relato se encuentra en Génesis 12. Las palabras registradas en Génesis 15:5–6 representan una promesa que Dios hizo a Abraham cuando este tenía aproximadamente ochenta y cinco años, casi diez años después de haberse establecido plenamente en la tierra de Canaán. Los acontecimientos descritos en Romanos 4:16 y los versículos subsiguientes tuvieron lugar cuando Abraham tenía noventa y nueve años y Sara, ochenta y nueve. Dado que Génesis 12 presenta a Abraham a la edad de setenta y cinco años, y Romanos 4:16 lo presenta a los noventa y nueve, había transcurrido un lapso de aproximadamente veinticuatro años entre estos dos momentos. Además, puesto que Abraham tenía ochenta y cinco años en el relato de Génesis 15, habían pasado cerca de catorce años entre aquel entonces y los sucesos descritos en Romanos 4:16. Sin embargo, a pesar de todo esto, Abraham seguía sin tener hijos; Dios aún no le había concedido ninguno. Cuando Abraham, a la edad de noventa y nueve años (tal como se describe en Rom. 4:16 y ss.), se observó a sí mismo, vio que no tenía descendencia y, es más, que había alcanzado una edad en la que engendrar un hijo resultaba físicamente imposible. Lo mismo ocurría con Sara. Observemos Romanos 4:19: «Sin debilitarse en su fe, se enfrentó al hecho de que su cuerpo estaba prácticamente muerto —puesto que tenía cerca de cien años— y que el vientre de Sara también estaba muerto…» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Aunque Abraham sabía que, al tener casi cien años, su cuerpo no se diferenciaba en nada de un cadáver, y que su esposa Sara era demasiado anciana para concebir…»]. Dado que Abraham tenía 99 años y su esposa Sara 89, Abraham se percató de que —en lo que respecta a la procreación— tanto él como Sara estaban, en la práctica, prácticamente muertos. No obstante, Abraham creyó en la palabra que Dios le había dirigido —específicamente en la afirmación: «Así será tu descendencia» (v. 18; citando Gén. 15:5)— y, en particular, en la promesa: «Aquel que salga de tus propias entrañas será tu heredero» (Gén. 15:4); y se mantuvo firme en esta creencia (Rom. 4:18). Si observamos Romanos 4:16 y los versículos que le siguen, la palabra «promesa» (vv. 16, 20, 21) y la palabra «palabra» [v. 17 («como está escrito»), v. 18] aparecen repetidamente. Esto demuestra que Abraham depositó su fe en las promesas de Dios, en las mismísimas palabras de Dios. En otras palabras, la fe de Abraham era una fe fundamentada en el pacto de Dios. Las palabras que Dios dirigió a Abraham —

esas promesas— eran, desde una perspectiva humana, cosas «más allá de toda esperanza» (v. 18). De hecho, cuando examinamos las promesas que Dios nos ha hecho a lo largo de las Escrituras, descubrimos que la mayoría de ellas son cosas que jamás podríamos esperar por nosotros mismos. Son asuntos que se hallan totalmente fuera del alcance de la comprensión humana; cosas que nunca podríamos deducir ni conocer por nuestros propios medios. ¿Cómo podía Abraham creer —o siquiera comprender— la promesa de Dios (v. 18) de que llegaría a ser padre de muchas naciones, cuando había permanecido sin hijos hasta la edad de 99 años? ¿Podía verdaderamente entenderlo? ¿Podía genuinamente aceptarlo? Sin embargo, Dios le prometió a Abraham que lo haría padre de todas las naciones. Y así, Abraham tuvo esperanza incluso cuando no había fundamento alguno para ella. Observemos Romanos 4:17 en la Biblia: «Como está escrito: "Te he hecho padre de muchas naciones". Él es nuestro padre a los ojos de Dios, en quien creyó: el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia las cosas que no existen». El Dios que estableció a Abraham como padre de muchas naciones es el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia las cosas que no existen. En este pasaje, la fe de Abraham era una fe que, aun reconociendo que su propio cuerpo estaba prácticamente muerto —teniendo ya cerca de cien años— y que el vientre de Sara también estaba muerto (v. 19), seguía creyendo que Dios es Aquel que da vida a los muertos (v. 17). La fe de Abraham era una fe que creía que Dios es Aquel que llama a la existencia las cosas que no existen (v. 17). Era una fe que confiaba en el Dios que prometió hacerlo padre de muchas naciones, a pesar del hecho de que aún no tenía ni un solo hijo (v. 18). Él creyó en Dios el Creador: Aquel que crea algo de la nada. Observe Romanos 4:19–20: «Sin debilitarse en su fe, cuando tenía cerca de cien años, consideró su propio cuerpo —ya como muerto— y la esterilidad del vientre de Sara. Sin embargo, no titubeó por incredulidad respecto a la promesa de Dios, sino que se fortaleció en su fe y dio gloria a Dios». La fe de Abraham fue una fe que no se debilitó, sino que, por el contrario, se fortaleció, dando así gloria a Dios (v. 20). Observe Romanos 4:21: «Estando plenamente convencido de que Dios tenía poder para hacer lo que había prometido». Abraham estaba plenamente convencido de que Dios es el Dios Todopoderoso que cumple infaliblemente las palabras que ha prometido. Observe Romanos 4:22 en la Biblia: «Por lo tanto, le fue

contado como justicia» [(Modern People's Bible) «Así que, debido a esta fe, Dios lo consideró justo»].

Nosotros también debemos creer en Dios y en la palabra de Su promesa con la misma fe que Abraham. Observemos Romanos 4:23–25: «Las palabras "le fue contado por justicia" no fueron escritas solamente por causa de él, sino también por causa de nosotros, a quienes será contado; es decir, a nosotros que creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús nuestro Señor. Él fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación». La Biblia registra el relato de la fe de Abraham específicamente por nuestro bien. Nuestra fe es una fe que cree en Dios, quien levantó de los muertos a Jesús nuestro Señor (v. 24). Nuestra fe es una fe que cree en el hecho de que Jesús fue entregado a la muerte a causa de los pecados que nosotros cometimos (v. 25). Creemos que todos somos pecadores. Creemos que, a causa de todos nuestros pecados —el pecado original, los pecados pasados, los presentes y los futuros—, Dios entregó a Su único Hijo, Jesús, a la cruz. Mediante el derramamiento de la sangre de Jesús y Su muerte en la cruz, el problema de nuestro pecado ha quedado completamente resuelto. «Sangre» significa vida. Dado que la vida de Jesús fue sacrificada en la cruz, todo el problema del pecado ya ha sido resuelto a través de la sangre (vida) de Jesucristo: un poder suficiente para expiar plenamente todos nuestros pecados, sin importar cuán grandes o pesados sean. Sin embargo, todavía no disfrutamos plenamente de la libertad respecto al problema del pecado. Hay muchas ocasiones en las que no nos sentimos tranquilos con respecto a nuestra condición pecaminosa. La razón de esto podría ser que aún no estamos plenamente convencidos de nuestra total liberación del pecado. Nuestra fe es una fe que cree en el hecho de que Jesús fue resucitado para nuestra justificación (v. 25). La resurrección de Jesús tuvo lugar con el propósito mismo de justificarnos (cf. 5:1). Por lo tanto, nosotros, que creemos en la resurrección de Jesús, creemos que el propósito mismo por el cual Él resucitó de la tumba después de tres días fue para justificarnos. ¿Creemos verdaderamente esto?

Al reflexionar una vez más sobre el mensaje que recibimos durante el servicio dominical hace unas dos semanas, surge el siguiente pensamiento: «¿Seremos verdaderamente capaces de preservar nuestra fe?». Durante el período del dominio colonial japonés sobre Corea, se ordenó a la población que se postrara y rindiera culto en los santuarios sintoístas. Muchas personas acataron la orden y se inclinaron ante los santuarios. Sin embargo, hubo quienes se negaron a inclinarse y, en consecuencia, sufrieron el martirio. Aun así, el número de tales individuos fue escaso. Recuerdo haber escuchado un sermón que planteaba la siguiente pregunta: Dado que nuestra congregación entera cuenta con apenas unas ochenta personas, si —o mejor dicho, cuando— lleguen inevitablemente las futuras tribulaciones y persecuciones, ¿seremos capaces siquiera diez de nosotros de mantenernos firmes en nuestra fe en Jesús? Tras una serena reflexión, uno se pregunta si incluso esos diez serían posibles... Y cuando miro en mi interior, me cuestiono si yo, personalmente, sería verdaderamente capaz de sufrir el martirio. ¿Creemos de verdad? ¿Poseemos realmente una fe como la de Abraham? ¿Cuál es, exactamente, la naturaleza de la fe que profesamos? ¿Se está manifestando verdaderamente el poder de nuestra fe en nuestras vidas en este preciso momento? Jesucristo derramó Su sangre y murió en la cruz, resolviendo así el problema de todos nuestros pecados; por medio de Él, nos hemos convertido en hijos de Dios y coherederos con Cristo Jesús. ¿Creemos y aceptamos verdaderamente estos hechos? ¿Creemos y esperamos verdaderamente, al igual que Abraham, incluso cuando no existe fundamento humano para la esperanza? ¿Creemos verdaderamente que Dios es Aquel que da vida a los muertos y llama a la existencia a las cosas que no existen? Al igual que Abraham —cuya fe no vaciló ni siquiera cuando reconoció que su propio cuerpo estaba prácticamente muerto debido a la vejez, y que su esposa también había superado la edad de concebir—, ¿estamos nosotros también viviendo vidas que glorifican a Dios en este momento? ¿Estamos plenamente convencidos de que Dios es capaz de cumplir exactamente lo que ha prometido? Por favor, lean 2 Corintios 13:5: «Examinaos a vosotros mismos para ver si estáis en la fe. Probaos a vosotros mismos. ¿Acaso no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros? —a menos que, en efecto, estéis descalificados». Debemos examinarnos y reafirmarnos antes de que

sobrevenga la tribulación. Debemos escudriñar nuestra fe para ver si poseemos el tipo de convicción que acoge la tribulación: una fe que permanece inquebrantable incluso ante la persecución. Por lo tanto, debemos reafirmar nuestra posición. Es mi oración que, habiéndonos preparado a fondo de esta manera, podamos preservar nuestra fe en medio de la tribulación y la persecución, completar esta carrera de la fe y recibir la corona de la victoria cuando estemos ante el Señor.

Los resultados de la justificación (1): Disfrutar de paz con Dios

«Por tanto, ya que hemos sido justificados por la fe, tengamos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1).

En Romanos 5:1 de la Biblia se afirma: «…tengamos paz con Dios». El primer resultado de la justificación es disfrutar de paz con Dios (v. 1). Hemos sido reconciliados con Dios únicamente por medio de nuestro Señor Jesucristo (v. 1) (v. 10) (tiempo pasado). Mientras éramos «aún impotentes» (v. 6), mientras éramos «aún pecadores» (v. 8) y mientras éramos «enemigos de Dios» (v. 10), Cristo murió por nosotros (v. 8); y debido a que hemos sido justificados por su sangre (v. 9), hemos sido reconciliados con Dios (v. 10) [El método/medio/camino de la justificación: la fe («Por tanto, ya que hemos sido justificados por la fe…») (5:1)]. Dios nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo (2 Corintios 5:18). Por consiguiente, debemos disfrutar de paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Romanos 5:1) (tiempo presente). El hecho de que nosotros —quienes alguna vez fuimos enemigos de Dios (v. 10)— nos hayamos convertido en hijos de Dios (8:16) y ahora podamos clamar a Él como «¡Abba, Padre!» (v. 15) se debe únicamente a nuestro Señor Jesucristo (Romanos 5:1), el único Mediador entre Dios y nosotros (1 Timoteo 2:5). Dado que ya hemos sido reconciliados con Dios únicamente por medio de nuestro Señor Jesucristo (pasado), ahora debemos disfrutar de paz con Dios (presente). Aquí, la frase «disfrutar de paz» con Dios implica también «deleitarse en» esa paz [cf. (Rom 5:2) «Por medio de él también hemos obtenido acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos regocijamos en la

esperanza de la gloria de Dios»; (5:11) «Y no solo esto, sino que también nos regocijamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido la reconciliación»]. ¿Cómo, entonces, podemos gozar de paz con Dios? Debemos disfrutar de la paz mental que Dios concede desde el cielo. Por ejemplo, debido a que Pablo y Silas gozaban de la paz mental otorgada por Dios, pudieron orar a Él y cantar Sus alabanzas incluso mientras se hallaban confinados en lo más profundo de una celda carcelaria (Hechos 16:24–25). Cuando nosotros también disfrutamos de la paz mental que Dios otorga desde el cielo, podemos ofrecerle alabanzas de esta manera: «Dondequiera que yo esté, mi corazón siempre está en paz; la paz dada por el Señor Jesús siempre abunda dentro de mí» (Nuevo Himnario 408, «Dondequiera que yo esté», Versículo 1); «Cuando surjan nubes en el cielo y suene la gran trompeta —cuando el Señor regrese para juzgar al mundo— mi alma no tendrá temor. Todo está bien con mi alma; todo está bien, todo está bien con mi alma» (Nuevo Himnario 413, «Todo está bien con mi alma», Versículo 4 y Estribillo). Para disfrutar de la paz mental que Dios concede desde el cielo, debemos obedecer el «Doble Mandamiento» de Jesús. Por favor, consulten Mateo 22:37–40: «Jesús le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente". Este es el grande y primer mandamiento. Y el segundo es semejante a este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas». Cuando observamos este doble mandamiento de Jesús, el amor de Dios se perfecciona verdaderamente en nosotros (1 Juan 2:5). A medida que el amor de Dios se perfecciona así en nosotros y permanecemos en la luz, no hay en nosotros piedra de tropiezo; nada que nos haga tropezar (v. 10). En consecuencia, llegamos a disfrutar de la paz de corazón que Dios concede desde el cielo. Además, para gozar de esta paz celestial de corazón, debemos fijar nuestros ojos en Cristo Jesús —quien está sentado a la diestra de Dios (Marcos 16:19; Heb. 8:1; 10:12) e intercede por nosotros (Rom. 8:34)— y en «Jesús, el autor de nuestra fe y quien la lleva a la perfección» (Heb. 12:2).

El resultado de la justificación es gozar de paz con Dios. Puesto que todos hemos sido justificados por la fe —únicamente por medio de nuestro Señor Jesucristo—, debemos

gozar y deleitarnos en esta paz con Dios (Rom. 5:1). Oro para que tú y yo seamos de aquellos que no solo conocen esto intelectualmente, sino que verdaderamente saborean y experimentan esta paz con Dios en la realidad de nuestra vida cotidiana.

Jesucristo vino como sacrificio propiciatorio; Él cargó con el peso de todos nuestros pecados, derramó Su sangre —Su propia vida— en la cruz y murió, soportando así en nuestro lugar el castigo eterno que, por derecho, merecíamos. Es en virtud de la obra meritoria que Jesucristo realizó en la cruz que hemos sido declarados justos. En consecuencia, por medio de Jesucristo, hemos sido capacitados para acercarnos a la presencia de Dios, para vivir ante Él y para recibir Su protección. Es «por fe» que hemos entrado en esta gracia, y es «por fe» que hemos recibido este privilegio. Consideremos las palabras de la Biblia en Hebreos 4:15-16: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro». Somos nosotros quienes hemos recibido este privilegio extraordinario: el privilegio de acercarnos a Dios con valentía. ¿Por qué nos acercamos a Dios con tal confianza? Es para recibir Su misericordia y para hallar la gracia que nos socorre en nuestro momento de necesidad (Hebreos 4:16). A medida que transitamos por esta vida, nos encontramos con toda clase de circunstancias: a veces favorables, otras veces difíciles; por lo tanto, para obtener la gracia que nos asiste precisamente cuando más la necesitamos, debemos acercarnos con audacia al trono de la gracia de Dios y elevarle nuestras oraciones. Ese lugar es, en efecto, la sede misma de la gracia. Sin importar qué pruebas o tribulaciones debamos enfrentar, debemos acercarnos a Dios, presentarle nuestras súplicas y, de este modo, recibir Su divina asistencia.

Cuando Jesús fue crucificado, tuvo lugar un acontecimiento milagroso. Uno de esos milagros se registra en la Biblia, en Mateo 27:50-51: «Entonces Jesús, clamando otra vez a gran voz, entregó el espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo…». Aunque en otro tiempo nos resultaba imposible entrar en el Lugar Santísimo debido al velo

del santuario, la muerte de Jesucristo ha hecho posible ahora que nosotros entremos. Por favor, consideren Hebreos 10:19–20: «Así que, hermanos, puesto que tenemos confianza para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo —es decir, su cuerpo—». «Su cuerpo» se refiere al cuerpo físico de Jesucristo.

Por lo tanto, mientras vivimos como peregrinos en este mundo —sin importar las circunstancias que podamos enfrentar— debemos acercarnos con valentía a Dios —quien es plenamente capaz de ayudarnos— por medio de Jesucristo, y presentarle nuestras peticiones con audacia. Dado que nos hemos acercado a Dios a través de Jesucristo, Él mirará a Jesucristo y concederá nuestras peticiones. Por consiguiente, acerquémonos todos a Dios —la fuente misma de la gracia— por medio de Jesucristo, y oremos a Él con valentía.

Los resultados de la justificación (3): Regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios

«Por medio de él también hemos obtenido acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Romanos 5:2).

En Romanos 5:2, la Biblia declara: «Nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios». El tercer resultado de la justificación es que nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios (v. 2). ¿Qué se entiende, entonces, por la «gloria de Dios» en este contexto?

En primer lugar, consideremos la gloria de Dios que *ya* ha sido revelada.

Romanos 5:1–2 habla de tres aspectos de la gloria de Dios. Aunque nos habíamos quedado cortos respecto a la gloria de Dios a causa de nuestro pecado (3:23), ahora hemos sido justificados por la fe por medio de nuestro Señor Jesucristo (5:1–2). Nosotros, que en otro tiempo fuimos enemigos de Dios, hemos sido reconciliados con Él mediante la muerte de su Hijo, Jesucristo (v. 10), y ahora disfrutamos de paz con Dios (v. 1). «Por medio de nuestro Señor Jesucristo» (vv. 1, 2), hemos obtenido acceso al trono de la gracia de Dios y ahora permanecemos firmes en ella (v. 2). Nos regocijamos (o nos gloriamos) en la esperanza de la gloria de Dios (v. 2). Estos tres aspectos de la gloria que ya han sido revelados aún no están completos al 100%. De hecho, si Dios revelara plenamente su gloria, completa al 100%, en este preciso momento, seríamos incapaces de comprenderla en su totalidad.

A continuación, consideremos la gloria de Dios que aún (*todavía no*) ha de ser revelada.

En una palabra, la gloria de Dios que aún ha de ser revelada es la Segunda Venida de Jesús. La gloria de Dios que aparecerá en el futuro es una gloria completa al 100% y eterna; en ese momento, veremos a Dios cara a cara (1 Corintios 13:12). Esta gloria de Dios es también nuestra gloria. En otras palabras, la gloria de Dios Padre es la gloria nuestra, la de sus hijos. Los tres aspectos de la gloria de Dios mencionados en Romanos 5:1–2 de la Biblia palidecen en comparación con la gloria de Dios que aún está por revelarse. Es decir, la gloria de Dios que actualmente disfrutamos por medio de nuestro Señor Jesucristo no puede compararse adecuadamente con la gloria de Dios que disfrutaremos cuando nuestro Señor Jesús regrese en el futuro (5:1–2; cf. 8:18). Con respecto a la gloria de Dios que aún está por revelarse: cuando Jesús aparezca, nosotros también seremos semejantes a Él y lo veremos tal como Él es en realidad (1 Juan 3:2); Él transformará nuestros cuerpos humildes para que sean semejantes a su cuerpo glorioso (Fil. 3:21). Creemos que Dios traerá consigo a aquellos que han muerto en la fe en Jesús. Hasta la Segunda Venida del Señor, nosotros, los que aún vivimos, no precederemos a aquellos que ya han muerto. Esto se debe a que, cuando el Señor descienda del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, los que murieron en Cristo resucitarán primero. Después, nosotros, los que aún vivimos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos con el Señor para siempre (1 Tes. 4:14–17).

Esta esperanza —nuestra expectativa de la gloria de Dios— es una esperanza 100% segura (Rom. 5:2). La razón de ello es que se trata de una promesa de Dios. El Dios que prometió y cumplió la Primera Venida de Jesús ha prometido también la Segunda Venida de Jesús, y ciertamente la llevará a cabo. La razón por la que podemos tener fe en que, en el momento de la Segunda Venida de Jesús, su gloria será nuestra gloria, es precisamente porque Dios ya lo ha prometido. Por favor, observe Romanos 8:30 en la Biblia (Versión Coreana Contemporánea): «A los que predestinó, también llamó; a los que llamó, también justificó; y a los que justificó, también glorificó». Aquí, la frase verbal «…también glorificó» se

encuentra en tiempo pasado. Ahora, observe Efesios 2:5–6: «nos dio vida juntamente con Cristo... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús» [(Versión Coreana Contemporánea) «Él nos devolvió la vida juntamente con Cristo —nosotros, que estábamos espiritualmente muertos a causa de nuestros pecados. Dios no solo nos dio vida juntamente con Cristo, sino que también nos concedió el privilegio de sentarnos juntamente con Él en el reino celestial»]. Aquí, los verbos «...nos dio vida juntamente», «nos resucitó juntamente» y «nos hizo sentar en los lugares celestiales» están todos en tiempo pasado. Ya hemos sido resucitados juntamente con Jesús, hemos ascendido juntamente con Él y hemos sido sentados juntamente con Él en los lugares celestiales. En Romanos 8:30, el verbo «glorificó», y en Efesios 2:5–6, los verbos «...nos dio vida juntamente», «nos resucitó juntamente» y «nos hizo sentar en los lugares celestiales» —todos están en tiempo pasado. La razón por la que se utiliza aquí el tiempo pasado es para dar a entender que estos acontecimientos tienen una certeza absoluta, del 100%, de cumplirse. Por lo tanto, debido a que poseemos esta esperanza, aguardamos la gloria de Dios con un 100% de certeza y nos regocijamos en la fe (Rom 5:2). Este gozo es el gozo de la salvación; es un gozo verdadero, y es un gozo eterno. Cuando poseemos tal gozo dentro de esta esperanza, no podemos menos que gloriarnos en la gloria de Dios (v. 2). ¡La gloria de Dios es mi gloria!

Los resultados de la justificación (4): Regocijarse en la tribulación

«Y no solo esto, sino que también nos regocijamos en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, carácter; y el carácter, esperanza» (Romanos 5:3–4).

Aquí, en la frase «Y no solo esto, sino que también nos regocijamos en nuestros sufrimientos» (v. 3), la expresión «no solo esto» se refiere a lo que se afirmó en la segunda mitad de Romanos 5:2: «…y nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios». En otras palabras, implica que nuestro regocijo no se limita meramente a regocijarnos en la esperanza de la gloria de Dios. Aquí, la «gloria de Dios» —la gloria que esperamos— no es otra que Jesucristo, quien regresará en gloria. Si observamos Juan 19:30 en la Biblia, este declara: «Todo está consumado». Esta declaración constituye la sexta de las palabras que Jesús pronunció desde la cruz. ¿Qué fue lo que Él consumó? Fue, precisamente, nuestra redención. Aquí, «redención» se refiere al acto mediante el cual Jesucristo derramó Su sangre —ofreciendo Su propia vida (Su muerte en la cruz)— para pagar el precio de todos nuestros pecados, rescatándonos así y salvándonos del pecado, de Satanás y de la destrucción. Esta redención puede describirse como el comienzo de la salvación. En Apocalipsis 21:6, la Biblia también declara: «¡Hecho está!». Esta frase emplea exactamente la misma palabra que Jesús utilizó en la cruz cuando dijo: «Todo está consumado»; aunque en la Biblia coreana se traduce como «Hecho está», estrictamente hablando, debería traducirse como «Todo está consumado». ¿Qué fue lo que Él consumó? Fue, precisamente, nuestra salvación. «Salvación» es un término integral que abarca todo el proceso,

comenzando con la redención y culminando con la consumación de la salvación. En Romanos 5:2, la gloria de Dios se refiere a aquello que nuestro Señor Jesucristo (v. 1) ha llevado a plena consumación (Ap. 21:6). Esta «obra consumada» significa no solo la redención (Jn. 19:30), sino también la consumación de la salvación (Ap. 21:6). No debemos limitarnos a esperar esta gloria de Dios; debemos mantener una certeza inquebrantable respecto a esta esperanza (Rom. 5:2). Al hacerlo, somos capaces de regocijarnos incluso en medio de la tribulación (v. 3).

La gloria que aguardamos es la gloria de Dios; una gloria que, en la Segunda Venida del Señor, se convierte en nuestra propia gloria como hijos de Dios. Para aquellos hijos de Dios que ya han fallecido, esta gloria llega simultáneamente con el regreso del Señor; pues, aunque sus cuerpos físicos se descompusieron en la tierra tras la muerte, sus almas ya han ascendido al reino celestial (1 Tes. 4:14). En ese momento, nuestros cuerpos perecederos serán transformados de manera instantánea y repentina, revistiéndose de cuerpos imperecederos e inmortales (1 Cor. 15:50–53), y llegarán a ser semejantes al cuerpo glorioso de Jesús (Fil. 3:21). Para aquellos hijos de Dios que permanezcan con vida en ese tiempo, esta gloria implica ser transformados de manera instantánea y repentina (1 Cor. 15:50) en cuerpos semejantes al cuerpo glorioso de Jesús (Fil. 3:21); entonces serán arrebatados en las nubes —junto con los hijos de Dios difuntos que ya hayan resucitado (1 Tes. 4:16) y sido transformados instantáneamente (1 Cor. 15:50)— para encontrarse con el Señor en el aire (1 Tes. 4:17). En ese momento, ya sean hijos de Dios que han muerto o aquellos que permanecen con vida hasta entonces, todos serán transformados para revestirse de cuerpos gloriosos semejantes al de Jesús (Fil. 3:21), entrar en el Reino de los Cielos y morar eternamente con el Señor (1 Tes. 4:17). Dado que la esperanza de esto es una esperanza 100 % segura —una que jamás resultará vana—, nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios (Rom. 5:2).

En Romanos 5:3, la Biblia declara: «También nos regocijamos en nuestros sufrimientos». Aquí, el término «sufrimientos» [o «tribulaciones»] no se refiere a las adversidades que

experimentan los no creyentes, sino más bien a las tribulaciones que soportan los creyentes (los santos) que depositan su fe en Jesús; específicamente, las dificultades que enfrentamos en el transcurso de mantener nuestra fe. Considere Hechos 14:22: «...afirmando que a través de muchas tribulaciones debemos entrar en el reino de Dios». Esto no implica que uno deba padecer sufrimiento para obtener la entrada al Cielo. Más bien, significa que, como cristianos, soportamos el sufrimiento por causa del Señor. Para nosotros, hay gozo incluso en medio del sufrimiento. La razón de ello es la promesa de una recompensa. Observe Mateo 5:11–12: «Bienaventurados sois cuando os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros falsamente, por causa de mí. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos». Cuando soportamos sufrimiento por el Señor, nuestra esperanza se vuelve aún más firme. Nuestra fe —la convicción de que compartiremos la gloria de Dios— se vuelve cada vez más sólida. Dado que los sufrimientos que actualmente soportamos son absolutamente incomparables con la gloria que un día nos será revelada, somos capaces de regocijarnos incluso mientras atravesamos dificultades (Rom 8:18). Por lo tanto, considerando un privilegio sufrir por causa de Cristo (Fil 1:29), nos regocijamos en la esperanza (Rom 12:12).

El apóstol Pablo soportó una gran cantidad de tribulaciones y sufrimientos a causa de su evangelización y su labor misionera. Observe 2 Corintios 11:23–27: «...He trabajado mucho más arduamente, he estado en prisión con mucha más frecuencia, he sido azotado incontables veces y he enfrentado la muerte a menudo. Cinco veces recibí de los judíos los cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui golpeado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué y pasé una noche y un día en alta mar. He estado constantemente en movimiento. He estado en peligro por los ríos, en peligro por los bandidos, en peligro por mis propios compatriotas judíos, en peligro por los gentiles; en peligro en la ciudad, en peligro en el campo, en peligro en el mar; y en peligro por los falsos creyentes. He trabajado y me he esforzado, y a menudo he pasado noches sin dormir; he conocido el hambre y la sed, y a menudo he pasado sin comer; he sufrido frío y desnudez». Observe Hechos 20:22–23: «Y ahora, impulsado por el Espíritu Santo, voy a Jerusalén, sin saber qué me sucederá allí. Solo

sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me advierte que me esperan prisiones y tribulaciones». Sin embargo, el apóstol Pablo declaró: «Estoy dispuesto no solo a ser encarcelado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús» (21:13). La razón de esto era que, para él, completar la misión que había recibido del Señor —la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios— era más valioso que su propia vida. Observe Hechos 20:24: «Sin embargo, considero que mi vida no tiene ningún valor para mí, con tal de que pueda terminar la carrera y completar la tarea que el Señor Jesús me ha encomendado: la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios». La razón por la que no rehuimos la tribulación y el sufrimiento en la obra de proclamar el evangelio del Señor Jesucristo es que nos espera una recompensa en el cielo. Por favor, observe Apocalipsis 22:12: «He aquí, vengo pronto, y mi recompensa está conmigo, para dar a cada uno conforme a su obra». Esta recompensa resplandecerá eternamente: como la luz del firmamento, como las estrellas y como el sol. Por favor, consideren Daniel 12:3: «Los sabios resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que guían a muchos a la justicia, como las estrellas, por siempre y para siempre». Por favor, consideren Mateo 13:43: «Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre».

Me planteo una pregunta a mí mismo: «¿Estoy soportando tribulación y sufrimiento con el fin de preservar mi fe?». Esta es una pregunta pertinente, considerando que los creyentes en Corea del Norte y en el «País C» están, de hecho, soportando tribulación y sufrimiento en aras de mantener su fe. Nosotros, sin embargo, a menudo no logramos experimentar el gozo que puede hallarse *dentro* de la tribulación, simplemente porque en este momento no estamos enfrentando ninguna. Debido a que estamos tan enfocados en estar cómodos —y en llegar a estar *aún más* cómodos—, transitamos nuestra vida espiritual sin llegar a probar jamás el gozo que acompaña a la tribulación y al sufrimiento (y esto se aplica también a nuestra vida eclesial, la cual se ha vuelto excesivamente cómoda). A medida que se acercan los desastres y las tribulaciones destinados a barrer toda la tierra, ¿seremos capaces de superarlos mediante la fe? Debemos estar dispuestos a aceptar la tribulación y el sufrimiento en aras del evangelismo y las misiones. E incluso en medio de tales pruebas,

debemos probar y experimentar el verdadero gozo. Es mi oración que, habiendo atravesado con éxito estas tribulaciones y sufrimientos, podamos recibir la aprobación cuando finalmente nos presentemos ante el Señor.

Los resultados de la justificación (5): Poseer la certeza de la esperanza

«Y no solo esto, sino que también nos regocijamos en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, carácter; y el carácter, esperanza» (Romanos 5:3–4).

Incluso cuando nosotros, los cristianos, enfrentamos tribulación a causa de nuestra fe —y, por supuesto, incluso cuando no es así—, debemos regocijarnos en la esperanza de la gloria de Dios. Al igual que la iglesia en Filadelfia descrita en el libro de Apocalipsis (Ap 3:7–13), nuestra iglesia existe dentro de un crisol de tribulación (vv. 9–10); no obstante, a pesar de poseer poca fuerza, debemos guardar la palabra del Señor y nunca negar Su nombre (v. 8). Debemos preservar nuestra fe durante los tiempos de tribulación. Para lograr esto, requerimos la gracia de Dios, la asistencia del Espíritu Santo y la mano sustentadora del Señor. Entonces, ¿cómo podemos regocijarnos en medio de la tribulación? ¿Cómo podemos hallar gozo cuando Satanás —sabiendo que su tiempo es corto— se esfuerza incansablemente, por cualquier medio necesario, para engañar y hacer tropezar incluso a los elegidos? Satanás busca engañarnos precisamente porque ya no somos hijos del diablo, sino más bien hijos redimidos de Dios. Consideremos Filipenses 1:28: «No se dejen atemorizar de ninguna manera por aquellos que se les oponen. Esto es una señal para ellos de que serán destruidos, pero una señal para ustedes de que serán salvos, y esto por obra de Dios». El hecho de que nosotros —como hijos redimidos de Dios— estemos sujetos a los engaños de Satanás sirve como señal de destrucción para nuestros adversarios; sin embargo, para nosotros, constituye una señal de nuestra salvación. Por lo tanto, incluso si

soportamos persecución y tribulación a manos de nuestros adversarios, todavía podemos regocijarnos, pues reconocemos que estas mismas pruebas sirven como testimonio de nuestra salvación (Rom 5:3). El apóstol Pablo se regocijó en medio de la tribulación. Consideremos Hechos 14:22: «Fortaleciendo los corazones de los discípulos, los animó a permanecer en la fe, afirmando que debemos pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios». Dado que el camino al Cielo es una senda estrecha —un camino espinoso, un camino de la cruz—, este se halla marcado por la tribulación, la persecución, la angustia y el sufrimiento. Cuando nos topamos con tales tribulaciones, debemos fijar nuestra mirada en Jesús, quien ha ido delante de nosotros. Con los ojos de la fe, debemos mirar a Jesús —quien recorrió el camino de la cruz— y, mientras meditamos en su sufrimiento, debemos dar gracias y regocijarnos. La razón por la que debemos dar gracias es que participar en los sufrimientos de Jesús es, en sí mismo, una gracia de Dios (Fil. 1:29). La razón por la que debemos regocijarnos es que nos aguarda una recompensa en el Cielo (Mt. 5:11–12). Cuando nos aferramos a esta creencia con absoluta certeza, somos capaces de regocijarnos incluso en medio de la tribulación y, en última instancia, salir victoriosos. La razón por la que Pablo soportó tales tribulaciones fue para proclamar el Evangelio de Jesucristo y llevar a cabo su labor misionera (cf. 2 Co. 11:23–27). El Espíritu Santo le reveló a Pablo que le aguardaban «cadenas y tribulaciones» en cada ciudad (Hch. 20:23; 21:11). Sin embargo, plenamente consciente de ello —y sabiendo muy bien que enfrentaría encarcelamiento y sufrimiento—, Pablo no vaciló; por el contrario, impulsado por un profundo sentido de misión y en obediencia al llamado del Señor, se entregó de todo corazón a la propagación del Evangelio, dispuesto incluso a afrontar el martirio (Hch. 20:24). Y a lo largo de estas tribulaciones, se regocijó; se regocijó sobremanera. Incluso estando en prisión, al ver que Cristo estaba siendo proclamado, declaró: «Me regocijaré, y seguiré regocijándome» (Fil. 1:18). No fue solo Pablo; los otros apóstoles también se regocijaron en medio de sus tribulaciones. Por favor, miren Hechos 5:41 en la Biblia: «Los apóstoles salieron del Sanedrín, regocijándose porque habían sido considerados dignos de sufrir deshonra por causa del Nombre». ¿Cómo pudieron los apóstoles regocijarse mientras proclamaban el evangelio de Jesucristo? La razón es que comprendieron que proclamar el

evangelio era una cuestión de gloria infinita para Dios. Para aquellos que alguna vez fueron enemigos de Dios (Rom 5:10) —o, en el caso de Pablo, el «peor de los pecadores» (1 Tim 1:15)—, ser reconciliados con Dios a través de la cruz de Jesucristo, que se les confíe el ministerio de la reconciliación y que se les entregue el mensaje de la reconciliación (2 Cor 5:18–19) para que puedan proclamar el evangelio en nombre de Cristo: ¡qué privilegio tan verdaderamente gozoso y deleitable es este!

Reconociendo que proclamar el evangelio de nuestro Señor Jesucristo es un asunto de gloria infinita, debemos predicar el evangelio de Jesucristo únicamente por la gracia de Dios. Aunque hablamos de proclamar el evangelio de Jesucristo, nosotros, los pastores, a menudo sentimos vergüenza e insuficiencia incluso después de haber predicado un sermón. No obstante, cuando somos testigos de cómo los creyentes que han escuchado el sermón —al comprender la Palabra de Dios, aceptarla con fe y obedecerla— son transformados, no podemos evitar declarar que esto es la gracia de Dios, pues es Dios mismo quien está obrando. Esta obra de Dios es similar a lo que ocurrió entre los creyentes de la iglesia de Tesalónica: en medio de mucha aflicción, recibieron la Palabra con el gozo otorgado por el Espíritu Santo, convirtiéndose así en imitadores de Pablo, de sus colaboradores y del Señor mismo; y, además, convirtiéndose en ejemplos para todos los creyentes (1 Tes 1:6–7). Asimismo, los creyentes de la iglesia de Tesalónica aguardaban con anhelo la venida desde el cielo del Hijo de Dios, a quien Él resucitó de entre los muertos (v. 10). Al igual que los creyentes de la iglesia de Tesalónica, nosotros también debemos recibir la Palabra de Dios con el gozo del Espíritu Santo y convertirnos en imitadores del Señor. Y, al igual que ellos, nosotros también debemos aguardar con expectación la Segunda Venida de Jesús. Al proclamar el evangelio de Jesucristo, siempre que —por la gracia de Dios— una sola alma llegue a creer en Jesucristo y reciba la salvación, el gozo de Dios y el gozo del Cielo deben convertirse en nuestro propio gozo. Debemos fijar nuestra mirada en el gozo de la evangelización y en las recompensas que de ella provienen. Con este gozo en nuestros corazones y nuestros ojos fijos en estas recompensas, debemos salir y proclamar el evangelio de Jesucristo. Incluso en medio del sufrimiento y la tribulación, debemos

prepararnos fielmente para la Segunda Venida de Jesús, aferrándonos a una firme e inquebrantable certeza de esperanza mientras dirigimos nuestra mirada hacia la gloria de Dios. Debemos permanecer alertas y con dominio propio, dedicándonos a la oración y a la Palabra de Dios. Al tener presente la Palabra que Dios nos ha dado hoy, oro para que podamos salir victoriosos, incluso en medio de la tribulación.

Los resultados de la justificación (6): Alcanzar una esperanza perfeccionada a través de la tribulación, la perseverancia y el carácter

«Y no solo esto, sino que también nos regocijamos en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, carácter; y el carácter, esperanza» (Romanos 5:3–4).

La Biblia, en Romanos 5:3, declara: «el sufrimiento produce perseverancia». La razón por la que nos regocijamos en medio de la tribulación es precisamente porque «el sufrimiento produce perseverancia» (Rom 5:3). Las Escrituras hablan extensamente sobre la «perseverancia». Por ejemplo, en Lucas 18:1–9, Jesús habló acerca de la perseverancia requerida en la oración. El mismo Jesús demostró el ejemplo perfecto de tal perseverancia en la oración. Considere la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní. Jesús oró tres veces. Él perseveró en la oración hasta el mismo final, esperando una respuesta (Mat 26:36–42). La sexta expresión de Jesús desde la cruz —una de sus siete últimas palabras— fue: «Consumado es» (Juan 19:30). Esta declaración significa que Jesús perseveró a través de su sufrimiento en la cruz hasta el mismo final, llevando así todas las cosas a su consumación. Además, Romanos 5:4 declara: «la perseverancia produce carácter». La tribulación produce perseverancia (v. 3), y la perseverancia produce carácter (v. 4). Aquí, «carácter» se refiere al proceso mediante el cual Dios nos refina en el «horno de la aflicción» (Isa 48:10). En otras palabras, el Señor nos refina en el crisol del sufrimiento, purgando de nuestro interior todas las impurezas para que podamos emerger como oro puro (Job 23:10). Dios emplea el horno

del sufrimiento —la tribulación— para capacitarnos para perseverar, y a través de esa perseverancia, Él produce madurez espiritual. Además, Romanos 5:4 declara: «Y el carácter [la madurez] produce esperanza». Esperar la gloria de Dios (v. 2) es algo a lo que aspiran incluso los nuevos creyentes. Sin embargo, un cristiano maduro posee una esperanza que es completa; una esperanza que reconoce que la tribulación produce perseverancia, la perseverancia produce carácter, y el carácter conduce a la esperanza (vv. 3–4). El Espíritu Santo nos enseña que la tribulación produce perseverancia, la perseverancia produce carácter y el carácter produce esperanza; es más, Él infunde en nosotros una profunda convicción de esta verdad. Es por esta razón que podemos regocijarnos incluso en medio de la tribulación (v. 3).

¡Indudablemente, la Gran Tribulación se avecina! Cuando llegue ese momento, el Espíritu Santo ya habrá tenido que inscribir profundamente las palabras de Romanos 5:1–4 en las tablas de nuestros corazones, asegurando que todos nos mantengamos firmes en una fe inquebrantable. A medida que esta Palabra de Dios obra activamente en aquellos que creen (1 Tesalonicenses 2:13), nuestros espíritus deben ser fortalecidos. Por lo tanto, incluso en medio de la Gran Tribulación, debemos salvaguardar nuestra fe, cumplir con firmeza la misión que se nos ha encomendado hasta el final, salir victoriosos de la tribulación y, finalmente, presentarnos ante el Señor.

Los resultados de la justificación (7): Una esperanza que no nos avergüenza

«Y esta esperanza no nos avergüenza, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado» (Romanos 5:5).

La Biblia afirma que la esperanza no nos avergüenza (Rom 5:5). ¿Qué es, entonces, esta «esperanza»? Se refiere a la esperanza descrita en los versículos 2 al 4: una esperanza que comienza con «regocijarnos en la esperanza de la gloria de Dios» (v. 2) y avanza a través de un proceso en el que «el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, carácter; y el carácter, esperanza» (v. 3). Esperar la gloria de Dios es algo que incluso los creyentes nuevos pueden hacer. Sin embargo, la esperanza que surge del proceso en el que el sufrimiento produce perseverancia, la perseverancia produce carácter y el carácter produce esperanza —esta es la esperanza de las esperanzas, la culminación misma de la esperanza—; es la esperanza que atesoran los cristianos maduros. La Biblia declara que esta esperanza específica no nos avergüenza (v. 5). La razón por la que esta esperanza no nos avergüenza es que se trata de una esperanza que, inevitablemente, se cumplirá. Cualquier esperanza que se desvanece y nos hace perder el ánimo es una esperanza que, a fin de cuentas, nos avergüenza. Incluso si todas las esperanzas de este mundo se hicieran realidad, tales esperanzas mundanas terminarían, en última instancia, avergonzándonos. Sin embargo, la esperanza descrita en Romanos 5:2-4 no nos avergüenza, porque es una esperanza gloriosa. Es una esperanza de la cual podemos enorgullecernos. La razón por la que el cumplimiento de esta esperanza está garantizado es que Dios —Aquel que sin duda la hará realidad— ha

provisto una garantía. Esa garantía es el Espíritu Santo, a quien Dios nos ha dado para que more en nuestros corazones (2 Co 1:22). Entonces, ¿cómo nos proporcionó Dios exactamente esta garantía? A través de su amor (Rom 5:5). Debido a que Dios nos ama, hemos sido justificados por la fe (v. 1). El amor de Dios nos capacita para esperar la gloria de Dios (v. 2). La Biblia, en Romanos 5:5, nos dice que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que Él nos ha dado. Dios nos ha dado el Espíritu Santo. Miremos Hechos 2:17: «Dice Dios: "En los últimos días derramaré mi Espíritu sobre toda persona..."». ¿Quién nos dio el Espíritu Santo? Dios el Padre nos dio el Espíritu Santo. ¿Dónde nos dio el Espíritu Santo? Él dio el Espíritu Santo a nuestros corazones. El Espíritu Santo estableció una conexión —una relación— con el amor de Dios. Él derramó el amor de Dios en nuestros corazones.

Dios es amor (1 Juan 4:16, 18). Puesto que Dios es amor, Él no solo demuestra amor a través de sus acciones, sino que también ha derramado su amor en nuestros corazones en medida desbordante. Ese amor divino fue revelado mediante la muerte de Jesús en la cruz (v. 8). Dios no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por el bien de todos nosotros (8:32). Dios ha derramado su amor inmensurable sobre nosotros: su pueblo escogido. Nosotros somos los destinatarios del tremendo amor de Dios. Por lo tanto, esta esperanza tiene la garantía absoluta —del 100 %— de cumplirse. En consecuencia, esta esperanza nunca nos avergonzará. Debemos vivir nuestras vidas aferrándonos firmemente a esta esperanza cierta. En particular —y especialmente durante la gran tribulación que aún está por venir—, debemos asirnos con firmeza a esta esperanza y al amor de Dios; debemos creer, soportar las pruebas, superarlas y salir victoriosos.

Los resultados de la justificación (8): El amor de Dios derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo

«Y esta esperanza no nos avergüenza, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado. (Por lo tanto) Como ven, justo en el momento oportuno, cuando todavía éramos impotentes, Cristo murió por los impíos» (Romanos 5:5–6).

Al examinar Romanos 5:6, si bien la traducción coreana de la Biblia comienza con la frase «Cuando todavía éramos impotentes…», el texto griego original contiene la conjunción «por lo tanto», lo que hace que la frase se lea: «Por lo tanto, cuando todavía éramos impotentes…». Aquí, la palabra «por lo tanto» sirve para conectar —o dar continuidad a— la declaración hecha por el apóstol Pablo en el versículo anterior (v. 5): «…porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón». En otras palabras, a partir del versículo 6, Pablo procede a explicar la naturaleza de este amor de Dios que, como se menciona en el versículo 5, ha sido derramado en nuestros corazones. Además, Romanos 5:6 afirma: «cuando todavía éramos impotentes». Esto se refiere a un tiempo de extrema debilidad; un estado de total fragilidad en el que éramos incapaces de lograr siquiera las cosas más insignificantes. Aquella época pasada fue el tiempo *antes* de que fuéramos justificados por la fe (v. 1); *antes* de que pudiéramos gozar de paz con Dios (v. 1); *antes* de que hubiéramos obtenido acceso por la fe a esta gracia (v. 2); *antes* de que pudiéramos regocijarnos en —o tener esperanza en— la gloria de Dios (v. 2); *antes* de que pudiéramos regocijarnos incluso en medio del sufrimiento (v. 3); y, finalmente, *antes* de que

poseyéramos el Espíritu Santo o de que el amor de Dios hubiera sido derramado en nuestros corazones (v. 5). En Romanos 5:6, la frase «justo en el momento oportuno» se refiere al momento designado y apropiado. Significa que el tiempo específico —que Dios había ordenado para nuestra salvación desde antes de la fundación del mundo— había llegado por fin. En ese tiempo designado, afirma la Escritura: «Cristo murió por los impíos» (v. 6). Esto es precisamente el amor de Dios (v. 5). Observemos Gálatas 4:4: «Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley». Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios, vino como descendiente de una mujer cuando había llegado la plenitud del tiempo. Dios dispuso que su Hijo unigénito, Jesús, naciera de una mujer. Observemos Mateo 1:16: «Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo».

En Romanos 5:6, la Escritura habla de «los impíos». Esto se refiere a aquellos que suprimen la verdad con su injusticia (1:18). Los impíos son aquellos que se rebelan contra la verdad y la traicionan. Además, Romanos 5:6 utiliza la palabra «por» (con el sentido de *en favor de*); aquí existe una distinción entre este uso de «por» y el significado de «en lugar de» o «en sustitución de» (2 Co. 5:14, 15, 21). Observemos 2 Corintios 5:14, 15 y 21: «Porque el amor de Cristo nos apremia, ya que hemos llegado a esta conclusión: que si uno murió por todos, entonces todos murieron; y él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos y resucitó... Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él». La palabra «por» (*en favor de*) implica que nosotros podríamos, por ejemplo, estar dispuestos a morir por el bien de nuestros hijos. Tal vez seamos capaces de morir *por* el bien de muchas personas, pero no podemos morir *en su lugar*. Morir «en su lugar» implica algo que nosotros, como pecadores, somos incapaces de hacer por los demás. Solo Jesús, que está libre de pecado, posee la capacidad de morir como sustituto. Dado que es plenamente Dios y plenamente hombre, solo Jesús podía morir en nuestro lugar, algo que nosotros jamás podríamos lograr. Jesús murió en la cruz como sustituto de todos y cada uno de nosotros. La razón de esto es que Jesús ama a cada uno de nosotros individualmente. Por

eso Dios nos eligió, nos justificó y nos otorgó todas sus demás bendiciones. Morir *por* alguien no garantiza a esa persona la vida eterna; sin embargo, morir *en su lugar* asegura que esa persona vivirá eternamente. Por esta razón, la Biblia describe la muerte de los creyentes como «dormirse». Con respecto a la muerte del diácono Esteban, la Biblia afirma: «Y habiendo dicho esto, se durmió» (Hechos 7:60). Las Escrituras también declaran: «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho» (1 Corintios 15:20). En 1 Tesalonicenses 4:13–15, el apóstol Pablo se refiere a «los que durmieron» no menos de tres veces: «Pero no queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con él a los que durmieron en Jesús. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron». Cuando reflexionamos sobre el inmenso amor de Dios —que, siendo aún débiles, Cristo murió por los impíos al tiempo señalado (Romanos 5:6)—, deberíamos sentirnos colmados de gratitud y de una profunda emoción. Este gran amor de Dios es un amor tan fuerte como la muerte; es más, ¡más fuerte que la muerte misma! (Cantar de los Cantares 8:6–7). Dado que Dios ha derramado este amor en nosotros por medio del Espíritu Santo, debemos utilizar ese mismo amor para obedecer el doble mandamiento de Jesús. Consideremos Mateo 22:37–39: «Jesús le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente". Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante a este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"». Fortalecidos por el amor de Dios, debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente, y amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos. Ya no somos personas débiles; somos fuertes. Hemos sido justificados por la fe (Rom 5:1). Por medio de nuestro Señor Jesucristo, gozamos de paz con Dios (v. 1). Por medio de nuestro Señor Jesucristo, hemos obtenido acceso por la fe a esta gracia en la cual ahora estamos firmes (v. 2). Nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios (v. 2). Incluso nos regocijamos en nuestros sufrimientos (v. 3). Por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (v. 5).

Los resultados de la justificación (9): Dios demuestra su amor por nosotros

«Mas Dios demuestra su propio amor hacia nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8).

Romanos 5:6 declara: «siendo aún pecadores». Aquí, este «tiempo» se refiere al pasado; específicamente, al tiempo anterior a que creyéramos en Jesús y antes de que fuéramos justificados por la fe (v. 1). Ahora, en el presente, como aquellos que creen en Jesús, hemos sido justificados por su sangre (v. 9). Además, la Biblia utiliza el término «pecador»; pero, ¿qué es exactamente el «pecado»? La Biblia describe el «pecado» de cuatro maneras:

En primer lugar, el pecado es anarquía (o transgresión de la ley). En otras palabras, el pecado es la violación de la ley.

Consideremos 1 Juan 3:4: «Todo aquel que comete pecado, comete también anarquía; y el pecado es anarquía». Por ejemplo, Adán —el primer ser humano— cometió pecado. Él quebrantó la ley. La ley de Dios era: «No comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal» (Génesis 2:17). Sin embargo, Adán y su esposa, Eva, desobedecieron este mandato divino y comieron del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Esto constituye el primerísimo pecado de la humanidad (el pecado original).

En segundo lugar, el pecado consiste en saber lo que es bueno hacer, pero no hacerlo.

Consideremos Santiago 4:17: «Por tanto, al que sabe hacer lo bueno y no lo hace, le es pecado». Examinemos a los individuos que cometieron el pecado de no hacer el bien —a pesar de saber cómo hacerlo— tal como se describe en las tres parábolas que se encuentran en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo:

(1) La parábola de las diez vírgenes (Mateo 25:1-13):

En esta parábola, quienes cometieron pecado al no hacer el bien —a pesar de saber cómo— son las cinco vírgenes insensatas. El pecado cometido por estas cinco vírgenes insensatas fue que, si bien poseían lámparas, no poseían (ni prepararon) aceite alguno (v. 3). En consecuencia, mientras las cinco vírgenes insensatas estaban fuera comprando aceite, llegó el novio; las cinco vírgenes prudentes —que habían preparado tanto sus lámparas como el aceite (vv. 8-9)— entraron al banquete de bodas, y la puerta fue cerrada (v. 10). Después, las vírgenes insensatas regresaron y clamaron: «¡Señor, Señor, ábrenos la puerta!», pero el novio respondió: «En verdad les digo: no las conozco» (...lo que significa: «no las amo») (vv. 11-12). El mandato del Señor en esta parábola es: «Por tanto, manténganse vigilantes» (v. 13). Si actualmente estamos desobedeciendo este mandato, estamos cometiendo un pecado.

(2) La parábola de los talentos (Mateo 25:14-30):

En esta parábola, quien cometió pecado al dejar de hacer el bien —a pesar de saber cómo hacerlo— es el hombre que recibió un solo talento (v. 18). El pecado cometido por este hombre del único talento fue que fue, cavó un hoyo en la tierra y escondió allí el dinero de su amo (el único talento) (v. 18). Para ser más específicos, el pecado que cometió —a diferencia del de aquel que recibió cinco talentos (vv. 16, 20-21) o del que recibió dos talentos (vv. 17, 22-23), quienes demostraron ser «buenos y fieles»— fue que falló en ser fiel en las cosas pequeñas (vv. 21, 23). En resumen, fue un «siervo malvado y perezoso» (v. 26). Debido a su pereza, cometió el pecado de descuidar aquello que debía hacer. No puso a

trabajar el único talento que había recibido de su amo para que produjera un rendimiento de otro talento. En esta parábola, el mandato del Señor es que nos convirtamos en «siervos buenos y fieles», permaneciendo fieles en las cosas pequeñas que se nos han confiado —los talentos que Él ha puesto bajo nuestro cuidado— para que podamos dar fruto (vv. 21, 23). (3) La parábola de las ovejas y los cabritos (Mateo 25:31–46):

En esta parábola, aquellos que cometieron pecado —específicamente, al saber lo que es bueno pero no hacerlo— son los «cabritos» (vv. 32, 33). Aquí, los «cabritos» representan a aquellos que están «malditos» (v. 41). El pecado cometido por estos «malditos» (los «cabritos») fue su omisión de hacer aquello que tenían el deber de hacer. No dieron de comer al Hijo del Hombre (v. 31) cuando tuvo hambre; no le dieron de beber cuando tuvo sed; no le acogieron cuando fue forastero; no le vistieron cuando estuvo desnudo; y no le cuidaron cuando estuvo enfermo o en la cárcel (vv. 42–43). En esta parábola, el mandato del Señor es simplemente este: haz aquello que tienes el deber de hacer. El deber que debe cumplirse es el siguiente: cuando el Hijo del Hombre (v. 31) tuvo hambre, le disteis de comer; cuando tuvo sed, le disteis de beber; cuando fue forastero, le acogisteis; cuando estuvo desnudo, le vestisteis; cuando estuvo enfermo, le cuidasteis; y cuando estuvo en la cárcel, fuisteis a visitarle (vv. 35–36). Estos «justos» (v. 37) son «los benditos de mi Padre» (v. 34), y el Señor les dijo que «heredaran el reino preparado» para ellos (v. 34).

El hilo conductor que recorre estas tres parábolas es la distinción entre «hacer» y «no hacer». En otras palabras, las personas se dividen en dos grupos: aquellos que sabían cómo hacer el bien y realmente lo hicieron, y aquellos que sabían cómo hacer el bien pero no lo hicieron. Debemos contarnos entre aquellos que, conociendo lo que es bueno, lo ponen activamente en práctica. Debemos llevar a cabo la obra del Señor con diligencia, fidelidad y celo.

En tercer lugar, el pecado consiste en no actuar movido por la fe. Por favor, consulte Romanos 14:23 en la Biblia: «Pero el que tiene dudas es condenado si come, porque su comer no proviene de la fe; y todo lo que no proviene de la fe es pecado». Incluso las buenas

obras deben realizarse con fe; si no se hacen con fe, constituyen pecado. Por lo tanto, debemos realizar buenas obras —la obra del Señor— con fe. Por favor, consulte Mateo 7:21–23 en la Biblia: «No todo el que me dice: "Señor, Señor", entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?". Y entonces les declararé: "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad"». Decir «Señor, Señor» (o «Amén», «Aleluya») meramente con los labios, sin fe, es pecado. Es posible profetizar en el nombre del Señor sin fe, echar fuera demonios en el nombre del Señor sin fe, e incluso realizar muchas obras poderosas en el nombre del Señor sin fe. Sin embargo, todas estas obras realizadas sin fe son pecados. Jesús les dice: «Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (v. 23). ¿Existe algo que el Señor Todopoderoso no sepa? El mensaje del Señor aquí es: «No os amo».

En cuarto lugar, el pecado consiste en hacer algo con fe, pero no alcanzar la medida plena requerida.

El pecado es una falta de obediencia. La pregunta 14 del *Catecismo Menor* de la Iglesia Presbiteriana Coreano-Americana dice lo siguiente: «¿Qué es el pecado?». La respuesta es esta: «El pecado es cualquier falta de conformidad con la ley de Dios, o cualquier transgresión de la misma» (1 Juan 3:4; Santiago 4:17; Rom. 3:23; Santiago 2:10). Observe Santiago 2:10 en la Biblia: «Porque cualquiera que guarda toda la ley, pero falla en un solo punto, se hace culpable de quebrantarla toda» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Cualquiera que guarda la ley entera, pero viola tan solo una parte de ella, se hace culpable de quebrantar toda la ley»].

No existe una sola persona que no sea culpable de estos cuatro pecados: (1) quebrantar la ley, (2) saber hacer el bien y, sin embargo, dejar de hacerlo, (3) no actuar con fe, y (4) carecer de obediencia. Observe Romanos 3:23 en la Biblia: «Por cuanto todos pecaron y están

destituidos de la gloria de Dios». A través de «un solo hombre» —Adán, el representante de la humanidad— el pecado entró en el mundo cuando él cometió un pecado (5:12). Aunque existían ángeles caídos en el ámbito angélico, el pecado no existía en el ámbito humano hasta que entró en este mundo mediante la transgresión de Adán. Además, como resultado del pecado original de Adán, todas las personas han pecado (v. 12). Todos han quebrantado la ley; todos han dejado de hacer el bien a pesar de saber cómo hacerlo; todos han fallado en actuar con fe; y todos han carecido de obediencia. A través de este pecado, la muerte entró en el mundo. La muerte se extendió a todas las personas (v. 12). Al desobedecer el mandamiento de Dios, Adán enfrentó la muerte del alma —la muerte espiritual— en la cual su comunión con Dios quedó interrumpida (Gén. 3:9–24). Más tarde, a la edad de 930 años, enfrentó la muerte física (5:5). Cuando Adán murió, su cuerpo y su alma se separaron; su cuerpo regresó al polvo, mientras que su alma partió hacia el ámbito eterno (el infierno eterno). En el momento de la Segunda Venida de Jesús, su cuerpo en descomposición y su alma —que reside en el infierno— se reunirán, y él sufrirá el castigo eterno en el infierno. Dado que todas las personas han pecado a través del pecado original de Adán (Rom. 5:12), nosotros también nos hemos convertido en pecadores (v. 8) y también nos hemos convertido en enemigos de Dios (v. 9). Por lo tanto, nosotros también —al igual que el primer Adán— estábamos originalmente destinados a enfrentar la muerte del alma (la muerte espiritual) en el momento de la Segunda Venida de Jesús, sufriendo inevitablemente el castigo eterno en un infierno eterno. Sin embargo, Jesucristo —«el único hombre, Jesucristo» (v. 15) o «el postrer Adán» (1 Co. 15:45)— murió por nosotros mientras aún éramos pecadores (Ro. 5:8). Jesucristo cargó con el peso de todos nuestros pecados —el pecado original, así como los pecados pasados, presentes y futuros— y tomó sobre sí todo el peso del castigo eterno que, por derecho, merecíamos. De este modo, Dios demostró su propio amor hacia nosotros (v. 8). Dios —quien es santo y justo, quien aborrece el pecado y lo destruye— nos reveló claramente su amor por nosotros, pecadores —quienes, de otro modo, estábamos condenados a sufrir el castigo eterno y a enfrentar la muerte eterna—, a través de la muerte sacrificial de Jesucristo en la cruz. Por lo tanto, al contemplar con fe a nuestro Señor Jesucristo, quien murió en la cruz, debemos comprender la magnitud del

amor de Dios y ofrecerle nuestra acción de gracias, nuestra alabanza y nuestra adoración. He aquí el himno n.º 150 del *New Hymnal*, «En un monte lejano» (La vieja y tosca cruz): (Estrofa 1) «En un monte lejano se alzaba una vieja y tosca cruz, emblema de sufrimiento y de vergüenza; y yo amo esa vieja cruz donde el más amado y el mejor fue inmolado por un mundo de pecadores perdidos. (Estrofa 2) ¡Oh, esa vieja y tosca cruz, tan despreciada por el mundo, tiene para mí una atracción maravillosa!; pues el amado Cordero de Dios dejó su gloria en las alturas para llevarla al sombrío Calvario. (Estrofa 3) En esa vieja y tosca cruz, teñida con sangre tan divina, veo una belleza maravillosa; pues fue en esa vieja cruz donde Jesús sufrió y murió para perdonarme y santificarme. (Estrofa 4) A esa vieja y tosca cruz seré siempre fiel; con gozo llevaré su vergüenza y su oprobio; y un día Él me llamará a mi hogar lejano, donde compartiré su gloria por siempre». (Estribillo) «Así que atesoraré la vieja y tosca cruz, hasta que al fin deponga mis trofeos; me aferraré a la vieja y tosca cruz, y un día la cambiaré por una corona». He aquí el himno n.º 293 del *New Hymnal*: «Cuando brilla el amor del Señor»: (Estrofa 1) «Cuando brilla el amor del Señor, llega la alegría; las inquietudes y afanes se disipan, y arriba el gozo. Nos mueve a la oración, ahuyenta toda sombra; cuando brilla el amor del Señor, llega la alegría. (Estrofa 2) Cuando brilla el amor del Señor, este mundo se transforma, volviéndose hermoso y vibrante. En perfecta paz, mi alma redescubre una vida nueva y gloriosa: ese gran amor. (Estrofa 3) Cuando brilla el amor del Señor, las pesadas cargas de la oscuridad y la tristeza de este mundo se desvanecen por completo; ilumina con resplandor el sendero que recorremos y nos trae bendiciones: ese gran amor. (Estrofa 4) Cuando brilla el amor del Señor, su resplandor nos envuelve en un esplendor brillante. Ya sea conquistando el mundo o viviendo en el Reino de los Cielos, el amor del Señor brilla: ese gran amor». (Estribillo) «Cuando ese gran amor brilla plenamente en mi corazón, ofrezco mi alabanza; ese gran amor llena mi corazón de paz y alegría: ese gran amor». En medio de esta crisis actual, mientras el amor de Dios brilla en nuestros corazones —haciendo que toda ansiedad, inquietud, oscuridad, tristeza y temor se disipen—, que seamos colmados hasta rebosar de una paz y una alegría que el mundo no puede ofrecer, y que nos convirtamos en faros que reflejen ese gran amor de Dios.

Los resultados de la justificación (10): Liberación de la ira de Dios

«Mucho más entonces, habiendo sido ya justificados por su sangre, seremos salvos de la ira por medio de Él» (Romanos 5:9).

He aquí las similitudes y diferencias entre Romanos 5:9 y Romanos 5:1 («Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo»): (1) Similitudes: Ambos versículos utilizan el mismo sujeto: «nosotros» (vv. 1, 9). Aquí, el «nosotros» se refiere al «nosotros» del pasado —las personas que éramos *antes* de creer en Jesús—; específicamente, «cuando todavía éramos impotentes» (v. 6), «cuando todavía éramos pecadores» (v. 8) y «cuando éramos enemigos» (v. 10). Este «nosotros» del pasado alude a un estado en el que nuestra comunión con Dios estaba rota —un estado de muerte espiritual—, dejándonos sin otra opción que enfrentar el castigo eterno y ser arrojados al pozo de fuego del infierno. Ambos versículos comparten también la misma declaración: «habiendo sido justificados» (vv. 1, 9). (2) Diferencias: Mientras que Romanos 5:1 afirma que fuimos justificados «por la fe», Romanos 5:9 declara que fuimos justificados «por su [la de Jesús] sangre». Aquí, «su sangre» se refiere específicamente a la sangre de Jesús: la sangre del Cordero de la Pascua. Es la sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29). La sangre de este Cordero de Dios es la sangre del Cordero de la Pascua (2 Crónicas 35:1, 6); la misma sangre a la que se aludió durante el Éxodo, en el momento de la décima plaga, cuando Moisés instruyó a todos los ancianos de Israel: «Salid y escoged corderos para vuestras familias, y sacrificad el cordero de la Pascua» (Éxodo 12:21). Esta

apunta a la sangre de Jesús: el verdadero Cordero de la Pascua y el Cordero de Dios que carga con los pecados del mundo. La sangre de Jesús, el Cordero de la Pascua, sirve como sacrificio expiatorio por nuestros pecados (1 Juan 2:2). En otras palabras, al morir en la cruz por nosotros (y en nuestro lugar) —como el Cordero de la Pascua— Jesús nos reconcilió con Dios (Romanos 5:8; v. 10).

La sangre de Jesús es una sangre de poder. La preciosa sangre de Jesús posee un poder asombroso. El poder de la preciosa sangre de Jesús es capaz de lavar por completo todos nuestros pecados. Es la sangre que justifica a los pecadores que alguna vez fueron enemigos de Dios. Al ser la sangre de Jesús que satisface plenamente la totalidad de la ira de Dios, es la sangre que perdona todos nuestros pecados y nos hace justos. Además, la sangre de Jesús continúa siendo una fuerza poderosa que obra dentro de nuestras vidas: un poder que gobierna y dirige nuestra propia existencia y nuestro vivir diario. Aquí, el término «sangre» significa vida. Por lo tanto, a través de la sangre de Jesús —es decir, a través de la vida de Jesús— no solo hemos sido justificados (Romanos 5:9), sino que también hemos recibido vida por medio de un solo hombre: Jesucristo (v. 17). [Esta «vida» es un don que Dios nos otorga gratuitamente; específicamente, «vida eterna en Cristo Jesús nuestro Señor» (Romanos 6:23).] Ya no somos personas espiritualmente muertas cuya comunión con Dios ha sido interrumpida; más bien, ahora (v. 9), hemos sido reconciliados con Dios (v. 1; *Modern People's Bible*; cf. vv. 10–11). Ahora (v. 9), por medio del Espíritu Santo que Dios nos ha dado, Él ha derramado Su amor en nuestros corazones (v. 5; *Modern People's Bible*). Por consiguiente, ahora —en virtud del Espíritu Santo, que es el Espíritu de Jesús enviado a nuestros corazones— somos capaces de llamar a Dios «Abba, Padre» (Gálatas 4:6; *New Korean Revised Version*; cf. Romanos 8:15).

La sangre de Jesucristo es, sencillamente, la sangre de Jesucristo; significa la vida misma de Jesucristo. La sangre de Jesucristo es la sangre del Cordero de la Pascua: una sangre imbuida de poder, capaz de justificar a los pecadores que alguna vez fueron enemigos de Dios. Consideremos Hebreos 9:14: «¿Cuánto más, entonces, la sangre de Cristo —quien,

por medio del Espíritu eterno, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios— limpiará vuestras conciencias de los actos que llevan a la muerte, para que podáis servir al Dios vivo?» [(Modern People's Bible) «¿Cuánto más, entonces, la sangre de Cristo —quien, por medio del eterno Espíritu Santo, se ofreció a sí mismo como un sacrificio impecable a Dios— limpiará vuestras conciencias de los actos que llevan a la muerte, capacitándoos para servir al Dios vivo?»] Fue el Espíritu Santo quien capacitó a la Virgen María para concebir a Jesús (Mateo 1:18, 20); Él permaneció constantemente con Jesús a lo largo de sus treinta y tres años en esta tierra, y estuvo presente incluso cuando Jesús derramó su sangre y murió en la cruz. ¿Cómo podríamos llegar a comprender plenamente la autoridad, el poder, la fuerza y la obra redentora de esta sangre de Jesucristo? Por medio de esta sangre, Él ha expiado todos nuestros pecados, librándonos así —liberándonos— de la esclavitud del pecado. Por medio de esta sangre, los pecadores que de otro modo estaban destinados a sufrir el castigo eterno han sido justificados (Romanos 5:1, 9). Por medio de esta sangre, hemos llegado a gozar de paz con Dios (v. 1). Por medio de esta sangre, hemos obtenido acceso por la fe a esta gracia en la cual ahora estamos firmes (v. 2). El poder de esta sangre continúa obrando en nuestras vidas incluso ahora, capacitándonos para acercarnos al trono del Dios santo. Por medio de esta sangre, nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios (v. 2). Por medio de esta sangre, incluso nos regocijamos en nuestros sufrimientos (v. 3). Por ejemplo, Job —tal como se describe en el Libro de Job— no se desesperó en medio del desastre y la tribulación; más bien, cayó al suelo en adoración y alabó a Dios (Job 1:20–21). Por medio de esta sangre, la perseverancia produce carácter, y el carácter produce esperanza (Romanos 5:4).

En Romanos 5:9, la Biblia declara: «seremos salvos de la ira de Dios por medio de Él». Aquí, «la ira de Dios» se refiere a la cólera divina. El Antiguo Testamento contiene más de veinte pasajes específicos concernientes a la ira de Dios; al contabilizar todas las referencias, el concepto aparece aproximadamente 580 veces. En el Nuevo Testamento, la palabra «ira» aparece en dos contextos distintos dentro del Libro de Romanos: (1) El primero se refiere a una «ira continua»: una ira que Dios ya ha derramado en el pasado, que está derramando

actualmente en el presente y que continuará derramando en el futuro. Véase Romanos 1:18: «Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que con su injusticia restringen la verdad». (2) El segundo se refiere a una «ira final»: la ira que Dios Padre derramará en el momento del Juicio Final. Véase Romanos 2:5: «Pero por tu dureza y por tu corazón impenitente, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios». La «ira» mencionada en Romanos 5:9 no se refiere a la ira descrita en Romanos 1:18, sino más bien a la «ira final» descrita en Romanos 2:5. La frase en Romanos 2:5 —«el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios»— designa el día del Juicio Final; específicamente, este Juicio Final se refiere al Juicio del Gran Trono Blanco. Véase Apocalipsis 20:12: «Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono; y se abrieron unos libros. También se abrió otro libro, que es el libro de la vida. Y los muertos fueron juzgados conforme a lo que habían hecho, según lo que estaba escrito en los libros». ¿Quién es el Juez? El Juez del Juicio Final no es otro que Dios Padre. ¿Quiénes son los juzgados? «Los muertos» (v. 12) —es decir, toda la humanidad, comenzando por el primer ser humano, Adán— son quienes se enfrentan al juicio. ¿Cómo se lleva a cabo el juicio? El Señor juzga basándose en los registros contenidos en los libros. Entre estos libros, existe un libro específico para cada uno de nosotros. Al igual que una autobiografía, ese libro contendrá un registro de todos nuestros pecados —pasados, presentes y futuros—, desde el momento de nuestro nacimiento hasta el momento de nuestra muerte. Por lo tanto, hasta el día en que muramos, no tenemos otra opción que cantar el Himno 274: «Mis obras no son más que pecado». La razón es que todo lo que hemos hecho, todo lo que estamos haciendo en este preciso momento y todo lo que aún podríamos hacer hasta nuestro último aliento no consiste en otra cosa que en pecado. En consecuencia, todos éramos pecadores destinados a enfrentar la ira final de Dios; sin embargo, debido a que Jesús derramó Su preciosa sangre y murió en la cruz, hemos sido justificados por medio de Su sangre, y Él ciertamente nos salvará de esa ira final (Romanos 5:9). Anteriormente —debido a que nuestros nombres estaban registrados en esos libros (Ap. 20:12), lo cual significaba que nos encontrábamos entre aquellos cuyos nombres *no* estaban escritos en el Libro de la Vida— estábamos inevitablemente destinados a ser arrojados al lago de fuego para siempre (v. 15).

No obstante, únicamente en virtud de la preciosa sangre de Jesucristo derramada en la cruz —y debido a que nuestros nombres están registrados en ese *otro* libro, el Libro de la Vida (v. 12)—, específicamente, el Libro de la Vida del Cordero (Ap. 21:27), entraremos en la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, que desciende del cielo, de parte de Dios (v. 10); esa misma ciudad donde reside la gloria de Dios (v. 11) (vv. 26, 27).

Si observamos Romanos 5:9 en la Biblia, este pasaje habla de la «salvación». Aquí, la palabra «salvación» (Rom. 5:9) aparece en el Libro de Romanos cinco veces como sustantivo y ocho veces como verbo. Un ejemplo de su uso como sustantivo se encuentra en Romanos 1:16: «Porque no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego». En cuanto a sus ocho apariciones como verbo, se utiliza una vez en tiempo pasado y siete veces en tiempo futuro. La forma en tiempo pasado de «salvación» —que significa que uno *ya* ha obtenido la salvación— aparece en Romanos solo una vez. Por favor, observe Romanos 8:24: «Porque en esperanza fuimos salvos. Pero la esperanza que se ve no es esperanza; pues ¿quién espera lo que ya ve?». Mediante la sangre de Jesucristo, ya hemos sido salvos en esperanza. La forma en tiempo futuro de «salvación» —que significa que uno *recibirá* la salvación en el futuro— aparece en Romanos siete veces. Por favor, observe Romanos 5:10: «Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios mediante la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida». Aquí, «salvación» se refiere a la salvación futura que aún hemos de recibir —específicamente, el logro de la plenitud de la salvación mediante el poder de la sangre de Cristo (v. 9)—, librándonos así de la ira final de Dios durante su juicio definitivo.

La salvación de la que se habla en la Biblia abarca el pasado, el presente y el futuro.

(1) Salvación pasada:

Significa que, por la gracia de Dios, una vez que depositamos nuestra fe en Jesucristo —el Hijo de Dios—, ya hemos recibido la salvación. Por favor, consulte 1 Juan 5:12–13: «El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida. Les escribo estas cosas a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna». Basándose en este pasaje, la Biblia declara claramente que cualquiera que cree en Jesús —el Hijo de Dios— ya ha obtenido la vida eterna (la salvación). La salvación pasada significa que ya hemos sido declarados justos (Justificación) (Rom 5:9).

(2) Salvación presente:

La Biblia nos instruye: «Sigan ocupándose de su salvación» (Fil 2:12). La salvación no es algo que las personas logren por sí mismas, sino más bien algo que Dios lleva a buen término. Por favor, consulte Jonás 2:9: «...La salvación pertenece al SEÑOR» [(Versión en inglés contemporáneo) «La salvación proviene del SEÑOR»]. Por favor, consulte Apocalipsis 7:10: «Y clamaron a gran voz: "La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero"». Basándonos en estos pasajes, podemos discernir claramente que la salvación es algo que Dios realiza (o concede); de ninguna manera es algo que nosotros —como seres humanos pecadores— podamos lograr por nuestra cuenta mediante nuestros propios esfuerzos o buenas obras. Sin embargo, ¿por qué instruyó el apóstol Pablo a los creyentes de la iglesia de Filipos a «ocuparse de su propia salvación»? (Filipenses 2:12). Para captar el significado de esta afirmación, primero debemos obtener una comprensión más clara de lo que la «salvación» implica realmente. En el Antiguo Testamento, el término «salvación» deriva de la palabra hebrea *Yeshua*, la cual conlleva el significado de ser rescatado o librado del pecado y de circunstancias peligrosas. En el Nuevo Testamento, la «salvación» corresponde a la palabra griega *soteria*; Este término se emplea para denotar la liberación de la pena del pecado, del dominio del pecado y de una vida de pecaminosidad; permitiéndonos así vivir como ciudadanos del eterno Reino de los Cielos (Fuente: Internet). Basándonos en los versículos que se encuentran en Romanos 5:6, 8 y 10, ¿qué es, entonces, la salvación? Consideremos Romanos 5:6: «Porque mientras aún éramos impotentes

[débiles], a su debido tiempo Cristo murió por los impíos». Visto a la luz de este versículo, la salvación significa que Dios —extendiendo su mano hacia nosotros mientras éramos totalmente impotentes e impíos— intervino mediante la muerte de Cristo para rescatarnos de nuestra fragilidad y transformarnos en individuos piadosos. Ahora, observemos Romanos 5:8: «Pero Dios demuestra su propio amor hacia nosotros en que, mientras aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros». A la luz de este pasaje, la salvación es el acto mediante el cual Dios —movido por su amor hacia nosotros, pecadores— hizo que su único Hijo, Jesucristo, muriera en la cruz en nuestro favor, declarándonos así justos (Versículo 9). Esto implica que la salvación —fiel al significado de la palabra griega para «salvación»— no significa meramente que Dios nos haya rescatado de la pena, del poder y del estilo de vida pecaminoso asociados al pecado, sino que abarca además la realidad de que Él nos ha declarado justos. Por favor, remítase a Romanos 5:10: «Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡cuánto más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida!». A la luz de este pasaje, la salvación significa que Dios —mediante la muerte de su Hijo unigénito, Jesús— nos reconcilió consigo mismo, a pesar de nuestra condición anterior como sus enemigos, y nos adoptó como sus propios hijos. El concepto de la «salvación en tiempo presente» —específicamente la instrucción: «Ocupaos en vuestra propia salvación» (Filipenses 2:12)— puede interpretarse en el sentido de: «Esforzaos por alcanzar la vida eterna». La razón por la que sostengo este punto de vista es que, al examinar los pasajes bíblicos que hablan de la salvación en tiempo futuro, las Escrituras describen la salvación como el acontecimiento futuro en el que Jesús regresa a esta tierra (la Segunda Venida) para conducirnos al eterno Reino de los Cielos, donde moraremos para siempre. Al mismo tiempo —basándose en las palabras que se encuentran en 1 Juan 5:12-13— la Biblia también afirma que *ya* hemos recibido la salvación por medio de nuestra fe en Jesús; es decir, nosotros, los que creemos en Jesús, ya poseemos la vida eterna. Por lo tanto, ya sea que consideremos la salvación en tiempo pasado o en tiempo futuro, creo que si entendemos la «salvación» como sinónimo de «vida eterna», podemos interpretar la instrucción de Pablo en Filipenses 2:12 —«Ocupaos en vuestra propia salvación»— de una manera consistente y coherente. En otras palabras, el

mandato «Ocupaos en vuestra propia salvación» puede interpretarse en el sentido de: «Esforzaos por alcanzar la vida eterna». Aplicando esto a nuestras propias vidas, la instrucción «Ocupaos en vuestra propia salvación» puede reformularse como: «Vivid de una manera digna de aquellos que poseen la vida eterna». En resumen, es un llamado a decir: «Hermanos y hermanas, vivid como verdaderos ciudadanos del Reino de los Cielos».

(3) La salvación futura:

Las Escrituras también declaran que aún hemos de recibir la salvación en el futuro. Por favor, consideren Hechos 16:31: «Ellos respondieron: "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo —tú y tu casa—"». Por favor, observen Romanos 10:9: «Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo». Al examinar estos dos versículos, vemos que no afirman que uno *ya* haya recibido la salvación al creer en el Señor Jesús; más bien, hablan en tiempo futuro, indicando que uno *recibirá* la salvación en algún momento del futuro. En este contexto, esta «salvación futura» se refiere al momento en que Jesús regrese a esta tierra (la Segunda Venida) para glorificarnos (Rom. 8:30) y conducirnos al eterno Reino de los Cielos, donde moraremos para siempre. La salvación futura habla de la liberación que aún hemos de recibir en los días venideros (Rom. 5:9). En resumen, la salvación futura se refiere a la *consumación* de la salvación.

La salvación futura de la que se habla en Romanos 5:9 —aunque fundamentada en la salvación pasada— es una forma de salvación aún más cierta. Así, en Romanos 8:30, el apóstol Pablo declara: «Y a los que predestinó, a esos también llamó; a los que llamó, a esos también justificó; y a los que justificó, a esos también glorificó». Aquí, «a los que predestinó» se refiere a aquellos a quienes Dios, en Su amor, escogió antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4). «A esos también llamó» significa que Dios capacitó a las personas que amó y escogió para que depositaran su fe en Jesucristo. «A los que llamó, a esos también justificó» significa que Dios —mediante la sangre (vida) de Jesucristo— declaró justas a las personas

que amó y escogió, en virtud de su fe en Jesucristo. Finalmente, «a esos también glorificó» se refiere a la liberación futura del juicio final y de la ira definitiva de Dios; la razón por la que este acontecimiento futuro se expresa en tiempo pasado —como si *ya* hubiera ocurrido— es para enfatizar la certeza absoluta de que, en efecto, recibiremos esta salvación (la consumación de nuestra liberación). Observemos Efesios 2:5-6: «Aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, Él nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados), y nos resucitó juntamente con Él, y nos sentó juntamente con Él en los lugares celestiales en Cristo Jesús». Ya hemos recibido la salvación mediante la gracia de Dios. Él nos dio vida —a nosotros, que estábamos muertos en nuestros delitos— juntamente con Cristo. Esto se refiere a nuestra regeneración y resurrección. La frase «y nos resucitó juntamente con Él» se refiere a la ascensión. Por lo tanto, ahora estamos sentados juntamente con Él en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Esto significa que hemos sido librados de la ira final de Dios. Significa que nuestra recepción de la consumación de la salvación —y nuestra entrada en el Cielo— es absolutamente cierta.

Hemos sido justificados por medio de la sangre (vida) de Jesucristo (Rom 5:9). Habiendo recibido el perdón de todos nuestros pecados y habiendo sido justificados, hemos sido reconciliados con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (v. 10) y hemos llegado a disfrutar de la paz (v. 1). Además, hemos obtenido acceso al santo Lugar Santísimo de Dios, lo cual nos permite acercarnos a la presencia de Dios, ante su trono de gracia (v. 2). Asimismo, nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios (v. 2), e incluso nos regocijamos en nuestros sufrimientos (v. 3). La razón de esto es que sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, carácter; y el carácter, esperanza (vv. 3–4). Por medio del eterno Espíritu Santo y mediante el poder de la preciosa sangre de Jesucristo, hemos sido capacitados para servir al Dios vivo (Heb 9:14). Por lo tanto, hemos llegado a servir al Señor con gratitud: con quietud y sin buscar reconocimiento (New Hymnal 323, "Called to Serve", v. 3). Al servir, debemos esforzarnos por proclamar el Evangelio de Jesucristo y por amar a nuestros prójimos. Aun si nos hallamos en medio de la adversidad, las dificultades y la tribulación —como al caminar por el valle de sombra de muerte (Sal

23:4)—, debemos vivir una vida de victoria, empoderados por la preciosa sangre de Jesucristo y por el poder salvador de Dios.

Debemos dar gracias a Dios porque, por medio de Jesucristo, seremos salvados incluso de la ira del juicio final. Habiendo recibido ya la salvación por medio de la muerte de Jesús en la cruz —y como aquellos que aguardan la salvación futura—, debemos vivir vidas que activamente obren nuestra salvación en el presente. En otras palabras, como aquellos que ya han recibido la vida eterna —y como ciudadanos del Cielo que algún día habitarán allí, disfrutando de la vida eterna en su plenitud—, debemos vivir como corresponde a los ciudadanos del Cielo mientras residimos en esta tierra. Vivir como ciudadano del Cielo significa vivir en obediencia a los dos grandes mandamientos de Jesús. Por favor, lean Mateo 22:37–39: «Jesús respondió: "Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente". Este es el primer y más grande mandamiento. Y el segundo es semejante a este: "Ama a tu prójimo como a ti mismo"». (1) Este es el *amor pasado*: Cuando fuimos salvos mediante la fe en Jesús, Dios no solo nos dio el Espíritu Santo, sino que, a través del Espíritu Santo, ya había derramado Su amor en nuestros corazones (Rom 5:5). (2) Este es el *amor futuro*: Cuando recibamos nuestra salvación definitiva en el momento de la Segunda Venida de Jesús —cuando entremos en el Cielo—, el Espíritu Santo nos capacitará para obedecer plenamente el doble mandamiento de Jesús (la misma ley del Cielo), empoderándonos así para amar a Dios y a nuestros prójimos con un amor perfecto. (3) Este es el *amor presente*: Dado que ese Espíritu Santo escatológico habita en nosotros —produciendo incluso ahora el fruto del amor (Gál 5:22) y capacitándonos para obedecer el doble mandamiento de Jesús—, debemos vivir y amar conforme al Espíritu (v. 16). En otras palabras, debemos permitir ser guiados por el Espíritu Santo (v. 18); debemos vivir por el Espíritu y caminar por el Espíritu (v. 25). Cuando lo hagamos, nuestros corazones se transformarán en el Cielo, nuestros hogares se volverán celestiales y nuestra iglesia se convertirá en una comunidad que encarna la misma naturaleza del Cielo.

Debemos gloriarnos en Jesús y proclamar el Evangelio de Jesús. En este momento —cuando el mundo entero se encuentra en crisis debido al coronavirus—, debemos abrazar a todas las naciones en nuestros corazones, orar a Dios en su favor y compartir el Evangelio con todas las personas del mundo que están enfrentando esta crisis. Por favor, lean Mateo 24:14: «Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin». Miren Hechos 1:8 en la Biblia: «Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra».

Los resultados de la justificación (11): Recibir la salvación futura

«Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida» (Romanos 5:10).

La Biblia nos dice que hubo un tiempo en el que éramos enemigos de Dios (Rom 5:10). ¿Cómo llegamos a ser enemigos de Dios? Si observamos el libro del Génesis en el Antiguo Testamento, vemos que, después de que Dios creara los cielos y la tierra —y también formara al primer ser humano, Adán—, Él permitió a Adán comer del fruto de cualquier árbol del Jardín del Edén, pero le ordenó: «Del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás». Dios declaró que, el día en que Adán comiera de ese fruto, «ciertamente moriría» (Gén 2:16–17). Sin embargo, Adán sucumbió a la tentación de la astuta serpiente (Satanás), desobedeció el mandato de Dios y comió del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Como resultado, Adán y todos sus descendientes se convirtieron en enemigos de Dios. Además, Adán y todos sus descendientes incurrieron en la ira de Dios y quedaron destinados a enfrentar una destrucción inevitable en el eterno foso de fuego. Así pues, en el pasado, nosotros éramos aquellos que se alzaban como enemigos de Dios, y éramos personas desprovistas de amor. No obstante, debido a que Dios —quien es amor [«…Dios es amor» (1 Juan 4:8)]— ha derramado Su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos dio (Rom 5:5), nosotros, que ahora creemos en Jesús, poseemos el amor de Dios. ¿Cómo hizo Dios posible esto? Observemos 1 Juan 4:9: «En esto se manifestó el amor de Dios en medio de nosotros: en que Dios envió a su Hijo único al mundo, para que

vivamos por medio de él». Dios envió a Su Hijo unigénito al mundo —mediante el nacimiento o la encarnación— para darnos vida (para salvarnos). Este Hijo unigénito, habiendo sido enviado al mundo, era por su misma naturaleza Dios; Sin embargo, Él no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino que, por el contrario, se despojó a sí mismo tomando la naturaleza misma de siervo, haciéndose semejante a los hombres (Fil. 2:6-7). Jesús —quien es a la vez Dios y hombre sin pecado— nació en este mundo (se encarnó) específicamente para darnos vida (para salvarnos) (1 Juan 4:9).

En Romanos 5:10, la Biblia declara: «por medio de la muerte de su Hijo». ¿Existe alguien a quien Dios Padre aprecie más que a «su Hijo» —el Hijo unigénito de Dios, Jesucristo—? Sin embargo, Dios Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. 8:32). En otras palabras, por causa nuestra —nosotros, que éramos enemigos de Dios—, Dios Padre entregó a la cruz a su amado y unigénito Hijo, Jesucristo. Observemos 1 Juan 4:10: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como sacrificio expiatorio por nuestros pecados». Aun cuando éramos enemigos de Dios, Él nos amó y envió a su Hijo unigénito, Jesucristo, como sacrificio expiatorio para perdonar nuestros pecados. Así pues, Jesucristo fue entregado por causa nuestra en la cruz (Rom. 8:32). Aunque Él es el Hijo unigénito —quien por naturaleza no puede morir—, Jesucristo, para poder morir en nuestro lugar, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse; en cambio, se despojó a sí mismo tomando la naturaleza misma de siervo, haciéndose semejante a los hombres (Fil. 2:6-7). Es más, el Hijo unigénito, Jesucristo, apareció en forma humana, se humilló a sí mismo y se hizo obediente, incluso hasta el punto de morir en la cruz (v. 8). Dado que todos nosotros éramos enemigos de Dios, todos merecíamos el castigo eterno bajo su ira en la cruz; sin embargo, el Hijo unigénito, Jesucristo, murió en la cruz en nuestro lugar —nosotros, que éramos enemigos de Dios—. De este modo, Él abolió la hostilidad por medio de la cruz y nos reconcilió con Dios (Ef. 2:16). A Dios le plació establecer la paz mediante la sangre de la cruz de Su Hijo, Jesucristo, y, a través de Él, reconciliar consigo todas las cosas (Col. 1:20).

Hemos sido reconciliados con Dios (Rom. 5:10). Dios nos reconcilió —a nosotros, Sus enemigos— consigo mismo, y lo hizo de una vez para siempre. ¿Cómo logró esto? Lo hizo posible ofreciendo el cuerpo de Jesucristo de una vez para siempre (Heb. 10:10). En otras palabras, mientras aún éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con Él (5:10) mediante la muerte única de Su Hijo, Jesucristo, en la cruz (6:10). Considere 1 Juan 2:2: «Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (cf. Rom. 3:25). Aquí, la palabra «propiciación» conlleva el significado de «satisfacción»; se refiere al hecho de que Jesús, al ser ofrecido como el Cordero sacrificial de la Pascua y morir en la cruz, satisfizo plenamente las santas demandas de Dios —demandas que exigían que el pecado fuera castigado (MacArthur). El apóstol Juan afirmó esto no solo en 1 Juan 2:2, sino también en 1 Juan 4:10: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a Su Hijo para ser la propiciación por nuestros pecados». Él está declarando que Dios envió a Su Hijo, Jesús, a este mundo como propiciación para expiar nuestros pecados. La razón de esto es, sencillamente, que Dios nos ama. Observe 2 Corintios 5:19: «que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no imputándoles sus transgresiones...». Observe Colosenses 1:22: «en el cuerpo de Su carne, mediante Su muerte, para presentarlos santos, sin mancha e irreprensibles delante de Él». Esta reconciliación es un vínculo eterno que jamás podrá romperse.

Dios ya no nos considera enemigos; por el contrario, mediante la muerte sacrificial de Su Hijo, Jesucristo, en la cruz, nos ha reconciliado consigo mismo y nos ha adoptado como Sus propios hijos. Por lo tanto, ahora tenemos el privilegio de acercarnos a Dios, de dirigirnos a Él como «Abba, Padre», y de disfrutar de comunión y compañerismo con Él. Ya no somos enemigos de Dios, sino que —a través de la muerte de Jesucristo— nos hemos convertido en aquellos que han sido reconciliados con Él. El Señor nos ha encomendado —a nosotros, los que hemos sido reconciliados con Dios— el ministerio de la reconciliación (2 Co. 5:18). Además, el Señor nos ha confiado el mensaje de la reconciliación (v. 19). Por consiguiente,

actuando como embajadores de Cristo, debemos suplicar con fervor: «Reconcíliense con Dios» (v. 20).

En Romanos 5:10 de la Biblia está escrito: «Mucho más, habiendo sido ya reconciliados, seremos salvos por Su vida». Aquí, «Él» se refiere a Jesucristo: Aquel que vino a esta tierra, murió en la cruz y nos reconcilió con Dios. Además, en la frase «mucho más… por Su vida» (Rom 5:10), «Su vida» se refiere a la resurrección de Jesucristo. De acuerdo con las Escrituras, Jesucristo murió por nuestros pecados, fue sepultado y —nuevamente de acuerdo con las Escrituras— resucitó al tercer día (1 Co 15:3–4). Después de Su resurrección, Jesucristo pasó cuarenta días dando testimonio de Su estado resucitado; luego ascendió al cielo y ahora está sentado a la diestra de Dios. El Jesús con quien el apóstol Pablo se encontró en el camino a Damasco no era meramente el Jesús resucitado, sino más bien el Señor que había resucitado, ascendido y tomado Su asiento a la diestra de Dios (Hch 9). Este mismo Señor regresará ciertamente a este mundo (la Segunda Venida). En ese momento, recibiremos nuestra salvación (Rom 5:10). Aquí, esta «salvación» significa que, cuando Jesucristo regrese, aquellos santos que ya han muerto resucitarán con cuerpos incorruptibles, gloriosos, poderosos y espirituales (1 Co 15:42–44); asimismo, aquellos santos que aún estén vivos en ese momento serán transformados en cuerpos incorruptibles, gloriosos, poderosos y espirituales (v. 51), revistiéndose así de un cuerpo glorioso, tal como el del Jesús resucitado (Fil 3:20–21). Después, nosotros, los que aún estemos vivos y permanezcamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor (1 Ts 4:17). Finalmente, en el cielo, participaremos en las Bodas del Cordero (Ap 19:9). Recibiremos esta misma salvación. Es más, seremos salvos por medio de la resurrección de Jesús (Rom 5:10). Aquí, la palabra «además» enfatiza una certeza absoluta; es decir, *sin duda alguna* recibiremos la salvación futura a través de la resurrección de Jesucristo. Si Jesús vino a este mundo y nos salvó al morir como sacrificio propiciatorio en la cruz —mientras aún éramos débiles, pecadores y enemigos de Dios—, entonces es 100 % seguro que seremos salvos cuando Él

regrese a este mundo. Debemos aferrarnos firmemente a esta fe y a esta seguridad de salvación.

¡El Señor regresará con total seguridad y certeza! Nuestros hermanos en la fe que han fallecido, sin duda alguna, resucitarán; y aquellos que permanezcan con vida hasta ese momento, seguramente serán transformados para recibir al glorioso Señor. Miren lo que dice la Biblia en 1 Corintios 15:52–58: «¡He aquí! Les digo un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos transformados; en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta. Porque sonará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Pues es necesario que este cuerpo corruptible se vista de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal se vista de inmortalidad. Cuando lo corruptible se vista de incorruptibilidad, y lo mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: "La muerte ha sido devorada en victoria". "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?". El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, mis amados hermanos, manténganse firmes e inamovibles, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que en el Señor su trabajo no es en vano». Debemos permanecer firmes e inquebrantables en esta fe y esperanza de la resurrección, dedicándonos siempre por completo a la obra del Señor (v. 58). La razón de esto es que el Señor nos otorgará una recompensa. Consideren Apocalipsis 22:12: «¡Miren, vengo pronto! Mi recompensa está conmigo, y daré a cada persona conforme a lo que haya hecho». En la «Parábola de las minas» (Lucas 19:11–27), el siervo que ganó diez minas a partir de una, y el siervo que ganó cinco minas a partir de una, recibieron la aprobación del amo —«¡Bien hecho, buen siervo! Puesto que has sido fiel en lo muy poco»—, junto con las recompensas respectivas de autoridad sobre «diez ciudades» y «cinco ciudades». Una «mina» era una unidad monetaria en Israel en aquel tiempo, equivalente a tres meses de salario de un jornalero. Sin embargo, las recompensas otorgadas por el amo —autoridad sobre diez ciudades y cinco ciudades, respectivamente— eran de una magnitud incomparable. Oro para que, cuando en el futuro nos presentemos ante el Señor para rendir

cuentas (Mateo 25:19), nos encontremos entre aquellos que reciban Su alabanza y Sus recompensas.

Los resultados de la justificación (12): Regocijarse en Dios

«Y no solo esto, sino que también nos regocijamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido la reconciliación» (Romanos 5:11).

El apóstol Pablo ya había declarado en Romanos 5:2: «…nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios». Además, en el versículo 3, afirmó: «también nos regocijamos en nuestros sufrimientos». Y en el versículo 11, Pablo afirmó una vez más: «también nos regocijamos en Dios». Cuando, debido a nuestro pecado, nos quedamos cortos respecto a la gloria de Dios (3:23), fuimos justificados por la fe por medio de nuestro Señor Jesucristo (5:1–2). Aunque en otro tiempo fuimos enemigos de Dios, por medio de la muerte de Su Hijo, Jesucristo, fuimos reconciliados con Dios (v. 10) y llegamos a disfrutar de paz con Dios (v. 1). Por medio de nuestro Señor Jesucristo (vv. 1–2), hemos obtenido acceso al trono de la gracia de Dios y ahora nos mantenemos firmes ante él (v. 2). Nos regocijamos (y nos gloriamos) en la esperanza de la gloria de Dios (v. 2). Estos tres aspectos de la gloria que ya han sido revelados aún no están completos al 100%. Si Dios revelara plenamente Su gloria —completa al 100%— en este preciso momento, seríamos incapaces de comprender plenamente esa gloria perfecta. La gloria de Dios que aún está por revelarse es —en una palabra— la Segunda Venida de Jesús. La gloria de Dios que se revelará en el futuro será una gloria eterna y completa al 100%; en ese momento, veremos a Dios cara a cara (1 Corintios

13:12). Esta gloria de Dios es también nuestra gloria. En otras palabras, la gloria de Dios Padre es la gloria nuestra, la de Sus hijos. Los tres aspectos de la gloria de Dios mencionados en Romanos 5:1–2 no pueden compararse adecuadamente con la gloria de Dios que aún está por revelarse. En otras palabras, la gloria de Dios que actualmente disfrutamos por medio de nuestro Señor Jesucristo palidece en comparación con la gloria de Dios que experimentaremos cuando nuestro Señor Jesús regrese en el futuro (5:1–2; cf. 8:18). Con respecto a esta gloria futura: cuando Jesús aparezca, nosotros también seremos semejantes a Él y contemplaremos Su verdadera forma (1 Juan 3:2); Él transformará nuestros cuerpos humildes para que sean como Su cuerpo glorioso (Fil. 3:21). Creemos que Dios traerá consigo a aquellos que han muerto en la fe en Jesús. Hasta la Segunda Venida del Señor, nosotros, los que permanezcamos vivos, no precederemos a aquellos que ya han fallecido. Esto se debe a que, cuando el Señor descienda del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con el sonido de la trompeta de Dios, aquellos que murieron en Cristo resucitarán primero. Después, nosotros, los que aún estemos vivos, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire; y así estaremos con el Señor —el Eterno— para siempre (1 Tes. 4:14–17). Por lo tanto, también nos regocijamos en Dios (Rom. 5:11).

Nuestro Dios es el Dios del deleite supremo (Sal. 43:4). El Dios del deleite supremo es nuestro gozo. La primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster plantea: «¿Cuál es el fin principal del hombre?». La respuesta es: «El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre». Nuestro esfuerzo primordial debe ser glorificar a Dios mientras gozamos de Él para siempre. Debemos gozar de Dios eternamente. Solo aquellos que han sido reconciliados con Dios pueden regocijarse verdaderamente en Él. Debemos regocijarnos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien ha hecho posible nuestra reconciliación. En otras palabras —en virtud de la muerte sacrificial de Su único Hijo, Jesucristo, en la cruz (versículo 10)— todos nuestros pecados han sido perdonados; por lo tanto, como aquellos que han sido librados del pecado, debemos regocijarnos en Dios. Esta es la esencia misma del verdadero gozo. De hecho, este es un gozo inmutable: un gozo que

nadie podrá arrebatarnos jamás. Es un gozo que trasciende todas las circunstancias; Como demostró el apóstol Pablo, él continuó regocijándose —y regocijándose de nuevo— incluso estando encarcelado (Filipenses 1:18). La letra de la tercera estrofa del Himno 438 del *Nuevo Himnario* («Mi alma, habiendo recibido gracia») dice: «Ya sea en altas montañas o en campos escarpados, en una humilde choza o en un gran palacio; dondequiera que more mi Señor Jesús, ese lugar es el Reino de los Cielos».

En este mundo —donde abundan las ansiedades, las adversidades son múltiples y se acumulan fuerzas mortíferas en forma de pecado, sufrimiento, angustia, enfermedad y hambre— debemos hallar nuestra alegría en Dios. Cuando abrazamos a Dios —la fuente misma de la dicha— como nuestra alegría, y cuando verdaderamente poseemos y nos deleitamos en esa alegría dentro de Él, somos capaces de regocijarnos en cualquier circunstancia. En medio de esta alegría otorgada por el Señor, somos llamados a proclamar el Evangelio: las buenas nuevas de Jesucristo. Como aquellos que han sido reconciliados con Dios mediante la muerte sacrificial de Su Hijo unigénito, Jesucristo, debemos compartir este mensaje gozoso mientras continuamos deleitándonos en la alegría que se halla en Dios.

Himno 497: «El inmenso amor del Señor Jesús»

(Estrofa 1) Proclamar con fervor el inmenso amor del Señor Jesús y Su gracia ilimitada: ¡qué tarea verdaderamente gozosa es esta! Las benditas palabras del Señor Jesús son vida y verdad a la vez; satisfacen plenamente todo anhelo profundo de mi corazón.
(Estrofa 2) Mi corazón se regocija cada vez que comparto esta Palabra, y cuanto más la proclamo, más desborda en mí una alegría renovada. Dado que hay tantos en este mundo que aún no han escuchado este bendito mensaje de salvación, esforcémonos con todas nuestras fuerzas por compartirlo.
(Estrofa 3) Aquellos que han escuchado esta Palabra anhelan oírla de nuevo; tienen sed de ella y la atesoran profundamente, pues esta Palabra es, en verdad, la Verdad. El cántico

nuevo que entonaré en medio de la gloria de Su Reino no será otro que esta misma Palabra que he amado desde hace mucho tiempo.

(Estribillo) La Palabra proclamada desde tiempos inmemoriales —el inmenso amor del Señor Jesús—; encuentro un verdadero deleite en proclamar este mensaje siempre.

«Por medio de un solo hombre»

[Romanos 5:12–21]

Por favor, miren Romanos 5:12: «Por tanto, tal como el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre, y la muerte por medio del pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron». Aquí, la Biblia declara: «por medio de un solo hombre». Si examinamos el texto griego original de Romanos 5:12–21, la frase «un solo hombre» aparece doce veces (aparece diez veces en la traducción coreana). ¿A quién se refiere este «un solo hombre»? Cuando el apóstol Pablo habla de «un solo hombre», se refiere a dos individuos diferentes. Por favor, miren Romanos 5:15 y 17: «Pero el don gratuito no es como la transgresión. Porque si por la transgresión de un solo hombre murieron muchos, mucho más abundaron para muchos la gracia de Dios y el don por la gracia de un solo Hombre, Jesucristo… Pues si por la transgresión de un solo hombre reinó la muerte por medio de ese uno, mucho más reinarán en vida por medio de ese Uno, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia». Al observar estos dos versículos, vemos que el primer «un solo hombre» que menciona el apóstol Pablo se refiere al «un solo hombre» que cometió la «transgresión», mientras que el segundo «un solo hombre» (en el versículo 15) —o «ese Uno» (en el versículo 17)— se refiere a Jesucristo.

Entonces, ¿quién es este «un solo hombre» que cometió la «transgresión»? No es otro que Adán —el primer hombre y progenitor de la humanidad—, quien aparece en el capítulo 2 de Génesis. Por favor, miren Génesis 2:7: «Entonces el SEÑOR Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y el hombre se convirtió en un ser viviente». En 1 Corintios 15:45, el apóstol Pablo se refiere a Adán como «el primer hombre, Adán». La

razón de esto es establecer un paralelismo con Jesucristo: ese otro «un solo hombre» o «una sola persona» (Rom 5:15, 17). En consecuencia, a Jesucristo se le denomina «el último Adán» (1 Cor 15:45). Dios estableció al primer Adán como el representante de la humanidad y celebró un pacto con él. Este pacto se conoce como el «Pacto de Obras». Bajo este Pacto de Obras, Dios dio un mandato a Adán: si Adán obedecía el mandato de Dios, recibiría una bendición (la vida eterna); sin embargo, si desobedecía, incurriría en una maldición (la muerte). El mandato específico que Dios dio a Adán fue este: «No comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el día que de él comas, ciertamente morirás» (Gén. 2:17). Como el «un hombre» (Rom. 5:12) —el progenitor y representante de la raza humana—, «el primer hombre, Adán» (1 Cor. 15:45) cargó con la responsabilidad de obedecer el mandato del Dios que establecía el pacto.

En Romanos 5:12, la Biblia declara que «el pecado entró en el mundo». La palabra «pecado» aparece ocho veces dentro del pasaje de Romanos 5:12–21. ¿Qué es, entonces, el «pecado»? La Biblia describe el «pecado» de cuatro maneras: (1) El pecado es anomia (falta de ley). En otras palabras, el pecado es la violación de la ley. Considere 1 Juan 3:4: «Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley». (2) El pecado es saber hacer el bien, pero dejar de hacerlo. Por favor, observe Santiago 4:17 en la Biblia: «Por tanto, al que sabe hacer lo bueno y no lo hace, le es pecado». (3) El pecado es no actuar por fe. Por favor, observe Romanos 14:23 en la Biblia: «Pero el que duda es condenado si come, porque no come con fe; pues todo lo que no proviene de fe, es pecado». (4) El pecado es actuar por fe, pero quedarse corto respecto al estándar requerido. El pecado es una falta de obediencia. En la Pregunta 14 del *Catecismo Menor* de la Iglesia Presbiteriana Coreano-Americana, se plantea la siguiente interrogante: «¿Qué es el pecado?». La respuesta proporcionada es: «El pecado es cualquier falta de conformidad con la ley de Dios, o la transgresión de la misma» (1 Juan 3:4; Santiago 4:17; Romanos 3:23; Santiago 2:10). En Romanos 5:12 de la Biblia, el «pecado» al que se refiere el apóstol Pablo apunta específicamente a la transgresión cometida por el primer hombre, Adán: el progenitor y representante de toda la humanidad. En el versículo 19, esta transgresión de Adán se

describe como «la desobediencia de un solo hombre». Por lo tanto, el «pecado» del que se habla en Romanos 5:12 es la transgresión de Adán; específicamente, fue su acto de desobediencia contra el mandato de Dios: «No debes comer del árbol del conocimiento del bien y del mal» (Génesis 2:17). En última instancia, Adán no cumplió con su responsabilidad de obedecer los mandatos del Dios con quien había establecido un pacto y, en su lugar, desobedeció la palabra del pacto —la instrucción específica que estaba obligado a seguir—, la cual era: «No debes comer del árbol del conocimiento del bien y del mal» (versículo 17). Si Adán hubiera obedecido los términos de este Pacto de Obras, el pecado nunca habría entrado en este mundo. Antes de que Adán desobedeciera la palabra del Pacto de Obras, no existía el pecado en este mundo [aunque el pecado sí existía en el reino (espiritual) de los ángeles].

¿Por qué Adán —el primer hombre, un individuo singular— desobedeció el mandato de Dios y cometió pecado? Fue porque Satanás —un ángel caído del reino (espiritual) de los ángeles— envió a la serpiente (la más astuta de todas las bestias salvajes) ante Eva, la primera mujer de la humanidad (Gén. 3:1), para tentarla (vv. 1–5). Al sucumbir a la tentación de la serpiente, Eva miró el fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal —del cual Dios les había ordenado expresamente no comer (2:17)— y vio que era bueno para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir sabiduría [cf. «los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida» (1 Juan 2:16)]. En consecuencia, Eva tomó del fruto y lo comió; luego le dio un poco a su esposo, Adán, que estaba con ella, y él también lo comió (Gén. 3:6). Como resultado, el pecado entró en el mundo (Rom. 5:12). Y a través del pecado, entró la muerte (v. 12). Aquí, «muerte» se refiere a tres formas distintas de muerte: (1) Muerte espiritual: Al transgredir el mandamiento de Dios, Adán incurrió en la muerte del alma —una muerte espiritual—, en la cual su comunión con Dios quedó interrumpida (Gén. 3:9–24). (2) Muerte física: Posteriormente, a la edad de 930 años, Adán experimentó su muerte física (5:5). (3) Muerte eterna: Cuando Adán murió, su cuerpo y su alma se separaron; su cuerpo regresó al polvo de la tierra, mientras que su alma partió hacia el reino eterno (el infierno eterno). En la Segunda Venida de Jesús, su cuerpo corrupto y su

alma —la cual reside en el infierno— se reunirán para enfrentar el castigo eterno en el infierno.

Observe Efesios 2:1 en la Biblia: «Y Él os dio vida a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Vosotros sois personas que estaban espiritualmente muertas a causa de la desobediencia y el pecado»]. En virtud del pecado de desobediencia cometido por el primer hombre, Adán —el representante de la humanidad—, nosotros también éramos «personas que estaban espiritualmente muertas a causa de la desobediencia y el pecado». En otras palabras, antes de creer en Jesús, nuestros cuerpos estaban vivos, pero espiritualmente estábamos muertos. El apóstol Pablo describe el estado de aquellos que están espiritualmente muertos en Efesios 2:2-3 de la siguiente manera: «en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia; entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de la mente, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Anteriormente, vivíais siguiendo los caminos malvados de este mundo y obedeciendo al Diablo, quien gobierna sobre el reino bajo los cielos. Este Diablo es el espíritu que actualmente opera entre aquellos que son desobedientes. Nosotros también vivimos en otro tiempo tal como ellos, siguiendo los deseos de nuestra carne y haciendo todo lo que nuestros cuerpos y mentes deseaban; por lo tanto, al igual que todos los demás, estábamos por naturaleza destinados a enfrentar la ira de Dios»]. Observe Lucas 9:60 en la Biblia: «Jesús le dijo: “Deja que los muertos entierren a sus propios muertos; pero tú, ve y predica el reino de Dios”» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Sin embargo, Jesús le dijo: “Deja el entierro de los muertos a aquellos que están espiritualmente muertos; en cuanto a ti, ve y predica el Reino de Dios”»]. Según este pasaje, aparecen tres tipos de personas: (1) «Los muertos» [«los espiritualmente muertos»]: aquellos que están espiritualmente muertos (personas cuya comunión con Dios ha sido interrumpida); (2) «Sus propios muertos» [«los físicamente muertos»]: aquellos que han muerto físicamente; y (3) «Tú»: aquellos que están vivos —tanto

espiritual como físicamente— y que se encuentran en comunión con Dios. Estos son los que salen a proclamar el Reino de Dios.

De este modo, todos han pecado (Rom 5:12). El significado de este versículo es que cada persona de la humanidad ha cometido pecado. Si bien existen diversas interpretaciones con respecto a este pasaje, se dice que ninguna interpretación por sí sola se considera 100 % definitiva. La interpretación respaldada por la gran mayoría sostiene que Adán —el primer hombre— actuó como representante de la humanidad; por lo tanto, su acto de pecar implica que todas las personas que pertenecen al linaje de Adán también han pecado. Por ejemplo, todo atleta que compite en los Juegos Olímpicos participa como representante de su respectivo país. En consecuencia, cuando un atleta compite y gana en una prueba específica —obteniendo una medalla—, se iza la bandera nacional y se entona el himno nacional del país al que representa el medallista de oro. En ese momento, los ciudadanos de ese país —al presenciar la escena— se regocijan, exclamando: "¡Ganamos!". Del mismo modo que Adán, el primer hombre, pecó al desobedecer el mandato del pacto de Dios mientras actuaba como representante de la humanidad, así también han pecado todas las personas (Rom 5:12). Por favor, observe Romanos 3:23: "Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios". En este contexto, "pecado" se refiere a pecados actuales; es decir, que los propios individuos —ya sean judíos o gentiles— han cometido actos pecaminosos. Sin embargo, la afirmación de Romanos 5:12 —de que todas las personas han pecado— no se refiere a pecados actuales cometidos por los individuos, sino que significa, más bien, que se considera que todas las personas han pecado *en virtud del* pecado de Adán. Teológicamente hablando, esto significa que el pecado de Adán —el representante de la humanidad— fue imputado a todos sus descendientes que le pertenecen. Por favor, remítase al Capítulo 6 (De la caída del hombre, del pecado y del castigo del mismo), Artículos 3 y 4, de la Confesión de Fe de Westminster: (Artículo 3) «Siendo ellos la raíz de toda la humanidad, la culpa de este pecado les fue imputada, y la misma muerte en el pecado, así como la naturaleza corrupta, fueron transmitidas a toda su posteridad que desciende de ellos por generación ordinaria (Gén. 1:27-28; 2:16-17; Sal. 51:5;

Gén. 5:3; Job 14:4, 15:14)». (Artículo 4) «De esta corrupción original, por la cual quedamos totalmente indispuestos, incapacitados y hechos opuestos a todo bien, y enteramente inclinados a todo mal, proceden todas las transgresiones actuales (Rom. 5:6, 8:7, 7:18; Col. 1:21; Gén. 6:5, 8:21; Rom. 3:10-12; Sant. 1:14-15; Ef. 2:2-3; Mat. 15:9)». «¿Por qué, entonces, la transgresión de Adán extiende su influencia a sus descendientes? ¿Y qué es exactamente lo que ha sido imputado a los descendientes de Adán?»

(1) «La culpa y una naturaleza corrupta han sido imputadas desde Adán».

El Capítulo 6, Párrafo 3 de la Confesión de Fe de Westminster declara que, dado que Adán y Eva sirven como la fuente fundamental —el mismísimo origen— de la humanidad, las consecuencias de su pecado (a saber: la muerte) y su naturaleza corrupta han sido plenamente imputadas a todos sus descendientes que vienen al mundo mediante el nacimiento natural. Puesto que Adán no fue solo el progenitor de toda la humanidad, sino que también sirvió como su representante, el impacto de su singular transgresión se extendió a todos sus descendientes y los afectó (esto se conoce como el «Principio de Representación»).

(2) «Es a causa de la naturaleza corrupta que reside en nosotros que cometemos pecado».

Esto afirma que lo que hemos heredado de Adán no es la culpabilidad por el pecado específico que él cometió, sino más bien una naturaleza corrupta propensa al pecado. En otras palabras, como descendientes de Adán, no poseemos ni el deseo ni la capacidad para hacer el bien; por el contrario, rechazamos todo aquello que es bueno y hemos heredado una predisposición exclusiva hacia el mal, lo cual, en última instancia, nos conduce a cometer transgresiones reales. Dicho de otro modo, lo que hemos heredado de Adán es una naturaleza pecaminosa y corrupta que hace inevitable que cometamos pecado" (fuente de Internet).

En última instancia, la muerte se ha extendido a todas las personas (Rom. 5:12). En virtud del pecado de desobediencia cometido por el primer hombre —Adán, el representante de la humanidad— nosotros también estábamos espiritualmente muertos a causa de nuestra propia desobediencia y pecado (Ef. 2:1). Experimentamos la muerte del alma —una "muerte espiritual"— caracterizada por la ruptura de nuestra comunión con Dios. Además, al igual que Adán, estábamos destinados a enfrentar la muerte eterna una vez que experimentáramos la muerte física. Es decir, al morir, nuestros cuerpos y almas se separarían: nuestros cuerpos volverían al polvo, mientras que nuestras almas serían inevitablemente consignadas a un infierno eterno. En consecuencia, en el momento de la Segunda Venida de Jesús, nuestros cuerpos perecederos y nuestras almas —que estaban destinadas al infierno— se habrían reunido, dejándonos sin otra opción que soportar el castigo eterno en el infierno. A este estado se le denomina la "segunda muerte: el lago de fuego" (Ap. 20:14). Por favor, consulte Marcos 9:48 en la Biblia: "donde el gusano de ellos no muere, y el fuego no se apaga" [(Versión en Inglés Contemporáneo) "En el infierno, los gusanos no mueren y el fuego nunca se extingue"].

Así pues, a causa de "un solo hombre" (Rom. 5:12) —el "primer hombre, Adán" (1 Co. 15:45)— quien desobedeció el mandato del pacto de Dios y cometió pecado, nosotros también nos convertimos en pecadores. En consecuencia, morimos espiritual y físicamente, enfrentando la muerte eterna (Rom. 5:12); éramos personas que estaban "muertas en [sus] delitos y pecados" (Ef. 2:1), destinadas a vivir para siempre —incapaces incluso de morir— en el inextinguible lago de fuego conocido como el infierno (Mar. 9:48). Sin embargo, a través de otro "solo hombre" (Rom. 5:15) —el "último Adán" (1 Co. 15:45), Jesucristo— quien fue obediente incluso hasta el punto de morir en la cruz (Fil. (2:6–7), Dios revirtió la maldición de muerte provocada por la desobediencia del «primer hombre», Adán, y nos concedió la bendición de la vida eterna (Deut 23:5; Neh 13:2). Por la gracia del «único hombre, Jesucristo» (Rom 5:17) —como se menciona en el versículo 15— hemos recibido el don de la vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor (Rom 6:23) (versículos 23, 15 y 17). La razón de esto es que Dios, quien es rico en misericordia y nos amó tan profundamente, utilizó ese

inmenso amor para darnos vida —a nosotros, que estábamos espiritualmente muertos a causa de nuestros pecados— juntamente con Cristo. Así pues, es por la gracia de Dios que hemos recibido la salvación (Efesios 2:4–5, *The Contemporary Bible*) —tal como Adán también recibió la salvación mediante la gracia de Dios (Génesis 3:21). Consideremos Efesios 2:8–10 (*The Contemporary Bible*): «Por la gracia de Dios, ustedes han sido salvados mediante la fe en Cristo. Esto no se logró por su propio poder, sino que es un don de Dios. No es el resultado de nuestras propias buenas obras; por lo tanto, nadie puede jactarse. Es Dios quien nos creó. Fuimos creados en Cristo Jesús para realizar buenas obras; obras que Dios preparó de antemano para que viviéramos conforme a ellas». Por consiguiente, debemos dedicarnos a realizar buenas obras. Al alabar el «Gran Amor de Dios» —recordando Su amor ilimitado y eternamente inmutable, así como la gracia mediante la cual extendió tan inmenso amor a los creyentes en el Señor para perdonar nuestros pecados (Himno 304)— debemos proclamar con fervor este Evangelio de Jesucristo.

«El pecado estaba en el mundo incluso antes de la Ley»

[Romanos 5:12-21]

Por favor, observe Romanos 5:13-14: «Pues el pecado estaba en el mundo incluso antes de la ley, pero el pecado no se toma en cuenta cuando no hay ley. No obstante, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos que no pecaron a semejanza de la transgresión de Adán, quien es figura de Aquel que había de venir». La Biblia afirma que el pecado estaba presente en el mundo incluso antes de que existiera la ley (v. 13). Aquí, el término «la ley» —en la frase «antes de la ley»— se refiere a la ley que Dios entregó a Moisés en el monte Sinaí, después de que el pueblo de Israel hubiera salido de Egipto y llegado a la montaña en el desierto (Éxodo 20:1-17; cf. Deuteronomio 5:6-21). Entonces, ¿qué periodo específico abarca la expresión «antes de la ley»? Se refiere al lapso de tiempo que transcurre desde el momento en que Adán cometió su transgresión (Génesis 3) hasta el momento en que Moisés recibió la ley de parte de Dios en el monte Sinaí (Éxodo 20); un periodo que duró aproximadamente 2.500 años. Esto significa que el pecado, en efecto, estaba presente incluso durante esa época. De hecho, a lo largo de la narrativa bíblica que abarca desde Génesis 3 hasta el punto inmediatamente anterior a Éxodo 20, se registran numerosos casos de pecado. Por ejemplo, consideremos el pecado de homicidio cometido por Caín —el hijo primogénito de Adán— cuando mató a su hermano menor, Abel (Génesis 4). A medida que la población humana comenzó a multiplicarse sobre la tierra (6:1), el SEÑOR observó que la maldad humana se había vuelto desenfrenada en todo el mundo y que toda inclinación de los pensamientos de sus corazones era constantemente malvada (v. 5). La gente de aquel mundo era, a los ojos de Dios, totalmente malvada y corrupta; en consecuencia, el mundo

entero estaba completamente saturado de pecado (v. 11; *Modern People's Bible*). Fue por esta razón que ocurrió el Diluvio de Noé (capítulos 6–8). Otro ejemplo involucra a la gente de Sodoma y Gomorra, quienes eran sumamente malvados y cometían pecados graves (Génesis 18:20). Además, antes de que los israelitas partieran de Egipto, el faraón —rey de Egipto— cometió numerosos pecados.

La Biblia, en Romanos 5:13, afirma: «Pues antes de la ley, el pecado estaba en el mundo; pero el pecado no se imputa cuando no hay ley». Durante un lapso de aproximadamente 2.500 años —desde el momento en que Adán cometió el primer pecado (Génesis 3) hasta que Moisés recibió la Ley de parte de Dios en el monte Sinaí (antes de Éxodo 20)—, las personas cometieron muchos pecados; sin embargo, el pecado no se les imputaba como tal. No reconocían claramente el pecado por lo que realmente era, ni se percataban de la gravedad de su castigo. En consecuencia, trataban el pecado con indiferencia y se lo tomaban a la ligera. No obstante, la «Ley» sirve para revelar el pecado. Consideremos Romanos 3:20: «Por tanto, por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de Él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado». En este punto, debemos considerar los tres usos distintos de la Ley: (1) revelar el pecado y, de este modo, conducir al pecador hacia Cristo; (2) refrenar el pecado mediante el temor al castigo; y (3) servir como norma para la vida de los creyentes. Por consiguiente, cuanto más llegamos a conocer la Palabra de Dios, más reconocemos la naturaleza del pecado y comprendemos su gravedad. Por el contrario, si permanecemos ignorantes de las Escrituras, terminamos cometiendo pecados sin siquiera darnos cuenta. Cometemos muchos más pecados por ignorancia que los que cometemos a sabiendas. Así pues, para librar la guerra contra el pecado y vencerlo, debemos estudiar con diligencia y adquirir una comprensión profunda de la Palabra de Dios. Por favor, remítase a Salmos 119:9 y 11 en la *Modern People's Bible*: «¿Cómo puede un joven vivir con un corazón puro? No hay otro modo que vivir conforme a Tu palabra. He atesorado Tu palabra en mi corazón para no pecar contra Ti». Por favor, remítase a Efesios 6:11 y 13: «Pónganse toda la armadura de Dios, para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo. Por lo tanto, pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando

llegue el día malo, puedan resistir, y después de haber hecho todo, mantenerse firmes». El primerísimo elemento de la armadura completa de Dios que se menciona es: «con el cinturón de la verdad ceñido a la cintura» (v. 14). Debemos dedicarnos a crecer en nuestro conocimiento de la verdad. Debemos mantener la Palabra de Dios cerca de nosotros y meditar en ella día y noche.

En Romanos 5:14, la Biblia declara: «No obstante, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos que no habían pecado según la semejanza de la transgresión de Adán». Las personas que vivieron durante los aproximadamente 2.500 años transcurridos entre Adán y Moisés no cometieron el mismo tipo de pecado que constituyó la transgresión de Adán. Aquí, la transgresión de Adán se refiere al pecado de desobediencia (Génesis 3:6): una violación del mandamiento de Dios —el Dios que cumple sus pactos— que decía: «No comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal» (Génesis 2:17); un acto que constituyó anomia, es decir, ausencia de ley (1 Juan 3:4). Este fue un pecado exclusivo de Adán: el pecado de destruir, mediante la desobediencia, el Pacto de Obras que él había establecido con Dios en calidad de representante de toda la humanidad. Todos los pecados cometidos por las personas desde la época de Adán hasta la de Moisés no fueron pecados de la misma naturaleza que la transgresión de Adán. En otras palabras, no fueron el pecado específico cometido por Adán: aquel de destruir el Pacto de Obras establecido con Dios como representante de la humanidad. Para ser más precisos, los pecados cometidos por las personas desde Adán hasta Moisés fueron manifestaciones de la participación de esos individuos en el pecado que entró en el mundo por medio de un solo hombre: Adán (Romanos 5:12). Incluso los infantes —quienes se encuentran en un estado en el que son incapaces de violar ley específica alguna y, por tanto, no pueden cometer un pecado personal— son descritos en la Biblia como habiendo pecado; esto, en el sentido de que el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre, Adán, y de esta manera, todos pecaron (versículo 12). En este contexto, la expresión «todos» incluye incluso a los infantes, quienes se hallan en un estado en el que no pueden violar ninguna ley específica. ¿Cómo, entonces, puede explicarse que también los infantes hayan pecado? La respuesta reside en

la imputación. Significa que, dado que Adán —el representante de la humanidad— cometió pecado, su pecado fue imputado a todas las personas. La Biblia declara: «en quien todos pecaron». La pecaminosidad de Adán se ha convertido en la nuestra propia por vía de herencia. No es meramente la culpa del pecado de Adán lo que se hace nuestro mediante la imputación; más bien, la depravación y la corrupción de su propia naturaleza nos son también transmitidas (el Pecado Original). Considere el Salmo 51:5: «En pecado me concibió mi madre». Remítase a la Confesión de Fe de Westminster 6:3: «Siendo ellos la raíz de toda la humanidad, la culpa de este pecado fue imputada —y la misma muerte en el pecado y la naturaleza corrupta fueron transmitidas— a toda su posteridad que desciende de ellos por generación ordinaria» (Internet).

En Romanos 5:14, la Biblia declara: «la muerte reinó». La frase aquí —que la muerte «reinó»— significa que, a través de «un solo hombre» (v. 12) y de «la transgresión de Adán» (v. 14), el pecado entró en el mundo; y a través del pecado, entró la muerte, extendiéndose así a todas las personas (v. 12). En otras palabras, significa que todo ser humano ha sucumbido ante la muerte. En consecuencia, no ha habido ni una sola persona que haya triunfado sobre la muerte. Incluso Matusalén —el abuelo de Noé, según se registra en el Génesis— vivió 969 años; sin embargo, a fin de cuentas, él también murió (Gén. 5:21). Qin Shi Huang, el primer emperador de China (quien reinó desde el 230 hasta el 221 a. C.), estableció el primer imperio unificado de China; anhelaba y buscaba tan desesperadamente un elixir de la inmortalidad que, al consumir una sustancia que creyó que era precisamente ese elixir, aceleró inadvertidamente su propia muerte. En última instancia, su sueño de inmortalidad quedó en nada y él, también, murió (Internet).

En Romanos 5:14, la Biblia declara además: «Adán es figura de aquel que había de venir». ¿Quién es, entonces, este «Aquel que había de venir»? No es otro que Jesucristo. Al examinar la segunda parte de Romanos 5:14, *The Contemporary English Version* la traduce de esta manera: «... Adán es un modelo de Aquel que había de venir». Un «modelo» implica una semejanza en la forma, pero una diferencia en la naturaleza. En otras palabras, el primer

Adán y el segundo —o último— Adán (Jesucristo) comparten similitudes, pero no son idénticos; son distintos. En Romanos 5:12–14, existen tanto similitudes como diferencias entre Adán y Jesucristo: (1) La similitud radica en su papel como representantes. Tanto Adán como Jesucristo actúan como representantes. Adán es el representante del Antiguo Pacto, mientras que Jesucristo es el representante del Nuevo Pacto. Otra similitud se encuentra en el concepto de la imputación. Así como el pecado de Adán fue imputado a toda la humanidad, la justicia de Jesucristo ha sido imputada a todos los creyentes que depositan su fe en Él. (2) La diferencia reside en su ejercicio del reinado. A través de la transgresión de Adán, la muerte reinó como rey (v. 14); sin embargo, a través del acto justo de Jesucristo (v. 18), aquellos que están en Cristo reinarán en vida por medio de Él (v. 17). Incluso antes de que fuera dada la Ley, hubo un hombre que no murió; su nombre era Enoc. Enoc caminó fielmente con Dios (Gén. 5:24) y fue llevado al cielo sin experimentar jamás la muerte (Heb. 11:5). Del mismo modo, después de que se estableció la Ley, hubo otro hombre que no murió; su nombre era Elías. Él también ascendió al cielo en un torbellino sin probar jamás la muerte (2 Reyes 2:1–11). Aquellos que están en Cristo son quienes triunfan sobre la muerte. Cuando Jesús regrese en Su Segunda Venida, los santos que aún estén vivos no morirán, sino que serán transformados y entrarán en el Reino de los Cielos. Otro punto de distinción se denomina «este don» (Rom. 5:15) y «este don gratuito» (v. 16). Aunque éramos pecadores alejados de Dios, la justicia de Jesucristo nos fue imputada, y Dios nos ha declarado justos. Hemos recibido la vida eterna (6:23): un don (v. 15) otorgado mediante la gracia de Jesucristo.

Por lo tanto, ¡debemos esforzarnos por conocer a Jesucristo! Esto nos lleva al Himno 453 del *Nuevo Himnario*, titulado «Quiero conocer mejor a Jesús»: (Estrofa 1) Anhelo conocer mejor a Jesús —conocer Su gracia, tan vasta y amplia, y Su amor redentor; esto deseo conocer fervientemente. (Versículo 2) Que el Espíritu Santo sea mi Maestro, instruyéndome en la verdad; que Él me conceda discernimiento sobre la santa voluntad de Dios, capacitándome para conocer verdaderamente a Jesús. (Versículo 3) Guiado por la influencia del Espíritu Santo, estudio la Palabra de Dios; cada uno de los versículos se convierte en una lección para mi corazón. (Versículo 4) El trono donde reina Jesús está

rodeado de gloria; al llegar el Rey de Paz, Su reino florece en poder. (Estribillo) Es el anhelo de mi vida —el anhelo de mi vida— conocer sinceramente Su amor redentor. Por favor, abran sus Biblias en Filipenses 3:7–8: "Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor" [(Biblia Coreana Contemporánea) "Sin embargo, he descartado todo aquello que alguna vez fue de beneficio para mí, por amor a Cristo. Es más, considero todo como una pérdida, porque el conocimiento de mi Señor, Jesucristo, es de un valor infinitamente mayor..."]. Mientras nos esforzamos por crecer en nuestro conocimiento de Jesucristo, demos gracias, regocijémonos y ofrezcamos nuestra alabanza y adoración al Señor.

Nosotros, los que hemos resucitado con Cristo

[Romanos 6:1–14]

Tras la muerte de Cristo, sobreviene la resurrección. Una muerte sin resurrección carece de sentido; por el contrario, una resurrección sin muerte es imposible. La muerte y la resurrección de Jesús son como las dos caras de una moneda: el anverso y el reverso. Del mismo modo que las dos caras de una moneda no pueden separarse, tampoco pueden separarse la muerte y la resurrección de Jesús.

Consideremos Romanos 6:4: «Fuimos, pues, sepultados con él mediante el bautismo para muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros vivamos una vida nueva». Aquí, la frase que hace referencia a los muertos puede interpretarse de dos maneras: (1) basándose en el griego original, implica «fuera de la muerte»; y (2) en la traducción coreana de la Biblia, se lee «de entre los muertos». ¿Qué traducción resulta más apropiada: que Jesucristo resucitó «fuera de la muerte» o que resucitó «de entre los muertos»? La Biblia coreana ha adoptado la traducción «de entre los muertos». La razón es que, mientras que la traducción «fuera de la muerte» deja abierta la interrogante de si existen o no otros muertos, la traducción «de entre los muertos» afirma claramente la presencia de otros individuos fallecidos. El Credo de los Apóstoles también confirma esto al afirmar que Él resucitó «de entre los muertos». En conclusión, Jesucristo resucitó de entre los muertos. En otros pasajes de las Escrituras, este término —referido a los muertos— aparece en forma plural: «los muertos». Consideremos Romanos 1:4: «…quien, mediante el Espíritu de santidad, fue constituido Hijo de Dios con poder por su resurrección de entre los muertos». Observemos Efesios 1:20: «Su poder obró en Cristo

cuando lo resucitó de entre los muertos». Miremos 1 Corintios 15:20: «Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que han dormido». Aquí, en 1 Corintios 15:20, aparecen simultáneamente tanto el término singular «los muertos» como el término plural «los que han dormido» (es decir, «los muertos»). La afirmación de que Jesucristo se convirtió en las «primicias» de «los que han dormido» (los muertos) implica que, tras Jesús, habrá más «fruto» (de resurrección); esto apunta al hecho de que todos serán resucitados en el momento de la Segunda Venida de Jesús. Debido a la resurrección de Jesús, aquellos que han dormido (los muertos) en Cristo también serán resucitados [a una «vida nueva» (Rom 6:4)].

Entonces, ¿quién resucitó a Jesucristo? Fue Dios Padre quien resucitó a Jesucristo. ¿Cómo resucitó Dios Padre a Dios Hijo —Jesucristo— de entre los muertos? Según Romanos 6:5, Dios resucitó a Jesucristo de entre los muertos mediante la gloria de Dios Padre; es decir, mediante el poder de Dios Padre. Aquí, el «poder de Dios Padre» hace referencia a un poder supremo: el más grande de todos. Semejante poder, asombroso y supremo, emana del amor. Dios Padre amó a su Hijo unigénito, Jesucristo, de manera suprema; no meramente de palabra, sino con total devoción. Por consiguiente, así como el poder de Dios Padre es ilimitado, el poder de Dios Hijo es también ilimitado. Jesús declaró: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera» (Juan 11:25). Además, Jesús dijo: «…tengo autoridad para entregarla, y tengo autoridad para volver a tomarla…» (10:18). El Hijo, Jesucristo, venció el poder de la muerte y resucitó de la tumba. Dios Espíritu Santo posee también un poder ilimitado. El Espíritu Santo resucitó de entre los muertos a Jesús, el Cristo crucificado (Rom 1:4). Observemos Romanos 8:11: «Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos también dará vida a sus cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en ustedes».

¿Cuál fue el propósito por el cual Dios Padre resucitó de entre los muertos a Dios Hijo, Jesús? [«Así como Él fue resucitado» (Rom 6:4)] Observe Romanos 6:10: «Porque la muerte que

murió, la murió al pecado una vez para siempre; mas la vida que vive, la vive para Dios» [(The Modern Man's Bible) «Cristo murió al pecado una vez y para siempre, y Él vive eternamente para Dios»]. Aquí, en la frase «para Dios», la preposición «para» puede traducirse como «por»; de hecho, *The Modern Man's Bible* la traduce como «por». En otras palabras, el hecho de que Jesucristo esté vivo significa que Él vive para Dios. El Hijo unigénito, Jesucristo, vivió para Dios durante sus treinta y tres años en la tierra; y habiendo muerto, resucitado y ascendido, continúa existiendo para Dios en los reinos celestiales. Jesucristo vivió en aras de nuestra salvación mientras estuvo en la tierra, y continúa obrando en aras de nuestra salvación en el cielo.

La resurrección de Jesucristo es nuestra resurrección. Hemos sido resucitados juntamente con Cristo. Observe Romanos 6:4 en la Biblia: «…así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros podamos vivir una vida nueva». Mediante el poder del Dios Trino, hemos sido resucitados a una vida nueva. ¿Qué significa esto? Observe Romanos 6:5: «Si hemos sido unidos a él en una muerte semejante a la suya, ciertamente también seremos unidos a él en una resurrección semejante a la suya». Hemos sido resucitados juntamente con Jesucristo en la misma semejanza. Aquí, «la semejanza» implica que necesariamente existe una realidad —una sustancia— detrás de ella. Sin una realidad, una mera semejanza no puede existir. Por ejemplo, el Pastor Principal que vemos en un video de adoración en línea no es la realidad misma, sino más bien una semejanza. La realidad —la persona real— del Pastor Principal se encuentra en su hogar. La resurrección de Jesucristo es la realidad, mientras que nosotros, que hemos sido resucitados juntamente con Jesucristo, somos la semejanza. Como aquellos que comparten esta semejanza, hemos sido resucitados a una vida nueva (versículo 4). La resurrección de Jesús fue una resurrección corporal (así como Su muerte fue una muerte física que Él sufrió por causa de nuestros pecados). Fue el propio cuerpo de Jesús —aquel que había sido sepultado— el que fue resucitado. Nuestra resurrección, sin embargo, no es una resurrección corporal (esa resurrección corporal aguarda la Segunda Venida de Jesús); más bien, es una resurrección del espíritu. Por favor, observe Efesios 2:1: «Y Él les dio vida a

ustedes, que estaban muertos en sus transgresiones y pecados» [(Biblia Coreana Moderna) «Ustedes son personas que estaban espiritualmente muertas debido a la desobediencia y el pecado»]. Aquí, «les dio vida» significa que Él nos concedió una vida nueva (regeneración/nacer de nuevo). Con respecto a nuestra resurrección: nuestro ser interior —nuestro espíritu— había muerto en transgresiones y pecados, lo cual nos llevaba a seguir a Satanás el Diablo en lugar de a Dios; sin embargo, al morir juntamente con Jesucristo y resucitar juntamente con Él, nuestro espíritu —que una vez estuvo muerto— ha vuelto a la vida. Si bien la resurrección de Jesucristo —la realidad— fue una resurrección corporal, nuestra resurrección no es corporal como la Suya, sino una resurrección del espíritu; Por lo tanto, nuestra resurrección no es la realidad misma, sino más bien la semejanza. Por favor, miren Romanos 6:8: «Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él» [(Biblia Coreana Moderna) «Si morimos junto con Cristo, también creemos que viviremos junto con Él»]. Aquí, «también viviremos» se refiere a una vida en la que somos vivificados con una nueva vitalidad, continuando el proceso de santificación hasta alcanzar finalmente la vida eterna. Además, en este punto... Decir «yo creo» significa creer de todo corazón. En otras palabras, se refiere a una fe firme que permanece completamente inquebrantable.

Miren 1 Corintios 15:58: «Por tanto, mis amados hermanos, permanezcan firmes, inamovibles, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que en el Señor su labor no es en vano». La razón por la que debemos mantenernos firmes en nuestra fe —viviendo nuestra vida espiritual sin vacilar— es que nuestra labor en el Señor no es en vano. Es decir, es porque iremos al Cielo y recibiremos una recompensa del Señor. Miren Romanos 6:11: «Así también ustedes, considérense verdaderamente muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» [(Versión Inglesa Contemporánea) «De la misma manera, deben considerarse muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús»]. Somos personas que deben vivir para Dios. No debemos vivir para nosotros mismos. Puesto que hemos sido resucitados con Jesús para vivir una vida nueva —y porque entraremos en el Cielo—, debemos vivir para Dios. Consideremos Romanos 14:7–9: «Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí mismo. Pues si vivimos, vivimos para el Señor; y si

morimos, morimos para el Señor. Por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, somos del Señor. Porque para este fin Cristo murió, resucitó y volvió a vivir: para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Ninguno de nosotros vive solo para sí mismo, y ninguno de nosotros muere solo para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor. Por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, pertenecemos al Señor»]. «Es precisamente por esta razón que Cristo murió y resucitó: para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos». Nosotros no somos de los que viven para sí mismos. Ya sea que vivamos, vivimos para el Señor; y ya sea que muramos, morimos para el Señor. Fue con este propósito que el Señor resucitó de entre los muertos. Mientras estamos vivos, tenemos la capacidad de vivir para el Señor. Pero, ¿cuál es el significado de la afirmación de que también morimos para el Señor? Significa que, después de morir y habitar en el reino celestial, viviremos eterna y exclusivamente para el Señor. Así pues, somos personas que, ya sea en la vida o en la muerte, pertenecemos al Señor. Habiéndonos convertido en nuevas criaturas —dejando de vivir para Satanás o para nosotros mismos, como hacíamos antes—, ahora debemos vivir únicamente para el Señor. Y, finalmente, al entrar en el reino celestial, nos convertiremos en aquellos que viven eternamente solo para el Señor.

El resultado de haber resucitado con Cristo

[Romanos 6:1–14]

Por favor, dirijan su mirada a Romanos 6:12–14: «Por tanto, no permitan que el pecado reine en su cuerpo mortal, para que no obedezcan a sus malos deseos. No ofrezcan las partes de su cuerpo al pecado como instrumentos de iniquidad; más bien, ofrézcanse a Dios como aquellos que han sido traídos de la muerte a la vida, y ofrezcan las partes de su cuerpo a Él como instrumentos de justicia. Pues el pecado ya no será su amo, porque ustedes no están bajo la ley, sino bajo la gracia». Aquí, la palabra «ustedes» (en el versículo 12) aparece siete veces a lo largo de Romanos 6:1–14. En este contexto, «ustedes» se refiere a aquellos que han sido bautizados —muriendo con Jesús— y, posteriormente, resucitados con Él. Podemos clasificar a quienes han recibido el bautismo en cuatro grupos: (1) aquellos que recibieron el bautismo en agua *después* de haber recibido el bautismo del Espíritu Santo; (2) aquellos que recibieron el bautismo del Espíritu Santo *después* de haber recibido el bautismo en agua; (3) aquellos que recibieron *solamente* el bautismo del Espíritu Santo; y (4) aquellos que recibieron *solamente* el bautismo en agua. De entre estos cuatro grupos, me gustaría centrar nuestra atención en la primera categoría: aquellos que recibieron el bautismo en agua después de haber recibido el bautismo del Espíritu Santo.

¿Qué es, entonces, el «bautismo del Espíritu Santo»? La Biblia define el bautismo del Espíritu Santo como el acontecimiento en el cual un pecador es salvado e injertado en Jesucristo (1 Corintios 12:13). Por lo tanto, el bautismo del Espíritu Santo es sinónimo del término teológico tradicional *nuevo nacimiento* (o *regeneración*). Dios utiliza el Evangelio para dar vida al alma de una persona que estaba muerta en el pecado. Cuando un pecador

escucha el Evangelio, el Espíritu Santo obra para abrir su corazón —el cual estaba previamente endurecido y cerrado por el pecado—, capacitándolo para arrepentirse y recibir al Señor (Hechos 16:14). De esta manera, Él hace de esa persona una nueva creación en Cristo (2 Corintios 5:17). Por lo tanto, dado que el bautismo del Espíritu Santo es la obra mediante la cual el Espíritu Santo devuelve a la vida a una persona —que estaba muerta en pecado—, este no puede recibirse repetidamente. Un creyente recibe el bautismo del Espíritu Santo una sola vez en toda su vida. Decirle a un creyente que ya ha nacido de nuevo que reciba el bautismo del Espíritu Santo una vez más equivale a decirle que nazca de nuevo por segunda vez. Es similar a suplicarle encarecidamente a Lázaro —después de que ya había salido de la tumba— diciéndole: «¡Debes abrir la puerta de la tumba y salir una vez más!». Aquellos que han sido injertados en Cristo una vez no tienen necesidad de ser injertados en el Señor nuevamente. Esto se debe a que nadie puede arrebatar a un creyente de Su mano (Romanos 8:38–39). Ser lleno del Espíritu Santo es distinto del bautismo del Espíritu Santo. Específicamente, mientras que el bautismo del Espíritu Santo es un evento singular —que se refiere a la obra del Espíritu en el momento en que uno confiesa por primera vez a Jesús como Señor (1 Corintios 12:3, 13)—, ser lleno del Espíritu Santo significa un estado continuo de rendición al control total del Espíritu y de dar una abundancia de hermoso fruto en la propia vida. Si hay alguno entre ustedes que actualmente solo ha recibido el bautismo en agua, les insto a orar fervientemente y con fe para recibir el bautismo del Espíritu Santo. Es mi esperanza que, después de recibir el bautismo en agua, todos podamos convertirnos en aquellos que también han recibido el bautismo del Espíritu Santo.

Si observamos Romanos 6:12 en la Biblia, este comienza con la conjunción «por tanto». Dado que esta conjunción establece una conexión con el mensaje de Romanos 6:11, debemos considerar atentamente ese versículo: «Así también ustedes, considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús». Aquí, la conjunción «así también» establece una conexión con la declaración del versículo 10: «Porque en cuanto a que murió, al pecado murió una vez para siempre; pero en cuanto a que vive, para Dios vive» (v. 10). En otras palabras, tal como Jesucristo murió al pecado de una vez por todas y vive eternamente

para Dios (v. 10), nosotros también debemos considerarnos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. Jesucristo es Aquel que murió al pecado de una vez por todas (v. 10). Por lo tanto, nosotros —que fuimos bautizados en Cristo Jesús y morimos (v. 3)— también debemos creer y considerarnos como aquellos que han muerto al pecado de una vez por todas (v. 11). Jesucristo es Aquel que vive eternamente para Dios (v. 10). En consecuencia, nosotros —que morimos con Cristo Jesús y también fuimos resucitados (renacidos) con Él (vv. 5, 8)— también debemos considerarnos vivos para Dios (v. 10) (v. 11). Sin embargo, la Biblia nos instruye a no detenernos meramente en "considerarnos" como tales (v. 11), sino a vivir realmente de una manera digna de aquellos que están vivos para Dios en Cristo Jesús (v. 11) (vv. 12–14). En primer lugar, vivir de una manera digna de aquellos que están vivos para Dios en Cristo Jesús significa vivir considerándose muerto al pecado (v. 11). ¿Qué significa, entonces, vivir considerándose muerto al pecado? La Biblia, en Romanos 6:12–13, esboza tres puntos específicos:

Primero, no debemos permitir que el pecado reine sobre nuestros cuerpos.

Observemos Romanos 6:12: "Por tanto, no permitan que el pecado reine en su cuerpo mortal...". El pecado es de naturaleza maliciosa y busca constantemente dominarnos. Sin embargo, dado que ya hemos muerto al pecado de una vez por todas (v. 11), el pecado no puede dominarnos ni reclamarnos como suyos. Por consiguiente, no debemos permitir que el pecado reine sobre nuestros cuerpos (v. 12). Habiendo muerto al pecado de una vez por todas, no cometemos pecado. Considere 1 Juan 3:6 y 9: «Todo aquel que permanece en Él, no peca. Todo aquel que peca, ni le ha visto ni le ha conocido... Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios». Aquí, el texto afirma que uno «no peca» (v. 6) y «no practica el pecado» (v. 9); pero, ¿a qué tipo específico de pecado se está refiriendo? Existen tres formas de interpretar esto:

(a) Pecados intencionales:

Véase Salmos 19:13: «Guarda también a tu siervo de los pecados de soberbia; que no se enseñoreen de mí. Entonces seré irreprensible, y estaré libre de gran transgresión» [(Contemporary English Version) «Guarda a tu siervo de cometer pecados intencionales, y no permitas que me dominen. Entonces seré irreprensible y perfecto, y estaré libre de gran maldad»].

(b) Pecados habituales:

Véase 1 Corintios 8:7: «Sin embargo, no todos poseen este conocimiento. Algunas personas todavía están tan acostumbradas a los ídolos que, cuando comen tales alimentos, piensan que han sido sacrificados a un ídolo; y dado que su conciencia es débil, esta se contamina» [(Contemporary English Version) «Sin embargo, no todos conocen esta verdad. Algunas personas todavía conservan sus viejos hábitos con respecto a los ídolos; debido a que comen tales alimentos creyendo que son una ofrenda sacrificada a un ídolo, su conciencia se debilita y se contamina»].

(c) Pecados premeditados (planeados) y deliberados:

Véase Hechos 5:1–4: «Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira su esposa, vendió una propiedad. Y retuvo parte del precio, siendo su esposa también cómplice de ello; y trajo cierta parte y la puso a los pies de los apóstoles. Pero Pedro dijo: “Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón para mentir al Espíritu Santo y retener parte del precio del terreno? Mientras permanecía, ¿acaso no era tuyo? Y después de vendido, ¿no estaba bajo tu propio control? ¿Por qué has concebido esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios”». Si todavía estamos pecando —ya sea intencional, habitual o premeditadamente—, esa no es la vida de alguien que ha resucitado con Cristo. Por lo tanto, debemos confesar nuestros pecados a Dios y arrepentirnos. Sin embargo, cuando nos arrepentimos, debemos hacerlo como David. Observe el Salmo 19:7–9: «La ley del SEÑOR

es perfecta, que restaura el alma; el testimonio del SEÑOR es seguro, que hace sabio al sencillo; los preceptos del SEÑOR son rectos, que alegran el corazón; el mandamiento del SEÑOR es puro, que alumbra los ojos; el temor del SEÑOR es limpio, que permanece para siempre; los juicios del SEÑOR son verdaderos, y todos ellos justos». En otras palabras, al igual que David, debemos arrepentirnos de nuestros pecados por medio de la Palabra de Dios. Debemos anhelar cada vez con mayor profundidad la Palabra de Dios —esa Palabra perfecta que restaura el alma, hace sabio al sencillo, alegra el corazón y alumbra los ojos; que permanece pura y perdura para siempre; y que es verdadera y enteramente justa— y, mientras meditamos profundamente en esa Palabra día y noche, debemos arrepentirnos de nuestros pecados ante Dios. Observe el Salmo 19:13: «Guarda también a tu siervo de pecados de soberbia; ¡que no tengan dominio sobre mí! Entonces seré irreprensible, y estaré libre de gran transgresión» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Guarda a tu siervo de cometer pecados intencionales, y no permitas que me dominen. Entonces seré irreprensible y perfecto, libre de gran maldad»]. En resumen, al igual que David, debemos arrepentirnos de nuestros pecados orando fervientemente a Dios.

El diablo es malicioso y perverso. El diablo, quien en otro tiempo ejerció dominio sobre nosotros por medio del pecado, está ahora enfurecido porque hemos muerto y resucitado con Jesucristo; y, dado que el Espíritu Santo habita ahora en nuestro interior, el diablo ya no puede ejercer control alguno sobre nosotros. En consecuencia, el diablo busca infiltrarse entre nosotros por cualquier medio posible. Sin embargo, debemos someternos a Dios y resistir al diablo. Si así lo hacemos, el diablo huirá de nosotros (Santiago 4:7). ¿Cómo, entonces, debemos resistir al diablo? Considere las palabras de la Biblia en Filipenses 2:12–13: «Así que, amados míos, tal como siempre habéis obedecido —no solo en mi presencia, sino ahora mucho más en mi ausencia— continuad obrando vuestra salvación con temor y temblor, pues es Dios quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, para cumplir su buen propósito». Siempre debemos someternos a Dios y, con temor y temblor, seguir obrando nuestra salvación. Aquel que hace esto posible es Dios el Espíritu Santo, quien obra dentro de nosotros. En otras palabras, Dios el Espíritu Santo infunde en nosotros tanto el

deseo como la capacidad de actuar; Él nos capacita y obra a través de nosotros para resistir al diablo y ahuyentarlo. Cometemos muchos pecados —incluyendo pecados intencionales, pecados habituales y pecados premeditados—, así como otros de diversa índole. Debemos aferrarnos a la promesa que se encuentra en 1 Juan 1:9, confesar nuestros pecados y arrepentirnos: «Si afirmamos que no hemos pecado, lo hacemos a Él mentiroso y su palabra no está en nosotros» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Si confesamos nuestros pecados, Dios —que es fiel y justo— perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda injusticia»].

En segundo lugar, no debemos ceder a los deseos pecaminosos del cuerpo. Por favor, miren Romanos 6:12 en la Biblia: «...no obedezcan sus malos deseos». Aquí, la palabra griega original traducida como «malos deseos» ha sido vertida de ocho maneras diferentes. La traducción más común es «lujuria». Otras traducciones incluyen «codicia», «avaricia», «deseos egoístas», «apetitos sensuales», «deseo», «voluntad» y «pasión». Poseemos una naturaleza vieja y pecaminosa: un instinto que nos inclina hacia los mismos actos que la Biblia prohíbe mediante el mandamiento: «No hagas esto». No debemos obedecer los apetitos de esa vieja naturaleza. No debemos ceder a los deseos del corazón ni a los apetitos de la carne.

En tercer lugar, no debemos entregar nuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad; más bien, debemos ofrecernos a nosotros mismos a Dios y presentarle nuestros miembros como instrumentos de justicia.

Por favor, miren Romanos 6:13: «No ofrezcan las partes de su cuerpo al pecado como instrumentos de maldad, sino más bien ofrézcanse a ustedes mismos a Dios como aquellos que han sido traídos de la muerte a la vida, y ofrezcan las partes de su cuerpo a Él como instrumentos de justicia». Aquí, el término «miembros» puede entenderse como una referencia a las diversas partes de nuestros cuerpos físicos; por ejemplo: nuestros ojos, oídos, bocas, pies, manos, y así sucesivamente. Además, el término «miembros» abarca nuestras facultades de pensamiento y otros aspectos similares de nuestro ser. La palabra

«instrumentos» se refiere a herramientas. La Biblia enseña que nosotros —quienes hemos sido resucitados juntamente con Cristo— no debemos entregar nuestros miembros al pecado para que sean utilizados como instrumentos (herramientas) de iniquidad. Si el pecado se apodera de nuestros miembros y los utiliza como sus herramientas, somos nosotros quienes estamos cometiendo el pecado. Por ejemplo, el pecado puede tentar a nuestros pies —miembros de nuestro cuerpo— y llevarlos a detenerse en el camino de los pecadores (Salmos 1:1). Como otro ejemplo, el pecado puede tentar a nuestros ojos, desviándonos a través de la concupiscencia de los ojos (1 Juan 2:16); esto nos lleva a cometer pecado con nuestros ojos e incluso a cometer adulterio en nuestros corazones (Mateo 5:28).

La Biblia nos instruye a vivir como aquellos que han sido devueltos a la vida de entre los muertos. ¿Cómo, entonces, deben conducirse aquellos que han sido vivificados? Debemos vivir de una manera digna de aquellos que han sido resucitados juntamente con Cristo. Debemos vivir dignamente (Romanos 6:13). Debemos ofrecernos a nosotros mismos a Dios (v. 13). Debemos presentar los miembros de nuestros cuerpos a Dios como instrumentos (herramientas) de justicia (v. 13). Por favor, miren el *Nuevo Himnario* n.º 213, «Entrego mi vida a Ti»: (Estrofa 1) Entrego mi vida a Ti; Señor, por favor acéptala, y permíteme cantar Tus alabanzas a lo largo de mis días en la tierra. (Versículo 2) Te entrego mis manos y mis pies; Señor, por favor acéptalos y haz que sean ágiles para realizar Tu obra. (Versículo 3) Te entrego mi voz; Señor, por favor acéptala y permíteme proclamar únicamente la verdad de Tu Palabra. (Versículo 4) Te entrego mis tesoros; Señor, por favor acéptalos y úsalos conforme a Tu voluntad, por el bien del Reino de los Cielos. (Versículo 5) Te entrego mi tiempo; Señor, por favor acéptalo y permíteme servirte todos los días de mi vida. Amén. Puesto que sabemos que Dios es justo (1 Juan 2:29) —y como aquellos que han sido justificados mediante la muerte de Jesucristo (Rom. 5:1–11)—, debemos practicar la justicia (1 Juan 2:29). Debemos vivir justamente (v. 29, *The Contemporary Bible*). Para nosotros, practicar la justicia —vivir justamente— significa que, tal como el Señor es justo, nosotros —como personas justas (3:7)— nos purificamos a nosotros mismos (v. 3). Además, significa amarnos los unos a los

otros de acuerdo con los mandamientos del Señor (vv. 11, 23, 24). Así pues, al ofrecer a Dios nuestros miembros corporales —mediante los cuales practicamos la justicia— como instrumentos de justicia (Rom. 6:13), nos amamos los unos a los otros según los mandamientos del Señor, al tiempo que simultáneamente nos purificamos, tal como el Señor es puro. Por favor, observe Romanos 6:14: «Porque el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» [(The Contemporary Bible) «Porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia, el pecado no podrá dominaros»]. La Biblia declara que el pecado no nos dominará, ni tendrá dominio sobre nosotros. La razón de ello es que no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia. La inmensa gracia de Dios es una gracia capaz de cubrir todos nuestros pecados.

«¡Gracias sean dadas a Dios!»

[Romanos 6:15-18]

Repasemos una vez más las palabras de Romanos 6:12-14 [Título: El resultado de haber resucitado con Cristo]. Así como Jesucristo murió al pecado una vez para siempre y vive eternamente para Dios (v. 10), nosotros también debemos considerarnos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús; y debemos vivir en consecuencia.

En primer lugar, debemos vivir considerándonos muertos al pecado.

No debemos permitir que el pecado reine sobre nuestros cuerpos (v. 12). No debemos obedecer los malos deseos de nuestros cuerpos (v. 12). Con respecto a la palabra «deseos» (*saryok*) utilizada aquí: aunque mencioné durante la reunión de oración del miércoles pasado que la palabra griega original ha sido traducida de ocho maneras diferentes, en realidad, ha sido traducida de más de diez formas. Entre estas traducciones, incluso se ha interpretado como un «deseo» o «anhelo» de cosas buenas, y no meramente de pecado. Consideremos Filipenses 1:23: «De ambos lados me siento presionado; deseo partir y estar con Cristo, pues eso es mucho mejor». Aquí, la frase «estar con Cristo» fue traducida en la *Versión Coreana Revisada* de la Biblia como: «el deseo de estar con Cristo». No debemos ofrecer los miembros de nuestros cuerpos al pecado como instrumentos de iniquidad (Rom 6:13).

En segundo lugar, debemos vivir como aquellos que están vivos para Dios.

Debemos vivir como aquellos que han resucitado con Cristo (v. 13). Debemos ofrecernos a nosotros mismos a Dios (v. 13). Debemos ofrecer los miembros de nuestros cuerpos a Dios como instrumentos (herramientas) de justicia (v. 13). Hoy, centrándonos en el pasaje de Romanos 6:15–18, buscamos recibir la Palabra de Dios bajo el título: «¡Gracias sean dadas a Dios!». Por favor, diríjanse a Romanos 6:17–18: «Pero gracias a Dios que, aunque antes eran esclavos del pecado, han llegado a obedecer de corazón el modelo de enseñanza que ahora ha reclamado su lealtad. Han sido liberados del pecado y se han convertido en esclavos de la justicia». La palabra «antes» (u «originalmente»), que se encuentra en Romanos 6:17, denota el hecho de que, si bien en otro tiempo fuimos esclavos del pecado (v. 17), Dios —mediante la muerte en la cruz y la resurrección de Jesucristo— nos ha capacitado ahora para convertirnos en esclavos de la justicia (v. 18). Por consiguiente, debemos dar gracias a Dios (v. 17). Además, al observar Romanos 6:17, notamos que la palabra «ustedes» aparece dos veces. A lo largo de Romanos 6:1–23, la palabra «nosotros» (que aparece principalmente en la primera mitad del capítulo) ocurre 11 veces, mientras que la palabra «ustedes» (que aparece principalmente en la segunda mitad) ocurre 21 veces; sin embargo, tanto «nosotros» como «ustedes» transmiten el mismo significado: se refieren a aquellos de «nosotros» o de «ustedes» que han sido bautizados con Jesucristo, sepultados con Él y, posteriormente, resucitados a la vida (v. 4). En este contexto, he considerado cuatro categorías con respecto al «bautismo»: (1) aquellos que recibieron el bautismo en agua después de recibir el bautismo del Espíritu Santo; (2) aquellos que recibieron el bautismo del Espíritu Santo después de recibir el bautismo en agua; (3) aquellos que recibieron únicamente el bautismo del Espíritu Santo; y (4) aquellos que recibieron únicamente el bautismo en agua. Los términos «nosotros» y «ustedes» se aplican únicamente a las categorías (1) a (3). Aquellos que han recibido únicamente el bautismo en agua no están incluidos dentro del alcance de «nosotros» y «ustedes». En otras palabras, los términos «nosotros» y «ustedes» se refieren a (1) aquellos que recibieron el bautismo en agua después de recibir el bautismo del Espíritu Santo; (2) aquellos que recibieron el bautismo del Espíritu Santo después de recibir el bautismo en agua; y (3) aquellos que recibieron únicamente el bautismo del Espíritu Santo; pero *no* a (4) aquellos que recibieron únicamente el bautismo

en agua. Dentro de la iglesia, hay muchos que reciben únicamente el bautismo en agua, sirven en cargos oficiales y solo más tarde reciben el bautismo del Espíritu Santo. Sin embargo, también hay quienes —y no son pocos— han recibido solo el bautismo en agua sin haber recibido jamás el bautismo del Espíritu Santo. Si esta descripción encaja contigo, es absolutamente imprescindible que recibas el bautismo del Espíritu Santo. Debes desear fervientemente el bautismo del Espíritu Santo y pedírselo a Dios. El bautismo del Espíritu Santo significa regeneración: nacer de nuevo. El hecho de que nos hayamos convertido en hijos de Dios al recibir a Jesucristo es el resultado directo del bautismo del Espíritu Santo. Por lo tanto, debemos dar gracias a Dios (v. 17). La razón de esto es que, si bien originalmente éramos esclavos del pecado —[originalmente estábamos espiritualmente muertos; nacimos muertos y, por ende, tras nuestra muerte física, estábamos destinados a enfrentar la muerte eterna (la «segunda muerte»)]—, Dios ahora, únicamente por medio de Su gracia, nos ha capacitado para convertirnos en esclavos de la justicia (vv. 17–18).

La Biblia registra casos de personas que, a pesar de tener sobradas razones para estar agradecidas, no expresaron su gratitud. Por ejemplo, si observamos Lucas 17:11–19, encontramos que, mientras Jesús viajaba hacia Jerusalén, entró en cierta aldea y se encontró con diez hombres que padecían lepra (Lucas 17:11–12). En ese momento, los leprosos clamaron a Jesús, diciendo: «¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!» (v. 13). Al verlos, Jesús les dio esta instrucción: «Id, mostraos a los sacerdotes»; y, mientras iban de camino, quedaron limpios (v. 14). Sin embargo, de los diez leprosos que fueron limpiados, solo uno —un samaritano— regresó; al ver que había sido sanado, glorificó a Dios a gran voz, cayó a los pies de Jesús y le dio gracias (versículos 15–16). Otro ejemplo se encuentra en Hechos 3:1–10 de la Biblia: mientras los apóstoles Pedro y Juan subían al Templo, un hombre que había sido cojo de nacimiento los vio en la puerta del Templo y les pidió limosna (versículos 1–3). En ese momento, Pedro dijo: «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: ¡En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda!» (versículo 6). Entonces Pedro tomó al cojo de la mano derecha y lo levantó; inmediatamente, los pies y los tobillos del hombre cobraron fuerza, y él se puso de un salto en pie, se enderezó y comenzó a caminar

(versículos 7–8). Además, al entrar en el Templo con Pedro y Juan, caminaba, saltaba y alababa a Dios (versículo 8). Nosotros también debemos dar gracias a Dios y regocijarnos, tal como aquel leproso samaritano que cayó a los pies de Jesús en señal de gratitud, y como el cojo que recibió su sanidad. La razón es que, si bien en otro tiempo fuimos esclavos del pecado, ahora nos hemos convertido en esclavos de la justicia. Por lo tanto, debemos comenzar nuestro día con gratitud, vivir el día entero con gratitud y —aun después de concluir el día con gratitud— continuar dando gracias a Dios incluso en nuestros propios sueños. ¿Qué otra cosa podría ser esto, si no la vida en el Cielo?

Además, en Romanos 6:17, la Biblia habla del «modelo de enseñanza» al cual fuisteis encomendados; aquí, «enseñanza» se refiere al Evangelio de Jesucristo —específicamente, a Su muerte en la cruz y a Su resurrección. El «modelo» se refiere a la Palabra de Dios: el modelo mismo del Evangelio. Debemos adentrarnos en este Evangelio y permitir que él nos transforme. Nuestros propios pensamientos deben convertirse en el Evangelio de Jesucristo y, mediante el poder de ese Evangelio, nuestras acciones deben irradiar su fragancia. No podemos lograr esto por nuestras propias fuerzas, pero el Espíritu Santo obra en nosotros para hacerlo posible. El Espíritu Santo nos concede una fe inquebrantable, capacitándonos para dar gracias a Dios y hallar gozo en Él. Asimismo, Romanos 6:17 enfatiza que la «obediencia de corazón» implica obedecer la Palabra de Dios —el Evangelio de Jesucristo— con un corazón puro y sincero (en lugar de limitarse a cumplir meramente con las formalidades). Un ejemplo sobresaliente de esto se encuentra en los creyentes de la iglesia de Tesalónica. En medio de una gran tribulación, recibieron la Palabra con el gozo del Espíritu Santo y la obedecieron; en consecuencia, se convirtieron en imitadores del apóstol Pablo y del Señor mismo (1 Tesalonicenses 1:6). Es más, llegaron a ser un ejemplo para todos los creyentes de toda Macedonia y Acaya (v. 7). La obediencia es el fruto de la fe; si uno posee fe, obedecerá. ¿Por qué, entonces, a algunos les resulta difícil vivir una vida de obediencia? La razón es que su fe es débil.

En Romanos 6:18, la Biblia declara que hemos sido «liberados del pecado». Originalmente, el pecado reinaba como rey sobre nuestras vidas; nos mantenía cautivos y nos dejaba totalmente impotentes para movernos. Sin embargo, ahora —por medio de Jesucristo— hemos sido liberados de la esclavitud del pecado. En consecuencia, ahora estamos facultados para mantenernos firmes y luchar contra el pecado, y para salir victoriosos sobre él. El mismo diablo huye ante nosotros. No somos de los que practican el pecado (1 Juan 3:6, 9). Ya no cometemos pecados intencionales (pecados de presunción), ni caemos en pecados habituales (pecados de costumbre), ni participamos en pecados planeados o conspirados (pecados de conspiración). Sin embargo, sí cometemos otros tipos de pecados. Un ejemplo bíblico de esto se encuentra en el apóstol Pedro. Cuando Jesús lo llamó, Pedro abandonó todo para seguirlo y, aunque siguió a Jesús durante tres años, aun así cometió pecado. Antes de que Jesús —en el Huerto de Getsemaní, donde su alma estaba abrumada de tristeza hasta el punto de la muerte— fuera a orar, les dijo a sus discípulos: «Quédense aquí y vigilen». Sin embargo, cuando regresó de su oración, encontró a los discípulos dormitando (Marcos 14:32–37). Al ver esto, Jesús le dijo a Pedro: «...Vigilen y oren para que no caigan en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil» (vv. 37–38). Fue precisamente porque el espíritu estaba dispuesto, pero la carne era débil, que él terminó cometiendo pecado. Este no fue un pecado de presunción, ni un pecado habitual, ni un pecado premeditado; más bien, fue un pecado cometido por debilidad: una incapacidad para resistir la tentación. El apóstol Pedro también cometió el pecado de negar a Jesús tres veces cuando este fue arrestado (Mateo 26:70, 72, 74). Sin embargo, al recordar las palabras de Jesús —que lo negaría tres veces antes de que cantara el gallo—, Pedro salió afuera y lloró amargamente en arrepentimiento (v. 75). Además, en Antioquía, el apóstol Pedro cometió un acto por el cual fue reprendido por el apóstol Pablo (Gálatas 2:11). Mientras comía con los gentiles, se retiró y se apartó por miedo al ver llegar desde Jerusalén a varios judíos enviados por Santiago (Versículo 12, *The Bible for Modern People*). En consecuencia, otros judíos también fingieron no haber estado comiendo y se retiraron; e incluso Bernabé se dejó arrastrar por la hipocresía de ellos (Versículo 13, *The Bible for Modern People*). Cuando nosotros —muy al igual que el apóstol Pedro— pecamos porque

«el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil», debemos aferrarnos a las palabras de 1 Juan 1:9, confesar nuestros pecados y arrepentirnos: «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad» [(La Biblia para la Gente Moderna) «Si confesamos nuestros pecados, Dios —que es fiel y justo— perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda maldad»]. Debemos ser diligentes en nuestro arrepentimiento.

En Romanos 6:18, la Biblia habla de ser «esclavos de la justicia». Jesucristo es el Siervo de la Justicia: el «Siervo Justo» (Isa. 53:11), el «Renuevo Justo» (Jer. 23:5) y el «Sol de Justicia» (Mal. 4:2, *La Biblia para la Gente Moderna*). Nos hemos convertido en siervos de Jesucristo. Durante la época romana —el tiempo de Pablo— había muchos siervos. En ese contexto, un «siervo» era un esclavo. Un esclavo no poseía ni libertad personal ni derechos humanos; era meramente una herramienta en manos de su amo. Las personas se convertían en esclavos por diversas razones: haber perdido una guerra, ser incapaces de saldar deudas o, simplemente, por haber nacido en la esclavitud. En resumen, se convertían en esclavos por pura necesidad. Sin embargo, debido a que hemos sido liberados del pecado a través de Jesucristo, nos hemos convertido en Sus siervos por nuestra propia libre voluntad.

En estos tiempos —dificultados de tantas maneras por el coronavirus— debemos dar gracias a Dios. La razón de ello es que, si bien originalmente éramos esclavos del pecado, a través de Jesucristo obtuvimos la libertad del pecado y ahora nos hemos convertido en esclavos de la justicia. Por lo tanto, en cualquier situación, debemos disfrutar de verdadera libertad, gozo y gratitud en Cristo. Cuando damos gracias, nuestros problemas se resolverán.

«El fin de estas cosas es muerte»

[Romanos 6:19-21]

El sexto capítulo del Libro de Romanos es un capítulo que comienza con el «pecado» (v. 1) y termina con el «pecado» (v. 23). Es un capítulo que comienza con la «gracia» (v. 1) y termina con un «don» (la gracia) (v. 23). Romanos, capítulo 6, es un capítulo donde la gracia abunda aún más allí donde el pecado ha aumentado (5:20). Observemos Romanos 6:19-21: «Hablo en términos humanos, por la debilidad de su naturaleza humana. Así como antes ofrecían las partes de su cuerpo en esclavitud a la impureza y a la maldad creciente, ofrézcanlas ahora en esclavitud a la justicia para alcanzar la santidad. Cuando ustedes eran esclavos del pecado, estaban libres del control de la justicia. ¿Qué beneficio obtuvieron en aquel tiempo de las cosas de las que ahora se avergüenzan? El fin de esas cosas es muerte». Meditaremos en la Palabra que se encuentra en los versículos 19-21 —la sección conclusiva del capítulo 6 de Romanos— dividiéndola en tres partes: (1) «El fin de estas cosas es muerte», (2) El fin es vida eterna, y (3) «El don de Dios».

En primer lugar, consideramos la afirmación: «El fin de estas cosas es muerte» (Rom 6:21).

¿Para quién es la muerte el fin? Es para aquellos que son esclavos del pecado (v. 20). Mientras escuchan hoy el mensaje de esta sección conclusiva del capítulo 6 de Romanos, oro fervientemente para que aquellos que aún son esclavos del pecado puedan liberarse de esa esclavitud. El fin último para un esclavo del pecado es la muerte.

(1) Un esclavo del pecado ofrece las partes de su propio cuerpo en esclavitud a la impureza y a la maldad. Observe Romanos 6:19 en la Biblia: «Hablo en términos humanos debido a la debilidad de su carne. Pues, así como presentaron sus miembros como esclavos a la impureza y a la iniquidad, resultando en más iniquidad...» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Estoy explicando esto en términos sencillos porque su naturaleza humana es débil. Así como anteriormente ofrecieron sus cuerpos como esclavos al pecado —en aras de la impureza y la iniquidad...»]. Aquí, «miembros» se refiere a nuestras extremidades: nuestro cuerpo físico (por ejemplo, nuestros ojos, nariz, boca, pies, manos, etc.). Además, «miembros» puede interpretarse de manera más amplia para incluir el tiempo, las posesiones y otros recursos que poseemos. Si observa el Libro de los Salmos (capítulos 1–150), el salmista habla extensamente sobre los diversos miembros —el cuerpo físico— de los seres humanos. Y él entregaba constantemente todos sus propios miembros a la bondad y a la justicia. En contraste, los impíos entregaban sus miembros a la injusticia (aunque el salmista habla con menos frecuencia sobre esto). Observe Salmos 140:2–3: «Traman cosas malas en sus corazones; se reúnen continuamente para la guerra. Afilan sus lenguas como la de una serpiente; veneno de víbora hay debajo de sus labios». Los impíos (mencionados en el versículo 1) tramaban el mal dentro de sus corazones —uno de sus miembros— (versículo 2). Además, afilaban sus lenguas como la lengua de una serpiente, y el veneno de una víbora yacía bajo sus labios (versículo 3). Observe Salmos 140:9: «Que las cabezas de los que me rodean —la maldad de sus propios labios— los cubran». Cuando los individuos impíos que rodeaban al salmista levantaban sus cabezas, usaban sus labios para proferir palabras maliciosas y maldiciones contra él. Nosotros, los justos, levantamos nuestras cabezas para alabar, adorar y dar gracias a Dios. (2) La vida de un esclavo del pecado es una vida de libertad respecto a la justicia.

Observe Romanos 6:20: «Porque cuando ustedes eran esclavos del pecado, eran libres con respecto a la justicia» [(Biblia del Pueblo Moderno) «Cuando ustedes eran esclavos del pecado, no tenían nada que ver con la justicia»]. En otras palabras, un esclavo del pecado actúa según sus propios caprichos en lo que respecta a la justicia; sin embargo, debido a

que su corazón no es limpio ni puro —sino que, por el contrario, está lleno de maldad—, comete pecado deliberadamente, impulsado por ese corazón perverso. Por ejemplo, un esclavo del pecado desobedece la Palabra de Dios, dejando de practicar la justicia para practicar, en su lugar, la injusticia; elige la desobediencia en lugar de la obediencia a la Palabra de Dios (p. ej., desobedeciendo el mandamiento del Señor de «amarse unos a otros»: al no amarse entre sí, sino odiarse mutuamente).

(3) Un esclavo del pecado produce frutos vergonzosos.

Observemos Romanos 6:21: «¿Qué fruto tenían entonces? Cosas de las cuales ahora se avergüenzan…». Aquí, el término «entonces» (v. 21) se refiere al tiempo en que éramos esclavos del pecado (v. 20). Cuando éramos esclavos del pecado, vivíamos en tinieblas y ni siquiera nos dábamos cuenta de que debíamos avergonzarnos. Es más, mientras éramos esclavos del pecado —incluso al cometer pecados contra Dios mediante la práctica de obras vergonzosas propias de las tinieblas—, en realidad considerábamos esos mismos actos como algo glorioso. Observemos Filipenses 3:19: «cuyo fin es destrucción, cuyo dios es su vientre, y cuya gloria está en su vergüenza; quienes ponen su mente en las cosas terrenales» [(Modern People's Bible) «Su fin es la destrucción. Hacen de sus deseos físicos su dios, consideran la vergüenza como gloria y piensan únicamente en asuntos mundanos»].

(4) El fin último de ser un esclavo del pecado es la muerte.

Por favor, observe Romanos 6:21 en la Biblia: «…porque el fin de esas cosas es la muerte» [(Contemporary English Version) «…el resultado de tal vida es la muerte eterna»]. Aquí, la «muerte» se refiere a la muerte física. Además, la consecuencia última de esta muerte física es la muerte eterna. La razón por la que el cuerpo físico muere es que constituye la pena pagada por el pecado [«Porque la paga del pecado es muerte…» (Rom 6:23)]. Sin embargo, para nosotros los cristianos —que somos siervos de la justicia—, nuestros cuerpos físicos no mueren como pena por el pecado. La razón de esto es que, dado que Dios nos ha declarado justos, no existe absolutamente ninguna condenación para aquellos de nosotros

que estamos en Cristo Jesús. Por favor, consulten Romanos 8:1–2 en la Biblia: «Por tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte». En la Biblia, la muerte del cuerpo físico se describe como «dormirse». Por favor, consulten Hechos 7:60 en la Biblia: «Entonces se arrodilló y exclamó con gran voz: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado". Y habiendo dicho esto, se durmió». Aquí, la Biblia describe la muerte del diácono Esteban afirmando que él «se durmió». Además, por favor, consulten 1 Tesalonicenses 4:13–15: «Hermanos, no queremos que ignoren lo que sucede con los que duermen en la muerte, para que no se entristezcan como el resto de la humanidad, que no tiene esperanza. Pues creemos que Jesús murió y resucitó, y así creemos que Dios traerá con Jesús a los que se han dormido en él. Según la palabra del Señor, les decimos que nosotros, los que todavía estamos vivos y quedamos hasta la venida del Señor, ciertamente no precederemos a los que se han dormido». Aquí, al hablar de los muertos, la Biblia se refiere a ellos como «los que duermen» en tres ocasiones. Para nosotros los cristianos, el cuerpo no muere verdaderamente —pues la muerte implica un fin definitivo—, sino que, más bien, duerme. En algún momento, despertaremos. Ese momento será precisamente cuando Jesucristo regrese (v. 15). En otras palabras, el mismo Señor descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero [aquellos que murieron creyendo en Cristo serán resucitados primero (Biblia Coreana Contemporánea)] (v. 16). Sin embargo, para los incrédulos —aquellos que no creen en Jesús, o los «esclavos del pecado»—, dado que mueren fuera de Cristo, la consecuencia de su muerte física es la muerte eterna: la «segunda muerte». Por favor, consideren Apocalipsis 21:8: «Pero los cobardes, los incrédulos, los viles, los asesinos, los sexualmente inmorales, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos serán consignados al lago de fuego y azufre ardiente. Esta es la segunda muerte». Aquí, la «segunda muerte» se refiere al destino de los incrédulos y de otros que son arrojados al lago que arde con fuego y azufre; un lugar donde no son aniquilados ni consumidos, sino que, por el contrario, padecen un castigo eterno. ¡Este es el fin último!

¡Debemos contemplar profundamente cuán aterrador es el pecado, así como su desenlace final! Por naturaleza, fuimos en otro tiempo esclavos del pecado: personas destinadas a sufrir un castigo eterno en la segunda muerte, el lago de fuego eterno. Sin embargo, mediante la soberana gracia y el amor de Dios, depositamos nuestra fe en Jesucristo, recibimos la salvación y obtuvimos la vida eterna. Ya no somos esclavos del pecado, sino siervos de la justicia; por lo tanto, nuestro destino final no es la muerte, sino la vida eterna. Al reflexionar sobre esta inmensa gracia y este amor de Dios, ¿cómo podríamos expresar plenamente nuestra gratitud, u ofrecerle adecuadamente nuestra alabanza, adoración y gloria? Hasta ese mismo día —ese preciso instante— en que exhalemos nuestro último aliento, debemos continuar ofreciendo a Dios nuestra acción de gracias, alabanza, adoración y gloria.

«El fin es la vida eterna»

[Romanos 6:19-22]

«El fin es muerte» (Rom 6:21). En otras palabras, el resultado final para un esclavo del pecado es la muerte.

En primer lugar, un esclavo del pecado ofrece los miembros de su propio cuerpo a la impureza y a la iniquidad (v. 19). Aquí, «impureza» se refiere a un estado de suciedad moral, mientras que «iniquidad» se refiere a desafiar y violar la ley de Dios. En segundo lugar, la vida de un esclavo del pecado está libre de justicia (v. 20). En tercer lugar, un esclavo del pecado produce un fruto vergonzoso (v. 21). En cuarto lugar, el fin para un esclavo del pecado es la muerte (v. 21). Aquí, «muerte» significa tres cosas: (1) Muerte espiritual: Un esclavo del pecado es alguien que ya está espiritualmente muerto. La razón de esto es que su comunión ha sido separada de Dios: Aquel que es la Vida, la Fuente de la vida y el Dador de la vida. (2) Muerte física: Esta es la separación del cuerpo y el alma. Para un esclavo del pecado, la muerte es la paga del pecado (v. 23). (3) Muerte eterna: Después de la muerte física, un esclavo del pecado se enfrenta a la «segunda muerte» (Ap 20:14; 21:8). Aquí, la «segunda muerte» se refiere al «lago de fuego» (Ap 20:14); significa que los cobardes, los incrédulos, los viles, los asesinos, los inmorales sexuales, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos serán arrojados a un lago que arde con fuego y azufre (21:8). En ese lago de fuego, los gusanos no mueren y el fuego nunca se apaga (Marcos 9:48). Cierto hombre rico murió y fue sepultado; mientras sufría tormento en el Hades, alzó la vista y vio al Padre Abraham a la distancia, con Lázaro descansando en sus brazos. Él exclamó en voz alta: «¡Padre Abraham, ten misericordia de mí! Por favor, envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo

en agua y refresque mi lengua, pues estoy en agonía en estas llamas; ¡estoy al borde de la muerte!» (Lucas 16:19, 22–24, *La Biblia para la Gente Moderna*). La muerte física no es, de ninguna manera, el fin. Lo que esto significa es que nuestras vidas no concluyen con la muerte del cuerpo. La Biblia declara claramente que existe una «segunda muerte». Declara con claridad que aquellos que no creen en Jesús morarán eternamente en el Lago de Fuego —ardiendo con fuego y azufre—, donde los gusanos nunca mueren y el fuego nunca se apaga. Por lo tanto, oro para que usted crea en Jesucristo y, de este modo, evite la segunda muerte.

«El resultado final es la vida eterna» (Romanos 6:22). En otras palabras, el destino último de un siervo de la justicia es la vida eterna.

Por favor, observe Romanos 6:22: «Pero ahora que han sido liberados del pecado y se han convertido en esclavos de Dios, el beneficio que cosechan conduce a la santidad, y el resultado es la vida eterna» [(tal como aparece en *La Biblia para la Gente Moderna*: «Pero ahora han sido liberados del pecado y se han convertido en siervos de Dios, y han llegado a llevar una vida santa; por lo tanto, el resultado es la vida eterna»)]. Aquí, la palabra «resultado» (o «fin») no se refiere al destino final de un siervo del pecado, sino más bien al destino último de un siervo de la justicia: a saber, la vida eterna. Además, la frase «Pero ahora» conlleva aquí un triple énfasis, transmitiendo un significado profundo. Es una expresión verdaderamente vital y preciosa. Originalmente (v. 17), como esclavos del pecado, entregábamos nuestros miembros a la impureza y a la iniquidad (v. 19); estábamos libres de la justicia (v. 20); dábamos frutos vergonzosos (v. 21); y nuestro fin era la muerte (v. 21). Sin embargo, ahora (v. 22), ya no somos esclavos del pecado, sino más bien esclavos de la obediencia (v. 16) —habiendo llegado a ser esclavos de la justicia (v. 18)— y, habiendo sido libertados del pecado (v. 22), damos fruto que conduce a la santidad, cuyo fin es la vida eterna (v. 22). En este contexto, ¿a quién se refiere el término «esclavos de la justicia»?

(1) Los esclavos de la justicia son aquellos que han sido libertados del pecado.

En Romanos 6:22, la palabra «ustedes» se refiere a aquellos que originalmente eran esclavos del pecado, pero que ahora han sido libertados de él. Como esclavos del pecado, anteriormente seguíamos al pecado y obedecíamos su dominio mientras este reinaba sobre nosotros. ¿Cómo llegamos a ser esclavos del pecado? A través de la transgresión de un solo hombre —Adán—, todos nos convertimos en esclavos del pecado (5:12). Por lo tanto, aunque originalmente éramos esclavos del pecado (6:17), hemos sido libertados de él (v. 22). Debido a que nuestro «viejo hombre» fue crucificado con Jesús, nuestro cuerpo pecaminoso murió, asegurando que ya no estuviéramos esclavizados al pecado (v. 6). Hemos llegado a disfrutar de la libertad del pecado (v. 22). Anteriormente, entregábamos nuestros miembros a la impureza y a la iniquidad, lo cual resultaba en una mayor iniquidad (v. 19). «Pero ahora» (v. 22), como esclavos de la justicia —y mediante la fe en Jesucristo, quien es nuestra justicia—, seguimos y servimos a la justicia. Ahora (vv. 19, 22), entregamos nuestros miembros como esclavos de la justicia, lo cual conduce a la santidad (v. 19). Las Escrituras declaran que uno no puede servir a dos amos. Por favor, observe Mateo 6:24 en la Biblia: «Nadie puede servir a dos amos; pues odiará a uno y amará al otro, o será leal a uno y despreciará al otro. No pueden servir a la vez a Dios y al dinero». Debemos recibir a Jesucristo —quien es nuestra justicia— como nuestro Señor, y debemos seguirle y servirle. Debemos presentar nuestros cuerpos como instrumentos de justicia para que podamos vivir vidas santas (Rom 6:19); no debemos presentarlos como instrumentos de pecado, entregando así nuestros cuerpos a la impureza y a la iniquidad (v. 19).

(2) Un siervo de la justicia presenta sus miembros como siervos de la justicia.

Aunque anteriormente presentamos nuestros miembros a la impureza y a la iniquidad mientras servíamos como esclavos del pecado, ahora los presentamos como siervos de la justicia (v. 19). Por ejemplo, el salmista presentó sus miembros como siervos de la justicia. Si observan la letra del Himno 213 del *Nuevo Himnario* —titulado «Ofrezco mi vida»—, este ofrece un cántico devocional de alabanza que afirma que debemos presentar nuestros

miembros (nuestros cuerpos) como siervos de la justicia: (Estrofa 1) «Ofrezco mi vida; Señor, por favor acéptala, y permíteme cantar Tus alabanzas durante todos mis días en la tierra». (Estrofa 2) «Ofrezco mis manos y mis pies; Señor, por favor acéptalos, y haz que sean prestos para realizar Tu obra». (Estrofa 3) «Ofrezco mi voz; Señor, por favor acéptala, y permite que proclame únicamente la verdad de Tu Palabra». (Estrofa 4) «Ofrezco mis tesoros; Señor, por favor acéptalos, y úsalos conforme a Tu voluntad en aras del Reino de los Cielos». (Estrofa 5) «Ofrezco mi tiempo; Señor, por favor acéptalo, y permíteme servirte fielmente todos los días de mi vida. Amén». El fundamento bíblico de esta letra se encuentra en Romanos 6:13: «No ofrezcan las partes de su cuerpo al pecado como instrumentos de iniquidad, sino más bien ofrézcanse a Dios como aquellos que han sido traídos de la muerte a la vida; y ofrezcan las partes de su cuerpo a Él como instrumentos de justicia». Ahora que nos hemos convertido en siervos de la justicia, debemos ofrecer nuestros cuerpos a Dios y darle gloria. Consideren 2 Corintios 5:14–15: «Porque el amor de Cristo nos apremia, ya que juzgamos de esta manera: que si Uno murió por todos, entonces todos murieron; y Él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para Aquel que murió por ellos y resucitó». Observe Romanos 14:7–8: «Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí mismo. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos». Esta es precisamente la vida que viven aquellos que se han convertido en siervos de la justicia.

(3) Los siervos de la justicia dan fruto que conduce a la santidad.

Observe Romanos 6:19: «…ahora presenten sus miembros como siervos de la justicia para santidad». Un siervo de la justicia se volvió santo en el preciso momento en que fue justificado. Es por eso que a un siervo de la justicia se le llama «santo». Observe Colosenses 1:2: «A los santos y hermanos fieles en Cristo que están en Colosas: Gracia a ustedes y paz de parte de Dios nuestro Padre». En la tradición católica, no se hace referencia a una persona como «santo» simplemente porque haya sido declarada justa en un momento puntual. Más bien, uno llega a ser llamado «santo» o «persona santa» —como Santa

Teresa— solo después de haber vivido una vida de justicia que se gana el respeto y la alabanza de muchos. La exhortación (o mandato) en Romanos 6:19 de «avanzar hacia la santidad» es un llamado a vivir una vida santa, digna de un santo. Como siervos de la justicia, debemos ofrecer nuestros cuerpos como instrumentos de justicia y vivir en santidad, creciendo así para asemejarnos cada vez más al santo Jesús. En otras palabras, debemos dar el fruto que conduce a la santidad (v. 22). Esto implica que debemos alcanzar un estado de madurez; debemos llegar a ser como Jesús. Considere Romanos 8:29: «Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó para ser conformados a la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos y hermanas» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Dios conoció a su pueblo de antemano, y los eligió para llegar a ser como su Hijo, de modo que su Hijo fuera el primogénito entre muchos creyentes»]. El propósito para el cual Dios nos predestinó es que nos conformemos a la imagen de Cristo —quien es el «Hijo primogénito» del Padre— para que nosotros también podamos convertirnos en «pequeños Cristos». (4) El resultado final para un siervo de la justicia es la vida eterna (Rom. 6:22).

Observemos Romanos 6:22: «Pero ahora que han sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, el beneficio que cosechan conduce a la santidad, y el resultado es la vida eterna». Ya no somos esclavos del pecado; más bien, habiéndonos convertido en «esclavos de la obediencia» (v. 16) y «esclavos de la justicia» (v. 18) —siendo así libertados del pecado (v. 22) y dando el fruto que conduce a la santidad—, nuestro resultado final es la vida eterna (v. 22).

El regalo de Dios

[Romanos 6:23]

Por favor, miren Romanos 6:23 en la Biblia: «Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» [(Biblia Coreana Contemporánea: «El precio del pecado es la muerte, pero el regalo que Dios da gratuitamente es la vida eterna en nuestro Señor Jesucristo»)]. Aquí, consideraremos «el regalo de Dios» —es decir, «el regalo que Dios da gratuitamente»— dividiéndolo en dos partes:

Primero, la regeneración.

¿Qué es la «regeneración»? Es el inicio (o comienzo) de la vida eterna. Se refiere a que el alma nace de nuevo (renace). Por favor, miren Juan 3:3 en la Biblia: «Respondió Jesús y le dijo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios"» [(Biblia Coreana Contemporánea: «Entonces Jesús respondió a Nicodemo: "Te digo claramente: a menos que alguien nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios"»)]. La regeneración se refiere a convertirse en una nueva creación. Por favor, miren 2 Corintios 5:17 en la Biblia: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». Se refiere a que un alma —la cual estaba muerta en delitos y pecados— es devuelta a la vida. Por favor, miren Efesios 2:1 en la Biblia: «Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados». Antes de experimentar la regeneración —antes de nacer de nuevo, antes de convertirnos en nuevas creaciones— éramos personas que estábamos muertas en delitos y pecados (Ef.

2:1). Éramos personas cuyas almas estaban muertas (espiritualmente muertas), y éramos personas destinadas a enfrentar la muerte física. La razón es que Adán —el primer ser humano— podría haber vivido eternamente como un «alma viviente» (Gén. 2:7) si hubiera obedecido el mandamiento de Dios y se hubiera abstenido de comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, de acuerdo con el pacto que Dios había establecido. Sin embargo, al desobedecer el mandato de Dios y comer del fruto prohibido (Gén. 3:6), él rompió el pacto que Dios había establecido. Como resultado, no fue meramente el alma de Adán la que murió (una muerte espiritual); más bien, a través de él, el pecado entró en el mundo, y la muerte entró por medio del pecado. Así pues, debido a que todas las personas han pecado, la muerte se ha extendido a toda la humanidad (Rom. 5:12). En otras palabras, a causa de la transgresión de Adán, no solo Adán mismo, sino todos nosotros —quienes pertenecemos a él— nos convertimos en personas con almas muertas; además, quedamos destinados a enfrentar la muerte física y, en última instancia, a llegar a la muerte eterna (la «segunda muerte»). Esto es precisamente lo que se entiende al decir que la paga del pecado es muerte (Rom. 6:23).

Entonces, ¿cuándo fuimos regenerados? ¿Cuándo volvieron a la vida nuestras almas muertas? Fue precisamente cuando estábamos muertos en nuestros delitos y pecados (Ef. 2:1). En aquel tiempo, caminábamos en ellos, siguiendo la corriente de este mundo y obedeciendo al príncipe del reino del aire (v. 2). Vivíamos siguiendo los caminos malvados del mundo y sometiéndonos al diablo, quien ejerce dominio sobre el reino bajo los cielos (v. 2; *Contemporary Korean Version*). Anteriormente, todos nosotros vivíamos entre ellos, satisfaciendo los apetitos de nuestra naturaleza pecaminosa y llevando a cabo los deseos del cuerpo y de la mente; al igual que el resto de la humanidad, éramos por naturaleza objetos de la ira divina (v. 3). Fue en ese preciso momento (v. 2) cuando fuimos regenerados —nacidos de nuevo— y nuestras almas muertas fueron devueltas a la vida, convirtiéndonos en nuevas creaciones.

¿Cómo fuimos regenerados? ¿Cómo volvieron a la vida nuestras almas muertas? Dios, que es rico en misericordia, en virtud del gran amor con el que nos amó —incluso cuando estábamos muertos en nuestros delitos— nos dio vida juntamente con Cristo (vv. 4–5). ¿Cómo, entonces, nos dio vida? Nos resucitó *en Cristo Jesús nuestro Señor* (Rom. 6:23). En otras palabras, Dios nos unió —a nosotros, que estábamos espiritualmente muertos en nuestras transgresiones y pecados— con Jesucristo, haciendo que muriéramos y fuéramos sepultados junto con Él (vv. 3–4, 8). Además, así como Él resucitó a Cristo de entre los muertos (v. 4), también nos capacitó para vivir junto con Él (v. 8), permitiéndonos así caminar en novedad de vida (v. 4). A través de esta misteriosa unión con Jesucristo, nuestro «viejo yo» (la persona espiritualmente muerta que éramos antes de la regeneración) murió con Jesús en la cruz; en consecuencia, nos hemos convertido en un «nuevo yo» —una creación regenerada, nacida de nuevo y nueva— facultada para caminar en una vida nueva.

Por lo tanto, la afirmación que se encuentra en la primera mitad del texto de hoy —Romanos 6:23— la cual declara: «Porque la paga del pecado es muerte», ya no se aplica a nosotros, los creyentes que hemos sido regenerados. En otras palabras, ya no es cierto que enfrentemos la muerte como la pena por el pecado. Como cristianos que nos hemos convertido en siervos de la justicia, no sufrimos la muerte física como pago por el pecado. La razón de esto es que, debido a que Dios nos ha justificado, ahora no existe absolutamente ninguna condenación para aquellos de nosotros que estamos en Cristo Jesús (8:1). Para nosotros, los que creemos en Jesucristo, la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús ya nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte (v. 2). Aunque originalmente éramos esclavos del pecado (6:17), ahora que hemos sido librados del pecado (v. 22; cf. v. 18), ya no enfrentamos la muerte como la pena por el pecado (v. 23). Más bien, somos aquellos que han muerto *en* Cristo —Aquel que es la Resurrección y la Vida (Juan 11:25)— (1 Tes. 4:16). Aquí, las Escrituras se refieren a aquellos que han muerto *en* Cristo como «los que han dormido» (v. 13). Nuestra muerte física no es la pena por el pecado, sino más bien el acto de atravesar un portal que conduce al Cielo. La razón por la cual no podemos entrar en el Cielo ahora mismo es, sencillamente, que todavía poseemos este cuerpo físico. En otras palabras, debido a

que aún no hemos experimentado la muerte física, no podemos entrar en el Cielo en este momento; sin embargo, una vez que enfrentemos la muerte física —aunque nuestros cuerpos regresen al polvo— nuestras almas entrarán en el Cielo. Por lo tanto, para nosotros, los que creemos en Jesús, incluso si morimos, viviremos; y todo aquel que vive y cree en Jesucristo no morirá jamás (Juan 11:24–25). En consecuencia, sabiendo que nuestras almas entrarán en el Cielo incluso si muriéramos ahora mismo, no podemos menos que ofrecer alabanzas de acción de gracias a Dios. Un ejemplo de esto es uno de los dos criminales que fueron crucificados junto a Jesús. Él le dijo a Jesús: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Lucas 23:42). En respuesta, Jesús le dijo al criminal: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (v. 43). Por lo general, los prisioneros que eran crucificados en aquella época tardaban entre dos y tres días en morir. Sin embargo, Jesús le dijo a este criminal: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». Esta promesa —de que estaría con Jesús en el Paraíso «hoy»— significa lo siguiente: dado que Jesús fue crucificado a la hora tercera (alrededor de las 9:00 a. m.) (Marcos 15:25) y murió a la hora novena (alrededor de las 3:00 p. m.) (15:34, 37), Él permaneció colgado en la cruz durante aproximadamente seis horas antes de morir. Que aquel ladrón —un pecador que, por todo derecho, merecía la muerte eterna— se encontrara en el Paraíso junto a Jesús constituye un acto de gracia y amor de una magnitud verdaderamente inmensa. Además, considerando que, de otro modo, se habría visto obligado a soportar una agonía física en la cruz durante dos o tres días, y sin embargo fue librado tras sufrir solo unas seis horas, ¿acaso no constituye esto también un testimonio de la grandeza de la gracia y el amor de Dios?

En segundo lugar: La vida eterna.

¿Qué es, entonces, la «vida eterna»? La vida eterna no es sinónimo de regeneración. Más bien, puede describirse como la consumación de la regeneración. La vida eterna se refiere a aquel estado —en el momento de la Segunda Venida del Señor— en el cual el cuerpo físico de la persona es transformado (si esta aún se encuentra con vida en ese momento) o resucitado (si ha fallecido); posteriormente, el cuerpo se reúne con el alma, permitiendo a

la persona entrar en el Cielo —los «cielos nuevos y la tierra nueva»— y morar eternamente en la presencia de Dios.

Consideremos la resurrección del cuerpo. Miremos Apocalipsis 20:13: «El mar entregó los muertos que había en él, y la Muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y cada persona fue juzgada conforme a lo que había hecho» [(Modern People's Bible) «El mar, la muerte y el infierno vomitaron a los muertos que había en su interior, y cada uno de ellos fue juzgado conforme a sus obras»]. Los muertos serán entregados. En otras palabras, los muertos volverán a la vida. Miremos 1 Tesalonicenses 4:16: «Porque el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero». Los santos que han muerto en Cristo serán los primeros en resucitar. Miremos 1 Corintios 15:52–53: «Porque sonará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Pues es necesario que lo corruptible se vista de incorruptibilidad, y lo mortal de inmortalidad». Cuando Jesús regrese (en la Segunda Venida), los muertos serán «resucitados» (devueltos a la vida) con cuerpos incorruptibles, y los santos que aún estén vivos en ese momento serán «transformados». Miremos Filipenses 3:21: «Él, por el poder que le permite someter todas las cosas bajo su dominio, transformará nuestros cuerpos viles para que sean semejantes a su cuerpo glorioso» [(Modern People's Bible) «Cuando Él venga, por ese poder que le permite someter todas las cosas bajo su dominio, transformará nuestros cuerpos viles para que sean semejantes a su cuerpo glorioso»]. El Señor transformará nuestros cuerpos viles (nuestros cuerpos humildes) para que sean semejantes a su cuerpo glorioso.

Contemplemos el Cielo. Miremos Apocalipsis 22:4–5: «Verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. Ya no habrá más noche. No necesitarán luz de lámpara ni luz del sol, porque el Señor Dios les dará luz. Y reinarán por los siglos de los siglos». En el Cielo, nada de lo que existe en el reino de los muertos está presente (a la inversa, las cosas que están ausentes del reino de los muertos se encuentran en el Cielo). En el Cielo, veremos el rostro del Señor. En ese momento, lo veremos cara a cara (1 Corintios 13:12). Cuando Jesús aparezca,

seremos semejantes a Él y lo veremos tal como Él es en realidad (1 Juan 3:2). «Si el mero pensamiento del Salvador trae tal gozo, ¿cuánto mayor será el gozo cuando contemplemos Su rostro?» (Nuevo Himnario 85, «Solo al pensar en el Salvador», Versículo 1). En el Cielo, reinaremos con el Señor por los siglos de los siglos (Apocalipsis 22:5). ¿Cómo ha llegado a ser esto posible? Ha llegado a ser posible precisamente a través de la vida eterna en Cristo Jesús nuestro Señor: un don gratuito de Dios (Romanos 6:23; cf. Juan 3:16). En el contexto de la «vida eterna en Cristo Jesús nuestro Señor», la frase «en el Señor» aparece 164 veces; aquí presentamos solo tres ejemplos: «…los que han dormido en Jesús…» (los difuntos) (1 Tesalonicenses 4:14); «…considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (los regenerados) (Romanos 6:11); y «…vida eterna en Cristo Jesús nuestro Señor» (la vida eterna llevada a su plenitud: reinar con el Señor en el Cielo) (Romanos 6:23).

La Biblia: 1 Corintios. Observe 1 Corintios 15:57–58: «¡Pero gracias sean dadas a Dios! Él nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por lo tanto, mis amados hermanos y hermanas, manténganse firmes. Que nada los mueva. Dedíquense siempre por completo a la obra del Señor, porque saben que su labor en el Señor no es en vano». Observe también Apocalipsis 22:12: «¡Miren, vengo pronto! Mi recompensa está conmigo, y daré a cada persona según lo que haya hecho». Debemos mantenernos firmes, permanecer inquebrantables y dedicarnos siempre plenamente a la obra del Señor, con la esperanza de recibir la recompensa que Él nos otorgará cuando regrese.

Mientras meditaba en los dones de Dios —específicamente, en los dones que Él nos otorga gratuitamente—, distinguiendo entre la regeneración y la vida eterna, comencé a reflexionar sobre cómo debemos vivir los cristianos en el ínterin: ese espacio entre la regeneración (el inicio, o comienzo, de la vida eterna) y la vida eterna misma (la cual puede describirse como la consumación de dicha regeneración). En otras palabras, la pregunta es la siguiente: ¿Cómo debemos nosotros —cristianos que *ya* (en el pasado) hemos sido regenerados, nacidos de nuevo y transformados en nuevas creaciones— vivir el *presente* (el tiempo entre el «ya» y el «aún no») mientras aguardamos la *futura* consumación de la vida eterna

en la Segunda Venida de Jesús? Hallé la respuesta a esta pregunta en la tercera estrofa del Himno 436 del *Nuevo Himnario* —titulado «Ahora he recibido la nueva vida del Señor»—, la cual dice: «Aquel que ha obtenido nueva vida, goza de la vida eterna; el corazón que acoge al Señor se convierte en un nuevo cielo». En términos sencillos, esto significa que, a medida que transitamos esta vida terrenal —situada entre el «ya» de nuestra regeneración y el «aún no» de nuestra vida eterna—, debemos vivir de una manera digna de aquellos que han recibido esta nueva vida, disfrutando activamente de la realidad de la vida eterna aquí y ahora. Es más, esta vida de disfrute de la vida eterna es, en esencia, vida en el Cielo; el corazón que goza de esta vida eterna es, en sí mismo, un Cielo (cf. Lucas 17:21); y la [vida] que goza de esta vida eterna… La comunidad —específicamente, una familia y una iglesia centradas en el Señor— es el cielo. ¿Cómo, entonces, debemos vivir para disfrutar de la vida eterna mientras navegamos por el espacio que media entre nuestra regeneración —el *ya* del comienzo de la vida eterna— y su consumación final: el *aún no* de su plenitud? Debemos crecer en nuestro conocimiento del único Dios verdadero y de Jesucristo [(Juan 17:3): «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado»]. Aquí, nuestro crecimiento en el conocimiento de Dios Padre y de Jesús el Hijo significa lo siguiente: por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (1 Juan 3:24), disfrutamos de *comunión* (fraternidad) con Dios Padre —quien nos otorgó Su inmenso amor y nos adoptó como Sus hijos (3:1–2)— y con Jesús el Hijo: la Palabra de Vida que existía desde el principio y que es Él mismo la vida eterna, y quien voluntariamente entregó Su vida en la cruz como sacrificio expiatorio por nuestros pecados (2:2; 3:16). A través de esta comunión (1:1–3), vivimos en obediencia a los mandamientos del Señor (3:11, 23, 24) y damos el fruto del Espíritu Santo (Gál. 5:22–23). Estos mandamientos del Señor constituyen un mandato *doble*: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (un mandamiento concerniente a nuestra comunión vertical con Dios) y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (un mandamiento concerniente a nuestra comunión horizontal con nuestros hermanos y hermanas) (Mat. 22:37, 39). Estos mandamientos son, de hecho, los mandamientos del cielo. Vivir en obediencia a este doble mandato del Señor (el mandamiento del cielo) es conocer al Señor, vivir *en* el Señor y

permanecer en el amor del Señor; esto constituye la esencia misma de la vida celestial: una vida rebosante de amor y gozo (Juan 15:9–12). Esto es precisamente lo que significa experimentar, de una manera parcial pero real dentro de este mundo presente, esa vida eterna que disfrutaremos en su plenitud en el mundo venidero (el cielo). Es vida.

Aquellos que han muerto a la Ley

[Romanos 7:1–4]

Por favor, miren Romanos 7:1–4: «¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo a los que conocen la ley), que la ley tiene dominio sobre el hombre mientras este vive? Porque la mujer que tiene marido está sujeta por la ley a su marido mientras él vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si mientras vive su marido ella se une a otro hombre, será llamada adúltera; pero si su marido muere, ella queda libre de esa ley, de modo que no es adúltera, aunque se una a otro hombre. Por tanto, hermanos míos, también vosotros habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis unidos a otro —a Aquel que fue resucitado de entre los muertos—, a fin de que llevemos fruto para Dios». El capítulo 7 de Romanos es el «Capítulo de la Ley». En Romanos 7:1–3, la palabra «ley» aparece cinco veces, y en el versículo 4, la palabra «Ley» aparece una vez. Aquí, el término «ley» (en los versículos 1–3) se refiere a la «Ley» (Park Yun-sun). Cuando el apóstol Pablo escribió su carta a la iglesia en Roma, se dirigió a ellos como «hermanos» (v. 1); dentro de la iglesia romana, estos «hermanos» y «hermanas» eran santos que estaban familiarizados con la Ley, incluidos los Diez Mandamientos. Por lo tanto, al redactar su epístola para ellos, el apóstol Pablo declaró: «Hermanos, hablo a los que conocen la ley…» (v. 1). Posteriormente, en los versículos 2 y 3, empleó la ley que rige la relación entre un marido y una esposa como analogía para tratar el tema de la Ley. En el versículo 2, el apóstol Pablo explicó que la ley se aplica solo mientras el marido está vivo y que, una vez que él muere, la ley deja de tener efecto. Cuando una pareja contrae matrimonio, intercambian votos. Ese voto es una promesa de que el marido y la esposa no se separarán por ninguna otra razón que no sea la muerte. En el versículo 3, Pablo afirmó que si una mujer se casa con otro hombre mientras

su esposo aún vive, se la considera una adúltera [lo que significa que comete el pecado de adulterio (Modern Man's Bible)] (v. 3). Posteriormente, en el versículo 4, Pablo se dirigió a los creyentes de la iglesia en Roma, diciendo: «Ustedes también fueron hechos morir a la ley por medio del cuerpo de Cristo...». Este es un versículo muy significativo. Basándome en este pasaje, he elegido el título: «Aquellos que fueron hechos morir a la ley».

Por favor, miren nuevamente Romanos 7:4: «Así también ustedes, hermanos míos, han muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que pertenezcan a otro: a aquel que fue levantado de entre los muertos, a fin de que demos fruto para Dios» [(Modern Man's Bible) «Hermanos, por lo tanto, por medio de Cristo, quien fue crucificado, ustedes también han muerto a la ley. Esto es para que pertenezcamos a otro —específicamente, al Cristo resucitado— con el fin de dar fruto para Dios»]. ¿Quiénes son aquellos que fueron hechos morir a la ley? Son, precisamente, los «hermanos» (vv. 1, 4). En otras palabras, se refiere a los creyentes de la iglesia en Roma, así como a nosotros: los creyentes de hoy. Anteriormente (antes de creer en Jesús), todos estábamos bajo la ley (y bajo el pecado). Por favor, miren Romanos 3:19: «Ahora bien, sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo sea considerado responsable ante Dios». Todos éramos personas que estábamos bajo la ley (y bajo el pecado), y también estábamos bajo el juicio de Dios. La razón de esto es que todos habíamos quebrantado la ley. Por favor, miren Romanos 3:23: «pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios». Anteriormente —es decir, antes de creer en Jesús—, debido a que todos estábamos bajo la Ley (bajo el pecado), no podíamos ser justificados ante Dios mediante nuestros propios esfuerzos (buenas obras). Por favor, miren Romanos 3:20: «Por tanto, nadie será declarado justo ante los ojos de Dios por las obras de la ley; más bien, a través de la ley tomamos conciencia de nuestro pecado».

Entonces, ¿*cómo* llegamos a ser muertos con respecto a la Ley? Sucedió precisamente a través del cuerpo de Cristo (7:4). Por favor, miren Gálatas 4:4–5: «Pero cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a

los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción como hijos». Cuando el tiempo señalado por Dios se hubo cumplido plenamente, Él envió a su Hijo unigénito, Jesucristo, a esta tierra; hizo que naciera de la Virgen María por medio del Espíritu Santo, e hizo que naciera bajo la Ley. El propósito de esto era salvarnos a nosotros: aquellos que estábamos bajo la Ley. Por favor, miren Gálatas 2:19: «Pues por medio de la ley morí a la ley, para vivir para Dios». Esta es la confesión del apóstol Pablo; aunque él había buscado ser justificado observando y cumpliendo estrictamente la Ley —sin importar cuán arduamente se esforzara por hacerlo—, todo fue en vano. Fue solo al encontrarse con Jesucristo en el camino a Damasco —muriendo así a la Ley y viviendo para Dios— que recibió la salvación. La razón por la que Dios envió a Jesucristo fue para salvar a Saulo (Pablo) —quien estaba bajo la Ley—, así como para salvarnos a nosotros. Por favor, miren Efesios 2:4–5 en la Biblia: «Pero debido a su gran amor por nosotros, Dios, que es rico en misericordia, nos dio vida juntamente con Cristo aun cuando estábamos muertos en nuestras transgresiones; ¡por gracia ustedes han sido salvados!». Dios nos dio vida: a nosotros, que estábamos muertos en transgresiones y pecados (v. 1). Dios hizo que naciéramos de nuevo (regeneración). Nosotros, que por naturaleza éramos hijos de ira (v. 3), fuimos —debido al gran amor de Dios por nosotros, de Aquel que es rico en misericordia (v. 4)— vivificados juntamente con Cristo, aun cuando estábamos muertos en nuestras transgresiones (v. 5); Él también nos resucitó juntamente (lo que significa que fuimos resucitados con Cristo) y nos sentó juntamente en los lugares celestiales en Cristo Jesús (v. 6). Por favor, miren Apocalipsis 3:21 en la Biblia: «Al que venza, le daré el derecho de sentarse conmigo en mi trono, así como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «A aquel que sea vencedor en la fe, le concederé el privilegio de sentarse conmigo en mi trono, así como yo me convertí en vencedor y me senté con mi Padre en Su trono»]. Él prometió que, en el reino celestial, nos concedería el privilegio de sentarnos con Cristo en el trono del Hijo.

Para redimirnos —a aquellos que estábamos bajo la ley (v. 5)— y para capacitarnos para llegar a ser hijos de Dios (v. 5; Versión en Inglés Contemporáneo), Dios designó al justo Jesucristo (1 Juan 2:1) para ser el sacrificio expiatorio por nuestros pecados (v. 2). Jesucristo,

quien nació bajo la ley (Gál. 4:4), cumplió plenamente la ley y cargó plenamente con la maldición de la ley; además, al entregar Su vida en la cruz por nosotros (1 Juan 3:16), nos reconcilió con Dios. Por lo tanto, mediante el gran amor otorgado por Dios Padre, nos hemos convertido en hijos de Dios (vv. 1–2). En consecuencia, ahora somos capaces de clamar a Dios, diciendo: «¡Abba, Padre!» (Rom. 8:15; Gál. 4:6; cf. Marcos 14:36). Nos hemos convertido en nuevas creaciones [(2 Cor. 5:17): «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación; lo viejo ha pasado, ¡lo nuevo ha llegado!»]. Nosotros, que anteriormente estábamos bajo la ley, nos hemos convertido ahora en nuevas creaciones en Jesucristo.

¿Cuál es el propósito por el cual fuimos hechos morir con respecto a la Ley a través del cuerpo de Cristo? Ese propósito es que demos fruto para Dios. Miremos Romanos 7:4: «…para que pertenezcamos a otro —a aquel que fue levantado de entre los muertos— a fin de que demos fruto para Dios» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «…Esto es para que lleguemos a ser propiedad de otro —a saber, el Cristo resucitado— y demos fruto para Dios»]. Aquí, el «fruto» se refiere a la vida eterna de la que se habla en Romanos 6:22. Miremos Romanos 6:22: «Pero ahora que han sido liberados del pecado y se han convertido en esclavos de Dios, el beneficio que cosechan conduce a la santidad, y el resultado es la vida eterna». Esta vida eterna no es el fruto de sentarse con Cristo en el trono del Hijo. La razón es que este fruto de vida eterna se obtiene únicamente a través de la gracia de Dios. Miremos Romanos 6:23: «…pero el don de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «…pero el regalo gratuito que Dios da es vida eterna en nuestro Señor Jesucristo»]. En resumen, el «fruto» del que se habla en Romanos 7:4 se refiere a nuestra santificación progresiva: el proceso de llegar a ser cada vez más semejantes a Jesús. El fruto que debemos dar es precisamente este: llegar a ser cada vez más santos y crecer cada vez más en la semejanza de Jesús, convirtiéndonos así en «pequeños Cristos». Miremos Filipenses 2:12: «…sigan ocupándose de su salvación con temor y temblor». Esto habla de nuestra santificación, lo cual implica que debemos llevar nuestra vida eterna a su plena realización. Dado que nos hemos hecho uno con Cristo a través de Cristo, debemos esforzarnos por llegar a ser como Él.

Si es así —puesto que hemos sido hechos morir con respecto a la Ley—, ¿significa esto que ahora no tenemos ninguna relación con la Ley? No, ese no es el caso. Por favor, miremos Mateo 5:17 en la Biblia: «No piensen que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolirlos, sino a cumplirlos». Jesús no vino a abolir la Ley; más bien, vino a cumplirla. Por lo tanto, nosotros también —siguiendo el ejemplo de Jesús— debemos cumplir la Ley. ¿Qué significa esto? Por favor, miren Romanos 13:8–10: «No deban nada a nadie, excepto la deuda del amor mutuo. Si aman a su prójimo, han cumplido la Ley. Pues los mandamientos: "No cometerás adulterio", "No matarás", "No robarás", "No codiciarás", y cualquier otro, se resumen todos en este único mandamiento: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". El amor no hace daño al prójimo; por lo tanto, el amor es el cumplimiento de la Ley». El significado es que, de acuerdo con la verdad de que el amor es el cumplimiento de la Ley, debemos amarnos unos a otros. En otras palabras, debemos amarnos unos a otros con el fin de cumplir la Ley.

Concluiré con el Himno 213: «Entrego mi vida a Ti»: (Estrofa 1) Entrego mi vida a Ti, Señor; por favor, acéptala y permíteme cantar Tus alabanzas a lo largo de mis días en la tierra. (Estrofa 2) Entrego mis manos y mis pies a Ti, Señor; por favor, acéptalos y hazme presto para realizar Tu obra. (Estrofa 3) Entrego mi voz a Ti, Señor; por favor, acéptala y permíteme proclamar únicamente la verdad de Tu Palabra. (Estrofa 4) Entrego mis tesoros a Ti, Señor; por favor, acéptalos y úsalos conforme a Tu voluntad en favor del Reino de los Cielos. (Estrofa 5) Entrego mi tiempo a Ti, Señor; por favor, acéptalo y permíteme servirte fielmente todos los días de mi vida. Amén.

Aquellos liberados de la Ley

[Romanos 7:5-6]

Por favor, miren Romanos 7:5-6: «Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas, que eran por medio de la ley, obraban en nuestros miembros para llevar fruto para muerte. Pero ahora hemos sido librados de la ley, habiendo muerto a aquello en lo que estábamos sujetos, para que sirvamos en la novedad del Espíritu y no en la vejez de la letra». En Romanos 7:5-6, la palabra «nosotros» aparece cinco veces. Aparece tres veces en el versículo 5 y dos veces en el versículo 6; sin embargo, el «nosotros» del versículo 5 y el «nosotros» del versículo 6 son totalmente diferentes. El «nosotros» del versículo 5 se refiere al «nosotros» *antes* de la regeneración, mientras que el «nosotros» del versículo 6 se refiere al «nosotros» *después* de la regeneración. Aquí, el «nosotros» anterior a la regeneración se refiere al «nosotros» que somos incrédulos: aquellos que aún no han creído en Jesús; por el contrario, el «nosotros» posterior a la regeneración se refiere al «nosotros» que somos creyentes: aquellos que han depositado su fe en Jesús.

Consideremos primero el «nosotros» que existía antes de la regeneración.

Por favor, miren de nuevo Romanos 7:5: «Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas, que eran por medio de la ley, obraban en nuestros miembros para llevar fruto para muerte». En la frase «cuando estábamos en la carne», el término «carne» se refiere generalmente a tres cosas distintas: (1) el cuerpo físico en su estado puro y no adulterado; (2) la carne que ha sido influenciada por el mal y es, por lo tanto, moralmente corrupta; y (3) la carne que ha sido influenciada por la bondad y es, por lo tanto, moralmente

buena. En Romanos 7:5, la «carne» a la que se refiere el apóstol Pablo es la segunda de estas categorías: la carne que ha sido influenciada por el mal y es, en consecuencia, moralmente corrupta. La frase «mientras estábamos en la carne» se refiere al tiempo anterior a nuestra regeneración, cuando vivíamos en pecado (o morábamos en el pecado). Durante aquel tiempo, las pasiones pecaminosas, suscitadas por la ley, obraban en nuestros miembros (v. 5). Aquí, con respecto a la frase «pasiones pecaminosas», la palabra «pasiones» suele conllevar el significado de puro celo, fervor o un anhelo ferviente; sin embargo, en Romanos 7:5, el apóstol Pablo la emplea específicamente para describir «pasiones pecaminosas». Esto significa que estas «pasiones pecaminosas» estaban activas no solo en un miembro específico de nuestro cuerpo, sino en *todos* nuestros miembros: tales como nuestros ojos, nariz, boca, manos, pies, y demás. Mientras estábamos en la carne, estas pasiones pecaminosas nos hacían llevar fruto para muerte (v. 5). El fruto que un creyente lleva *después* de la regeneración es fruto llevado para Dios (v. 4), y ese fruto es la vida eterna (6:23); por el contrario, el fruto que un incrédulo lleva *antes* de la regeneración es fruto llevado para Satanás, y ese fruto es, de hecho, la muerte (v. 5). El tiránico Satanás nos obligaba —antes de nuestra regeneración— a llevar el fruto de la muerte. Esto implica que, como paga del pecado, llevábamos un fruto que no solo sometía nuestros cuerpos físicos a la muerte, sino que, en última instancia, conducía a la «segunda muerte»: la muerte dentro del lago de fuego eterno. Cuando llevábamos este fruto de muerte antes de nuestra regeneración, nuestras almas estaban espiritualmente muertas; nos hallábamos como enemigos de Dios, y nuestra comunión con Él estaba rota. Toda persona que no ha recibido a Jesucristo como su Salvador —es decir, todo incrédulo que no deposita su fe en Él— enfrentará la muerte física como paga del pecado, seguida del castigo eterno (la «segunda muerte»). En efecto, antes de creer en Jesús —antes de nuestra regeneración— estábamos inevitablemente destinados a enfrentar la muerte física como paga del pecado y, finalmente, a enfrentar ese desenlace definitivo: la segunda muerte. Sin embargo, debido a que Dios nos amó primero, envió a su Hijo unigénito, Jesús, a morir en la cruz como propiciación por nuestros pecados; de este modo, Él nos salvó y obró nuestra regeneración. Por consiguiente, ya no enfrentamos la muerte física como pena por nuestros pecados; Más bien,

simplemente «nos dormiremos» (1 Tesalonicenses 4:13–18). Además, en lugar de enfrentar la destrucción eterna, ahora hemos obtenido la vida eterna (Juan 3:16).

Consideremos a «nosotros» —quiénes somos— después de nuestra regeneración.

Miremos de nuevo Romanos 7:6: «Pero ahora hemos sido librados de la ley, habiendo muerto a aquello que nos mantenía cautivos, para que sirvamos de la manera nueva del Espíritu, y no de la manera antigua del código escrito». Aquí, la frase «pero ahora» sirve como un marcador enfático triple. Antes de nuestra regeneración, dábamos fruto de muerte para beneficio de Satanás; lo que significa que estábamos destinados no solo a enfrentar la muerte física como pena por el pecado, sino también a sufrir la destrucción eterna. Sin embargo, «pero ahora», hemos llegado a dar fruto de vida eterna para beneficio de Dios (v. 4; 6:23). Habiendo muerto a aquello que nos mantenía cautivos, hemos sido librados de la ley (7:6). Antes de nuestra regeneración, estábamos atados por la ley; teníamos la obligación de cumplirla. Pero ahora, hemos sido librados de la ley. La razón de esto es que nosotros —habiendo sido regenerados mediante la fe en Jesús— hemos muerto a la misma ley que una vez nos mantuvo cautivos. Hemos sido liberados de las restricciones y los límites de la ley, y ahora disfrutamos de verdadera libertad. Entonces, ¿cómo exactamente hemos sido librados de la ley? Por favor, miren Gálatas 4:4–5: «Pero cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción como hijos». Hemos sido liberados de la ley porque Dios envió a su Hijo, Jesucristo, a esta tierra —concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen María— y, al hacer que Él naciera bajo la ley, Dios nos redimió a nosotros, que estábamos bajo la ley. Aquí, la afirmación de que Dios nos «redimió» por medio de su Hijo unigénito, Jesucristo, significa que Él pagó el precio total y justo para liberarnos (para salvarnos) de nuestra esclavitud tanto a Satanás como a la ley. Esto no significa —en absoluto— que este precio legítimo, o rescate, haya sido pagado a Satanás; más bien, significa que Dios ofreció a Su Hijo unigénito, Jesús, a Sí mismo como sacrificio propiciatorio. ¿Por qué hizo esto Dios? ¿Cuál era Su propósito? Era hacernos hijos de Dios

(v. 5, *The Contemporary Bible*). Dios el Padre no se limitó a enviar a Su Hijo (v. 4); también envió al Espíritu Santo —quien es el Espíritu de Su Hijo (v. 6)— para que morara en nosotros. Así, Dios nos hizo templos del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19) y ordenó que el Espíritu Santo permaneciera con nosotros siempre. En consecuencia, Dios nos capacitó para llamarlo «Abba, Padre» (Gálatas 4:6). Por favor, observe Romanos 8:15–17: «Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: "¡Abba, Padre!". El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados». Así, nosotros —que en otro tiempo fuimos esclavos de Satanás— hemos sido hechos hijos y herederos de Dios porque Él envió a Su Hijo unigénito, Jesucristo, y también envió al Espíritu Santo, quien es el Espíritu de Su Hijo. Por lo tanto, hemos llegado a servir en la novedad del Espíritu (7:6). En otras palabras: antes de nuestra regeneración, éramos guiados por el diablo y servíamos a Satanás; pero después de nuestra regeneración, hemos llegado a servir a Dios en la novedad del Espíritu. Aquí, «en la novedad del Espíritu» significa que, debido a que el Espíritu Santo —a quien Dios envió— mora en nosotros y nos ha hecho nuevos, ahora servimos a Dios por medio del Espíritu Santo como nuevas creaciones (2 Corintios 5:17). Anteriormente, Satanás usaba nuestros miembros para dar fruto que conducía a la muerte; pero ahora, el Espíritu Santo usa nuestros miembros para dar fruto que conduce a la vida eterna. Ahora alabamos, oramos y ofrecemos adoración por medio del Espíritu Santo. Debemos ofrecer nuestras propias vidas —incluyendo nuestros miembros, tales como nuestras manos, pies, voces, tesoros y tiempo— enteramente a Dios, y servir al Señor siguiendo la guía del Espíritu Santo (Nuevo Himnario 213: «Ofrezco mi vida»). Ahora bien, no servimos bajo la vejez de la letra de la ley (Romanos 7:6). En este contexto, el término «código escrito» se refiere a la Ley que Dios entregó al pueblo de Israel a su llegada al monte Sinaí; Él llamó a Moisés a subir al monte e inscribió personalmente los mandamientos en dos tablas de piedra, las cuales luego le entregó; estas mismas inscripciones constituyen el código escrito. Sin embargo, nosotros, que ahora hemos nacido de nuevo, ya no servimos bajo el código escrito, sino que servimos por medio del

Espíritu Santo. Así pues, por la gracia de Dios —y mediante la muerte sacrificial de Jesucristo en la cruz— hemos sido salvados y hemos nacido de nuevo, lo cual nos capacita para servir al Señor mediante el poder del Espíritu Santo. Ahora, como aquellos que han nacido de nuevo, damos fruto para Dios. Ese fruto es la vida eterna.

Dios nos ha otorgado un amor inmenso. Jesús pagó un precio tremendo por nuestra salvación. El Espíritu Santo intercede personalmente en nuestro favor con gemidos demasiado profundos para ser expresados con palabras (8:26). En su intercesión, el Espíritu Santo aboga por nosotros conforme a la voluntad de Dios (v. 27). Además, el Espíritu Santo nos santifica, haciéndonos santos y capacitándonos para crecer a semejanza de Jesús. Por lo tanto, no debemos resistir al Espíritu Santo, sino más bien vivir conforme a su guía. En consecuencia, a medida que nos volvemos más santos día tras día y crecemos cada día más a semejanza de Jesús, debemos convertirnos en «pequeños Cristos». Debemos amar a nuestros prójimos, tal como declara la Escritura: «El que ama a su prójimo ha cumplido la ley» (13:8). Esto es precisamente lo que significa dar fruto para Dios; esto es lo que significa vivir como alguien que posee vida eterna (1 Juan 3:14); y esto es lo que significa vivir como ciudadano del Cielo (Fil. 3:20). Cuando vivimos bajo la guía del Espíritu Santo —obedeciendo los mandamientos del Señor y amando a nuestros prójimos como a nosotros mismos—, nuestra alegría será completa (Juan 15:11).

«¿Es la ley pecado?»

[Romanos 7:7–9]

Por favor, miren Romanos 7:7–9: «¿Qué diremos, entonces? ¿Es la ley pecado? ¡Ciertamente no! De hecho, yo no habría sabido lo que era el pecado si la ley no hubiera dicho: "No codiciarás". Pero el pecado, aprovechando la oportunidad que le brindaba el mandamiento, produjo en mí toda clase de codicia. Porque, aparte de la ley, el pecado está muerto. En otro tiempo yo vivía aparte de la ley; pero cuando vino el mandamiento, el pecado cobró vida y yo morí». ¿Es la ley pecado? (v. 7). La ley no es pecado. La ley dada por Dios no puede ser pecado. Por el contrario, la ley es santa, justa y buena. Por favor, miren Romanos 7:12: «Así que la ley es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno» [(Modern People's Bible) «Por lo tanto, la ley y el mandamiento son todos santos, justos y buenos»]. Es por eso que el apóstol Pablo dijo: «¿Es la ley pecado? ¡Ciertamente no!» [(v. 7, Modern People's Bible) «¿Entonces es la ley pecado? ¡Absolutamente no!»]. Por favor, miren Romanos 6:14: «Porque el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, pues no están bajo la ley, sino bajo la gracia». Por favor, miren Romanos 7:4: «Por tanto, hermanos míos, ustedes también murieron a la ley por medio del cuerpo de Cristo, para que pertenezcan a otro —a aquel que fue resucitado de entre los muertos—, a fin de que demos fruto para Dios». Por favor, miren Romanos 7:6: «Pero ahora hemos sido librados de la ley, habiendo muerto a aquello que nos tenía sujetos, para que sirvamos en la novedad del Espíritu y no en la vejez de la letra». Estos tres versículos plantean la pregunta: «¿Es la ley pecado?» (v. 7). El apóstol Pablo declaró: «Yo no habría conocido el pecado excepto a través de la ley» (v. 7). La ley revela el pecado. Uno no puede conocer el pecado aparte de la ley. Por favor, observe Romanos 3:20: «Por tanto, por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de Él, porque por medio de la ley es el

conocimiento del pecado». Como ejemplo de esto, el apóstol Pablo dijo: «...pues yo no habría conocido la codicia a menos que la ley hubiera dicho: "No codiciarás"» (7:7). Debido a que la ley declara que la codicia es un pecado, somos capaces de reconocerla como tal. Por favor, observe Éxodo 20:17: «No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna que sea de tu prójimo». El décimo mandamiento de los Diez Mandamientos declara explícitamente: «No codiciarás».

Sin embargo, el pecado, aprovechando la oportunidad a través del mandamiento, produce en nosotros toda clase de codicia (Rom 7:8). El pecado es algo que cometemos; es nuestra incapacidad de vivir de acuerdo con la ley. En la frase «el pecado, aprovechando la oportunidad», el término «pecado» se refiere a Satanás. En otras palabras, Satanás aprovecha una oportunidad —utilizando el mandamiento— para despertar toda clase de codicia dentro de mí. Un ejemplo claro de esto se encuentra en el libro del Génesis, involucrando a Adán, el primer ser humano. Según Génesis 2:7, la Biblia declara que el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló aliento de vida en sus narices, y el hombre se convirtió en un alma viviente. Sin embargo, Satanás acechaba en busca de una oportunidad para idear una manera de hacer que Adán —el primer hombre en convertirse en un alma viviente— transgrediera el mandamiento de Dios y cometiera pecado. En este contexto, el mandamiento de Dios era: «No debes comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el día que de él comas, ciertamente morirás» (v. 17). La serpiente —que es Satanás— era más astuta que cualquiera de los animales salvajes que el Señor Dios había hecho. Esta serpiente preguntó a la mujer, la esposa de Adán: «¿Conque Dios ha dicho: "No deben comer de ningún árbol del jardín"?» (3:1). Observe la respuesta de la mujer: «Podemos comer del fruto de los árboles del jardín; pero Dios dijo: "No deben comer del árbol que está en medio del jardín, ni deben tocarlo, de lo contrario morirán"» (vv. 2–3). Al examinar la respuesta de la mujer, destacan dos puntos: primero, Dios en realidad nunca dio la instrucción de «no tocar» el árbol del conocimiento del bien y del mal; y segundo, mientras que Dios había declarado explícitamente: «Ciertamente morirás» (2:17), la mujer

lo reformuló diciendo: «Morirán» (3:3). Entonces Satanás (la «serpiente») le dijo a la mujer: «Ciertamente no morirán» —una afirmación que se oponía directamente a la palabra de Dios: «Ciertamente morirás»—, alegando en su lugar que, el día en que comieran de él, llegarían a ser como Dios. En última instancia, tanto la mujer como Adán transgredieron el mandamiento de Dios: «No debes comer del árbol del conocimiento del bien y del mal» (2:17), cometiendo así un acto de desobediencia. Por favor, observe Génesis 3:6 en la Biblia: «La mujer vio que el árbol era bueno para comer, agradable a la vista y también deseable para adquirir sabiduría. Así que tomó de su fruto y comió; también le dio a su esposo, que estaba con ella, y él comió». Satanás acechó a la espera de una oportunidad y luego distorsionó el mandamiento de Dios; finalmente, provocó que Adán cometiera pecado, conduciéndolo así a la muerte.

Esto produjo en mí toda clase de codicia (Rom 7:8). A través de la codicia, Satanás nos tienta, buscando que alberguemos —y anhelemos— toda clase de deseos avariciosos. Un ejemplo de esto es la codicia de riquezas materiales. Cuantas más posesiones materiales acumula una persona, mayor se vuelve su sentido de poder; sin embargo, al permanecer insatisfecha, va más allá: desea poder político (alta autoridad) e incluso desarrolla un ansia insaciable de fama y honor. De este modo, la codicia de las cosas materiales se ramifica continuamente en toda forma de avaricia. Aquí, la frase «produjo» (v. 8) significa la materialización de esta codicia. En medio de un estado de insatisfacción, uno busca constantemente adquirir más. Uno no logra hallar contentamiento. Ya se trate de riquezas materiales, honor, popularidad o cualquier otra cosa, ninguna de estas cosas puede proporcionar verdadera satisfacción. En consecuencia, incluso después de acumular grandes riquezas y disfrutarlas al máximo, algunos permanecen insatisfechos, hasta el punto de que incluso pueden recurrir al suicidio. No podemos hallar verdadera satisfacción en las cosas de este mundo. Debemos hallar nuestra satisfacción únicamente en Jesús. Debemos estar agradecidos por las bendiciones que Dios, en su gracia, nos ha otorgado hasta ahora, y sentirnos contentos con ellas. Debemos estar agradecidos por el don de la vida eterna que Dios nos ha dado (6:23), y sentirnos contentos con él. También debemos dar gracias por —y hallar contentamiento

en— el don de la fe y todas las demás bendiciones espirituales que Él nos ha concedido (Ef 1:3; 2:8).

Pues sin la ley, el pecado está muerto (7:8). Fue a través del mandamiento —la instrucción específica de Dios— que Satanás atrapó a Adán y provocó su caída en el pecado. Sin la ley, el pecado queda desprovisto de poder; es como si estuviera muerto. Sin embargo, donde existe la ley, el pecado cobra vida; nos tienta y nos conduce a cometer pecado. Antes de que comprendiéramos la ley, estábamos vivos; pero cuando llegó el mandamiento, el pecado cobró vida y nosotros morimos (versículo 9). Mientras no logremos comprender la ley, permanecemos bajo la ilusión de que «estamos vivos». Un ejemplo de esto es el cuarto mandamiento de los Diez Mandamientos: «Acuérdate del día de reposo para santificarlo» (Éxodo 20:8). Antes de que comprendiéramos esta ley, profanábamos el día de reposo. Debemos conocer los mandamientos de Dios; si no lo hacemos, inevitablemente caeremos en el pecado. Debido a nuestra fragilidad humana, a menudo cometemos pecado incluso cuando sabemos que está mal. Sin embargo, los pecados que cometemos por ignorancia —simplemente porque no sabíamos— son aún más numerosos. Por lo tanto, debemos adquirir un conocimiento profundo de la Palabra de Dios. Además, debemos armarnos con la Palabra de Dios. Al mismo tiempo, debemos comprender correctamente la Palabra de Dios. La razón es que Satanás nos tienta añadiendo a la Palabra de Dios o restándole a ella. Nos tienta distorsionando la mismísima Palabra de Dios. En la oscuridad, permanecemos inconscientes; es solo cuando brilla la luz que podemos percibir la oscuridad. Debemos esforzarnos por asegurar que no cometamos pecado por ignorancia. Somos llamados a vivir una vida santa. Debemos usar la Palabra de Dios para repeler las tentaciones de Satanás. Cuando Satanás distorsiona la Palabra de Dios para tentarnos, debemos usar esa misma Palabra para ahuyentarlo, superando sus ataques y avanzando en victoria.

Esto me trae a la mente el Himno 200 del *Nuevo Himnario*, «Esa dulce y misteriosa Palabra»: «Esa dulce y misteriosa Palabra —la Palabra de Vida— es una Palabra preciosa; verdaderamente, esta Palabra de Vida ilumina claramente mi sendero y mi fe». También

recuerdo el Himno 453 del *Nuevo Himnario*, «Quiero conocer más a Jesús»: «Que el Espíritu Santo sea mi Maestro, instruyéndome en la verdad, para que, al captar la santa voluntad de Dios, pueda llegar a conocer a Jesús»; «A medida que aprendo la Palabra de Dios bajo la inspiración del Espíritu Santo, cada versículo se convierte en una lección para mi corazón»; «Es el anhelo de toda la vida de mi alma —mi anhelo de toda la vida— conocer fervientemente el amor redentor que Él me ha mostrado».

«El mandamiento que debía traer vida» (1)

[Romanos 7:8–13]

Por favor, miren Romanos 7:10: «El mismo mandamiento que debía traer vida, en realidad me trajo muerte». Aquí, «el mandamiento» se refiere a la orden que Dios dio al primer Adán, tal como se registra en Génesis 2:16–17: «Y el SEÑOR Dios mandó al hombre, diciendo: "De todo árbol del huerto puedes comer libremente; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás"». Si Adán hubiera obedecido ese mandamiento y se hubiera abstenido de comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, ello lo habría conducido a la vida. En otras palabras, si Adán hubiera obedecido ese mandamiento —el cual tenía el propósito de traer vida (Rom 7:10)—, habría alcanzado la vida eterna. Sin embargo, el apóstol Pablo declaró: «en realidad me trajo muerte» (v. 10). ¿Cómo es que el mismo mandamiento destinado a traer vida terminó trayendo muerte en su lugar? (v. 10). Por favor, miren Romanos 7:11: «Porque el pecado, aprovechando la ocasión por medio del mandamiento, me engañó, y por medio de él me mató» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Esto se debe a que el pecado, aprovechando la oportunidad que le brindaba el mandamiento, me engañó y utilizó ese mandamiento para matarme»]. El pecado (el poder del pecado / la Serpiente / Satanás) aprovechó la oportunidad para utilizar el mandamiento con el fin de engañar a Adán (Gén 3:1–5), provocando que este desobedeciera la orden de Dios (Gén 2:17); en consecuencia, Adán halló finalmente su fin en la muerte: la paga del pecado (Rom 6:26). Y así como el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre —Adán—, y la muerte por medio del pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos han pecado (5:12). Si vivimos conforme a la Palabra de Dios, esta nos conducirá inevitablemente

a la vida. En otras palabras, si obedecemos la Palabra de Dios, alcanzaremos la vida eterna. Por lo tanto, debemos obedecer la Palabra de Dios, aunque ello nos cueste nuestra propia vida. Por muy difícil, arduo o doloroso que sea, no puede compararse con la muerte. Por lo tanto, debemos guardar la Palabra de Dios a costa de nuestras vidas, apostando nuestra propia existencia a ella. Ese es el camino hacia la verdadera vida, y es el camino hacia la vida eterna. Sin embargo, el pecado, aprovechando la oportunidad que le brindaba el mandamiento, produjo en mí toda clase de deseos codiciosos [(Biblia Coreana Contemporánea): «Pero el pecado, aprovechándose del mandamiento, despertó en mí toda clase de deseos codiciosos»]. El pecado —o el poder del pecado, representado por Satanás— acecha en busca de una oportunidad para utilizar el mandamiento y despertar en nosotros toda clase de deseos codiciosos. La serpiente —la más astuta de todas las bestias salvajes (Gén. 3:1)— aprovechó una oportunidad para despertar deseos codiciosos en la mujer (la esposa de Adán); hizo que el árbol del conocimiento del bien y del mal le pareciera deseable: bueno para comer, agradable a la vista y capaz de otorgar sabiduría (v. 6). Incluso ahora, el astuto Satanás continúa aprovechando oportunidades para despertar en nosotros deseos codiciosos, incitándonos a perseguir todo lo que hay en el mundo: a saber, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la vanagloria de la vida (1 Juan 3:16, Biblia Coreana Contemporánea). El objetivo final de Satanás es provocar nuestra muerte. Es decir, la meta de Satanás es conducirnos hacia la muerte (Rom. 8:10). Por consiguiente, debemos estar plenamente conscientes de los objetivos, las intrigas y los engaños de Satanás.

Debido al coronavirus, la gente comenta que el día del regreso del Señor se acerca. Observemos Mateo 24:24 en la Biblia: «Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios para engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos» [(Biblia del Pueblo Moderno): «Se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y realizarán grandes milagros y hechos asombrosos, intentando engañar incluso al pueblo escogido, si les es posible»]. Satanás busca engañar incluso a los hijos de Dios: aquellos a quienes Dios ha elegido. Sin embargo, debemos luchar contra tal engaño y vencerlo por medio de la

Palabra de Dios. Debemos seguir el ejemplo de Jesús. Jesús fue guiado por el Espíritu Santo al desierto, donde fue tentado por el diablo (Mateo 4:1). Cuando el diablo lo tentó tres veces, Jesús respondió diciendo: «Escrito está» [«En las Escrituras» (Modern People's Bible)], y repelió las tentaciones del diablo utilizando las palabras escritas de las Escrituras del Antiguo Testamento (vv. 4, 7, 10). Nosotros también debemos luchar contra los engaños de Satanás y alcanzar la victoria utilizando la «espada del Espíritu», que es la Palabra de Dios (Efesios 6:17). Si nos aferramos a la Palabra de Dios y la guardamos fielmente, Dios nos protegerá y nos guiará a la vida eterna. Miren Mateo 24:22 en la Biblia: «Y si aquellos días no fuesen acortados, ninguna carne sería salva; mas por causa de los escogidos aquellos días serán acortados» [(Modern People's Bible) «Si este período de sufrimiento no fuera acortado, nadie sobreviviría. Sin embargo, por el bien del pueblo elegido, ese período será acortado»]. Si Dios simplemente permitiera que los diversos desastres de estos días de tribulación siguieran su curso sin control, nadie se salvaría. Sin embargo, por el bien de sus escogidos, Dios acortará esos días de tribulación. Por favor, miren Mateo 24:31 en la Biblia: «Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro» [(Contemporary Bible) «Enviaré ángeles con un fuerte toque de trompeta, y reunirán al pueblo elegido de los cuatro vientos, desde un extremo de los cielos hasta el otro»]. Dios enviará a sus ángeles para reunir a todos los hijos que ha elegido, congregándolos para dar la bienvenida a Jesús. Dios protegerá y velará por sus hijos, concediéndoles finalmente la salvación. Como la iglesia del Señor —específicamente la Iglesia Presbiteriana Victory, la cual el mismo Señor está estableciendo— oramos para llegar a ser como la Iglesia de Filadelfia, una de las siete iglesias de Asia Menor descritas en los capítulos 2 y 3 del libro de Apocalipsis. Por favor, miren Apocalipsis 3:8: «Yo conozco tus obras. Mira, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; pues tienes un poco de fuerza, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre». Oramos para que esta iglesia —la iglesia del Señor, establecida por el mismo Señor— permanezca como una congregación que guarda Su Palabra y nunca niega Su nombre, aun si poseemos solo un poco de fuerza, independientemente de las tentaciones, engaños o adversidades que podamos enfrentar. Además, oramos

fervientemente para que, al transmitir fielmente la Palabra de Dios a la siguiente generación, ellos también puedan guardar y obedecer la Palabra del Señor, alcanzando así la vida eterna. Por favor, miren Apocalipsis 3:11: «¡He aquí, vengo pronto! Retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona». El Señor otorga una corona a aquellos que guardan Su Palabra. Debemos asegurarnos de no perder esa corona; más bien, cuando el Señor regrese, debemos estar listos para recibirlo mientras nos aferramos firmemente a ella.

El mandamiento que conduce a la vida (2)

[Romanos 7:8-13]

Por favor, miren Romanos 7:10: «El mismo mandamiento que estaba destinado a traer vida, en realidad me trajo la muerte». Aquí, «el mandamiento» se refiere al mandamiento vivificante dado por Dios. Si uno guarda este mandamiento, puede vivir (por ejemplo: si lo guarda durante 10 años, puede vivir 10 años; si durante 100 años, 100 años; y si durante 1.000 años, 1.000 años). Si uno vive de acuerdo con este mandamiento, recibirá bendiciones. El primerísimo mandamiento que Dios dio a Adán —el representante de la humanidad— está registrado en Génesis 2:16-17: «Y el Señor Dios mandó al hombre, diciendo: "De todo árbol del huerto podrás comer libremente; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás"». Según este mandamiento, si uno se abstenía de comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, viviría. Sin embargo, si uno no lograba guardar ese mandamiento, ciertamente moriría. Si vivimos de acuerdo con el mandamiento, recibimos bendiciones, no morimos y somos capaces de sustentar nuestra vida (es decir, somos capaces de vivir).

El apóstol Pablo declaró: «en realidad me trajo la muerte» (Rom 7:10). ¿Cómo es que «el mandamiento... en realidad trajo la muerte»? Por favor, miren Romanos 7:11: «Porque el pecado, aprovechando la oportunidad por medio del mandamiento, me engañó, y por medio de él me mató». Satanás («el pecado»), aprovechando una oportunidad (encontrando un asidero), utilizó ese mandamiento para engañar. Debido a que fui engañado, cometí pecado; y como resultado, este me mató. Satanás atacó a Adán, buscó atraparlo en el pecado y, de

ese modo, provocar su muerte. Y así, se mantuvo al acecho esperando una oportunidad. Adán, por amor a la mujer que Dios le había dado, probablemente puso gran cuidado en enseñarle los mandamientos de Dios. Juntos, sin duda, decidieron vivir en obediencia a los mandamientos de Dios, absteniéndose del pecado. Sin embargo, Satanás entró en una serpiente y se acercó a Eva. Procedió entonces a tentarla. En Génesis 3:1–3, la Biblia registra la escena de la conversación que tuvo lugar entre la serpiente y la mujer. Eva se dejó vulnerable ante la serpiente (Gén 3:1–3). En consecuencia, sucumbió a la tentación de la serpiente y no logró cumplir los mandamientos de Dios (vv. 4–5). Como resultado, incurrió en castigo por su pecado (v. 7). Satanás tienta a las personas para que cometan pecado, convirtiéndolas así en sus secuaces. Empleando a falsos Cristos y falsos profetas como sus instrumentos, Satanás busca engañar incluso a los hijos escogidos de Dios —si tal cosa fuera posible (Mat 24:24). No debemos caer presa de tal engaño; más bien, aferrándonos a la Palabra de Dios, debemos avanzar con la fortaleza necesaria para triunfar sobre la tentación.

En los capítulos 2 y 3 del libro de Apocalipsis, la Biblia describe las siete iglesias de Asia Menor (la región conocida hoy como Turquía). Más allá de estas siete, las Escrituras —específicamente a través de las epístolas de Pablo— mencionan otras congregaciones, tales como las iglesias en Galacia, Colosas y Filipos. Aunque existían muchas otras iglesias en aquella época, el apóstol Juan —el autor de Apocalipsis— seleccionó estas siete porque servían como ejemplos representativos de las iglesias de aquel tiempo. Nuestra iglesia debería esforzarse por ser como la Iglesia en Filadelfia. La Iglesia en Filadelfia era una congregación ricamente bendecida, distinguida por la "puerta abierta" puesta ante ella (Ap 3:8). Los eruditos bíblicos generalmente interpretan esta "puerta abierta" como una vía para el evangelismo y las misiones. Además, la Iglesia en Filadelfia es única en el sentido de que no recibe más que elogios del Señor. A pesar de poseer una fuerza limitada, esa iglesia guardó fielmente la Palabra del Señor y no negó Su nombre (v. 8). El Señor le dijo a la iglesia en Filadelfia: "Haré que sepan que yo te amo" (v. 9). Debido a que la iglesia de Filadelfia había guardado la palabra del Señor de paciente perseverancia, Él prometió que también

guardaría a esa iglesia y la libraría de la hora de la prueba (v. 10). Esa iglesia ya había recibido su recompensa, incluso mientras se encontraba aquí en la tierra (v. 11: «tu corona»). Todos nosotros deberíamos esforzarnos por ser como los creyentes de la iglesia de Filadelfia. Oro para que todos lleguemos a ser una iglesia que reciba abundante alabanza del Señor.

La Ley Espiritual

[Romanos 7:14–20]

Por favor, miren Romanos 7:14 en la Biblia: «Porque sabemos que la ley es espiritual, mas yo soy carnal, vendido bajo el pecado» [(La Versión Inglesa Moderna) «Sabemos que la ley es espiritual, pero yo me he convertido en una persona que pertenece a la carne, vendida como esclava al pecado»]. Este pasaje bíblico puede dividirse en tres partes: (1) «Porque sabemos que la ley es espiritual» (Sabemos que la ley es algo espiritual); (2) «mas yo soy carnal» («Me he convertido en una persona que pertenece a la carne»); y (3) «vendido bajo el pecado» («vendido como esclavo al pecado»). Hoy me gustaría meditar sobre esta tercera parte del pasaje: «vendido bajo el pecado».

El apóstol Pablo declaró: «…vendido bajo el pecado» («vendido como esclavo al pecado»). Aquí, la palabra «vendido» también se encuentra en el Antiguo Testamento. Por favor, miren 1 Reyes 21:20 en la Biblia: «Acab dijo a Elías: "¿Me has hallado, enemigo mío?". Y él respondió: "Te he hallado, porque te has vendido para hacer el mal ante los ojos del SEÑOR"». El malvado rey Acab se vendió a sí mismo al pecado. Sin embargo, el apóstol Pablo no está diciendo que él se vendiera a sí mismo al pecado, sino más bien que otra persona hizo que él fuera vendido al pecado. Por favor, miren Salmos 51:5 en la Biblia: «He aquí, en iniquidad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre» [(La Versión Inglesa Moderna) «Fui pecador desde el momento en que nací, y poseí una naturaleza pecaminosa desde el mismo momento en que mi madre me concibió»]. Este salmo es un salmo de arrepentimiento escrito por David. En cuanto al momento en que David compuso este salmo de

arrepentimiento, fue en una época en la que —a pesar de haber cometido adulterio con Betsabé, la esposa de Urías, y de haber orquestado posteriormente la muerte del leal soldado Urías en un intento por encubrir su pecado— él seguía ajeno a la gravedad de su propia transgresión. Fue entonces cuando Dios envió al profeta Natán para confrontar a David, llevándolo a tomar conciencia de su pecado y conduciéndolo al arrepentimiento; fue en este momento que David compuso este salmo penitencial: el Salmo 51 de la Biblia. David declaró que él mismo había "nacido en iniquidad", lo que significaba que había sido pecador desde el mismo instante de su nacimiento. Era como si alguna fuerza externa hubiera compelido a David a cometer estos pecados. En Romanos 7:14, el apóstol Pablo afirma: "He sido vendido bajo el pecado"; esta frase significa que había sido "vendido como siervo (o esclavo) al pecado". En el contexto de la época del apóstol Pablo, tal "siervo del pecado" —o esclavo del pecado— estaba condenado a vivir una vida de miseria inefable. Entre los esclavos, si bien había quienes nacían en la servidumbre porque sus padres eran esclavos, también había individuos que habían sido vendidos como esclavos. Aquellos vendidos a la esclavitud no poseían derechos ni libertad; existían meramente como propiedad de sus amos. Dado que habían sido adquiridos con dinero, se les consideraba simples bienes —semejantes a los muebles del hogar— para ser utilizados enteramente al capricho del amo; el amo podía venderlos o incluso desecharlos cuando le placiera. Cuando el apóstol Pablo se describió a sí mismo como alguien que había sido "vendido como esclavo al pecado", no hablaba como un transgresor ignorante —alguien ajeno a la naturaleza del pecado o de la Ley—, sino más bien como Pablo el creyente: un siervo del Señor y un misionero a quien Cristo había designado como apóstol a los gentiles. De hecho, el preciso momento en que Pablo redactó la Epístola a los Romanos coincidió con el tiempo en que se hallaba activamente inmerso en su segundo viaje misionero. Sin embargo, a pesar de todo esto, seguía declarando que había sido "vendido como esclavo al pecado". Entonces, ¿quién vendió a Pablo a la esclavitud del pecado? No fue otro que el Diablo: Satanás.

No se trata solo del apóstol Pablo; también nosotros —aun cuando creemos en Jesús, tenemos al Espíritu Santo morando en nuestro interior y oramos a Dios como Sus hijos,

llamándolo "Abba, Padre"— estamos vendidos a la servidumbre bajo el pecado, tal como lo estuvo Pablo. No obstante, hay muchas ocasiones en las que ni siquiera nos percatamos de que nosotros mismos hemos sido vendidos a la esclavitud bajo el pecado. En consecuencia, habiéndonos convertido en esclavos del pecado, a menudo cometemos actos pecaminosos, simplemente siguiendo a dondequiera que el pecado nos conduzca. Aunque hemos nacido de nuevo, llamamos a Dios «Abba, Padre» y le ofrecemos adoración, con frecuencia vivimos nuestras vidas como aquellos que han sido vendidos a la esclavitud del pecado. Observemos 1 Timoteo 1:15 en la Biblia: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» [(Biblia Coreana Contemporánea) «He aquí una afirmación digna de confianza que todos deberían aceptar: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el peor de todos ellos»]. El apóstol Pablo hizo esta confesión —«de los cuales yo soy el primero»— mientras se encontraba encarcelado en Roma. En otras palabras, mientras estaba confinado en una prisión romana, enfrentando la incertidumbre de cuándo podría morir (o ser martirizado), confesó que él era el primero entre los pecadores. El apóstol Pablo estaba declarando que el pecado dentro de él era de tal magnitud.

¿Qué hay de nosotros? ¿Estamos libres del pecado? ¿Estamos muy alejados del pecado? En este preciso momento, estamos tomando el pecado con demasiada ligereza. Incluso mientras cometemos actos pecaminosos, permanecemos ajenos al hecho de que estamos siendo vendidos a la esclavitud del pecado. ¿Acaso no estamos, de hecho, viviendo justo en medio del pecado de esta misma manera? El apóstol Pablo comprendía la gravedad del pecado. Era plenamente consciente de que estaba siendo vendido a la esclavitud del pecado. A pesar de haber llegado tan lejos gracias al amor y la gracia de Dios, Pablo experimentaba una profunda angustia en su corazón porque se encontraba todavía esclavizado al pecado. El apóstol Pedro enfrentó una lucha similar. Según Mateo 26:74–75, Pedro negó a Jesús tres veces; en la tercera ocasión, llegó incluso a decir: «No conozco al hombre [a Jesús]», acompañando sus palabras con maldiciones y juramentos (v. 74). En ese preciso instante, cantó un gallo; recordando las palabras de Jesús —«Antes de que cante el

gallo, me negarás tres veces»—, Pedro salió afuera y lloró amargamente (v. 75). Cuenta la leyenda que, a partir de entonces, cada vez que Pedro oía cantar a un gallo, caía de rodillas en arrepentimiento. ¿Cómo estamos nosotros, entonces, a la altura? ¿Reconocemos nuestro propio estado de esclavitud al pecado y —al igual que el apóstol Pedro— lloramos amargamente y nos arrepentimos? Satanás —aquel mismo que tentó a Adán y Eva en el Jardín del Edén, conduciéndolos al pecado y a la esclavitud— busca constantemente atacarnos siempre que encuentra una oportunidad. Debemos estar llenos del Espíritu Santo, armándonos con la Palabra y la oración, para luchar contra estos ataques de Satanás y salir victoriosos. Permanezcamos siempre vigilantes ante el pecado, librando la buena batalla hasta el final, para que todos podamos convertirnos en santos triunfantes que reciban la corona de justicia preparada para nosotros (2 Timoteo 4:7–8).

«El pecado que mora en mí»

[Romanos 7:17–20]

Por favor, miren Romanos 7:17 y 20: «De manera que ya no soy yo quien hace esto, sino el pecado que mora en mí… Y si hago lo que no quiero hacer, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí». El apóstol Pablo repite dos veces la frase «el pecado que mora en mí». Aquí, «mí» se refiere al propio apóstol Pablo. ¿Qué clase de persona era Pablo? Era alguien que perseguía celosamente a la iglesia. Por favor, miren Filipenses 3:6 y 1 Timoteo 1:13: «en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia…» (Fil 3:6), y «yo fui anteriormente un blasfemo, un perseguidor y un hombre insolente…» (1 Tim 1:13). Mientras se dirigía a Damasco para arrestar a los cristianos de allí, se encontró con Jesús en el camino a Damasco (Hechos 9). Observen la conversación entre Jesús y Saulo (Pablo):

Jesús: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (v. 4).
Saulo (Pablo): «¿Quién eres, Señor?» (v. 5).
Jesús: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (v. 5).

Dado que Jesús es la Cabeza de la iglesia, la persecución de los cristianos por parte de Saulo (Pablo) era, en efecto, una persecución contra Jesús mismo. Saulo (Pablo) recibió a Jesús y se convirtió en miembro de la iglesia. Llegó a ser el Apóstol a los gentiles (Rom 11:13; Gál 2:8). Mientras servía en Antioquía, Pablo se convirtió en misionero. Viajó a lo que hoy es Europa, permaneció en Corinto durante tres meses y allí escribió la Epístola a los Romanos. El apóstol Pablo declaró —repitiéndolo dos veces— que es «el pecado que mora en mí»;

aquí, la palabra «en» se refiere al propio cuerpo físico de Pablo. Por favor, miren Romanos 7:18: «Porque sé que en mí (es decir, en mi carne) no mora nada bueno…». ¿Qué es, entonces, la «carne»? Por favor, observe Romanos 7:14: «…soy carnal, vendido al pecado». La frase «en mi carne» (v. 18) significa que Pablo pertenece al ámbito de la carne. Y pertenecer a la carne significa poseer un cuerpo físico que es susceptible a la tentación y a la corrupción. Debido a la transgresión de Adán, nosotros también hemos transgredido y nos hemos corrompido. Aunque Adán fue creado como un alma viviente, desobedeció la palabra del pacto de Dios, cometió pecado y, por consiguiente, se convirtió en esclavo del pecado. Por favor, observe 1 Corintios 6:19: «¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual tenéis de Dios…?». La Biblia declara que nuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo; en otras palabras, afirma que el Espíritu Santo mora dentro de nosotros. Por lo tanto, somos santos. Por favor, observe 1 Corintios 1:2 y 3:3: «A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los que han sido santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos…» (1:2), y «Porque todavía sois carnales…» (3:3). Sin embargo, la Biblia también afirma que todavía somos «carnales» —es decir, que «pertenecemos a la carne»—. Aunque hemos sido regenerados —y somos, por tanto, santos—, todavía pertenecemos al ámbito de la carne. En consecuencia, tal como sucede con el apóstol Pablo, los cuerpos físicos de nosotros, los santos, permanecen susceptibles a la tentación y a la corrupción.

En Romanos 7:17 y 20, la palabra traducida como «morar» no implica que el pecado simplemente aprovechara una oportunidad para entrometerse. Tampoco sugiere que el pecado llegara como un huésped invitado. Tampoco se trata de un alojamiento temporal ni de un arrendamiento. «Morar» significa residir: establecer una residencia permanente. Por ejemplo, mientras vivamos en esta tierra, estamos residiendo (viviendo permanentemente) aquí. El Espíritu Santo mora en nosotros (1 Corintios 6:19); sin embargo, el pecado también mora allí (Romanos 7:17, 20). Mientras vivamos en este mundo, el pecado reside en nosotros. Hasta que el Señor regrese en Su Segunda Venida, no podremos erradicar este pecado que mora en nosotros. Además, en Romanos 7:17 y 20 —donde el apóstol Pablo habla del «pecado que mora en mí»— debemos detenernos a considerar el origen del

pecado. En Génesis 2:17, Dios emitió una orden —un mandamiento, una ley— declarando: «No comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal». Sin embargo, la mujer sucumbió a la tentación de la serpiente; tomó y comió del fruto —el cual parecía bueno para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir sabiduría— y dio un poco a su esposo, Adán, quien estaba con ella, y él también comió. Mediante este acto de desobediencia, cayeron en pecado (Capítulo 3). ¿Cuál fue el resultado? Observemos Romanos 5:12: «Por tanto, así como por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y la muerte por el pecado, y así la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron». Al contemplar el origen del pecado, debemos considerar simultáneamente el origen del Evangelio. Por favor, busquen en la Biblia Génesis 3:15: «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella; Él te herirá en la cabeza, y tú lo herirás en el talón». Esta palabra profética fue cumplida por Jesucristo en la cruz, aproximadamente 4.000 años después (Juan 19:30). En otras palabras, en la cruz, Jesús hirió la cabeza de la serpiente (aplastó la cabeza de Satanás). Por lo tanto, Él consumó plenamente nuestra salvación. La serpiente (Satanás) hirió el talón de Jesús; es decir, Satanás clavó a Jesús en la cruz. Por favor, lean Colosenses 2:15 en la Biblia: «Él desarmó a los gobernantes y autoridades e hizo de ellos un espectáculo público, triunfando sobre ellos mediante la cruz» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Y Cristo pisoteó la autoridad de Satanás, triunfando a través de la cruz, y con ello reveló Su victoria a todas las personas»]. Aquí, «los gobernantes y autoridades» se refiere a Satanás: el ángel maligno. Jesús derrotó a Satanás en la cruz.

El poder del pecado reside dentro de los creyentes. Aunque Satanás fue derrotado por Jesús en la cruz, él todavía permanece. Los secuaces de Satanás —los restos derrotados de su ejército— siguen presentes. Por lo tanto, estamos inmersos en una guerra espiritual contra Satanás. Por favor, lean Gálatas 5:17 en la Biblia: «Porque la carne desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu lo que es contrario a la carne. Ambos están en conflicto entre sí, de modo que ustedes no pueden hacer lo que deseen». Estamos librando una batalla entre el Espíritu Santo, que habita en nuestro interior, y los deseos pecaminosos de la carne que residen dentro de nosotros. Por consiguiente, debemos luchar constantemente contra

Satanás y sus secuaces. El apóstol Pablo no lograba comprender por qué no hacía las cosas que deseaba, sino que, en cambio, hacía precisamente aquellas cosas que detestaba (Romanos 7:15, *Modern People's Bible*). No hacía el bien que deseaba hacer; más bien, hacía el mal que no deseaba hacer (v. 19). Al observar que deseaba realizar buenas obras pero era incapaz de llevarlas a cabo, se dio cuenta de que no había nada bueno residiendo dentro de su vieja naturaleza (v. 18, *Modern People's Bible*). En un momento dado, había pensado que la propia Ley era la causa de que él pecara; sin embargo, al darse cuenta de que no era así —sino que pecaba debido a los secuaces de Satanás que habitaban en su interior—, afirmó y confesó que la Ley es, en efecto, buena (v. 14). Además, confesó que el pecado que moraba en él lo impulsaba a cometer los actos malvados que no deseaba realizar (vv. 17, 20). Mientras permanezcamos en esta tierra, debemos librar una guerra contra el poder del pecado que reside en nuestro interior. Dado que Jesucristo ya ha aplastado la cabeza de Satanás en la cruz y ha alcanzado la victoria (Génesis 3:15; Juan 19:30; Colosenses 2:15), debemos llevar una vida de fe militante, armados con la certeza de la victoria. Debemos someternos a Dios y resistir al Diablo. Si así lo hacemos, el Diablo huirá de nosotros (Santiago 4:7, *Modern People's Bible*). Consideremos las palabras de las Escrituras que se encuentran en 1 Corintios 15:52–54: «Porque sonará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Pues es necesario que este cuerpo corruptible se vista de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal se vista de inmortalidad. Cuando este cuerpo corruptible se vista de incorruptibilidad, y este cuerpo mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá el dicho que está escrito: “La muerte ha sido devorada en victoria”». Esta profecía se cumplirá exactamente tal como fue predicha. Por lo tanto, al creer en la victoria de la cruz de Jesucristo, debemos librar bien esta batalla espiritual —asegurando la victoria— para que podamos presentarnos ante el Señor.

La Ley de Dios: La Ley (1)

[Romanos 7:21–23]

Por favor, miren Romanos 7:21–23 en la Biblia: «Así que hallo esta ley en acción: aunque quiero hacer el bien, el mal está justo ahí conmigo. Porque en mi ser interior me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley actuando en los miembros de mi cuerpo, librando una guerra contra la ley de mi mente y haciéndome prisionero de la ley del pecado que actúa dentro de mis miembros». Aquí, la conjunción «por lo tanto» (v. 21) remite a la última parte del versículo 20, que declara: «…ya no soy yo mismo quien lo hace, sino que es el pecado que vive en mí». Además, la frase «el pecado que vive en mí» (v. 20) se refiere al poder del pecado —específicamente, el poder de Satanás. Es una idea errónea pensar que el poder de Satanás reside realmente *dentro* de nosotros. El poder de Satanás no puede existir dentro de nosotros. La razón de esto es que el único que habita dentro de nosotros es Dios, y solo Él.

Nuestro Dios es un Dios omnipresente. En otras palabras, Dios está presente en todas partes. La omnipresencia de Dios significa que Él está presente en todos los lugares simultáneamente. Decir que Dios está presente en todas partes significa que Él es Aquel que se encuentra en cada ubicación. Jesús dijo: «Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo con ellos» (Mateo 18:20). Dado que nuestro Señor es un Dios omnipresente —presente en todas partes a la vez—, Él es capaz de estar presente simultáneamente en los innumerables lugares donde se han reunido dos o tres personas. Satanás, sin embargo, no puede hacer esto. En otras palabras, a diferencia del Señor, Satanás no puede estar en todos los lugares simultáneamente. Aunque el propio Satanás

no puede estar en todas partes a la vez, su poder —ejercido a través de sus secuaces— ejerce una influencia maligna *sobre* nosotros, los hijos de Dios. Por lo tanto, no es que el poder de Satanás resida *dentro* de nosotros, sino más bien que su influencia maligna ejerce un efecto perjudicial *sobre* nosotros.

En Romanos 7:21, el apóstol Pablo habla de «una ley». La palabra «ley» aparece cinco veces en Romanos 7:21–23: «una ley» (v. 21), «la ley de Dios» (v. 22), «otra ley» (v. 23), «la ley de mi mente» (v. 23) y «la ley del pecado» (v. 23). Estas cinco referencias a la «ley» pueden clasificarse en dos grupos: la Ley de Dios y la Ley del Pecado. En este contexto, la Ley del Pecado —que abarca «una ley» (v. 21), «otra ley» (v. 23) y «la ley del pecado» (v. 23)— hace referencia al poder de Satanás. Por el contrario, la Ley de Dios —que comprende «la ley de Dios» (v. 22) y «la ley de mi mente» (v. 23)— se refiere a la Ley que Dios entregó a los israelitas, quienes habían sido liberados de Egipto, por medio de Moisés en el monte Sinaí. Consideremos Romanos 7:23: «Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros» [(Versión Coreana Contemporánea) «Me di cuenta de que existe otra ley dentro de mi cuerpo; esta lucha contra mi mente y me convierte en esclavo del pecado que aún reside en mí»]. En este preciso instante, la Ley de Dios y la Ley del Pecado se hallan enfrascadas en un conflicto dentro de nuestros cuerpos. Es más, este conflicto constituye una intensa guerra espiritual: una feroz batalla espiritual que debemos librar poniendo en juego nuestras propias vidas.

Al leer Romanos 7:21–23, el apóstol Pablo parece casi como si fuera alguien que no hubiera logrado alcanzar la victoria. Si dependemos únicamente de nuestras propias fuerzas, nos resultará imposible triunfar en esta guerra espiritual; estamos destinados a sufrir la derrota. Entonces, ¿dónde se está librando esta batalla en este momento? Es una guerra espiritual que se está desarrollando actualmente dentro de mis propios miembros (v. 23). En otras palabras, la ley de Dios y la ley del pecado se encuentran actualmente enfrascadas en una feroz batalla espiritual dentro de nuestros propios cuerpos. Aquí, el término «miembros» no se refiere únicamente a las partes físicas externas —tales como los ojos, los oídos, los

brazos y las piernas—, sino también a los aspectos psicológicos pertenecientes al alma (Park Yun-sun). Es decir, esta feroz guerra espiritual no se libra solamente en los lugares visibles al ojo físico, sino también en los reinos espirituales que permanecen invisibles a la vista carnal. Escuchen la confesión del apóstol Pablo: «Veo que me lleva cautivo por la ley del pecado» (v. 23). Esta afirmación implica ser tomado prisionero por la ley del pecado. ¿Significa esto, entonces, que cada vez que cometemos un pecado somos tomados cautivos por la ley del pecado? Para reformular la pregunta: ¿significa cometer un pecado que volvemos a convertirnos en esclavos del pecado? Absolutamente no. Por muy grave que sea el pecado que cometamos, nunca más podremos volver a ser esclavos del pecado. La razón es que ya nos hemos convertido en hijos de Dios. Por lo tanto, esta afirmación describe la experiencia subjetiva de Pablo: que, tras cometer un pecado, sentía como si estuviera siendo arrastrado, muy parecido a un esclavo del pecado. Es por esto que, en la parte final del versículo 14, Pablo también declaró: «Soy de la carne, vendido bajo el pecado» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Me he convertido en una persona carnal, vendida como esclava al pecado»].

Como personas del Espíritu Santo, debemos salir victoriosos en esta feroz batalla espiritual entre la ley de Dios y la ley del pecado. Durante la Reforma —mientras libraba la buena batalla—, el reformador Lutero compuso un nuevo himno (Himno 585 en el *Nuevo Himnario*). La letra de su segunda estrofa dice así: «Si confío únicamente en mis propias fuerzas, estoy destinado a fracasar; / pero un Capitán poderoso se adelanta para luchar en mi favor. / ¿Quién es este Capitán? ¡Es el Señor Jesucristo, el Señor de los Ejércitos! / ¿Quién puede hacerle frente? ¡Él triunfará con certeza!». Si confiamos únicamente en nuestras propias fuerzas, estamos destinados a sufrir la derrota en esta feroz guerra espiritual. Debemos depositar nuestra confianza enteramente en el Señor; solo entonces podremos salir victoriosos en esta intensa batalla espiritual.

La Ley de Dios: La Torá (2)

[Romanos 7:24-25]

El capítulo 7 de Romanos es uno de los capítulos más difíciles de la Biblia. La razón de ello es la significativa controversia que rodea la cuestión de si Romanos 7 describe la experiencia del apóstol Pablo *antes* de que creyera en Jesús, o *después* de que lo aceptara. Personalmente, creo que Romanos 7 relata la experiencia de Pablo *después* de haber llegado a la fe en Jesús. Si ese es el caso, ¿era el Pablo descrito en Romanos 7 un creyente nuevo, o era alguien cuya fe ya había madurado? Por favor, miren 2 Corintios 3:3: «Pues todavía son carnales. Porque donde hay envidias, contiendas y divisiones entre ustedes, ¿acaso no son carnales y se comportan como simples hombres?». [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Todavía viven como personas mundanas. Dado que hay celos y disputas entre ustedes, ¿cómo pueden afirmar que no están actuando exactamente igual que las personas mundanas?»]. Aquí, al escribir a los creyentes de la iglesia de Corinto, el apóstol Pablo se dirigía a aquellos de entre ellos a quienes describía como «carnales» —es decir, aquellos que pertenecían a la carne. En el contexto de Romanos 7, el apóstol Pablo no era un creyente nuevo; más bien, era un misionero maduro que escribió la Epístola a los Romanos mientras pasaba tres años en Corinto durante su segundo viaje misionero.

Por favor, miren Romanos 7:25: «¡Doy gracias a Dios, por medio de Jesucristo nuestro Señor! Así que, con la mente yo mismo sirvo a la ley de Dios, pero con la carne, a la ley del pecado». El apóstol Pablo se deleitaba en la ley de Dios. Miren el versículo 22: «Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios». Aquí, la «ley de Dios» en la que el apóstol Pablo se deleitaba se refiere específicamente a la Ley (la Torá) dada por Dios. La Ley cumple tres

propósitos: (1) La Ley nos revela el pecado. Por favor, consulte Romanos 7:7 en la Biblia: «¿Qué diremos, entonces? ¿Es la ley pecaminosa? ¡Ciertamente no! De hecho, yo no habría sabido qué era el pecado si no hubiera sido por la ley. Pues no habría sabido qué era realmente codiciar si la ley no hubiera dicho: "No codiciarás"». [(Versión en inglés moderno) «¿Entonces es la Ley pecado? ¡Ciertamente no! Si la Ley no hubiera existido, yo no habría conocido el pecado. Si la Ley no hubiera dicho: "No codiciarás"»]. …si Él no hubiera dicho: «No codiciarás», yo no habría sabido qué es codiciar]. (2) La Ley sirve como tutor. Es decir, la Ley nos conduce a Jesucristo, quien resuelve el problema del pecado. Observe Gálatas 3:24 en la Biblia: «Así que la ley fue nuestro guardián hasta que vino Cristo, para que fuéramos justificados por la fe» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Así, la Ley actuó como un tutor privado que nos conducía a Cristo, para que pudiéramos ser reconocidos como justos a través de la fe»]. (3) La Ley sirve como el estándar de conducta por el cual los cristianos deben regir sus vidas [Los tres usos de la Ley según Calvino: (1) Uso político: La contención (prevención) del pecado, una función coercitiva; (2) Uso pedagógico: Una función similar a la de un espejo, que expone la pecaminosidad de la humanidad; (3) Uso didáctico: Una guía que actúa como una lámpara, señalando el camino hacia la santificación (Internet)].

Al igual que el apóstol Pablo, nosotros también debemos deleitarnos en la Ley. Debemos deleitarnos en obedecer los dos grandes mandamientos de Jesús —el cumplimiento de la Ley— a saber: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente», y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37, 39) [(Romanos 13:10b) «… Por lo tanto, el amor es el cumplimiento de la ley»]. El apóstol Pablo se deleitaba en la ley (Rom 7:22); sin embargo, observaba en sus propios miembros la ley del pecado luchando contra la ley de su mente —que es la ley de Dios— y llevándolo cautivo a la ley del pecado (v. 23). En otras palabras, debido a que la ley del pecado atacaba al apóstol Pablo, este se veía obligado a luchar contra ella. No obstante, llegó a darse cuenta de que la ley del pecado, en efecto, lo estaba llevando cautivo. Por ejemplo, Pablo deseaba obedecer la ley de Dios —específicamente el doble mandamiento de Jesús— amando a Dios y, en consecuencia,

amando a su prójimo; sin embargo, dado que los ataques de la ley del pecado eran tan intensos, se encontraba a sí mismo no amando a su prójimo, sino más bien odiándolo. Así, Pablo exclamó con angustia: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (v. 24). Aquí, un «hombre miserable» se refiere a alguien que está sufriendo, que es desdichado o que se encuentra en un estado verdaderamente lamentable. Pablo se lamentaba de esta manera porque reconocía que la ley del pecado dentro de él luchaba contra la ley de Dios, manteniéndolo así esclavizado al pecado. Además, dado que la consecuencia última de ser esclavo del pecado es la muerte, Pablo exclamó: «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (v. 24). Sabiendo que no podía librarse a sí mismo de este «cuerpo de muerte» —y dándose cuenta de que tampoco nadie más podía librarlo—, Pablo lanzó aquel grito angustiado: «¡Miserable de mí!». Al igual que Pablo, cuando nos miramos a nosotros mismos con honestidad, también nosotros somos personas que no pueden evitar proferir tales gritos de lamentación. ¿Cuándo consideramos que nos hallamos en nuestro estado de mayor piedad? ¿Es al amanecer? ¿En la quietud de la noche? ¿Cuando estamos a solas en la presencia de Dios? ¿Cuando estamos orando? ¿Cuando estamos ofreciendo adoración? ¿Cuando estamos cantando alabanzas? ¿Podemos afirmar verdaderamente que, incluso en esos momentos, experimentamos un tiempo de piedad que sea absolutamente impecable y sin mancha alguna? Nos encontramos fallando una y otra vez. En consecuencia, no nos queda más remedio que hacer la confesión: «Soy impotente».

Esto fue cierto no solo para nosotros, sino también para el profeta Elías, tal como se registra en la Biblia. Él acudió al rey Acab y declaró con audacia: «Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra» (1 Reyes 17:1). Luego, al tercer año, obedeciendo la palabra de Dios que le llegó —la cual decía: «Ve, preséntate ante Acab, y enviaré lluvia sobre la tierra» (18:1)—, fue a ver al rey Acab (versículos 2, 17). Además, en el monte Carmelo, el profeta Elías se enfrentó y derrotó a una fuerza combinada de 850 profetas: 450 profetas de Baal y 400 profetas de Asera que comían a la mesa de Jezabel (versículo 19; victoria registrada en los versículos 21–38). Entonces Elías llevó a esos profetas hasta el arroyo Cisón y los degolló a todos y cada uno de ellos

(versículo 40). Al enterarse de esto, la reina Jezabel envió un mensajero a Elías con esta amenaza: «Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas no he puesto tu vida como la vida de uno de ellos» (19:2). Aterrorizado, Elías huyó hasta llegar a Beerseba (versículo 3), donde se sentó bajo un enebro y oró a Dios pidiendo morir (versículo 4). ¿Acaso esta imagen del profeta Elías no guarda un asombroso parecido con la del apóstol Pablo, tal como se describe en Romanos 7:24?

¡Dios salva! Dado que el apóstol Pablo no podía librarse a sí mismo de este «cuerpo de muerte» —y porque tampoco nadie más podía librarlo de él—, exclamó con angustia: «¡Miserable de mí!» Sin embargo, dio gracias a Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (versículo 25). La razón de esto es que Dios ha salvado a Pablo por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así pues, nuestro Dios es el Dios que nos salva por medio de nuestro Señor Jesucristo. En cumplimiento de las palabras de Génesis 3:15, nuestro Señor Jesucristo aplastó la cabeza de la antigua serpiente —Satanás— en la cruz. Habiendo triunfado sobre Satanás, nuestro Señor Jesucristo cargó con el peso de todos nuestros pecados y, al derramar su sangre y morir en la cruz, nos concedió el perdón de todo pecado. Por lo tanto, hemos recibido la salvación mediante los méritos de la cruz de Jesucristo. En consecuencia, no podemos menos que ofrecer a Dios nuestra acción de gracias, nuestra alabanza y nuestra adoración. Con la certeza de nuestra salvación, y entonando cánticos de victoria con corazones agradecidos, debemos vivir victoriosamente en este mundo malvado.

La salvación por el Dios Trino (1)

[Romanos 8:1-4]

Centrándome en las palabras de Romanos 8:1-4, quisiera meditar en la Palabra de Dios bajo el título: «La salvación por el Dios Trino». Dios Padre, Dios Hijo (Jesús) y Dios Espíritu Santo constituyen el único Dios: el Dios Trino. En Romanos 8:1, la Escritura habla de «Cristo Jesús» (Dios Hijo); en el versículo 2, menciona al «Espíritu Santo» (Dios Espíritu Santo); y en el versículo 3, se refiere a «Dios» (Dios Padre). Hoy, entre los aspectos de «La salvación por el Dios Trino», quisiera centrar nuestros pensamientos en la salvación realizada por Dios Hijo: Jesús.

Observemos Romanos 8:1: «Por tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús». «Cristo Jesús» es el Hijo de Dios [mencionado como «su Hijo» en Romanos 1:2-3]. Jesús —el Hijo unigénito de Dios Padre— se hizo ser humano [descrito como aquel que vino «en carne» en el versículo 3]. Observemos Juan 1:14: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros...». Aquí, «el Verbo» se refiere a Jesús: el Hijo unigénito que es Dios mismo (tal como se afirma en el versículo 1). Jesús, el Hijo unigénito, nació del linaje de David (Rom 1:3). En otras palabras, Jesús —el Hijo unigénito de Dios— vino al mundo a través de la Virgen María, descendiente de David (Mat 1:20; Luc 1:69). Además, Jesús —el Hijo unigénito de Dios Padre— fue resucitado de entre los muertos conforme al Espíritu de santidad (Rom 1:4). Es decir, Jesucristo resucitó de entre los muertos mediante el poder del Espíritu Santo. Habiendo resucitado y ascendido al cielo, Jesucristo intercede ahora por nosotros a la diestra de Dios. Al comenzar Romanos 8:1, el apóstol Pablo empleó la conjunción «por tanto». Esta conjunción sirve para tender un puente entre el pasaje que la

precede y el pasaje que la sigue. Existen diversas interpretaciones con respecto a dónde comienza exactamente el pasaje precedente; por ejemplo, una interpretación sugiere que se conecta retrospectivamente con la sección que abarca desde Romanos 3:21 hasta 7:25. Esta conjunción establece un vínculo con tres versículos bíblicos específicos: (1) (Rom 5:6) «Porque mientras aún éramos débiles, a su debido tiempo, Cristo murió por los impíos». Cuando éramos tan débiles que resultábamos totalmente incapaces de realizar buenas obras, Jesucristo, el Hijo de Dios, murió en la cruz en nuestro lugar —nosotros, que éramos impíos—, obrando así nuestra salvación. Por consiguiente, «ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (8:1). (2) (Rom 5:8) «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». A través de la desobediencia de un solo hombre, Adán, el pecado entró en el mundo; en consecuencia, todos caímos bajo la influencia del pecado, y cada persona se convirtió en pecadora (v. 12). Sin embargo, mientras aún éramos pecadores, Jesucristo, el Hijo de Dios, murió por nosotros, asegurando así nuestra salvación. Por lo tanto, «ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (8:1). (3) (Rom 5:10) «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida». Cuando, debido a nuestro pecado, nos hallábamos como enemigos de Dios, Jesucristo, el Hijo de Dios, murió en la cruz como propiciación, reconciliándonos así con Dios. Habiendo sido reconciliados, seremos salvos de manera aún más segura mediante la resurrección de Jesucristo (salvación futura). Por consiguiente, ahora no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús (8:1). Así pues —debido a que el Hijo, Jesucristo, murió en la cruz para salvarnos mientras aún éramos débiles, mientras aún éramos pecadores y mientras aún éramos enemigos—, ¡ahora no existe absolutamente ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús! En Romanos 8:1, el apóstol Pablo emplea la palabra «ahora»; aquí, «ahora» denota un estado distinto de lo que le precedió. Se refiere a algo enteramente diferente de todo aquello que antecede a Romanos 7:25. Por ejemplo, contrasta con Romanos 7:24–25: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias sean dadas a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor! Así que, yo mismo sirvo con la mente a la ley de Dios, pero con la

carne sirvo a la ley del pecado». Por consiguiente, ya no es el tiempo de ser un «miserable» ni de habitar en «este cuerpo de muerte» (7:24); más bien —puesto que Jesucristo murió para nuestra salvación «cuando aún éramos débiles», «cuando aún éramos pecadores» y «cuando aún éramos enemigos» (5:6–8)—, «ahora» somos aquellos que están en Cristo Jesús (8:1).

En Romanos 8:1 de la Biblia, el apóstol Pablo habla de aquellos que están «en Cristo Jesús». Si observamos el texto griego original de este pasaje, la frase aparece en plural: «aquellos que están en Cristo Jesús». Aquí, «aquellos que están en Cristo Jesús» se refiere a quienes han sido salvos; específicamente, a aquellos que están unidos a Jesucristo. La Biblia emplea metáforas para describir esta unión con Jesucristo. Una de estas metáforas es la de la vid y los pámpanos. Consideremos Juan 15:5-6: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden». Jesucristo es la vid, y nosotros somos los pámpanos. Como pámpanos, estamos unidos a Jesucristo —la vid— y, por lo tanto, separados de Él, nada podemos hacer. Otra metáfora es la de la cabeza y el cuerpo. Consideremos Efesios 1:22-23: «Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo». Jesucristo es la «Cabeza de la iglesia», y nosotros —al estar unidos a Él— constituimos «Su cuerpo». También existe la metáfora del bautismo. Por favor, miren Romanos 6:3-4: «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva». El apóstol Pablo utilizó el bautismo para explicar nuestra unión con Jesucristo. Nosotros somos aquellos que hemos sido bautizados en Cristo Jesús. En otras palabras, somos aquellos que hemos sido bautizados en —o unidos a— la muerte y la resurrección de Jesucristo. Somos aquellos que hemos muerto y resucitado en Cristo Jesús.

En Romanos 8:1, el apóstol Pablo declara: «Ahora, pues, ninguna condenación hay». Aquí, la palabra «condenación» es un término legal. Si un juez condena a alguien, esa persona es culpable; si un juez no condena a alguien, esa persona no es culpable (es inocente). Por lo tanto, esto significa que no existe absolutamente ninguna condenación para aquellos que ahora están unidos a Cristo Jesús: Aquel que murió en la cruz para salvar a los débiles, a los pecadores y a aquellos que eran Sus enemigos. Esta palabra «condenación» aparece siete veces en el Libro de Romanos [cuatro veces como verbo y tres veces como sustantivo]. En Romanos 8:1, «condenación» se utiliza como sustantivo. Por favor, observe Romanos 5:16: «Y el don no es como aquello que vino a través de aquel que pecó; pues, por un lado, el juicio surgió de una sola ofensa resultando en condenación; pero, por otro lado, el don gratuito surgió de muchas ofensas resultando en justificación». A través de la desobediencia de un solo hombre —Adán— todas las personas quedaron bajo condenación. Adán fue expulsado del Jardín del Edén porque desobedeció el mandato de Dios y comió del fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Mediante este acto, el pecado entró en el mundo y todos nos convertimos en pecadores. En consecuencia —al cargar con el peso no solo del pecado original, sino también de cada uno de nuestros pecados individuales del pasado, presente y futuro— Jesucristo murió en la cruz, y a través de Su sacrificio hemos sido justificados (lo que significa que Dios nos considera sin pecado). Por favor, observe Romanos 5:18 en la Biblia: «Por tanto, así como por la ofensa de un solo hombre el juicio vino a todos los hombres, resultando en condenación, así también por el acto justo de un solo Hombre el don gratuito vino a todos los hombres, resultando en justificación de vida». A través de la única ofensa de un solo hombre —Adán— muchas personas fueron conducidas a la condenación. Sin embargo, a través del único acto justo de ese Hombre —Jesucristo, el Último Adán— muchas personas han sido justificadas y han alcanzado la vida eterna. Así pues, la salvación ofrecida por Jesucristo es cierta y absoluta. En la traducción coreana de Romanos 8:1, la palabra «nunca» aparece al final de la oración; sin embargo, al consultar el texto griego original, en realidad aparece al principio mismo. Además, mientras que el texto coreano concluye con una frase que implica «no hay ninguna», el texto original simplemente

afirma: «no hay condenación». Esta formulación específica sirve para enfatizar dos puntos: la palabra «nunca» subraya que «no existe absolutamente ninguna condenación», mientras que la palabra «ninguna» enfatiza la certeza de que, en efecto, hemos obtenido la salvación. Nadie —absolutamente nadie— puede presentar cargos de condenación contra nosotros, los que estamos en Cristo Jesús. Por favor, consideren Romanos 8:33–34: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condena?...». Nadie ni nada podrá jamás separarnos del amor de Cristo. Observen los versículos 35 y 39: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada?... ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa en toda la creación, podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro».

Nosotros no podemos salvarnos a nosotros mismos, pero Jesucristo nos ha salvado. Mientras aún éramos débiles, mientras todavía éramos pecadores y mientras éramos enemigos de Dios, Jesucristo cargó con todos nuestros pecados y murió en la cruz para salvarnos. Por lo tanto, ¡ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús! (Rom 8:1). Debemos avanzar con fe hacia la consumación de nuestra salvación, aferrándonos firmemente a la certeza de nuestra salvación y regocijándonos en sus bendiciones. Debemos vivir vidas dignas de aquellos que han recibido la salvación.

La salvación por el Dios Trino (2)

[Romanos 8:1-4]

Hoy me gustaría meditar sobre la salvación obrada por Dios el Espíritu Santo; específicamente, como parte del tema más amplio de «La salvación por el Dios Trino». Por favor, miren Romanos 8:2: «Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte». ¿Es el Espíritu Santo Dios? La razón por la que planteo esta pregunta es que algunas personas afirman que el Espíritu Santo no es Dios. Sostienen que el Espíritu Santo es meramente «el poder de Dios» o «la energía de Dios». Sin embargo, la Biblia declara que el Espíritu Santo es, en efecto, Dios. Por favor, miren Hechos 5:3-4: «Y dijo Pedro: "Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón para mentir al Espíritu Santo y quedarte con parte del precio del terreno? Mientras lo tenías sin vender, ¿acaso no seguía siendo tuyo? Y una vez vendido, ¿no estaba bajo tu control? ¿Por qué has concebido esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios"». Ananías, habiendo conspirado con su esposa Safira, vendió un terreno, pero se quedó en secreto con una parte del precio, trayendo a los apóstoles solo el resto. En ese momento, Pedro le dijo a Ananías: «Has mentido al Espíritu Santo» (v. 3) y «No has mentido a los hombres, sino a Dios» (v. 4). Basándose en estos versículos, la Biblia afirma claramente que el Espíritu Santo es Dios.

El Espíritu Santo es omnipresente: Él está en todas partes. Por favor, miren 1 Corintios 6:19: «¿O no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en ustedes, el cual tienen de Dios, y que ustedes no se pertenecen a sí mismos?». Cuando depositamos nuestra fe en Jesús, Dios nos dio el Espíritu Santo (Rom. 5:5). Por lo tanto, para cada uno de nosotros que cree en Jesús, el Espíritu Santo habita en nuestro interior. En otras palabras, Dios nos ha

hecho templos del Espíritu Santo. En consecuencia —dado que cada uno de nosotros sirve como templo del Espíritu Santo— los creyentes en Jesús se encuentran dispersos por todo el mundo. Esto significa que el Espíritu Santo es Dios, presente en todas partes. Sin embargo, Satanás, al ser un ser creado, no puede estar presente en todas partes. Por supuesto, nosotros también —al ser seres creados— no podemos estar presentes en todas partes. El Espíritu Santo estaba presente junto a Dios Padre y Dios Hijo (Jesús) cuando todas las cosas fueron creadas. En otras palabras, el Espíritu Santo es el Creador. Observe Génesis 1:1–2 en la Biblia: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas». Aquí, «el Espíritu de Dios» se refiere al Espíritu Santo. Este acto de creación es algo que solo Dios puede realizar; un ser creado no puede crear. Dado que el Espíritu Santo es Dios, Él creó los cielos y la tierra junto con Dios Padre y Dios Hijo. El Espíritu Santo es Dios, igual en estatus a Dios Padre y a Dios Hijo. Observe 2 Corintios 13:13 en la Biblia: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes». Este pasaje es utilizado principalmente por los pastores como una bendición al concluir los servicios de adoración. En esta bendición, encontramos referencias al «Señor Jesucristo», a «Dios» y al «Espíritu Santo». Como pasaje que revela al Dios Trino, demuestra que el Espíritu Santo es Dios, igual a Dios Padre y a Dios Hijo.

¿Qué clase de Dios es el Espíritu Santo? Observe Romanos 8:2 en la Biblia: «Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte». El Espíritu Santo es el Dios de la vida. En otras palabras, el Espíritu Santo es vida. El Espíritu Santo es la vida misma. Dios Padre, quien ha existido por Sí mismo desde toda la eternidad, es vida. Dios Hijo, Jesús, declaró: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Juan 14:6). El Espíritu Santo es vida (Rom. 8:2). El Espíritu Santo es el Dios que creó la vida. El Espíritu Santo es el Dios que da vida. Observemos Romanos 8:2 en la *Modern People's Bible*: «Esto se refiere al poder del Espíritu Santo, quien da vida por medio de Cristo Jesús...». El Espíritu Santo es el Dios que nos concede no solo la vida física, sino también la vida espiritual. El Espíritu Santo nos salva. Al salvarnos, el Espíritu Santo lo hace basándose en la misma

salvación que Jesucristo consumó para nosotros; es decir, «en Cristo Jesús» (v. 2). Dado que Jesucristo murió por nosotros mientras aún éramos débiles e impíos, en el tiempo señalado (5:6); dado que Jesucristo murió por nosotros mientras aún éramos pecadores (v. 8); y dado que Él nos reconcilió con Dios mediante su muerte mientras éramos sus enemigos (v. 10), ahora no existe, para aquellos de nosotros que estamos en Cristo Jesús, condenación alguna (8:1). Es sobre este fundamento de la salvación de Jesucristo que el Espíritu Santo nos salva.

En Romanos 8:2, el apóstol Pablo declara: «Porque la ley del Espíritu de vida te ha librado de la ley del pecado y de la muerte». Aquí, la palabra «ley» se refiere a poder. El Espíritu Santo posee poder. Por lo tanto, sobre la base de la salvación consumada por Jesucristo, el Espíritu Santo es capaz de efectuar nuestra salvación. En una palabra, el poder del Espíritu Santo es omnipotencia. El Espíritu Santo es el Dios omnipotente. El Espíritu Santo nos aplica la salvación que Jesucristo consumó hace aproximadamente 2.000 años, haciéndola así nuestra (nuestro perdón de pecados y nuestra salvación). La «ley del pecado y de la muerte» —es decir, la fuerza (poder) del pecado y de la muerte— es también formidable. Nadie es capaz de vencer esta fuerza (poder). En consecuencia, antes de depositar nuestra fe en Jesús, todos estábamos esclavizados al pecado, viviendo bajo el dominio de ese poder del pecado y de la muerte. Sin embargo, Dios el Espíritu Santo nos rescató de nuestra esclavitud al pecado, nos liberó y nos dio la libertad (v. 2). Consideremos Colosenses 1:13–14: «Él nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Dios nos rescató del poder de las tinieblas y nos transfirió al reino del Hijo que Él ama»]. «En Él tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados».

Debemos ser llenos del Espíritu Santo y vivir por el Espíritu. Solo entonces podremos vivir victoriosamente, venciendo el poder del pecado y de la muerte. El poder de Dios se manifiesta en aquellos que son llenos del Espíritu Santo. El apóstol Pedro, lleno del Espíritu Santo, proclamó con valentía a Jesucristo ante los gobernantes y ancianos del pueblo.

Observemos Hechos 4:8: «Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: “Gobernantes y ancianos del pueblo...”». Sin embargo, cuando Pedro no estaba lleno del Espíritu Santo, negó a Jesús tres veces. Observe Hechos 4:31: «Después de haber orado, el lugar donde estaban reunidos tembló. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaron la palabra de Dios con valentía». Si somos llenos del Espíritu Santo, recibiremos poder y nos convertiremos en testigos de Jesús. Observe Hechos 1:8: «Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes; y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra». Si somos llenos del Espíritu Santo, proclamaremos con valentía el Evangelio de Jesucristo —con la fe de un mártir— en medio de cualquier dificultad, adversidad, obstáculo o persecución. Si somos llenos del Espíritu Santo, daremos el fruto del Espíritu. Observe Gálatas 5:22-23: «Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio. Contra tales cosas no hay ley». Mientras vivimos en esta tierra, llenos del Espíritu Santo y dando Su fruto en sus nueve aspectos, cuando el Señor regrese a este mundo, seremos revestidos de un cuerpo glorioso y ascenderemos al Cielo; allí, daremos el fruto del Espíritu Santo en perfecta plenitud y viviremos eternamente con el Señor.

La salvación del Dios Trino (3)

[Romanos 8:1-4]

Por favor, miren Romanos 8:3-4 en la Biblia: «Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil a través de la carne, Dios lo hizo: al enviar a Su propio Hijo en semejanza de carne de pecado, a causa del pecado, Él condenó el pecado en la carne, para que el requisito justo de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu». Si bien la traducción coreana de la Biblia comienza con la frase «La ley», si observamos el texto griego original, en realidad comienza con la palabra «Porque». Aquí, la conjunción «Porque» sirve para conectar con los versículos precedentes —Romanos 8:1-2— e introduce una explicación detallada de lo que se acaba de afirmar. Miren el versículo 2: «Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte». Antes de que creyéramos en Jesús —cuando estábamos cautivos y esclavizados por la ley (o el poder) del pecado y de la muerte—, ese era precisamente el momento en que estábamos muertos en nuestros delitos y pecados (Ef. 2:1). En otras palabras, éramos personas espiritualmente muertas y estábamos esclavizados a la ley del pecado y de la muerte. En aquel tiempo, caminábamos en desobediencia y pecado, siguiendo la corriente de este mundo (v. 2). Es decir, seguíamos las tendencias y los caminos de un mundo que existía sin Dios. En aquel tiempo, seguíamos al «príncipe de la potestad del aire» (v. 2). Específicamente, seguíamos al espíritu maligno (Satanás): el espíritu que ahora opera entre los hijos de desobediencia (v. 2). Sin embargo, debido a Su gran amor con el cual nos amó —Él, que es rico en misericordia—, Dios nos dio vida juntamente con Cristo a nosotros, que

estábamos muertos en nuestros delitos (vv. 4-5). En resumen, hemos sido salvados por la gracia de Dios (v. 5).

El apóstol Pablo declara: «Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil a través de la carne…» (Rom. 8:3). La cuestión es que la Ley no puede salvarnos. La razón de ello es la debilidad de la carne. Dado que nuestra carne carece tanto de la capacidad para hacer lo bueno como de la habilidad para dar gloria a Dios, la Ley es impotente para salvarnos. Aunque la Ley no puede salvarnos, Dios sí puede hacerlo [«Dios lo hizo» (v. 3)]. ¿Cómo, entonces, nos salvó Dios? Observemos nuevamente la primera parte de Romanos 8:3: «a causa del pecado». Estábamos cautivos bajo la ley (el poder) del pecado y de la muerte. Para que fuéramos librados de esta ley del pecado y de la muerte, se requería un sacrificio expiatorio. Por consiguiente, debía ofrecerse a Dios un sacrificio como expiación. Además, puesto que éramos enemigos de Dios (5:10), era necesario un sacrificio de reconciliación para que pudiéramos reconciliarnos con Él. Dios Padre designó a su propio Hijo —Jesús, el Hijo— para que sirviera tanto como ese sacrificio expiatorio como ese sacrificio de reconciliación [«a su propio Hijo» (8:3)]. Aquí, «su propio Hijo» se refiere al Hijo Unigénito. Habla de Jesucristo —el Hijo Unigénito— quien fue engendrado de manera única por Dios Padre, quien es igual a Dios y quien comparte una relación singular con Dios Padre. Aunque hemos recibido la salvación por medio de la gracia de Dios —convirtiéndonos en sus hijos e hijas, llamándolo «¡Abba, Padre!» (v. 15; Gál. 4:6) y llegando a ser sus herederos (Rom. 4:16; 8:17; Ef. 3:6; Tito 3:7)—, somos hijos adoptivos de Dios (Rom. 8:15, 23); no somos el Hijo Unigénito que comparte esa relación singular con Él, tal como lo hace Jesús. Por lo tanto, nosotros no podemos servir como ese sacrificio expiatorio ni como ese sacrificio de reconciliación. Solo el Hijo Unigénito, Jesucristo, es ese sacrificio expiatorio y ese sacrificio de reconciliación (Rom. 3:25; 1 Juan 2:2; 4:10).

Dios Padre envió a su Hijo unigénito, Jesucristo —quien sirve tanto como sacrificio expiatorio como propiciación— en semejanza de carne pecaminosa (Rom 8:3). Aquí, la palabra «envió» se refiere al advenimiento del Hijo unigénito (el Señor encarnado). En su

venida al mundo, el Verbo se hizo carne (Jn 1:14). En este contexto, el «Verbo» no es otro que Dios mismo (v. 1). Como Hijo de Dios, el unigénito Jesús nació —según la carne— del linaje de David (Rom 1:3). Jesús, quien es el Verbo —es decir, Jesús, quien es Dios— nació de la Virgen María, descendiente de David. Un vistazo a la genealogía de Jesús revela que el hijo de David fue Natán (Lc 3:31); Natán fue uno de los cuatro hijos (Samúa, Sobab, Natán y Salomón) que Betsabé —la esposa de Urías el hitita (2 Sam 11:3)— dio a David (1 Crón 3:5). La madre de Jesús, la Virgen María, era descendiente de Natán y, por tanto, del linaje de David. El Hijo unigénito y sin pecado, Jesús, está libre de pecado (Heb 4:15) porque fue concebido por medio del Espíritu Santo vivificador en el seno de la pecadora Virgen María (Mt 1:18, 20). Por consiguiente, Jesús es el Verbo sin pecado que se hizo carne. Aunque Jesús es, en efecto, alguien que está libre de pecado (Heb 4:15), Dios Padre envió a su Hijo en semejanza de carne pecaminosa (Rom 8:3). Claramente, si bien las Escrituras —específicamente Juan 1:14 y Romanos 1:3— afirman que la carne de Jesús estaba libre de pecado, Romanos 8:3 lo describe viniendo «en semejanza de carne pecaminosa». Jesús se cansó (Jn 4:6) y tuvo hambre (Mc 11:12). Jesús es Aquel que fue tentado en todo, tal como nosotros (Hebreos 4:15). Sin embargo, no tropezó, sino que venció cada una de esas tentaciones. Jesús está libre de pecado (v. 15). Jesucristo nació en un cuerpo sin pecado; no obstante, enfrentó la tentación —aunque no cedió ante ella— mientras existía a semejanza de carne pecaminosa, y salió victorioso. Sobre este Hijo sin pecado, Jesús, Dios Padre condenó el pecado [«Él condenó el pecado en la carne» (Romanos 8:3)]. En otras palabras, Dios Padre hizo de su Hijo unigénito, Jesús, tanto una ofrenda por el pecado como una propiciación. Observe 2 Corintios 5:21: «A quien no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Dios puso la carga de nuestros pecados sobre Cristo —quien no conoció pecado— para que, en Cristo, fuéramos reconocidos como justos ante Dios»]. Observe Isaías 53:6: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros». Observe Juan 1:29: «El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!». Dios Padre condenó el pecado en la persona del Jesús sin pecado,

haciendo que Él cargara con todo el peso de todos nuestros pecados. Además, al condenar el pecado, Dios Padre decretó que el Jesús sin pecado pagaría la pena completa por todos nuestros pecados en la cruz. Por lo tanto, el Hijo unigénito, Jesucristo, cargó con todos nuestros pecados y soportó toda forma de sufrimiento —incluso hasta el punto de ser abandonado por Dios Padre— y murió para librarnos del pecado.

Dios Padre envió a su Hijo unigénito y sin pecado, Jesucristo, a este mundo; lo designó como ofrenda sacrificial para la expiación y la reconciliación, y permitió que muriera en la cruz, cargando con el peso de todos nuestros pecados. Así, Dios Padre expió todos nuestros pecados, nos reconcilió consigo mismo y nos concedió la vida eterna, obrando de este modo nuestra salvación. Por favor, lea Juan 3:16 en la Biblia: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Habiendo recibido este maravilloso amor salvador de parte de Dios, debemos darle gracias, ofreciéndole nuestra alabanza y adoración. Además, de acuerdo con el Gran Mandamiento del Señor, debemos amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente, y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:37, 39).

La salvación del Dios Trino (4)

[Romanos 8:1–4]

Por favor, miren Romanos 8:4: «para que el requisito justo de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Esto es para cumplir los requisitos de la ley en nosotros, que no vivimos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu Santo»]. Si miran el capítulo 16 de Levítico, la Biblia habla sobre el Día de la Expiación. Es el día en el que se presenta el sacrificio expiatorio —ofrecido solo una vez al año. Cuando el Sumo Sacerdote (Aarón) (v. 3) entraba en el Lugar Santísimo —una vez al año— para ofrecer el sacrificio expiatorio, seleccionaba dos machos cabríos para que sirvieran como ofrenda sacrificial (v. 5). Luego los colocaba ante el Señor, a la entrada del Tabernáculo de Reunión (v. 7), y echaba suertes sobre los dos machos cabríos: una suerte para el Señor y la otra para Azazel (v. 8). Aquí, «Azazel» parece ser una palabra compuesta formada por *azal* («irse» o «partir») y *ez* («macho cabrío»), transmitiendo el significado de «partida» o «envío lejos». Alternativamente, podría significar «enviar muy lejos» o «eliminación total». Dado que el macho cabrío de «Azazel» —el chivo expiatorio— simbolizaba al animal que cargaba con los pecados y transgresiones de Israel y que era expulsado hacia el desierto desolado, se cuenta que, una vez que un sacerdote subía a una montaña y confirmaba que el macho cabrío se había perdido en la distancia, el Sumo Sacerdote declaraba: «Sus pecados han desaparecido» (fuente de Internet). Por favor, miren el Salmo 103:12: «Tan lejos como está el oriente del occidente, así de lejos ha alejado de nosotros nuestras transgresiones». Miren Isaías 38:17: «He aquí, fue para mi propio bienestar que tuve tan grande angustia; pero Tú has librado amorosamente mi alma de la fosa de la corrupción, pues has echado todos mis pecados detrás de Tus espaldas».

Observe Jeremías 31:34: «Ya no enseñarán a su prójimo, ni se dirán unos a otros: "Conozcan al SEÑOR", porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande —declara el SEÑOR—. Pues perdonaré su maldad y no recordaré más sus pecados». El sumo sacerdote Aarón ofrecía el macho cabrío elegido por sorteo para el SEÑOR como ofrenda por el pecado; sin embargo, el macho cabrío elegido por sorteo para Azazel se mantenía con vida ante el SEÑOR, se utilizaba para hacer expiación y luego se enviaba al desierto para Azazel (versículos 9–10). El macho cabrío designado para el SEÑOR era sacrificado de inmediato; el sumo sacerdote tomaba su sangre, entraba en el Lugar Santísimo y rociaba la sangre allí (versículo 15). En este contexto, el macho cabrío para el SEÑOR representa una ofrenda realizada para establecer una relación con Dios; significa la liberación de la pena del pecado: un sacrificio consumado mediante el derramamiento de sangre, de una vez y para siempre. En resumen, simboliza la obra de la justificación —mediante la cual Dios nos declara justos a nosotros, que somos pecadores—, realizada a través de la preciosa sangre de Jesucristo derramada en la cruz (fuente de Internet). En cuanto al macho cabrío para Azazel, el sumo sacerdote Aarón ponía ambas manos sobre su cabeza, confesando todos los pecados del pueblo de Israel; luego transfería esos pecados a la cabeza del macho cabrío y lo confiaba a una persona designada para que lo enviara al desierto (versículo 21). Una vez que ese macho cabrío —cargando con todos los pecados del pueblo de Israel— llegaba al desierto deshabitado, era liberado (versículo 22). Aquí, el macho cabrío para Azazel alude a una ofrenda realizada para romper nuestra relación con Satanás —el Diablo—; significa la liberación de la propia existencia e influencia del pecado, y representa un proceso sacrificial que se desarrolla de manera gradual y progresiva. En resumen, denota el ministerio de la santificación —guiado por el Espíritu Santo—, a través del cual Dios nos capacita para apartarnos del pecado de manera práctica y decisiva (fuente de Internet).

Dios es amor (1 Juan 4:8, 16). Este Dios de amor —«cuando aún éramos débiles» (Rom. 5:6), «cuando aún éramos pecadores» (v. 8) y «cuando éramos enemigos de Dios» (v. 10)— envió a su único Hijo, Jesucristo, a este mundo (vv. 9, 10, 14) para concedernos la salvación. Lo

envió como propiciación (1 Juan 4:10) y como el Salvador del mundo (v. 14); al morir en la cruz por nosotros, nos resucitó a la vida junto con Cristo —a nosotros, que estábamos espiritualmente muertos a causa de nuestros pecados (Ef. 2:4, 5). Dios Padre nos ha librado del pecado, de la muerte y de la destrucción eterna. Estábamos, por derecho, destinados a enfrentar el castigo eterno y a morar para siempre en un infierno eterno; sin embargo, mediante la muerte expiatoria de Dios Hijo —Jesús— en la cruz, Él nos rescató y nos concedió la vida eterna. ¿Cómo, entonces, deben conducir sus vidas aquellos que han sido salvados: aquellos que están en Cristo Jesús y que han recibido el amor salvador de Dios Hijo (Rom. 8:1), de Dios Espíritu Santo (v. 2) y de Dios Padre (vv. 3–4)?

En primer lugar, no debemos vivir según la carne.

Observe Romanos 8:4: «los que no andan conforme a la carne» [(The Bible for Modern People) «es decir, aquellos que no viven conforme a la carne»]. Aquí, vivir conforme a la carne se refiere a seguir las tendencias de este mundo y seguir al «príncipe de la potestad del aire» (Ef. 2:2). Citando *The Bible for Modern People*, vivir conforme a la carne significa seguir los caminos malvados del mundo y vivir en obediencia al diablo, quien domina el reino bajo los cielos (v. 2). Esto describe las vidas que llevábamos antes de ser salvos —vidas en las que estábamos espiritualmente muertos debido a la desobediencia y al pecado (v. 1)—, caracterizadas por vivir conforme a los deseos de nuestra carne y hacer todo aquello que nuestra carne y nuestra mente anhelaban (v. 3). La Biblia nos dice que nosotros —los salvos que estamos en Cristo Jesús y hemos recibido el amor salvador del Dios Trino (Rom. 8:1–3)— no debemos vivir conforme a esta carne (v. 4). No debemos practicar las obras de la carne. Observe Gálatas 5:19–21: «Ahora bien, las obras de la carne son evidentes: inmoralidad sexual, impureza, sensualidad, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, divisiones, envidia, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas. Les advierto, tal como ya les advertí antes, que quienes hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios».

En segundo lugar, debemos vivir conforme al Espíritu Santo.

Observe Romanos 8:4: «para nosotros, los que andamos conforme al Espíritu» [(The Bible for Modern People) «para nosotros, los que vivimos conforme al Espíritu Santo»]. Aquí, «andar conforme al Espíritu» se refiere a vivir en conformidad con el Espíritu Santo. Por favor, lean Gálatas 5:16, 22–23: «Así que les digo: vivan por el Espíritu, y no satisfarán los deseos de la carne... Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio. Contra tales cosas no hay ley». El propósito por el cual el Dios Trino nos salvó —capacitándonos para no vivir ya según la carne, sino únicamente según el Espíritu Santo— es cumplir los requisitos de la Ley dentro de nosotros (Romanos 8:4). Aquí, «cumplir los requisitos de la Ley» significa capacitarnos para vivir en obediencia al doble mandamiento de Jesús. Por favor, lean Lucas 10:27: «Él respondió: "Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente"; y: "Ama a tu prójimo como a ti mismo"». Por favor, lean Romanos 13:8–10: «No tengan con nadie ninguna otra deuda que la de amarse unos a otros, pues quien ama a su prójimo ha cumplido la ley. Los mandamientos "No cometas adulterio", "No mates", "No robes", "No codicies", y cualquier otro mandamiento que haya, se resumen en este solo mandato: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". El amor no perjudica al prójimo; por lo tanto, el amor es el cumplimiento de la ley». Como aquellos que gozan de verdadera libertad —habiendo sido librados de la ley del pecado y de la muerte (v. 2) y sin enfrentar condena alguna en virtud de la salvación del Dios Trino (Rom 8:1)—, debemos vivir de acuerdo con el doble mandamiento de Jesús: amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, alma y fuerzas, y amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos. Por favor, pasen a Romanos 5:5: «Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado». A través del Espíritu Santo que Él nos ha dado, Dios ha derramado Su amor en nuestros corazones. Cuanto más amamos, más continúa Dios derramando Su amor sobre nosotros, llenándonos hasta rebosar. El Espíritu Santo que mora en nosotros produce continuamente el fruto del amor (Gál 5:22).

En este preciso momento —tal como profetizó Jesús— la iniquidad va en aumento, haciendo que el amor de muchos se enfríe (Mt 24:12). Hoy en día, muchas personas sufren de una profunda falta de amor. Como receptores del amor salvador del Dios Trino, estamos llamados a utilizar ese mismo amor para tender la mano y brindar afecto a aquellos que padecen esta carencia. Debemos proclamar el Evangelio de Jesucristo: el poder de Dios que trae salvación a todo aquel que cree (Rom 1:16). Además, con la certeza de nuestra propia salvación, debemos interceder ante Dios por la salvación de sus almas (Sal 55:1, 16–18).

La mente del Espíritu

[Romanos 8:5-8]

Por favor, miren Romanos 8:5-8: «Porque los que viven conforme a la carne, fijan su mente en las cosas de la carne; pero los que viven conforme al Espíritu, fijan su mente en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz. Porque la mente puesta en la carne es hostil a Dios, pues no se somete a la ley de Dios; de hecho, no puede hacerlo. Los que están en la carne no pueden agradar a Dios». Las palabras que aparecen con frecuencia aquí son «carne» (5 veces) y «Espíritu» (3 veces). En este pasaje, meditaremos específicamente en los versículos 5 y 6.

Al observar Romanos 8:5-6, este afirma: «…los que viven conforme al Espíritu, fijan su mente en las cosas del Espíritu… la mente puesta en el Espíritu es vida y paz». Aquí, «el Espíritu» se refiere al Espíritu Santo. Por lo tanto, «los que viven conforme al Espíritu» se refiere a aquellos que siguen al Espíritu Santo, y «la mente del Espíritu» se refiere a los pensamientos —o la mentalidad— del Espíritu Santo. Aquí, me gustaría considerar tres puntos: (1) ¿Qué clase de persona es aquella que sigue al Espíritu Santo? (2) ¿Cuáles son las obras del Espíritu Santo? (3) ¿Cuál es la mente del Espíritu Santo?

En primer lugar, ¿qué clase de persona es aquella que sigue al Espíritu Santo?

Aquel que sigue al Espíritu Santo puede entenderse de tres maneras:

(1) Quien sigue al Espíritu Santo es una persona que anteriormente estaba atada a la carne.

Una persona atada a la carne se refiere a un individuo tal como era *antes* de convertirse en seguidor del Espíritu Santo; un tiempo descrito en Romanos 5:12, cuando «el pecado entró en el mundo por un solo hombre, y la muerte por el pecado, y así la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron». Describe a una persona que estaba sujeta al dominio del pecado y de la muerte. (2) Quien sigue al Espíritu Santo es una persona que ha sido crucificada y ha muerto junto con Jesucristo. Por favor, lea Romanos 6:6 en la Biblia: «Sabemos que nuestro viejo yo fue crucificado con Él para que el cuerpo dominado por el pecado fuera anulado, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado». Aquí, el «viejo yo» se refiere a la persona que pertenece a la carne: aquella que estaba bajo la ley del pecado y de la muerte (8:2). En otras palabras, cuando éramos nuestro «viejo yo» —antes de creer en Jesús— y vivíamos según la carne bajo la ley del pecado y de la muerte, fuimos crucificados junto con Jesús; en consecuencia, nuestros cuerpos pecaminosos murieron y ya no estamos esclavizados al pecado. Por el contrario, habiendo sido justificados y liberados del pecado (6:7), nos hemos convertido en siervos de la justicia, lo cual conduce a la santidad (v. 19). Por favor, lea 2 Corintios 5:14 en la Biblia: «Porque el amor de Cristo nos apremia, ya que estamos convencidos de que uno murió por todos y, por tanto, todos murieron». Aquí, esa «una persona» se refiere a Jesucristo. Dado que Jesucristo murió en nuestro lugar, nuestro «viejo yo» —es decir, la persona que pertenece a la carne— ya ha muerto en la cruz junto con Jesucristo. La muerte de Jesucristo en la cruz fue una muerte que ocurrió una vez para siempre. Por favor, lea Romanos 6:10-11 en la Biblia: «La muerte que Él murió, la murió al pecado una vez para siempre; pero la vida que Él vive, la vive para Dios. De la misma manera, considérense ustedes mismos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús». Lea Hebreos 10:10: «Por esta voluntad hemos sido santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre». Ya no existe ninguna necesidad de ofrecer sacrificios por el pecado ni ofrendas de paz.

(3) Aquellos que siguen al Espíritu Santo son personas que han sido resucitadas a la vida junto con Jesucristo.

Lea Romanos 6:10-11: «Porque la muerte que Él murió, la murió al pecado una vez para siempre; pero la vida que Él vive, la vive para Dios. Así también ustedes, considérense verdaderamente muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor». Estamos vivos para Dios. Miren Efesios 2:1: «Y Él les dio vida a ustedes, que estaban muertos en sus transgresiones y pecados». Miren 2 Corintios 5:17: «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación; las cosas viejas han pasado; he aquí, todas las cosas han sido hechas nuevas».

En resumen, quien sigue al Espíritu Santo es una persona que ha sido resucitada a la vida junto con Jesucristo; alguien que ha nacido de nuevo, o que ha sido regenerado. Seguir al Espíritu Santo significa caminar conforme al Espíritu Santo. Observemos Romanos 8:4: «para que el justo requisito de la ley se cumpliera plenamente en nosotros, que no vivimos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu». Nosotros —aquellos que caminamos conforme al Espíritu Santo— somos quienes verdaderamente lo seguimos a Él. Observemos Gálatas 5:25: «Si vivimos por el Espíritu, caminemos también por el Espíritu» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Si vivimos conforme al Espíritu Santo, también debemos poner en práctica sus enseñanzas»]. Si vivimos conforme al Espíritu Santo, debemos obedecer su Palabra. Debemos poner en práctica las enseñanzas del Espíritu Santo.

¿Cómo nos encontramos en este aspecto? ¿Acaso nosotros —que en otro tiempo estábamos atados a la carne— hemos sido verdaderamente crucificados y hemos muerto junto con Jesucristo? ¿Hemos sido verdaderamente resucitados a la vida junto con Jesucristo? ¿Hemos nacido verdaderamente de nuevo? ¿Hemos sido regenerados? ¿Nos hemos convertido en una nueva creación (una persona nueva)? ¿Estamos verdaderamente siguiendo al Espíritu Santo? ¿Estamos caminando conforme al Espíritu Santo? ¿O seguimos aún a la carne?

En segundo lugar, ¿cuál es la obra del Espíritu Santo? En otras palabras, ¿qué hace el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo da testimonio de Jesucristo. Observemos Juan 15:26: «Cuando venga el Consolador, a quien yo les enviaré de parte del Padre —el Espíritu de verdad que procede del Padre—, él dará testimonio acerca de mí». El Espíritu Santo vino porque Dios el Padre y Dios el Hijo (Jesús) lo enviaron. Al mismo tiempo, el Espíritu Santo vino por su propia voluntad, con un corazón dispuesto y un espíritu gozoso. Observemos Juan 16:8 en la Biblia: «Y cuando Él haya venido, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio». El Espíritu Santo viene para darnos testimonio acerca de Jesucristo. El Espíritu Santo obra nuestro renacimiento espiritual (regeneración), nos guía al arrepentimiento, nos capacita para creer en Jesucristo, nos da poder para librar la buena batalla, lleva nuestra salvación a su plenitud y nos santifica, permitiéndonos así crecer a semejanza de Jesús. El Espíritu Santo nos otorga dones espirituales y nos levanta; tal como Él apartó y envió a Bernabé y a Pablo desde la iglesia en Antioquía para proclamar el Evangelio de Jesucristo, así también nos levanta a nosotros y nos envía a difundir el Evangelio a lo largo y ancho del mundo. Observe Juan 14:12 en la Biblia: «De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores que estas hará, porque yo voy al Padre». Jesús declaró que el Espíritu Santo realizaría las mismas obras que Él mismo hizo —y, de hecho, obras incluso mayores que aquellas. Observe Hechos 1:8 en la Biblia: «Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra». Mientras que Jesús, durante su ministerio terrenal, proclamó el Evangelio dentro de un área geográfica limitada, el Espíritu Santo —obrando, por ejemplo, a través del apóstol Pablo— permitió que el Evangelio fuera proclamado a través de una región mucho más extensa.

Incluso hoy, el Espíritu Santo continúa utilizando a numerosos misioneros para difundir el Evangelio por todo el mundo. De hecho, incluso en medio de esta era de la pandemia del coronavirus, el Espíritu Santo está permitiendo que el Evangelio sea proclamado en cada rincón, incluso a través del medio del internet. Debemos ser llenos del Espíritu Santo, recibir poder y convertirnos en testigos de Jesús. Cuando somos llenos del Espíritu Santo,

debemos proclamar con valentía el Evangelio de Jesucristo —con la fe de un mártir— en medio de cualquier dificultad, adversidad, obstáculo o persecución. De esta manera, el Espíritu Santo está realizando grandes obras (Juan 14:12). Observe Filipenses 4:13 en la Biblia: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece».

Finalmente, en tercer lugar: ¿Cuál es la mente del Espíritu Santo?

La mente del Espíritu Santo es «vida y paz». Observe Romanos 5:6 en la Biblia: «Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz». Entonces, ¿qué es la «vida» en este contexto? El Espíritu Santo es el Dios de la vida. El Espíritu Santo es el Dios que crea la vida. El Espíritu Santo es el Dios que nos otorga la vida (Rom 8:2). La «vida» consta de estos tres elementos: (1) La vida es una dulce comunión con Dios. En el Jardín del Edén, antes de que Adán cometiera pecado, él disfrutaba de una dulce comunión con Dios. Esto era vida. Sin embargo, debido a que desobedeció el mandamiento del Dios del Pacto y cometió pecado, esa comunión con Dios fue interrumpida. Eso es precisamente lo que constituye la muerte. (2) La vida es poseer la plenitud del amor de Dios en el corazón. (3) La vida es experimentar la plenitud del gozo de Dios. Regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios (Rom 5:2): esto es lo que verdaderamente es la vida. Estamos destinados a alcanzar el reino de la gloria. Anhelar ese reino y regocijarse en él es precisamente lo que constituye la vida (la vida eterna). Entonces, ¿qué es la «paz» (8:2)? Es paz con Dios (o reconciliación con Dios). Observe Romanos 5:1 en la Biblia: «Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tengamos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Por tanto, habiendo sido reconocidos como justos por la fe, hemos sido reconciliados con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo»]. Si estamos reconciliados con Dios, poseeremos paz en nuestros corazones. Si carezco de paz (tranquilidad) en mi corazón, significa que actualmente no estoy disfrutando de paz con Dios. La razón por la que albergamos insatisfacción en nuestros corazones —dando lugar a quejas y resentimiento— es que aún no hemos alcanzado la reconciliación con Dios. La paz que Jesucristo nos otorga es algo que el mundo no nos puede arrebatar. Consideremos Juan

14:27 en la Biblia: «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo». Jesús vino a este mundo —un mundo desprovisto de paz— específicamente para otorgarnos la paz, y Él mismo vivió en esa paz. Del mismo modo, nuestro sentido de paz no debería provenir meramente de circunstancias favorables, de una buena salud o de que las cosas marchen bien; más bien, debemos experimentar la paz que el Señor provee, incluso en medio de las dificultades. Aunque este mundo está cargado de ansiedades, adversidades, pecado y muerte, es a través de la paz que el Señor concede que somos capaces de disfrutar de una verdadera tranquilidad de corazón (Nuevo Himnario 486, «Aunque este mundo esté lleno de afanes»). Somos capaces de cantar: «Dondequiera que yo esté, mi corazón siempre está en calma; la paz que Jesús da desborda dentro de mí. Mi corazón siempre está en paz; aunque se levanten olas de pecado, mi corazón permanece en paz», y esto se debe enteramente a la paz que el Señor otorga (Nuevo Himnario 408, «Dondequiera que yo esté»). Esta es precisamente la paz que Cristo nos ofrece. Primero debemos establecer la paz (la reconciliación) con Dios para que, mientras disfrutamos de esa paz interior, podamos también vivir en paz con nuestros prójimos. Oro para que todos lleguemos a ser embajadores de paz y llevemos a cabo fielmente el ministerio de la paz.

La mente carnal

[Romanos 8:5-8]

Por favor, miren Romanos 8:5-8 en la Biblia: «Porque los que viven conforme a la carne, fijan su mente en las cosas de la carne; pero los que viven conforme al Espíritu, fijan su mente en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz. Porque la mente puesta en la carne es hostil a Dios, pues no se somete a la ley de Dios; de hecho, no puede hacerlo. Los que están en la carne no pueden agradar a Dios». En este pasaje, la frase «la mente carnal» (o «fijar la mente en la carne») aparece tres veces: «los que viven conforme a la carne, fijan su mente en las cosas de la carne» (v. 5), «la mente puesta en la carne es muerte» (v. 6), y «la mente puesta en la carne es hostil a Dios» (v. 7). ¿Cuál es, entonces, el significado de «la mente carnal» aquí?

Primero, ¿qué es «la carne»?

«La carne» se refiere a la naturaleza caída de la humanidad. En el libro del Génesis, los primeros seres humanos —Adán y su esposa, Eva— desobedecieron el mandamiento de Dios y cometieron pecado al comer del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. En consecuencia, cayeron como resultado de esa transgresión. No solo ellos, sino toda la humanidad nacida a partir de entonces, quedó contaminada por el pecado y cayó en un estado de corrupción. Por favor, miren Romanos 5:12: «Por tanto, así como por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y la muerte por medio del pecado, y así la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron». A esta naturaleza humana caída también se la denomina el «viejo hombre» (Rom 6:6; Ef 4:22; Col 3:9). «La carne» describe a

la persona que uno era *antes* de creer en Jesús. En otras palabras, «la carne» se refiere a la persona que uno era *antes* de nacer de nuevo, antes de experimentar la regeneración espiritual. A tales individuos se les denomina aquellos que pertenecen a la carne (1 Corintios 3:3; cf. Hebreos 7:16) o aquellos que viven según la carne (2 Corintios 5:16; 11:18). En última instancia, «la carne» se refiere a Satanás. En Romanos 8:5–8, el apóstol Pablo contrasta «la carne» (un término que aparece cuatro veces) con «el Espíritu» (un término que aparece tres veces); en este contexto, el «Espíritu» —que se contrapone a «la carne»— no se refiere al espíritu humano, sino específicamente al Espíritu Santo. El apóstol Pablo está estableciendo un contraste entre «la carne» y el Espíritu Santo; si interpretáramos «la carne» meramente como nuestra naturaleza humana caída o como nuestro «viejo yo» previo a la regeneración (o al haber nacido de nuevo) mediante la fe en Jesús, el contraste con el Espíritu Santo no quedaría plena o adecuadamente establecido. Por lo tanto, «la carne» —que se opone al Espíritu Santo— significa, en última instancia, a Satanás. En otras palabras, el apóstol Pablo está contrastando «la carne» con «el Espíritu»; es decir, a Satanás con el Espíritu Santo. Solo existe un Satanás. Como criatura de Dios, Satanás es un ángel creado por Dios que, posteriormente, cayó de la gracia. En consecuencia, cuando afirmamos que Satanás reside en el interior de los incrédulos —aquellos que no creen en Jesús y no han sido regenerados—, no queremos decir que Satanás mismo sea omnipresente (presente en todas partes) como Dios; más bien, significa que son los ángeles malignos que están aliados con él quienes residen en su interior. Por lo tanto, «los que viven según la carne» (Romanos 8:5) se refiere a aquellos que siguen a Satanás. En otras palabras, vivir según la carne significa estar bajo el dominio de Satanás: ser controlado por ángeles malignos y seguir su dirección. Dicho de otro modo, aquellos que siguen la carne son, en última instancia, aquellos que siguen a Satanás. En este punto, podemos considerar a quienes siguen la carne de dos maneras distintas:

(1) Aquellos que siguen la carne obedecen al Diablo y persiguen los caminos malvados del mundo. Por favor, examine Efesios 2:2 en la Biblia: «En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu

que ahora opera en los hijos de desobediencia» [(Modern People's Bible) «Anteriormente, vivían siguiendo los caminos malvados del mundo y obedeciendo al Diablo, quien gobierna sobre el reino bajo los cielos. Este Diablo es el espíritu que actualmente opera entre aquellos que son desobedientes»]. Aquellos que siguen a la carne son individuos que van tras Satanás y sus ángeles malvados.

(2) Aquellos que siguen a la carne «vivieron en las pasiones de nuestra carne, cumpliendo los deseos de la carne y de la mente».

Por favor, examine Efesios 2:3 en la Biblia: «Entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en las pasiones de nuestra carne, cumpliendo los deseos de la carne y de la mente, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás» [(Modern People's Bible) «Nosotros también, anteriormente, vivíamos tal como ellos —de acuerdo con las pasiones de nuestra carne y haciendo todo lo que nuestra carne y mente deseaban— y, al igual que todos los demás, éramos por naturaleza personas destinadas a enfrentar la ira de Dios»]. Por lo tanto, aquellos que siguen a la carne —aquellos que no creen en Jesús y no han nacido de nuevo (regenerados)— permanecen bajo el dominio de Satanás, siguiendo a Satanás y a sus ángeles malvados.

Incluso dentro de la iglesia hoy en día —entre aquellos que han sido bautizados, e incluso entre aquellos que ocupan cargos oficiales y sirven con gran celo— hay individuos que no creen verdaderamente en Jesús, no han nacido de nuevo y continúan siguiendo a la carne. Además, hay quienes dentro de la iglesia, en este preciso momento, permanecen ajenos a si han experimentado verdaderamente la regeneración o no. Así como un bebé recién nacido no conoce el momento exacto de su nacimiento, hay miembros dentro de la iglesia hoy —infantes espirituales, por así decirlo— que no saben cuándo nacieron de nuevo. Aquí debemos establecer una clara distinción: no saber si uno ha nacido de nuevo es algo fundamentalmente diferente a no haber nacido de nuevo en absoluto. Parece que aquellos que fueron criados en la fe —los llamados «cristianos de cuna»— son quienes, con mayor

frecuencia, tienen dudas sobre si han experimentado verdaderamente un renacimiento espiritual.

En segundo lugar, ¿cuáles son las «obras de la carne» (Rom 8:5)?

En otras palabras, ¿cuál es la obra de Satanás? Dicho de otro modo, ¿cuáles son las acciones realizadas por aquellos que no creen en Jesús y no han nacido de nuevo —es decir, por el «viejo yo»—?

(1) Es la obra de traer la muerte.

En el libro del Génesis, la obra que Satanás llevó a cabo contra Adán y Eva consistió en inducirlos a desobedecer el mandato pactual de Dios —la instrucción de no comer del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal—, provocando así, en última instancia, su muerte (específicamente, causando que murieran espiritual y eternamente). Como resultado, desde entonces Satanás se ha dedicado a la obra de traer la muerte a todo ser humano nacido posteriormente. Por favor, observe Romanos 5:12: «Por tanto, tal como el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre, y la muerte por medio del pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron». Si la obra de Satanás es la obra de traer la muerte, entonces la obra del Espíritu Santo es la obra de traer la vida. Las obras de la carne consisten en quebrantar la paz (la armonía). En el Génesis, Satanás quebrantó la paz entre Adán y Eva, sembrando la discordia entre ellos. Por favor, observe Génesis 3:9–12: «Entonces el SEÑOR Dios llamó a Adán y le dijo: "¿Dónde estás?". Él respondió: "Oí el sonido de tu voz en el jardín y tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí". Y Él le dijo: "¿Quién te dijo que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol del cual te ordené que no comieras?". El hombre respondió: "La mujer que me diste para que estuviera conmigo... ella me dio del árbol, y comí"». Antes de cometer el pecado, Adán se refirió claramente a su esposa, Eva, diciendo: «Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne» (2:23); sin embargo, después de cometer el pecado, culpó a su esposa

ante Dios, diciendo: «La mujer que me diste para que estuviera conmigo... ella me dio del árbol, y comí» (3:12). Incluso hoy en día, la obra de Satanás implica destrozar la armonía doméstica (la paz) y sembrar la discordia, provocando así el colapso de las familias (lo mismo se aplica a las iglesias y a las naciones). En contraste, la obra del Espíritu Santo consiste en traer paz (reconciliación) y unidad.

(2) Las obras de la carne conducen a la comisión de toda clase de pecados.

Satanás está obrando, llevando no solo a Adán y Eva, sino también a todas las personas nacidas posteriormente, a cometer todo tipo de pecado. El apóstol Pablo se refirió a las obras de la carne de la siguiente manera: «Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; de las cuales os advierto, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios» (Gálatas 5:19–21). Sin embargo, los cristianos nacidos de nuevo que creen en Jesús —y que andan en el Espíritu (v. 16)— dan el fruto del Espíritu Santo: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza...» (vv. 22–23).

En tercer lugar, ¿qué es la «mente carnal» (Romanos 8:6, 7)?

(1) La mente carnal es «muerte». Observe Romanos 8:6 en la Biblia: «Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz». La mentalidad del Espíritu Santo trae vida y paz; por el contrario, la mentalidad de la carne —la cual se opone al Espíritu— resulta en muerte. Observe Filipenses 3:19 en la Biblia: «El fin de ellos es perdición; su dios es el vientre, y su gloria es su vergüenza; solo piensan en lo terrenal» [(Versión en Inglés Contemporáneo): «Su fin es la destrucción. Hacen de sus deseos físicos su dios, se enorgullecen de su vergüenza y solo piensan en asuntos mundanos»]. La mentalidad de la carne conduce a la destrucción. Significa castigo eterno, muerte eterna y ruina eterna.

(2) La mentalidad de la carne convierte a la persona en un «enemigo de Dios».

Observe la primera parte de Romanos 8:7 en la Biblia: «Porque la mentalidad de la carne es hostil a Dios…». La mentalidad de la carne no conduce a la paz con Dios (la cual es el fruto de la mentalidad del Espíritu); más bien, al sucumbir a las tentaciones de Satanás y cometer pecado, convierte a la persona en un enemigo de Dios. Observe Romanos 5:10 en la Biblia: «Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios mediante la muerte de su Hijo, mucho más, ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida».

(3) La mente carnal no se «somete a la ley de Dios».

Observe la última parte de Romanos 8:7: «…pues no se somete a la ley de Dios, ni tampoco puede hacerlo». La mente carnal no solo se niega a obedecer, seguir o someterse a la ley de Dios, sino que también es incapaz de hacerlo. Aquellos que viven según la carne no pueden obedecer la ley de Dios. ¿Cómo podrían aquellos que se hallan bajo el dominio de Satanás —aquellos que son enemigos de Dios— llegar a guardar (obedecer) la ley de Dios? Solo aquellos que han nacido de nuevo, poseyendo la mente otorgada por el Espíritu Santo, son capaces de guardar y obedecer la ley de Dios.

(4) La mente carnal no puede «agradar a Dios».

Observe Romanos 8:8: «Aquellos que viven según la carne no pueden agradar a Dios». Aquellos que viven según la carne —es decir, aquellos que fijan su mente en la carne y son enemigos de Dios— son incapaces de agradar a Dios. Solo los hijos de Dios, que fijan su mente en el Espíritu, pueden agradar a Dios. Es únicamente a través de la fe que uno puede agradar a Dios. Observe Hebreos 11:6: «Y sin fe es imposible agradar a Dios, porque cualquiera que se acerca a él debe creer que él existe y que recompensa a quienes lo buscan con diligencia». Debemos llegar a ser como Enoc, un hombre de fe. Observe Hebreos 11:5: «Por la fe, Enoc fue trasladado de esta vida, de modo que no experimentó la muerte: "No se

le pudo hallar, porque Dios se lo había llevado". Pues, antes de ser trasladado, recibió el testimonio de haber agradado a Dios». Enoc fue alguien que agradó a Dios. Enoc fue alguien que caminó con Dios (Génesis 5:24). *The Modern English Version* traduce esto en el sentido de que Enoc fue alguien que vivió en profunda comunión con Dios. Al igual que Enoc, nosotros también debemos vivir caminando con el Espíritu Santo; es decir, compartiendo una profunda comunión con Él. Por favor, lean Colosenses 1:21 en la Biblia: «Y a vosotros, que en otro tiempo estabais alienados y érais enemigos en vuestra mente por vuestras malas obras, ahora Él os ha reconciliado en el cuerpo de su carne mediante su muerte, para presentaros santos, sin mancha e irreprensibles ante sus ojos; si en verdad permanecéis en la fe, cimentados y firmes, y no os apartáis de la esperanza del evangelio que oísteis, el cual fue predicado a toda criatura bajo el cielo, del cual yo, Pablo, fui hecho ministro». Nosotros también —«en otro tiempo», es decir, antes de creer en Jesús y antes de nacer de nuevo— éramos enemigos de Dios. Seguíamos a Satanás y nos entregábamos a las obras que a él le agradaban. Sin embargo, «ahora», hemos llegado a creer en Jesús y nos hemos convertido en aquellos que han nacido de nuevo. Mediante la muerte física de Jesucristo, ya no nos hallamos en un estado de enemistad con Dios; por el contrario, hemos sido reconciliados con Él y nos hemos convertido en sus hijos. Como personas nuevas que han nacido de nuevo, debemos mantenernos firmes en la fe y permanecer inquebrantables en la esperanza del evangelio que hemos oído. Debemos mantenernos firmes en la esperanza del evangelio. Al igual que Enoc —el patriarca de la fe que caminó con Dios—, debemos convertirnos en aquellos que caminan con el Espíritu Santo, llegando así a ser quienes agradan a Dios, tal como lo hizo Enoc. Como seguidores del Espíritu Santo, debemos vivir con la mentalidad del Espíritu y llevar a cabo las obras del Espíritu, disfrutando así de las bendiciones de vida y paz. La obra del Espíritu Santo implica dar el fruto del Espíritu —específicamente, el fruto del amor (Gálatas 5:22–23)— y, en conformidad con el doble mandamiento de Jesús, amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, alma y mente, amando al mismo tiempo a nuestros prójimos como a nosotros mismos (Mateo 22:37, 39). Esto es precisamente lo que significa vivir una vida celestial: experimentar, incluso aquí en la tierra, un anticipo de la vida eterna (Nuevo Himnario, N.º 438, Estrofa 3). (Por el contrario,

las obras de la carne implican dar el fruto de Satanás —el odio—, cuyo resultado es la discordia y la perturbación de la paz, conduciendo finalmente a la muerte y a la destrucción). Debemos vivir vidas llenas del Espíritu Santo y desbordantes de amor, siguiendo la guía del Espíritu y obedeciendo el doble mandamiento de Jesús, disfrutando así de las bendiciones de la vida (la vida eterna) y de la paz. Que todos lleguemos a ser personas del Espíritu —impregnadas de la vitalidad para vivir el doble mandamiento de amor de Jesús bajo la guía del Espíritu— y que todos experimentemos la paz que el Señor nos otorga, sin importar las circunstancias (Nuevo Himnario, N.º 413).

El Espíritu Santo que mora en nosotros

[Romanos 8:9-11]

Por favor, miren Romanos 8:9-11 en la Biblia: «Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros». Al examinar este pasaje, notamos que la frase específica «Espíritu Santo» no aparece. Sin embargo, la palabra «Espíritu» aparece seis veces: cinco veces se refiere al Espíritu Santo (tres veces en el versículo 9 y dos veces en el versículo 11), y una vez se refiere al espíritu humano (en el versículo 10). Miremos los versículos 9 y 11, que se refieren al Espíritu Santo: «Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu [el Espíritu Santo], si es que el Espíritu de Dios [el Espíritu Santo] mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo [el Espíritu Santo], no es de él» (Versículo 9); «Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús [el Espíritu Santo] mora en vosotros... por su Espíritu [el Espíritu Santo] que mora en vosotros...» (Versículo 11). El Espíritu Santo es el Espíritu de Dios; el Espíritu de Dios es el Espíritu Santo que levantó a Jesús de los muertos; y Él es el Espíritu Santo que mora en nosotros. Por lo tanto, bajo el título «El Espíritu Santo que mora en nosotros», me gustaría meditar sobre Romanos 8:9-11. Por favor, miren de nuevo Romanos 8:9: «Si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros...». Aquí, en la frase «en vosotros», la palabra «vosotros» se refiere a los creyentes de la iglesia en Roma; sin embargo, no incluía al autor de Romanos, el apóstol Pablo (pues si se hubiera incluido a sí mismo, habría dicho «en nosotros»). Esto no

significa, sin embargo, que el Espíritu Santo estuviera ausente del apóstol Pablo. El Espíritu Santo, de hecho, moraba en el interior del apóstol Pablo. Podemos saber esto al observar 2 Timoteo 1:14: «Guarda, por medio del Espíritu Santo que mora en nosotros, el tesoro que se te ha confiado». Aquí, «nosotros» se refiere al propio apóstol Pablo y a Timoteo, el destinatario de la carta a Timoteo. El Espíritu Santo también moraba en los creyentes de la iglesia en Corinto. Observa 1 Corintios 3:16: «¿Acaso no sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?». El Espíritu Santo también moraba en los creyentes de la iglesia en Roma. Observa Romanos 8:15: «Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver a caer en el temor, sino que habéis recibido un espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: "¡Abba! ¡Padre!"». Aquí, el «espíritu de adopción» se refiere al Espíritu Santo. El Espíritu Santo también mora en nosotros: aquellos que creemos en Jesús. Observa Romanos 5:5: «Y la esperanza no nos avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado». Observa 1 Juan 3:24: «Y el que guarda sus mandamientos permanece en Él, y Él en él. Y en esto sabemos que Él permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado». Asimismo, observa 1 Juan 4:13 (de *The Bible for Modern Man*): «Puesto que Dios nos ha dado el Espíritu Santo, sabemos que vivimos en Dios y que Dios mora en nosotros».

Observa Romanos 8:9: «…vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu…». Si el Espíritu Santo —que es el Espíritu de Dios— mora en nosotros, entonces no estamos en la carne, sino en el Espíritu. El Espíritu Santo mora en nosotros, y nosotros hemos llegado a morar en el Espíritu Santo. Consideremos Juan 15:4–5: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer». Si permanecemos en el Señor, el Señor permanece en nosotros. La afirmación de que el Señor permanece en nosotros significa que el Espíritu Santo permanece en nosotros. Esto implica que nosotros permanecemos en el Espíritu Santo. En otras palabras, hemos sido unidos al Espíritu Santo. En consecuencia, damos mucho fruto. Este fruto se refiere al fruto del

Espíritu Santo. Véase Gálatas 5:22–23: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza…». Además, el Espíritu Santo obra en nuestro interior, capacitándonos para asemejarnos cada vez más a Jesús.

Por favor, observe Romanos 8:10: «Y si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado…». Aquí, la frase «si Cristo está en vosotros» significa que «el Espíritu Santo está en vosotros». Además, al considerar la palabra «cuerpo» en la afirmación «el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado», reconocemos el hecho de que el «cuerpo» (la carne física) y el «espíritu» (el alma) fueron creados en unión. En este contexto, el «cuerpo» se refiere al «hombre exterior»; tal como se registra en Génesis, los primeros seres humanos —Adán y su esposa, Eva— murieron porque desobedecieron el mandamiento de Dios (Gén. 2:16–17) y comieron del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal (Gén. 3:1–7). En consecuencia, toda la humanidad —los descendientes de Adán— quedó también sujeta a la muerte. Por favor, observe Romanos 5:12 y 17: «Por tanto, tal como el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre, y la muerte por medio del pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron… Porque si por la transgresión de un solo hombre reinó la muerte por medio de ese solo hombre…». Ahora, observe de nuevo Romanos 8:10: «…pero el espíritu vive a causa de la justicia». Aquí, el «espíritu» se refiere al espíritu humano. Además, este espíritu designa al «hombre interior». Debido a la transgresión de Adán, tanto nuestros cuerpos como nuestros espíritus habían muerto. Sin embargo, nuestros pecados fueron imputados a Jesús; y debido a que Él fue crucificado y murió —y posteriormente resucitó de entre los muertos—, la justicia de Jesús nos fue imputada a nosotros. Por consiguiente, el Espíritu Santo vivificó nuestros espíritus, los cuales habían estado muertos. En otras palabras, el Espíritu Santo obró nuestra regeneración: nuestro renacimiento espiritual. Observe Efesios 2:1 en la Biblia: «Y Él os dio vida a vosotros, que estabais muertos en vuestras transgresiones y pecados».

Observe Romanos 8:11 en la Biblia: «Pero si el Espíritu de Aquel que levantó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos…».

Aquel que levantó a Jesús de entre los muertos es Dios el Padre, y Su Espíritu se refiere a Dios el Espíritu Santo. Este pasaje significa que Jesús murió y fue resucitado de entre los muertos. ¿Quién mató a Jesús? Fue Dios Padre. Dios Padre aceptó a Jesucristo como un sacrificio expiatorio: una propiciación. En Su deseo de salvarnos —y de que Jesucristo cargara con el peso de todos nuestros pecados—, Dios Padre permitió que Jesucristo, quien quita los pecados del mundo, muriera en la cruz. Dios Padre entregó a Dios Hijo —Jesús— a la muerte. Jesús se entregó voluntariamente a la muerte. Observe Juan 10:18 en la Biblia: «Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre». Asimismo, observe 1 Juan 3:16 (de *The Bible for Modern People*): «Hemos llegado a conocer lo que es el amor porque Jesús entregó voluntariamente su vida por nosotros...». Nadie le arrebató la vida a Jesús; Jesús la entregó por su propia voluntad. La razón de ello fue salvarnos. Entonces, ¿quién resucitó a Jesús de entre los muertos? Fue Dios Padre. Observe Hechos 2:24 en la Biblia: «Pero Dios lo levantó, habiendo desatado los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuera retenido por ella». Observe Hechos 3:15 en la Biblia: «Ustedes mataron al Autor de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos. Nosotros somos testigos de esto». Observe la primera parte de Romanos 8:11: «Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos...». El mismo Jesucristo profetizó que volvería a levantarse (que resucitaría). Observe Marcos 8:31: «Entonces comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía sufrir muchas cosas y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los maestros de la ley, y que debía ser matado y, después de tres días, resucitar» (cf. Mateo 17:9; 20:19). Los discípulos de Jesús dieron testimonio de su resurrección. Observe Hechos 10:40–41: «Dios lo levantó al tercer día y permitió que se manifestara —no a todo el pueblo, sino a testigos escogidos de antemano por Dios: a nosotros, que comimos y bebimos con Él después de que resucitó de entre los muertos». Si el Espíritu Santo —el Espíritu de Dios Padre, quien levantó a Jesús de entre los muertos— habita en nosotros, Él también dará vida a nuestros cuerpos mortales (nuestro «hombre exterior») (Rom 8:11). Así como el cuerpo de Jesús murió en la cruz y resucitó (una resurrección corporal), nuestros cuerpos también resucitarán.

Dios Padre nos devolverá la vida. Observe 2 Corintios 4:14: «Sabemos que Aquel que levantó de entre los muertos al Señor Jesús también nos levantará a nosotros con Jesús y nos presentará junto con ustedes en Su presencia». Observe 1 Corintios 6:14: «Dios levantó al Señor de entre los muertos y también nos levantará a nosotros por Su poder». Dios Hijo nos dará vida. Observe Juan 5:21 en la Biblia: «Porque así como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quien Él quiere». Observe Juan 6:39–40: «Esta es la voluntad de Aquel que me envió: que de todo lo que Él me ha dado no pierda yo nada, sino que lo resucite en el último día. Porque esta es la voluntad de Mi Padre: que todo aquel que contempla al Hijo y cree en Él tenga vida eterna, y que Yo mismo lo resucite en el último día». El Señor nos resucitará en el último día y nos conducirá a la vida eterna.

Ya sea que vivamos, es bueno, bendito y beneficioso; y ya sea que muramos, también es bueno, bendito y beneficioso. Observe Apocalipsis 14:13: «Y oí una voz del cielo que decía: "Escribe: ¡Bienaventurados los muertos que de ahora en adelante mueren en el Señor!". "Sí —dice el Espíritu—, para que descansen de sus trabajos, pues sus obras los siguen"». Esta es precisamente la bendición de aquel que permanece en el Espíritu Santo; de aquel en quien habita el Espíritu Santo. Jesús murió, resucitó y ascendió al cielo; ahora intercede por nosotros a la diestra de Dios. Jesús regresará sin falta para conducirnos al Reino de los Cielos. Allí reinaremos por los siglos de los siglos. Observemos Apocalipsis 22:5: «Ya no habrá más noche; y no tendrán necesidad de la luz de una lámpara ni de la luz del sol, porque el Señor Dios los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos». Además, por favor, miremos Apocalipsis 3:21 en la Biblia (Versión en Inglés Contemporáneo): «A quien venza en la fe, le concederé el privilegio de sentarse conmigo en mi trono, tal como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono». Por lo tanto, en medio de numerosas dificultades y adversidades, debemos asir y abrazar esta palabra de verdad para que podamos participar de sus bendiciones. Debemos superar con valentía nuestras adversidades mediante la fortaleza de nuestra preciosa fe. Que esta palabra quede grabada en las tablas de nuestros corazones, permitiéndonos triunfar por medio de la fe.

Somos deudores

[Romanos 8:12–13]

Por favor, miren Romanos 8:12–13 en la Biblia: «Así que, hermanos, somos deudores —no a la carne, para vivir conforme a la carne. Porque si viven conforme a la carne, morirán; pero si por el Espíritu hacen morir las obras del cuerpo, vivirán» [(Biblia para el Pueblo Moderno) «Hermanos, aunque somos deudores, no debemos tener una deuda con la carne ni vivir conforme a la carne. Si viven conforme a la carne, morirán; pero si, por medio del Espíritu Santo, hacen morir las obras malvadas de la carne, vivirán»].

La Biblia declara que «somos deudores» (v. 12). Toda la humanidad se compone de deudores. Las personas del pasado, las personas del presente y las personas que aún no han nacido en el futuro: todas ellas son deudores. Se trata de una de dos opciones: ser deudor de la carne o ser deudor del Espíritu. Todos los descendientes de Adán son deudores de la carne. Nosotros también —hasta que nacimos de nuevo de Dios (hasta nuestra regeneración) (1 Juan 5:1, 4)— fuimos deudores de la carne. ¿Cómo viven aquellos que son deudores de la carne? Por favor, miren Efesios 2:2–3 en la Biblia: «En los cuales ustedes anduvieron en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia; entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de la mente, y éramos por naturaleza hijos de ira, tal como los demás» [(La Biblia para el Pueblo Moderno) «Anteriormente, ustedes vivían siguiendo los caminos malvados de este mundo y obedeciendo al Diablo, quien gobierna sobre el reino bajo los cielos. Este Diablo es el espíritu que actualmente opera entre aquellos que son desobedientes.

Nosotros también vivimos en otro tiempo tal como ellos —siguiendo los deseos de nuestra carne y haciendo todo lo que nuestra carne y nuestra mente deseaban— y, al igual que todos los demás, estábamos por naturaleza destinados a enfrentar la ira de Dios»]. Cuando éramos deudores de la carne, vivíamos siguiendo los caminos malvados del mundo y obedeciendo al Diablo; vivíamos conforme a los deseos de nuestra carne y hacíamos todo aquello que nuestra carne y nuestra mente anhelaban. Así pues, mientras vivíamos como deudores de la carne, en un momento determinado —nos diéramos cuenta o no— fuimos transformados en deudores del Espíritu. ¿Cuándo se convirtió Juan el Bautista en deudor del Espíritu? Por favor, miren Lucas 1:15 en la Biblia: «Porque será grande delante del Señor, y no beberá vino ni sidra; y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre». Juan el Bautista fue lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. En otras palabras, esto significa que se convirtió en deudor del Espíritu desde el mismo instante en que se encontraba en el vientre materno. Por consiguiente, la Biblia afirma que cuando María fue a saludar a Elisabet —quien ya tenía seis meses de embarazo de Juan el Bautista (v. 36)— «la criatura [Juan el Bautista] saltó en su vientre, y Elisabet fue llena del Espíritu Santo» (v. 41). Si bien es posible que el propio Juan el Bautista no supiera con exactitud cuándo fue lleno del Espíritu Santo, una vez que creció, es probable que su madre, Elisabet, se lo haya contado. Aquellos que han sido criados en la fe a menudo no saben con exactitud cuándo nacieron de nuevo o cuándo se convirtieron en deudores del Espíritu. Sin embargo, también existen casos en los que los individuos sí saben con exactitud cuándo se convirtieron en deudores del Espíritu. Un ejemplo de ello se encuentra en el capítulo 10 de Hechos en la Biblia: Cornelio, junto con sus parientes y amigos cercanos (v. 24), lo supo; y Pedro, junto con «algunos hermanos de Jope» (v. 23), también reconoció que se habían convertido en deudores del Espíritu. Por favor, miren Hechos 10:44-45: «Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo».

Un deudor del Espíritu es aquel que tiene una deuda con el Espíritu Santo. Al comenzar Romanos 8:12, el apóstol Pablo emplea la conjunción «por tanto». Esta conjunción sirve para conectar el pasaje con los versículos que lo preceden. Por consiguiente, para aquellos que ahora están en Cristo Jesús (v. 1) —puesto que la ley del Espíritu de vida los ha librado de la ley del pecado y de la muerte (v. 2)— ya no vivimos conforme a la carne, sino que vivimos conforme al Espíritu Santo (v. 4); y debido a que ponemos nuestra mente en las cosas del Espíritu (v. 5), una mente controlada por el Espíritu goza de vida y paz (v. 6). Ahora que el Espíritu Santo mora en nuestro interior, estamos bajo Su control (v. 9, *Contemporary Korean Version*). Ese Espíritu Santo —el mismo Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos— también dará vida a nuestros cuerpos mortales (v. 11, *Contemporary Korean Version*). Por lo tanto, somos deudores (v. 12). En Romanos 8:12, el apóstol Pablo declara: «Por tanto, hermanos»; aquí, el término «hermanos» (Rom 8:12) se refiere a los creyentes dentro de la iglesia en Roma. Al utilizar este término íntimo de afecto —«hermanos»—, Pablo transmite que, como aquellos que creen en Jesucristo, todos ellos son deudores del Espíritu; es decir, son los regenerados, aquellos que deben su propia existencia al Espíritu Santo. En otras palabras, la mentalidad de aquellos que son deudores del Espíritu —deudores del Espíritu Santo— es precisamente vida y paz (v. 6). Por el contrario, la mentalidad de la carne conduce a la muerte (v. 6), sitúa a la persona en hostilidad hacia Dios (v. 7) y la hace incapaz de agradar a Dios (v. 8). Para aquellos que son deudores del Espíritu, su espíritu está vivo [(v. 10): «el espíritu está vivo a causa de la justicia»]. En otras palabras, ser deudor del Espíritu significa haber sido regenerado.

Jesús devolvió la vida a la hija fallecida (v. 49) de Jairo —un oficial de la sinagoga (Lucas 8:41)— tomándola de la mano y diciéndole: «¡Niña, levántate!» (v. 54). La Escritura describe su regreso a la vida con la frase: «su espíritu regresó» (v. 55). De manera similar, cuando Jesús fue a la tumba del difunto Lázaro (Juan 11:14) —después de ordenar: «Quiten la piedra» (v. 39), y luego clamar en voz alta: «¡Lázaro, sal fuera!» (v. 43)— el muerto salió, con las manos y los pies aún envueltos en las vendas fúnebres (v. 44). Lázaro también salió con vida porque su espíritu se reunió con su cuerpo. Fue el regreso de su espíritu, uniéndose a

su cuerpo físico, lo que le devolvió la vida. El Espíritu Santo ha dado vida a nuestros espíritus, los cuales estaban muertos en nuestras transgresiones y pecados (Efesios 2:1). Este espíritu es eterno. La mente del Espíritu Santo es vida (Romanos 8:6), y esa vida es eterna. El Espíritu Santo no solo ha dado vida a nuestros espíritus —que estaban muertos—, sino que también dará vida a nuestros cuerpos mortales, transformándolos en cuerpos que vivirán eternamente (v. 13). ¿Cuándo? Sucederá precisamente cuando suene la última trompeta (1 Corintios 15:52). En ese momento —en un abrir y cerrar de ojos— los muertos serán resucitados incorruptibles, y todos nosotros seremos transformados (v. 52). El Espíritu Santo dará vida tanto a nuestros espíritus como a nuestros cuerpos, capacitándolos para vivir eternamente. ¡Esta es la consumación misma de la vida eterna!

Por lo tanto, el apóstol Pablo declara: «No estamos obligados a la carne para vivir conforme a la carne» (Romanos 8:12). Ya no somos deudores de la carne. En consecuencia, no debemos ceder ante la carne ni vivir conforme a sus caminos. ¿Qué significa vivir una vida derrotada por la carne; es decir, vivir conforme a la carne? Consideren Gálatas 5:19–21: «Las obras de la carne son evidentes: inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, ambición egoísta, disensiones, facciones y envidia; borracheras, orgías y cosas semejantes. Les advierto, como ya lo hice antes, que quienes viven de esta manera no heredarán el reino de Dios». Consideren también Colosenses 3:5–6: «Hagan morir, pues, todo lo que pertenece a su naturaleza terrenal: inmoralidad sexual, impureza, lujuria, malos deseos y avaricia, la cual es idolatría. Por causa de estas cosas, viene la ira de Dios». Como aquellos que están en deuda con el Espíritu (el Espíritu Santo), no debemos vivir de esta manera: derrotados por la carne y viviendo conforme a ella. Más bien, debemos caminar según el Espíritu. Si lo hacemos, no gratificaremos los deseos de la carne (Gál 5:16). Además, el apóstol Pablo nos dice que si hacemos morir las obras del cuerpo por medio del Espíritu, viviremos (Rom 8:13). Aunque ciertamente enfrentaremos la muerte eterna si vivimos como quienes están en deuda con la carne, ciertamente viviremos si, por medio del Espíritu (el Espíritu Santo), hacemos morir las obras del cuerpo (es decir, el acto de vivir como alguien en deuda con la carne). Este es

precisamente el resultado de vivir como alguien en deuda con el Espíritu Santo. Significa que ciertamente viviremos; de hecho, viviremos eternamente. ¿Cuándo? Será cuando el Señor mismo descienda del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios (1 Tes 4:16). En ese momento, los muertos en Cristo resucitarán primero (v. 16). En otras palabras, volverán a la vida.

Nosotros somos aquellos que están en deuda con el Espíritu Santo. Por lo tanto, debemos vivir conforme al Espíritu Santo. El Espíritu Santo habita en nosotros (Romanos 8:9) y nos protege de las fuerzas de Satanás. Además, el Espíritu Santo que mora en nosotros nos otorga el poder de la vida, nos concede sabiduría, nos capacita para dar fruto y nos conduce a la victoria. El Espíritu Santo nos capacita para proclamar el Evangelio de Jesucristo, llevando así a cabo el ministerio de dar vida a las almas muertas. En la Segunda Venida del Señor, el Espíritu Santo resucitará tanto nuestros cuerpos como nuestros espíritus, permitiéndonos vivir eternamente con el Señor.

Aquellos guiados por el Espíritu Santo (1)

[Romanos 8:14-17]

Por favor, abran sus Biblias en Romanos 8:14-17: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: "¡Abba, Padre!". El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados». Basándome en este pasaje, me gustaría reflexionar sobre tres puntos: (1) Hijos de Dios (v. 14), (2) Clamar «¡Abba, Padre!» (v. 15), y (3) El Espíritu dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (v. 16).

En primer lugar, consideremos qué significa ser hijo de Dios.

Por favor, miren Romanos 8:14: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios». Aquí, la palabra «porque» sirve como una conjunción que introduce una oración que explica la frase «viviréis» (refiriéndose a la vida eterna), la cual se encuentra en la segunda mitad del versículo 13. Describe, de cuatro maneras distintas, las características de aquellos que verdaderamente viven. Aquellos que viven son: (1) hijos de Dios (v. 14), (2) aquellos que claman a Dios como «¡Abba, Padre!» (v. 15), (3) hijos de Dios (v. 16), y (4) herederos de Dios (v. 17). El apóstol Pablo está hablando aquí acerca de aquellos que son «guiados por el Espíritu de Dios»; un punto crucial que debemos tener presente es que, entre las diversas obras que el Espíritu Santo —el Espíritu de Dios— realiza cuando

viene a nosotros, una de las más significativas es la obra de guiarnos. El Espíritu Santo nos guía a toda verdad. Observe Juan 16:13 en la Biblia: «Sin embargo, cuando venga el Espíritu de verdad, Él los guiará a toda la verdad…». El Espíritu Santo no nos guía únicamente en los grandes acontecimientos o en los asuntos de gran importancia; más bien, nos guía en cada aspecto de nuestras vidas. Como aquellos que caminan conforme al Espíritu (Rom 8:4), recibimos Su guía día tras día. Experimentamos la guía del Espíritu Santo justo en medio de nuestra vida cotidiana. A veces, es posible que no reconozcamos Su guía en el momento preciso; sin embargo, a menudo —una vez que el momento ha pasado— nos damos cuenta de que, en efecto, era el Espíritu Santo quien nos estaba guiando. El Espíritu Santo nos da instrucciones específicas. Observe Hechos 8:29 en la Biblia: «El Espíritu le dijo a Felipe: "Acércate a ese carro y acompáñalo"». El Espíritu Santo instruyó a Felipe para que se acercara al carro en el que viajaba «un eunuco etíope, un funcionario importante a cargo de todo el tesoro de Candace, reina de los etíopes» (v. 27) (v. 29). Al recibir esta instrucción del Espíritu Santo, Felipe obedeció y corrió hacia el carro (v. 30). Observe Hechos 10:20 en la Biblia: «Levántate, baja y ve con ellos de inmediato, sin vacilar; pues yo los he enviado». El Espíritu Santo instruyó al apóstol Pedro —quien había subido a la azotea para orar (v. 9) y posteriormente había tenido una visión (vv. 10–16)— para que fuera con los dos hombres enviados por Cornelio (vv. 17, 19) (v. 20). Al recibir esta instrucción del Espíritu Santo, el apóstol Pedro se levantó al día siguiente y fue con ellos (v. 23). Observe Hechos 13:2 en la Biblia: «Mientras adoraban al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: "Apártenme a Bernabé y a Saulo para la obra a la cual los he llamado"». El Espíritu Santo instruyó a la iglesia en Antioquía para que apartaran a Bernabé y a Saulo para una obra especial. En obediencia a las instrucciones del Espíritu Santo, la iglesia de Antioquía ayunó, oró, impuso las manos sobre Bernabé y Saulo (Pablo), y los envió (v. 3). Consideremos Hechos 16:6–7: «El Espíritu Santo les había prohibido predicar la palabra en Asia… el Espíritu de Jesús no se lo permitió». Durante el segundo viaje misionero de Pablo, el Espíritu Santo lo refrenó, impidiéndole entrar en Asia Menor y guiándolo, en su lugar, hacia Macedonia (Europa). De esta manera, el apóstol Pablo se sometió tanto a las restricciones del Espíritu Santo como a Su dirección (guía).

El apóstol Pablo declara: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios». Una persona que recibe la guía del Espíritu Santo es un hijo de Dios. En otras palabras, un hijo de Dios es aquel que vive bajo la guía del Espíritu Santo. Un hijo de Dios no vive según sus propios caprichos, ni actúa impulsado por sus propios deseos egoístas. Además, un hijo de Dios no sigue los mandatos de Satanás; por el contrario, un hijo de Dios sigue la guía y las instrucciones del Espíritu Santo. Entre los creyentes, un número significativo sufre angustia y dolor debido a heridas infligidas por sus padres terrenales. En consecuencia, albergan sentimientos de odio y resentimiento hacia sus padres. Para tales creyentes, puede resultar difícil abrazar plenamente la verdad de que Dios mismo es su Padre, precisamente a causa de sus experiencias con sus padres terrenales. Los padres terrenales deberían demostrar la verdad de que Dios es Padre viviendo bajo la guía del Espíritu Santo dentro del hogar, permitiendo así que sus hijos acepten esta verdad con facilidad. Sin embargo, incluso si un padre terrenal no lo hace, el Espíritu Santo es plenamente capaz de llevar a los hijos a reconocer a Dios Padre mediante la revelación de las Escrituras. Esta es, en verdad, una gracia aún mayor.

La Biblia nos dice que Dios es mi —y nuestro— Padre. Por favor, miren Romanos 8:3: «Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios lo hizo enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado: Él condenó el pecado en la carne». Para salvarnos, Dios envió a este mundo a su Hijo unigénito, Jesucristo. Al enviarlo, Dios —a causa del pecado— envió a su Hijo sin pecado en semejanza de carne de pecado, condenando así el pecado en la carne. Dios transfirió todos nuestros pecados sobre Jesús y castigó todas nuestras iniquidades. En otras palabras, Dios hizo que su Hijo unigénito, Jesucristo, cargara con la pena completa por todos nuestros pecados. Como resultado, hemos recibido la salvación y nos hemos convertido en hijos de Dios. De este modo, Dios nos ha otorgado un gran amor de salvación. El Dios de amor es un Padre Celestial que nos ama tan profundamente que entregó a su Hijo unigénito en la cruz. Por favor, miren Romanos 8:32: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?»

El Espíritu Santo ha venido para guiarnos. El Espíritu Santo nos guía a toda verdad. Además, el Espíritu Santo nos conduce a Jesucristo y a Dios. Si vivimos conforme a la guía del Espíritu Santo, somos hijos de Dios. En efecto, todo aquel que es guiado por el Espíritu Santo es hijo de Dios. Debemos recibir la guía del Espíritu Santo y vivir una vida digna de ser hijos de Dios.

Aquellos guiados por el Espíritu Santo (2)

[Romanos 8:14-17]

Por favor, dirijan su mirada a Romanos 8:15: «Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: "¡Abba, Padre!"». Con respecto al «espíritu de esclavitud» y al «Espíritu de adopción» mencionados aquí —y específicamente a qué o a quién representan— existen diversas teorías académicas; sin embargo, estas pueden resumirse en tres posturas principales: (1) la teoría de que tanto el espíritu de esclavitud como el Espíritu de adopción se refieren al espíritu humano; (2) la teoría de que el espíritu de esclavitud es un espíritu maligno, mientras que el Espíritu de adopción es el Espíritu Santo; y (3) la teoría de que tanto el espíritu de esclavitud como el Espíritu de adopción se refieren al Espíritu Santo. Yo me adhiero a la tercera teoría: que tanto el espíritu de esclavitud como el Espíritu de adopción se refieren al Espíritu Santo. La razón de ello es que existen numerosos pasajes bíblicos que respaldan esta tercera perspectiva.

Según las Escrituras, el «espíritu de esclavitud» (v. 15) también hace referencia al Espíritu Santo. En el capítulo 2 de Hechos, observamos que, cuando descendió el Espíritu Santo, los discípulos de Jesús fueron llenos del Espíritu y proclamaron con valentía el Evangelio de Jesucristo. Entre ellos, cuando el apóstol Pedro —lleno del Espíritu Santo— predicó el Evangelio (Hechos 2:14-36), la reacción de la audiencia que escuchó su mensaje fue la siguiente: «Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: "Hermanos, ¿qué haremos?"» (v. 37). Esta es la obra del Espíritu Santo: precisamente ese «espíritu de esclavitud para estar en temor» mencionado en Romanos 8:15. Cuando el

Espíritu Santo llenó al apóstol Pedro y le otorgó el poder para proclamar el Evangelio de Jesucristo, las 3.000 personas que escucharon aquel mensaje (Hechos 2:41) tomaron conciencia de la gravedad de su pecado: el hecho de haber crucificado a Jesucristo. Aterrados y con el corazón traspasado, respondieron a Pedro y a los demás apóstoles preguntando: «Hermanos, ¿qué haremos?». (Hechos 2:37). Al oír esto, Pedro les respondió: «Arrepiéntanse y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados. Y recibirán el don del Espíritu Santo. La promesa es para ustedes, para sus hijos y para todos los que están lejos; para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios llamará» (vv. 38–39). Como resultado, aquellas 3.000 personas se arrepintieron, depositaron su fe en Jesús, fueron bautizadas y se convirtieron en creyentes (v. 41). Así, el Espíritu Santo —que es el Espíritu de un siervo— obró primero dentro de ellos como un «espíritu de temor» (o un «espíritu de esclavitud») para llevarlos a tomar conciencia de sus pecados, guiarlos al arrepentimiento y capacitarlos para creer en Jesús y recibirlo. En Hechos 7:54, la Biblia registra la reacción de la audiencia que escuchó el sermón de Esteban. Ellos también oyeron la Palabra por medio de Esteban y fueron traspasados en el corazón. Sin embargo, a diferencia de los 3.000 creyentes que preguntaron: «Hermanos, ¿qué haremos?» (2:37), este grupo, en cambio, crujió los dientes contra Esteban (7:54). Debido a que el Espíritu Santo no obró dentro de ellos como un «espíritu de esclavitud que conduce al temor» (Rom. 8:15), se abalanzaron unánimemente sobre Esteban, lo arrastraron fuera de la ciudad y cometieron el atroz pecado de apedrearlo hasta matarlo (Hechos 7:57–58). En aquel tiempo, Saulo —quien aún no había llegado a creer en Jesús (y quien más tarde se convirtió en Pablo tras creer)— también participó con ellos en la muerte de Esteban (v. 58). Saulo (Pablo) también cometió muchos pecados antes de recibir el Espíritu Santo: el Espíritu que nos libra del espíritu de esclavitud que conduce al temor. Por favor, consideren Hechos 8:1, 3 y 9:1–2: «Saulo consentía en su muerte. En aquel día se desató una gran persecución contra la iglesia en Jerusalén, y todos se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria, excepto los apóstoles... Pero Saulo asolaba la iglesia; entrando casa por casa, arrastraba a hombres y mujeres y los entregaba a la cárcel... Mientras tanto, Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, fue al sumo sacerdote y

le pidió cartas para las sinagogas en Damasco, para que, si encontraba a alguno que perteneciera al Camino —hombres o mujeres—, pudiera traerlos atados a Jerusalén». ¿Cuál es nuestra situación? ¿Hemos llegado verdaderamente —por medio del Espíritu Santo, el Espíritu que nos libra del espíritu de esclavitud que conduce al temor— a tomar conciencia de nuestros pecados pasados, nos hemos arrepentido, hemos recibido al Señor y permanecemos ahora en la fe? Si aún no lo hemos hecho, oro para que el Espíritu Santo venga a nosotros, nos capacite para reconocer nuestros pecados, nos guíe al arrepentimiento y nos dé el poder para recibir al Señor.

Según las Escrituras, el «Espíritu de adopción» (Rom. 8:15) se refiere también al Espíritu Santo. El Espíritu Santo obra en nuestro interior como el Espíritu de adopción. ¿Cómo podemos nosotros —pecadores que en otro tiempo fuimos enemigos de Dios— convertirnos en hijos adoptivos del Dios santo? Dios Padre hace esto posible. Por favor, consideren Romanos 8:3–4: «Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil a través de la carne, Dios lo hizo enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado, a causa del pecado: Él condenó el pecado en la carne, para que el justo requisito de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu». Dios Padre no solo nos capacitó para convertirnos en sus hijos adoptivos, sino que también envió al Espíritu Santo —el Espíritu de adopción— para obrar nuestro renacimiento espiritual, permitiéndonos clamar a Dios Padre: «¡Abba, Padre!» (v. 15), y estableciéndonos como herederos de Dios y coherederos con Cristo (v. 17). Por favor, consideren Gálatas 4:6: «Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: "¡Abba, Padre!". Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo». Guiados por el Espíritu Santo —el Espíritu de adopción— nos hemos convertido en hijos de Dios que claman a Dios Padre: «¡Abba, Padre!». Por lo tanto, en obediencia a la guía del Espíritu Santo, debemos clamar a Dios Padre: «¡Abba, Padre!», haciéndolo tal como lo hizo el Hijo, Jesús. Por favor, consideren Marcos 14:36: «Y dijo: "¡Abba, Padre!, todas las cosas son posibles para ti. Aparta de mí esta copa; sin embargo, no sea lo que yo quiero, sino lo que tú quieres"». Por consiguiente, nosotros también —siguiendo el

ejemplo de Jesús— debemos vivir una vida de obediencia que cumpla la voluntad de nuestro «¡Abba, Padre!». Tal vida es, en verdad, la vida feliz de un cristiano: una vida rebosante de gratitud, gozo, paz y poder.

Aquellos guiados por el Espíritu Santo (3)

[Romanos 8:14-17]

Por favor, miren Romanos 8:16: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios». El apóstol Pablo está hablando aquí del Espíritu Santo (v. 16). ¿Quién es el Espíritu Santo? El Espíritu Santo es Dios. Además, el Espíritu Santo posee atributos —características— que pertenecen únicamente a Dios. Estos atributos pueden considerarse bajo tres puntos principales: (1) Dios el Espíritu Santo es eterno. Por favor, miren Hebreos 9:14: «¿Cuánto más, entonces, la sangre de Cristo, quien por medio del Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará nuestras conciencias de actos que llevan a la muerte, para que podamos servir al Dios vivo?». Este pasaje se refiere al Espíritu Santo como el «Espíritu eterno». (2) Dios el Espíritu Santo es omnipresente. Por favor, miren el Salmo 139:7-8: «¿A dónde podría ir lejos de tu Espíritu? ¿A dónde podría huir de tu presencia? Si subo a los cielos, allí estás tú; si hago mi cama en las profundidades, allí estás tú». Debido a que el Espíritu Santo es Dios, Él está presente en todas partes. Él también habita dentro de nosotros: aquellos que somos hijos de Dios. Sin embargo, Satanás —siendo un ser creado— no es omnipresente. Satanás no habita dentro de nosotros, los que creemos en Jesús. Aunque los secuaces de Satanás puedan intentar infiltrarse entre nosotros, Satanás mismo no reside en nuestro interior. (3) Dios el Espíritu Santo realiza obras que solo Dios puede llevar a cabo. ¿Cuáles son estas obras que solo Dios puede hacer? (a) La creación. Por favor, miren Génesis 1:1-2 en la Biblia: «En el principio, Dios creó los cielos y la tierra. La tierra estaba sin forma y vacía, y la oscuridad cubría la superficie del abismo. Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas». Aquí, el «Espíritu de Dios» se refiere al Espíritu Santo. (b) El Espíritu Santo da vida. Por favor, miren Romanos 8:2 en la Biblia: «Porque la ley del Espíritu

de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte». El Espíritu Santo es el Dios de la vida. El Espíritu Santo es el Dios que crea la vida. El Espíritu Santo es el Dios que nos da la vida. Por favor, miren Romanos 8:11 en la Biblia: «Si el Espíritu de aquel que levantó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, aquel que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos también dará vida a sus cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en ustedes». Cuando Jesús regrese, el Espíritu Santo que habita en nosotros también dará vida a nuestros cuerpos mortales. Resucitaremos. Volveremos a vivir.

En Romanos 8:16, el apóstol Pablo habla de «hijos de Dios»; aquí podemos considerar cuatro puntos con respecto a «Dios»: (1) Dios es nuestro «Abba, Padre» (v. 15). (2) Dios es el Autoexistente. Por favor, miren Éxodo 3:14-15: «Dios le dijo a Moisés: "Yo soy el que soy". Y añadió: "Diles esto a los israelitas: 'Yo soy me ha enviado a ustedes'". Dios también le dijo a Moisés: "Diles esto a los israelitas: 'El Señor, el Dios de sus padres —el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob— me ha enviado a ustedes'. Este es mi nombre para siempre, el nombre por el cual se me recordará de generación en generación"». Éxodo 3 es el capítulo en el que Dios llama a Moisés a su ministerio. En este capítulo, Moisés le hace a Dios la siguiente pregunta: «Supongamos que voy a los israelitas y les digo: "El Dios de sus padres me ha enviado a ustedes", y ellos me preguntan: "¿Cuál es su nombre?". Entonces, ¿qué les responderé?» (v. 13). Observen la respuesta de Dios: «Dios le dijo a Moisés: "Yo soy el que soy". Y añadió: "Diles esto a los israelitas: 'Yo soy me ha enviado a ustedes'"» (v. 14). Dios es «Aquel que es de Sí mismo» (el Autoexistente). La existencia de Dios es autosuficiente; Él existe por Sí mismo. (3) Dios provee todo lo que toda la creación necesita. ¿Cómo vive Dios? Mientras que nosotros vivimos recibiendo ayuda de los demás, Dios vive enteramente de Sí mismo. Por favor, observe Hechos 17:25: «Ni es servido por manos humanas, como si necesitara algo; más bien, Él mismo da a todos la vida, el aliento y todo lo demás». Dios existe por Sí mismo; de hecho, Él es quien provee todo lo que toda la creación necesita. Dios da la vida y da el aliento. (4) Dios es un Dios de pacto. Dios es un Dios que establece pactos. Es un Dios que hace promesas y presta juramentos. Observe Éxodo 3:15 en la Biblia: «Dios también dijo a Moisés: "Di esto a los israelitas: 'El SEÑOR, el Dios de vuestros padres —el

Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob— me ha enviado a vosotros'. Este es mi nombre para siempre, el nombre por el cual he de ser recordado de generación en generación"». Aquí, la frase «El SEÑOR, el Dios de vuestros padres —el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob—» declara que Dios es un Dios de pacto. Dios estableció un pacto con Abraham. Y Él hizo esta promesa: «El SEÑOR se apareció a Abram y le dijo: "A tu descendencia daré esta tierra"» (Gén. 12:7). Dios también hizo una promesa al hijo de Abraham, Isaac: «Permanece en esta tierra, y yo estaré contigo y te bendeciré. Porque a ti y a tus descendientes daré todas estas tierras» (26:3). Dios también hizo una promesa al nieto de Abraham, Jacob: «Allí, encima de ella, estaba el SEÑOR, y dijo: "Yo soy el SEÑOR, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. A ti y a tus descendientes daré la tierra en la que estás acostado"» (28:13).

Dios es un Dios que establece pactos y cumple fielmente, de manera exacta, aquello que ha prometido. Observe Éxodo 3:16 en la Biblia: «Ve, reúne a los ancianos de Israel y diles: "El SEÑOR, el Dios de sus padres —el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob— se me ha aparecido y me ha dicho: He velado por ustedes y he visto lo que se les ha hecho en Egipto"». Dios envió a Moisés a Egipto para sacar de esa tierra a los aproximadamente dos millones de israelitas —quienes habían vivido como esclavos en Egipto durante unos 430 años— y guiarlos hacia «una tierra hermosa y espaciosa, una tierra que fluye leche y miel: la tierra de Canaán» (v. 8). Aunque Moisés los guio hasta llegar al río Jordán antes de que Dios lo llamara a su presencia, Dios levantó entonces a Josué para que, finalmente, los condujera a la Tierra Prometida de Canaán. Observe Josué 21:43 y 45: «Así que el SEÑOR dio a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus antepasados; ellos tomaron posesión de ella y se establecieron allí… No falló ni una sola de todas las buenas promesas que el SEÑOR había hecho a la casa de Israel; todas se cumplieron».

Dios estableció un pacto con Adán. Observe Génesis 2:17 en la Biblia: «Pero no debes comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el día que de él comas, ciertamente morirás». Sin embargo, Adán rompió este pacto con Dios —conocido como el

Pacto de Obras— al desobedecer y comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Por consiguiente, Dios estableció un nuevo pacto con Adán: el Pacto de Gracia. Por favor, observe Génesis 3:15: «Y pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella; él te herirá en la cabeza, y tú lo herirás en el talón». Dios cumplió este pacto de Génesis 3:15 en la cruz de Jesucristo [un cumplimiento que ya ha tenido lugar]. Por favor, observe Juan 19:30: «Cuando Jesús hubo recibido el vinagre, dijo: "Todo está consumado"; e inclinó la cabeza y entregó su espíritu». Por favor, observe Apocalipsis 21:6: «Y me dijo: "¡Hecho está! Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al sediento le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente"» [un cumplimiento del tipo «aún no»]. Aquí, la frase «Hecho está» se traduce como «Consumado es» en la *Common Translation*, en la *King James Version* y en la traducción de la Biblia al chino. Dios ya ha cumplido plenamente lo que pactó en la cruz de Jesucristo («ya»), y lo cumplirá plenamente en el futuro, en la Segunda Venida de Jesucristo («aún no»). ¿Cuál es el pacto que Dios cumplirá en el futuro, en la Segunda Venida de Jesús? Por favor, observe Juan 14:3: «Y si me voy y les preparo un lugar, vendré otra vez y los tomaré conmigo, para que donde yo estoy, ustedes también estén». Además, considere 1 Tesalonicenses 4:16-17: «Pues el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios. Y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos y permanecemos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor». Asimismo, considere Apocalipsis 19:6-8: «Y oí, como si fuera, la voz de una gran multitud, como el sonido de muchas aguas y como el sonido de poderosos truenos, que decía: "¡Aleluya! ¡Porque el Señor Dios Omnipotente reina! Alegrémonos, gocémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado". Y a ella se le concedió vestirse de lino fino, limpio y resplandeciente, pues el lino fino son los actos justos de los santos». Por lo tanto, al depositar nuestra fe en el Dios del Pacto, somos capaces de ofrecer alabanza a Dios a través de la letra de la cuarta estrofa y del estribillo del Himno 370 («A mí, que estoy en el Señor»): «El pacto que he hecho con mi Señor permanece inmutable para siempre; Él me

protege siempre hasta que alcance Su reino. ¡Alabando al Señor: Aleluya, Aleluya! Aunque el camino por delante sea largo y escabroso, seguiré al Señor, solo a Él».

El pacto de nuestro Dios fiel permanece inmutable. Dios ha cumplido Su pacto, lo está cumpliendo ahora y, en última instancia, lo llevará a su plena consumación. Por consiguiente, solo necesitamos vivir nuestras vidas siguiendo la guía del Espíritu Santo, confiando únicamente en nuestra fe en el Dios del Pacto. Nuestro Padre Abba —el Dios Autoexistente— ciertamente hará realidad el pacto que ha establecido con nosotros. A través de esta fe, mientras vivimos bajo la guía del Espíritu Santo, entraremos finalmente en Su Reino —guiados por el Espíritu— y participaremos en las Bodas del Cordero, disfrutando así de la bienaventuranza de la vida eterna.

«Si somos hijos, también somos herederos»

[Romanos 8:14–17]

Observemos Romanos 8:17: «Y si somos hijos, también somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él, para que también seamos glorificados juntamente con Él». Somos hijos de Dios, y también somos herederos. ¿Quiénes son los hijos de Dios? Son aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios: el Espíritu Santo. Observemos Romanos 8:14: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios». Por medio del Espíritu Santo —el Espíritu de adopción— clamamos a Dios, diciendo: «¡Abba, Padre!». Observemos Romanos 8:15: «Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: "¡Abba, Padre!"». El mismo Espíritu Santo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Observemos Romanos 8:16: «El Espíritu mismo da testimonio con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios». ¿Quién es, entonces, un «heredero» (v. 17)?

En primer lugar, Jesús —el Hijo unigénito— es el Heredero de Dios Padre.

Si observamos Mateo 21:33–39, encontraremos la parábola de Jesús sobre los labradores de la viña. En esta parábola, a medida que se acercaba el tiempo de la cosecha, el dueño de la casa envió a sus siervos a los labradores para cobrar los frutos; más tarde, envió a otros siervos —en mayor número que el primer grupo— y, finalmente, envió a su propio hijo, diciendo: «Respetarán a mi hijo». Sin embargo, cuando los labradores vieron al hijo, se dijeron unos a otros: «Este es el heredero. Venid, matémoslo y apoderémonos de su

herencia». Y aquellos labradores echaron fuera de la viña al hijo del dueño —el heredero— y lo mataron. En esta parábola, el dueño de la casa representa a Dios Padre, y el hijo —el heredero— no es otro que Jesucristo.

En segundo lugar, los hijos de Dios son los herederos de Dios. Como hijos de Dios guiados por el Espíritu Santo, somos herederos de Dios y heredaremos el reino de Dios. Observemos Mateo 25:34: «Entonces el Rey dirá a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo"». Cuando el Señor —el Hijo del Hombre— venga en su gloria con todos los ángeles —es decir, cuando el Señor regrese en su Segunda Venida—, se sentará en su trono glorioso; reunirá a todas las naciones ante sí y las separará unas de otras, tal como un pastor separa las ovejas de los cabritos, colocando las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda (versículos 31–33). El Señor dirá a los de su derecha (las ovejas) —dirigiéndose a ellos como «benditos de mi Padre»—: «Heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo» (versículo 34).

En tercer lugar, los hijos de Dios son coherederos con Cristo.

Por lo tanto, Jesucristo no se avergüenza de llamarnos sus «hermanos». La razón es que somos hermanos que comparten el mismo Padre —Dios— junto con Jesucristo. Observemos Hebreos 2:11–12: «Porque tanto el que santifica como los que son santificados, todos provienen de uno solo; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la asamblea te cantaré alabanzas"». Aquí, el «que santifica» es Jesús, y los «que son santificados» somos nosotros: los creyentes que depositamos nuestra fe en Él. La «única fuente» se refiere al hecho de que tanto Jesús como nosotros, los creyentes, compartimos al mismo Dios Padre. Jesús es el Hijo de Dios por naturaleza —el propio Hijo del Padre—, mientras que nosotros, los creyentes, somos hijos de Dios por adopción.

El apóstol Pablo afirma: «Si en verdad compartimos sus sufrimientos, es para que también compartamos su gloria» (Rom 8:17). Aquí, la frase «para que también compartamos su gloria» se refiere a la gloria —nuestra herencia— que nosotros, como creyentes, estamos destinados a recibir. Esta gloria es una gloria plena y perfecta que disfrutaremos en la vida venidera; una gloria experimentada como si lo viéramos cara a cara. Considere la primera estrofa del Himno 85 del *Nuevo Himnario*: «Si el solo pensar en el Salvador trae tal gozo, ¿cuánto mayor será el gozo cuando contemplemos Su rostro?». Además, esta gloria es también una gloria que disfrutamos parcialmente en esta vida presente; una gloria experimentada como si miráramos en un espejo. Es precisamente porque disfrutamos de esta gloria, incluso mientras estamos aquí en la tierra, que somos capaces de manifestar la gloria de Dios. Para compartir Su gloria, debemos también compartir Sus sufrimientos (Rom 8:17). Observe Hechos 14:22 en la Biblia: «[Ellos] fortalecieron los corazones de los discípulos y los animaron a permanecer en la fe, diciéndoles: "Debemos pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios"». En efecto, para entrar en el reino de Dios, debemos soportar muchas tribulaciones. Sin embargo, la Biblia nos dice que estas mismas tribulaciones que debemos soportar son, de hecho, una gracia de Dios [Fil 1:29: «Porque a ustedes se les ha concedido, en nombre de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él»]. Incluso el acto de creer en Jesucristo es una gracia de Dios. Considere Efesios 2:8–9 en la Biblia (de *La Biblia Contemporánea*): «Porque por la gracia de Dios han sido salvados mediante la fe en Cristo. Esto no se logró por su propio poder, sino que es un regalo de Dios. No es el resultado de nuestras propias buenas obras; por lo tanto, nadie puede jactarse». Asimismo, observe Juan 1:12: «Sin embargo, a todos los que lo recibieron, a aquellos que creyeron en su nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios». Incluso el sufrimiento soportado por causa de Jesucristo es un acto de la gracia de Dios. Consideremos la tercera estrofa del Himno 310: «No puedo explicar por qué Él, el Hijo de Dios, descendió de la gloria celestial a un mundo de dolor; ni por qué me mostró Su amor admirable, y me buscó —no por mis méritos, sino porque estaba perdido y vacío». Los pioneros de la fe que nos han precedido se regocijaron incluso en medio del sufrimiento por causa de la proclamación del Evangelio de Jesucristo. Observemos Hechos 5:41–42: «Los

apóstoles salieron del Sanedrín, gozosos de haber sido considerados dignos de sufrir deshonra por causa del Nombre. Día tras día, en los atrios del templo y de casa en casa, no cesaban de enseñar y de proclamar las buenas nuevas de que Jesús es el Mesías». También en el capítulo 4 de Hechos, los apóstoles fueron encarcelados por predicar el Evangelio de Jesucristo (v. 3); y aunque enfrentaron advertencias y amenazas —recibiendo la orden de «no hablar ni enseñar en absoluto en el nombre de Jesús» (vv. 17, 18, 21)—, no dejaron de proclamar el Evangelio (v. 33; 5:42). Según la tradición, con la excepción del apóstol Juan, todos los demás apóstoles sufrieron una muerte de mártires. Los apóstoles no rehuían la persecución ni el sufrimiento; por el contrario, se regocijaban en ellos. Las Escrituras nos dicen que aquellos que desean vivir una vida piadosa enfrentarán persecución. Observemos 2 Timoteo 3:12: «De hecho, todo aquel que quiera vivir una vida piadosa en Cristo Jesús será perseguido». Las leyes de este reino terrenal difieren de las leyes del Reino de los Cielos. Como ciudadanos del cielo, es más probable que en este mundo encontremos adversidades, persecución e incluso la muerte, que acogida y honores. Los creyentes espiritualmente maduros no solo se preparan para tales dificultades, persecuciones y sufrimientos, sino que también los enfrentan con gozo; confiando únicamente en el Señor, soportan y superan estas pruebas, continuando —tal como hicieron los apóstoles— la proclamación del Evangelio de Jesucristo sin cesar. Somos hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos con Cristo. Por lo tanto, para compartir la gloria de Cristo, debemos también compartir Sus sufrimientos. Cuando padecemos sufrimiento por causa de Cristo, debemos seguir la guía del Espíritu Santo, invocando a Dios como «Abba, Padre» y elevando nuestras súplicas. Dios Padre, sin duda, nos ayudará, nos protegerá, nos librará y, en última instancia, nos concederá la victoria. Además, debemos considerar el sufrimiento que padecemos por amor a Cristo como una gracia y regocijarnos en él. La razón es que, tras nuestro sufrimiento, compartiremos la gloria junto con Cristo. Con este espíritu —y al igual que los apóstoles que nos precedieron— nunca debemos cesar de proclamar el Evangelio de Jesucristo, sin importar qué persecuciones debamos enfrentar. Por lo tanto, oro para que, cuando el Señor regrese en Su Segunda Venida, todos podamos

entrar en la vida venidera y disfrutar plenamente de la gloria completa y perfecta compartida con Jesucristo.

(Estrofa 1) Cuando todo afán y labor hayan pasado, y descanse en paz en los reinos resplandecientes del cielo, morando en la presencia del Señor: ¡qué gloria eternamente radiante será aquella!
(Estrofa 2) Cuando llegue a ese hogar preparado por la gracia infinita del Señor, y allí contemple Su rostro: ¡qué gloria eternamente radiante será aquella!
(Estrofa 3) Cuando me encuentre con los amigos que partieron antes que yo, mi corazón sin duda rebosará de gozo; mas cuando el mismo Señor me dé la bienvenida: ¡qué gloria eternamente radiante será aquella!

[Estribillo] ¡Gloria! ¡Gloria! ¡La gloria que yo disfrutaré!
Por gracia contemplaré el rostro del Señor; esta gloria suprema… ¡será enteramente mía! Amén.

[Nuevo Himnario 610: «Cuando todo afán y labor hayan pasado»]

El sufrimiento presente y la gloria futura

[Romanos 8:18]

Por favor, abran sus Biblias en Romanos 8:18: «Pues considero que los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de compararse con la gloria que será revelada en nosotros». Centrándome en este versículo, me gustaría reflexionar sobre dos aspectos: (1) el sufrimiento presente y (2) la gloria futura.

En primer lugar, consideremos el sufrimiento presente.

En Romanos 8:18, el apóstol Pablo habla del «sufrimiento presente»; aquí, la palabra «presente» hace referencia a este mundo. Por lo tanto, el «sufrimiento presente» alude al sufrimiento que se experimenta en este mundo. Hay mucho sufrimiento en este mundo. Si observan el Himno 486 del *Nuevo Himnario* —titulado «Este mundo está lleno de pesares»—, este afirma que este mundo está colmado de preocupaciones, adversidades y maldad, y que los problemas dignos de muerte se han acumulado en gran medida. Podemos clasificar, a grandes rasgos, el «sufrimiento» del que habla el apóstol Pablo en Romanos 8:18 en dos tipos: (1) El sufrimiento soportado *en* Cristo. Esto se refiere al sufrimiento experimentado —por causa del nombre de Jesús— por aquellos que han recibido a Jesús al depositar su fe en Él. (2) El sufrimiento soportado *fuera* de Cristo. Esto se refiere al sufrimiento experimentado por aquellos que no creen en Jesucristo. El «sufrimiento presente» mencionado en Romanos 8:18 se refiere específicamente al sufrimiento que nosotros, como creyentes, soportamos por causa del nombre de Jesús, debido a que creemos en Él. Queridos amigos, si creemos en Jesús, ¿acaso no deberíamos estar

recibiendo bendiciones? ¿Por qué, entonces, experimentamos sufrimiento? Cuando creemos en Jesús, no recibimos únicamente bendiciones; también experimentamos sufrimiento. La Biblia declara claramente que, si creemos en Jesús, ciertamente debemos soportar el sufrimiento. Por favor, lea Hechos 14:22 en la Biblia: «Fortaleciendo los ánimos de los discípulos, animándolos a perseverar en la fe y diciéndoles: "Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios"». [(Modern People's Bible) «Él fortaleció los corazones de los creyentes, los animó a vivir siempre en la fe y declaró: "Debemos padecer mucho sufrimiento para entrar en el reino de Dios"»]. La Biblia nos dice que, si hemos de entrar en el reino de Dios —es decir, el Cielo—, debemos soportar muchas tribulaciones. Por favor, lea Mateo 16:24 en la Biblia: «Entonces Jesús dijo a sus discípulos: "Si alguno desea venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"». La Biblia nos instruye a negarnos a nosotros mismos, tomar nuestras propias cruces y seguir a Jesús; sin embargo, ¿cuán increíblemente difícil, arduo y doloroso debe ser negarse a uno mismo y cargar con la propia cruz? Sin duda, será una sucesión incesante de sufrimiento; de hecho, tal como Jesús murió en la cruz, nosotros también podríamos enfrentar la muerte por causa del nombre de Jesucristo.

Si lee Apocalipsis 7:4-14 en la Biblia, aparece un grupo de 144.000 personas (v. 4). El apóstol Juan describió a esta multitud como «una gran multitud que nadie podía contar» (v. 9). Vestidos con túnicas blancas y con ramas de palma en sus manos, se presentan ante el trono y ante el Cordero (v. 9), ofreciendo alabanza a Dios: «¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!» (v. 10). En cuanto a quiénes son estas personas, se trata de aquellos que han soportado una gran tribulación y han lavado sus túnicas, dejándolas blancas en la sangre del Cordero (v. 14; Modern People's Bible). Este mismo sufrimiento es, también, un don de la gracia de Dios. Lea Filipenses 1:29 en la Biblia: «Pues a ustedes se les ha concedido, por causa de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él». Por supuesto, la fe misma es un don de la gracia de Dios. Por más endurecido que esté el corazón de una persona, si Dios le concede el don de la fe mediante Su gracia, creerá en Jesús y recibirá la salvación. Por el contrario, por más virtuosa que sea una

persona, si Dios no le concede el don de la fe mediante Su gracia, no podrá creer en Jesús, aunque desee hacerlo. Sin embargo, la Biblia nos dice que el sufrimiento también es un don de la gracia de Dios (Fil. 1:29). Sufrir por causa de Jesucristo es un privilegio concedido a los hijos de Dios. Los apóstoles se regocijaban en los sufrimientos que padecían por causa del nombre de Jesús. El sufrimiento nos refina; fomenta nuestro crecimiento y madurez espiritual. Observemos Romanos 5:3-4 en la Biblia: «Y no solo esto, sino que también nos regocijamos en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, carácter; y el carácter, esperanza». No soportamos el sufrimiento en soledad; más bien, Jesucristo sufre junto a nosotros. Observemos Romanos 8:17 en la Biblia: «Y si somos hijos, somos también herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad compartimos sus sufrimientos para que también compartamos su gloria». Dado que Jesucristo sufre junto a nosotros cada vez que atravesamos dificultades, el sufrimiento es, de hecho, algo bendito. Es precisamente por esta razón que, a pesar de nuestra propia debilidad e insuficiencia, somos capaces de soportar el sufrimiento y, en última instancia, triunfar sobre él.

En segundo lugar —y por último—, nos volvemos hacia la gloria que nos aguarda en el futuro.

En la parte final de Romanos 8:18, el apóstol Pablo habla de «...la gloria que nos será revelada». Aquí, el término «futuro» (o «lo que ha de venir») no se refiere a este mundo presente, sino al mundo venidero —el más allá—; a saber: el Cielo, o el reino eterno. ¿Qué es, entonces, esta «gloria»?

(1) El Espíritu Santo dará vida incluso a nuestros cuerpos mortales.

Consideremos Romanos 8:11: «Si el Espíritu de aquel que levantó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, aquel que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos también dará vida a sus cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en ustedes». Nosotros, los seres humanos, estamos compuestos tanto de espíritu como de cuerpo. Si bien el

cuerpo está sujeto a la muerte a causa del pecado, el espíritu —en virtud de la justicia— vivirá eternamente en el Cielo. En el momento de la Segunda Venida de Jesús, el Espíritu Santo resucitará incluso nuestros cuerpos muertos. Los resucitará como cuerpos gloriosos: cuerpos de poder y cuerpos espirituales (1 Corintios 15:43–44). Cuando Jesús regrese, por su gran poder, transformará nuestros cuerpos humildes para que sean semejantes a su propio cuerpo glorioso (Filipenses 3:21). Cuando el Señor descienda del Cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con el sonido de la trompeta de Dios, aquellos que murieron en la fe en Cristo serán los primeros en levantarse (1 Tesalonicenses 4:16); sus cuerpos resucitados y gloriosos se reunirán entonces con sus espíritus —los cuales habían estado habitando en el Cielo— y, juntos, vivirán eternamente con el Señor en el reino eterno de los Cielos.

(2) Recibiremos una herencia junto con Cristo. Observemos Romanos 8:17 en la Biblia: «Y si somos hijos, somos también herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él, para que también seamos glorificados juntos». Asimismo, consideren Filipenses 2:9–11: «Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo y le dio el nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre». Consideren Mateo 25:34: «Entonces el Rey dirá a los de su derecha: “Vengan, benditos de mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde la fundación del mundo”».

(3) Recibiremos una recompensa.
Consideren 2 Timoteo 4:7–8: «He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual el Señor, el Juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que han amado su venida». Recibiremos y portaremos la corona de justicia. ¡Qué recompensa tan gloriosa es esta!

(4) Reinaremos como reyes en el Cielo por los siglos de los siglos.

Consideren Apocalipsis 22:5: «Allí no habrá más noche; no tienen necesidad de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los iluminará. Y reinarán por los siglos de los siglos». Es por eso que el apóstol Pablo declaró: «Considero que nuestros sufrimientos presentes no son dignos de compararse con la gloria que será revelada en nosotros» (Rom. 8:18).

Por favor, consideren 2 Corintios 1:5: «Porque así como compartimos abundantemente en los sufrimientos de Cristo, así también nuestra consolación abunda por medio de Cristo». El apóstol Pablo experimentó una abundancia de sufrimiento. ¿Hasta qué punto sufrió? Soportó adversidades tan severas —más allá de su capacidad para resistirlas— que incluso llegó a desesperar de la vida misma (v. 8). No obstante, confesó con confianza: «Nuestros sufrimientos presentes no son dignos de compararse con la gloria que será revelada en nosotros» (Rom. 8:18). Por favor, consideren 2 Corintios 4:17: «Porque nuestras leves y momentáneas tribulaciones están produciendo en nosotros una gloria eterna que las supera a todas con creces» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «El leve sufrimiento que soportamos por un corto tiempo nos traerá una gloria eterna, grande e inmensa, que no puede compararse con nada más»]. Aquí, la palabra «momentáneo» conlleva también el significado de un «mero instante». El apóstol Pablo describió las «tribulaciones» (sufrimientos) que padeció como «momentáneas»; es decir, fugaces. Además, caracterizó los problemas que enfrentó como «leves», lo que significa que eran «ligeros de peso» o «de poca importancia». Por el contrario, Pablo describió con confianza la «gloria» que recibiría en el futuro no solo como una «gloria eterna que las supera a todas con creces», sino también como algo de inmenso «peso» o «gravedad». Aquí, «peso» se refiere a una gravedad eterna: una magnitud tan profunda que ni siquiera podemos empezar a imaginar su verdadero peso. Por lo tanto, la gloria que estamos destinados a recibir es, a la vez, eterna y de inmenso peso. En consecuencia, el apóstol Pablo declaró que nuestros sufrimientos presentes no son dignos de compararse con la gloria que ha de venir. Hizo esta confesión con una convicción inquebrantable, pues consideraba esa gloria futura como una certeza

absoluta; tal como él mismo lo expresó: «Considero» (Romanos 8:18). Al igual que el apóstol Pablo, nosotros también debemos ser capaces de confesar con fe y con tal seguridad: «Los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de compararse con la gloria que será revelada en nosotros». Al hacerlo, debemos perseverar con fidelidad y triunfar sobre todas las adversidades que enfrentamos en este mundo durante nuestro breve paso por él.

«El anhelo de la creación»

[Romanos 8:19-22]

Por favor, abran sus Biblias en Romanos 8:19-22: «Porque la creación aguarda con ardiente expectación la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sometida a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa de Aquel que la sometió, en la esperanza de que la creación misma será librada de su esclavitud de corrupción y llevada a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime y sufre dolores de parto a una hasta ahora».

En primer lugar, consideremos la «creación» a la que se refiere el apóstol Pablo.

Aparte del Dios Trino, todo lo demás es creación. El Dios Trino creó todo el universo y todo lo que hay en él (Génesis 1–2). Dios, quien creó los cielos y la tierra en el principio (Génesis 1:1), creó todo lo que hizo para que fuera «muy bueno» (v. 31). Entonces, ¿a qué tipo específico de «creación» se hace referencia en Romanos 8:19? En los cielos hay ángeles —criaturas hechas por Dios—; en el firmamento están el sol, la luna y las estrellas —también criaturas hechas por Dios—; y en la tierra hay toda clase de bestias, árboles y seres humanos. Entre todos estos, ¿a qué «creación» específica se dirige el pasaje de Romanos 8:19? Esta «creación» no incluye a los ángeles en los cielos ni a los seres humanos en la tierra. Dicho de otro modo, aquellas criaturas capaces de expresar sus propios pensamientos e ideas quedan excluidas de esta categoría de «creación». La «creación» de la que aquí se habla se refiere a aquellas criaturas que son incapaces de pensar por sí mismas o de hablar (por ejemplo: árboles, peces, etcétera). El apóstol Pablo afirma que «la

creación fue sometida a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa de Aquel que la sometió» (v. 20). ¿Qué se entiende, entonces, en este contexto por «su propia voluntad»? Dado que las cosas creadas —las cuales no pueden ni pensar ni expresarse— no poseen ni intelecto ni volición, ¿en qué sentido puede decirse que tienen una «voluntad» propia? En este contexto, «su propia voluntad» significa que las cosas creadas no se sometieron a la futilidad por iniciativa propia; es decir, *voluntariamente*. Más bien, fue Dios —Aquel que las sometió— quien hizo que estas cosas creadas se sometieran a la futilidad, con la intención de revelarnos así la gloria que ha de manifestarse en el futuro (v. 18). Esta «gloria que ha de manifestarse en nosotros en el futuro» no puede compararse de ninguna manera con «los sufrimientos del tiempo presente» (v. 18; cf. 2 Co. 4:17). En términos de duración, sencillamente no existe comparación alguna. Mientras que nuestros sufrimientos presentes son momentáneos y efímeros, la gloria futura es una gloria eterna (2 Co. 4:17). Tampoco pueden compararse en términos de peso o magnitud. Mientras que nuestros sufrimientos presentes son ligeros, la gloria eterna posee una grandeza y un peso inmensurables (v. 17). No solo debemos considerar el sufrimiento que padecemos en este mundo por causa del nombre de Jesús como un don de gracia de parte de Dios (Fil. 1:29), sino que también debemos tener presente que somos personas verdaderamente bienaventuradas (1 Pe. 4:14). La razón de ello es que el Espíritu Santo de Dios —el Espíritu de gloria— reposa sobre nosotros (v. 14). ¿Qué es, entonces, esta «sujeción» de la que habla el apóstol Pablo en Romanos 8:20? ¿Cómo es que la creación —la cual fue creada para ser «muy buena» a los ojos de Dios (Gn. 1:31)— llegó a ser sometida a la futilidad (Ro. 8:19)? (v. 20) La razón de esto se encuentra en Génesis 3:17–18: «A Adán le dijo: "Por cuanto escuchaste la voz de tu mujer y comiste del árbol del cual te mandé, diciendo: 'No comerás de él', maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás las plantas del campo"». La razón es que Adán desobedeció el mandato de Dios —«No comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal» (2:17)— y comió de su fruto; en consecuencia, la tierra fue maldita por causa de él (3:17).

El apóstol Pablo afirma: «Sabemos que toda la creación ha estado gimiendo como con dolores de parto hasta el momento presente» (Rom 8:22). A causa de la transgresión de un solo hombre —Adán—, toda la creación ha estado gimiendo y sufriendo conjuntamente hasta el día de hoy. Por lo tanto, lo que la creación aguarda con anhelo es la manifestación de los hijos de Dios (v. 19). Esto significa que la creación espera con expectación la gloria que aún ha de ser revelada (v. 18). Aun cuando maldijo la creación a causa de la transgresión de Adán, Dios —el Dios del Pacto— ofreció esperanza. Esa esperanza es la futura manifestación de los hijos de Dios (v. 19).

En segundo lugar —y por último—, consideremos aquello a lo que el apóstol Pablo se refiere como «la manifestación de los hijos de Dios».

Volvamos una vez más a Romanos 8:19: «Porque la creación aguarda con ardiente anhelo la manifestación de los hijos de Dios». Basándonos en el pasaje de 1 Tesalonicenses 4:14–17, los «hijos de Dios» que aquí se mencionan pueden dividirse, a grandes rasgos, en dos grupos: (1) El primer grupo está compuesto por aquellos que «duermen en Jesús» (1 Tes. 4:14). Aquellos que «duermen en Jesús» (v. 14) se refieren a quienes han «muerto en Cristo» (v. 16). Se trata de creyentes que fallecieron confiando en Jesús; sus almas ya han ascendido al cielo, mientras que sus cuerpos han regresado al polvo. (2) El segundo grupo está compuesto por los creyentes que aún viven en el cuerpo. En otras palabras, nosotros —los creyentes que todavía estamos físicamente vivos— somos, precisamente, estos «hijos de Dios». Dado que una alma regenerada reside en nuestro interior, cuando finalmente fallezcamos, nuestras almas ascenderán igualmente al cielo, tal como las de aquellos que «duermen en Jesús» o han «muerto en Cristo». Es la manifestación de estos dos grupos de «hijos de Dios» lo que toda la creación aguarda con ardiente anhelo; y la razón de esta expectación es la gloria que aún ha de revelarse en nosotros (Rom. 8:18–19). Cuando Jesús regrese en su Segunda Venida, aquellos que han «muerto en Cristo» (1 Tes. 4:16) —o quienes «duermen en Jesús» (v. 14)— serán los primeros en resucitar (v. 16). En otras palabras: cuando Jesús regrese a este mundo, aquellos que han muerto en Cristo serán resucitados;

sus cuerpos —que actualmente se descomponen en la tierra— se reunirán con sus almas, las cuales residen en el cielo, dando como resultado cuerpos fuertes, espirituales y gloriosos, que ya no estarán sujetos a la corrupción ni a la deshonra (1 Corintios 15:52-53). Además, cuando Jesús regrese en su Segunda Venida, todos aquellos de nosotros que aún estemos vivos en ese momento (1 Tesalonicenses 4:17) seremos repentinamente transformados (1 Corintios 15:51). Esta transformación ocurrirá instantáneamente —en un abrir y cerrar de ojos— al sonido de la última trompeta; este cuerpo perecedero debe vestirse de lo imperecedero, y este cuerpo mortal debe vestirse de inmortalidad (versículos 52-53). Considere el pasaje bíblico que se encuentra en Filipenses 3:20-21: «Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, y de allí esperamos a un Salvador, el Señor Jesucristo, quien transformará nuestro cuerpo humilde para que sea semejante a su cuerpo glorioso, por el poder que le permite incluso sujetar todas las cosas a sí mismo». Cuando Jesús regrese a este mundo, nuestro «cuerpo humilde» (o «cuerpo de humillación») —este cuerpo perecedero, deshonroso, débil y carnal— será transformado a la semejanza del cuerpo glorioso y resucitado de Jesucristo. Entonces, junto con aquellos que ya han muerto en Cristo y resucitado primero, seremos arrebatados en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor en el cielo (1 Tesalonicenses 4:16-17). En ese momento, la creación misma también entrará en la gloria que aún ha de ser revelada (Romanos 8:18-19). Por favor, observe Apocalipsis 5:13-14: «Y oí a toda criatura que está en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y en el mar, y a todo lo que en ellos hay, cantando: "¡Al que está sentado en el trono y al Cordero sean la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos!". Los cuatro seres vivientes dijeron: "Amén", y los ancianos se postraron y adoraron». En el reino celestial reside el Dios Trino, quien está sentado sobre el trono; sentados ante Él, en veinticuatro tronos, hay veinticuatro ancianos vestidos de blanco y con coronas de oro (4:4); allí también se encuentran los cuatro seres vivientes (4:8; 5:8; 19:4), los hijos de Dios y, de hecho, toda la creación. Los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos —cada uno sosteniendo un arpa y una copa de oro llena de incienso, que son las oraciones de los santos— se postran ante el Cordero (5:8) para adorar a Dios, quien está sentado en el trono, declarando: «¡Amén! ¡Aleluya!». (19:4). Además, los hijos de

Dios —esos vencedores definitivos que, mediante la fe en Jesús, han vencido a la Bestia (el Anticristo de Satanás) y han soportado toda persecución y tribulación hasta el mismo fin— se situarán junto a algo semejante a un mar de cristal mezclado con fuego; allí, sosteniendo las arpas de Dios (15:2), cantarán «el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero» (v. 3). Estos hijos de Dios —quienes están destinados a triunfar— cantarán «el cántico de Moisés y el cántico del Cordero» —es decir, un cántico de victoria y un cántico de salvación— ante el trono de Dios en Su reino celestial (v. 3). Y exclamarán: «¡Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sean la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos!»; esto, de parte de toda criatura en el cielo, en la tierra, debajo de la tierra, en el mar y en todo lo que en ellos hay (5:13).

Por lo tanto, debemos aguardar con anhelo (v. 19) la gloria que nos será revelada en el futuro; una gloria que no es digna de compararse con los sufrimientos de este tiempo presente (Rom 8:18). Así como el ciervo brama por corrientes de agua (Sal 42:1), así también nuestras almas deben anhelar fervientemente la gloria que aún nos ha de ser revelada. Oro para que todos nosotros esperemos con ansia la Segunda Venida del Señor, preparándonos para recibirlo, de modo que podamos contemplarlo en gloria, y alabarlo y adorarlo eternamente en los reinos celestiales.

Nuestra esperanza

[Romanos 8:23-25]

Por favor, miren Romanos 8:23-25 en la Biblia: «Y no solo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior mientras aguardamos con anhelo nuestra adopción como hijos, la redención de nuestros cuerpos. Porque en esta esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve no es esperanza en absoluto. ¿Quién espera lo que ya tiene? Pero si esperamos lo que aún no tenemos, lo aguardamos con paciencia». ¿Quiénes son ese «nosotros» al que se hace referencia aquí?

En primer lugar, somos «aquellos que han recibido las primicias del Espíritu».

Por favor, miren Romanos 8:23: «Y no solo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior mientras aguardamos con anhelo nuestra adopción como hijos, la redención de nuestros cuerpos». Nosotros somos quienes hemos recibido el Espíritu Santo como las primicias (v. 23). ¿Cuándo recibimos el Espíritu Santo como las primicias? Si miramos a partir del capítulo 1 de Romanos, este afirma que todos nosotros (toda la humanidad) somos pecadores (cf. Génesis 3). Para salvar a tales pecadores, Dios envió a su único Hijo, Jesucristo, a este mundo; mediante su muerte expiatoria en la cruz, recibimos la salvación y nos convertimos en hijos de Dios. Sobre esta base, Dios nos declaró justos. Y nos envió el Espíritu Santo. El Espíritu Santo obró nuestra regeneración (el nacer de nuevo) (Efesios 2:1). Fuimos salvados por la gracia de Dios (v. 5). Por lo tanto, recibimos el Espíritu Santo como las primicias (salvación pasada).

En segundo lugar, somos aquellos que «fueron salvados en esta esperanza».

Por favor, miren Romanos 8:24: «Porque en esta esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve no es esperanza en absoluto. ¿Quién espera lo que ya tiene?». Según la Biblia, somos salvados por medio de la fe. Miren Romanos 5:1: «Por tanto, ya que hemos sido justificados por la fe, tengamos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo». Observe Romanos 3:28: «Porque sostenemos que una persona es justificada por la fe, aparte de las obras de la ley». Sin embargo, Romanos 8:24 afirma que fuimos salvados en esperanza. La *Modern English Version* lo expresa de esta manera: «Porque fuimos salvados en esta esperanza». En otras palabras, esto no significa que la esperanza sea el *medio* por el cual somos salvados —pues somos salvados por medio de la fe—, sino más bien que nuestra salvación tiene lugar *dentro del contexto* de la esperanza. La esperanza no es el instrumento (o medio) de la salvación; la fe es el instrumento (o medio) de la salvación.

Entonces, ¿qué es aquello que «esperamos» (Rom 8:24)?

En primer lugar, lo que esperamos es «nuestra adopción como hijos, la redención de nuestros cuerpos» (Rom 8:23).

Nosotros *ya* hemos sido adoptados como hijos. Observe Romanos 8:15–16: «Pues no recibisteis un espíritu que os esclavice de nuevo al temor, sino que recibisteis el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: "¡Abba! ¡Padre!". El Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios». También seremos adoptados como hijos en el futuro [«aún no»]. Observe Romanos 8:23: «Y no solo eso, sino que nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente mientras esperamos con anhelo nuestra adopción como hijos: la redención de nuestros cuerpos». Entonces, ¿qué se entiende aquí por la «redención de nuestros cuerpos»? Por favor, observe la parte final de Romanos 8:10 hasta el versículo 11: «…el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el

espíritu está vivo a causa de la justicia. Y si el Espíritu de Aquel que levantó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos también dará vida a vuestros cuerpos mortales por medio de Su Espíritu que habita en vosotros». Aunque nuestros cuerpos están sujetos a la muerte a causa del pecado, nuestros espíritus han nacido de nuevo —han sido regenerados— por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros; por lo tanto, Él también dará vida a nuestros cuerpos mortales. Cuando resuene el sonido de la última trompeta (1 Corintios 15:52), todos seremos transformados instantánea y repentinamente (v. 51), y los muertos serán resucitados con cuerpos imperecederos (v. 52). Por favor, lean 1 Tesalonicenses 4:16–17: «Porque el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios. Y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos y hemos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor». Por favor, lean Filipenses 3:20–21: «Porque nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos ansiosamente al Salvador, el Señor Jesucristo, quien transformará nuestro cuerpo humilde para que sea semejante a su cuerpo glorioso, según el poder con el cual Él es capaz incluso de someter a sí mismo todas las cosas». Por favor, lean 1 Juan 3:2: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como Él es». La redención del cuerpo (Romanos 8:23) se refiere a nuestra resurrección a un cuerpo glorioso en la segunda venida del Señor: la gloria que aún ha de sernos revelada (v. 18). Lean Mateo 13:43: «Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga». Lean Apocalipsis 22:5: «Ya no habrá más noche. No necesitarán la luz de una lámpara ni la luz del sol, porque el Señor Dios les dará luz. Y reinarán por los siglos de los siglos». Esperamos la gloria futura que aún ha de ser revelada: la redención de nuestros cuerpos (Romanos 8:23).

En segundo lugar, aquello que esperamos no es algo visible, sino algo invisible (Rom 8:24-25).

Lo que es visible no constituye la esperanza (v. 24). Existen innumerables esperanzas en este mundo que son visibles a nuestros ojos físicos (por ejemplo: la esperanza de llegar a ser rico, la esperanza de gozar de buena salud, la esperanza de obtener poder y fama, etc.). La Biblia nos enseña que estas cosas visibles no representan la verdadera esperanza (v. 24). Por consiguiente, no debemos depositar nuestra esperanza en lo que es visible; no debemos desear lo visible más que lo invisible. La verdadera esperanza reside en lo invisible (v. 25). Dado que no vivimos por vista, sino por fe (2 Co 5:7), debemos esperar lo invisible en lugar de lo visible. Como personas de esperanza —aquellos que miran más allá de lo visible hacia lo invisible—, debemos fijar nuestra esperanza, cada vez con mayor firmeza, en la gloria que aún ha de ser revelada. Puesto que ya estamos experimentando, en parte, esta gloria por medio del Espíritu Santo, debemos anhelarla y buscarla con aún mayor intensidad. Al igual que los antepasados de la fe descritos en el capítulo 11 de Hebreos, debemos —mediante la fe— anhelar una patria mejor: aquella que se encuentra en el cielo (Heb 11:16).

¿Cómo, entonces, debemos «esperar»?

En primer lugar, debemos esperar gimiendo interiormente (Rom 8:23).

Una madre en trabajo de parto —cuando su embarazo ha llegado a término— gime y clama en medio del dolor y el esfuerzo del alumbramiento, pues espera la preciosa vida del bebé que pronto nacerá. Del mismo modo, nosotros —quienes verdaderamente creemos en la gloria venidera— debemos esperar con un gemir y un anhelo interior cada vez más profundos a medida que se acerca el regreso del Señor.

En segundo lugar, debemos esperar con «paciencia» (Rom 8:25).

Por favor, consulten Hebreos 12:2 en la Biblia (versión *Modern People's Bible*): «Y fijemos nuestros ojos en Jesús, la fuente de nuestra fe y Aquel que la lleva a la perfección. Por la alegría que le aguardaba, Él soportó la vergüenza y el sufrimiento de la cruz, y ahora está

sentado a la diestra de Dios». Tal como hizo Jesús, nosotros también —en aras del gozo futuro que hemos de heredar— debemos soportar y llevar junto con Cristo cualquier sufrimiento presente (Romanos 8:18), aferrándonos firmemente a nuestra esperanza mediante la perseverancia hasta el mismo final. Por favor, consulten Mateo 10:22 en la Biblia (Modern People's Bible): «Y serán odiados por todos a causa de mí; pero el que persevere hasta el fin será salvo». Por favor, consulten Mateo 24:13: «Pero el que persevere hasta el fin será salvo». Por lo tanto, al perseverar hasta el fin con esperanza, hasta que el Señor regrese, entraremos —junto con el Señor— en el reino de esperanza y gloria, y allí disfrutaremos de la gloria eterna para siempre.

La ayuda del Espíritu Santo

[Romanos 8:26-27]

Por favor, miren Romanos 8:26-27 en la Biblia: «De la misma manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. No sabemos qué debemos pedir en oración, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña nuestros corazones conoce la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por el pueblo de Dios conforme a la voluntad de Dios».

Nuestro Espíritu Santo es Dios el Espíritu Santo, quien viene en nuestra ayuda. ¡Cuán verdaderamente agradecidos y gozosos deberíamos estar de que el bondadoso Espíritu — el Espíritu de Consolación, el omnisciente y omnipotente Dios el Espíritu Santo— sea Aquel que nos ayuda! Debido a que el Espíritu Santo nos ayuda, nada nos falta y hallamos plena satisfacción.

En primer lugar, ¿a quién ayuda el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo nos ayuda a *nosotros*: a aquellos que ya han sido adoptados. Nosotros, a quienes el Espíritu Santo asiste, ya hemos recibido el Espíritu de adopción, el cual nos capacita para clamar a Dios: «¡Abba, Padre!» (Rom. 8:15). El Espíritu Santo mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que, en efecto, somos hijos de Dios (v. 16). Nosotros, que recibimos la ayuda del Espíritu Santo, no solo ya hemos sido adoptados, sino que también somos herederos de Dios y coherederos con Cristo (v. 17). Además, el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra expectación de la futura adopción; es decir, mientras

aguardamos la redención de nuestros cuerpos. Aquí, la «redención de nuestros cuerpos» (v. 23) se refiere al acontecimiento futuro en el que Jesús regrese en su Segunda Venida; en ese momento, el Espíritu Santo también dará vida a nuestros cuerpos mortales (v. 11). En este acto de resurrección, cuando suene la trompeta final, el Espíritu Santo levantará a los muertos —en un abrir y cerrar de ojos— transformándolos en seres imperecederos, y todos nosotros seremos transformados (1 Cor. 15:52). Cuando el Señor descienda del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con el sonido de la trompeta de Dios, aquellos que murieron creyendo en Cristo resucitarán primero (1 Tesalonicenses 4:16, *The Modern Man's Bible*). Esta es, precisamente, la redención de nuestros cuerpos. Después, nosotros, los que aún estemos vivos, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire, y así estaremos con el Señor por toda la eternidad (Versículo 17, *The Modern Man's Bible*).

En segundo lugar, ¿de qué manera nos ayuda el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad (Romanos 8:26). Somos personas débiles, tanto en cuerpo como en espíritu. Aunque Dios nos creó originalmente para ser fuertes, nos volvimos débiles a causa del pecado del primer Adán. Incluso Jesús fue físicamente débil. Cuando Jesús navegaba en una barca con sus discípulos, se desató repentinamente una violenta tormenta, y las olas rompían sobre la barca, amenazando con hundirla (Marcos 4:37). Sin embargo, debido a que estaba exhausto, Jesús dormía en la popa de la barca, con la cabeza recostada sobre un cojín (Versículo 38). Jesús también sintió una intensa hambre después de ayunar durante cuarenta días (Mateo 4:2). Fue precisamente cuando Jesús se encontraba en este estado de debilidad física que el Diablo lo tentó. En ese momento, Jesús venció las tentaciones del Diablo mediante el poder de la Palabra de Dios. Debemos llegar a una comprensión profunda y visceral de nuestra propia debilidad. Debemos captar plenamente el hecho de que no solo nuestros cuerpos son débiles, sino también nuestros espíritus, y cuán increíblemente frágil es verdaderamente nuestra determinación. Esto nos trae a la mente la letra de la tercera estrofa del Himno 214 del *New Hymnal* (Nuevo

Himnario), «Busco la ayuda del Señor»: «Mi fuerza y mi determinación son débiles, siempre propensas a quebrarse…». Debemos llegar a una plena conciencia de nuestra debilidad, incluso si ello implica aprenderlo a través del sufrimiento y la adversidad. Por lo tanto, debemos reconocer cuán incapaces e impotentes somos en realidad. Cuando lo hacemos, podemos experimentar —tal como lo hizo el apóstol Pablo— que el poder de Dios se perfecciona en nuestra debilidad (2 Corintios 12:9). Es precisamente cuando somos débiles que el Espíritu Santo obra con mayor poder en nuestro interior. En consecuencia, al igual que Pablo, nosotros tampoco podemos evitar gloriarnos de nuestras diversas debilidades. La razón de ello es que el poder de Cristo repose sobre nosotros (v. 9). Debemos tener presente que Satanás busca tentarnos precisamente cuando nos encontramos en nuestro momento de mayor debilidad. Debemos vencer estas tentaciones de Satanás mediante la asistencia del Espíritu Santo, quien acude en nuestra ayuda en nuestros momentos de fragilidad. Para lograrlo, debemos orar. Consideremos Mateo 26:41: «Velad y orad para que no caigáis en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil». Además, siguiendo el ejemplo de Jesús, debemos vencer las tentaciones de Satanás haciendo uso de la Palabra de Dios (Mateo 4:4, 7, 10).

El Espíritu Santo nos asiste en nuestras oraciones (Rom 8:26). A menudo se dice que la oración es como respirar; si dejamos de respirar, morimos. En ese sentido, la oración —nuestro aliento espiritual— reviste una importancia suprema. Tenemos tantas cosas por las cuales orar; sin embargo, a menudo fallamos en orar por todas ellas. Hay muchas ocasiones en las que simplemente parece que no podemos orar, momentos en los que solo gemimos con frustración. ¿Qué debemos hacer, entonces? Debemos anhelar fervientemente la ayuda del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos auxilia en nuestras oraciones intercediendo personalmente por nosotros con gemidos que las palabras no pueden expresar (v. 26). La mayor parte del tiempo, cuando oramos, carecemos del discernimiento necesario para determinar si nuestras peticiones se alinean con la voluntad de Dios. En consecuencia, a menudo oramos basándonos únicamente en lo que es visible a nuestros ojos, orando conforme a nuestros propios deseos en lugar de los Suyos. Tal oración es semejante a

golpear el aire (1 Co 9:26). Dado que el Espíritu Santo conoce la voluntad de Dios —y debido a que nosotros somos débiles y a menudo no sabemos cómo debemos orar—, Él intercede personalmente por nosotros en conformidad con la voluntad de Dios (Rom 8:26–27). Además, el Espíritu Santo nos capacita para discernir la voluntad de Dios, ayudándonos así a orar en alineación con ella. Por lo tanto, no debemos desanimarnos; más bien, confiando en la asistencia del Espíritu Santo —quien intercede personalmente por nosotros con gemidos inefables—, debemos presentar nuestras peticiones a Dios, nuestro «Abba, Padre». También debemos orar a Dios Padre, asistidos por el Espíritu Santo, manteniéndonos firmes en la verdad de que Jesús mismo continúa intercediendo por nosotros incluso ahora (Heb 7:25). La Biblia nos ordena «orar sin cesar» (1 Ts 5:17). Para obedecer este mandato, podemos recurrir a diversas formas de oración —tales como apartar momentos específicos para la oración regular, participar en servicios matutinos, asistir a reuniones de oración entre semana, dedicarnos a la oración intercesora o ayunar—; sin embargo, mi sugerencia personal es esta: hagan de la oración un estilo de vida. Así como vivimos respirando a cada instante, debemos vivir dedicándonos a la oración: nuestro aliento espiritual. Debemos esforzarnos por asegurar que cada instante de nuestras vidas se convierta en un momento de oración a Dios. Debemos buscar innumerables oportunidades para conversar con nuestro Padre Celestial. En particular, quisiera animarlos a cultivar el hábito de orar a través de canciones de adoración; creo que esta es una práctica maravillosa.

¡El Espíritu Santo nos ayuda! Él nos asiste en nuestras debilidades y nos socorre en nuestras oraciones. El mismo Espíritu Santo intercede por nosotros con gemidos demasiado profundos para ser expresados con palabras. Él intercede por nosotros —sus santos— conforme a la voluntad de Dios. Es al apoyarnos en la ayuda del Espíritu Santo que hemos llegado hasta aquí (Ebenezer). Tanto ahora como en el futuro —hasta llegar a ese preciso momento en que nos encontremos con el Señor— debemos seguir confiando en la asistencia del Espíritu Santo. Al experimentar su poderosa obra mientras intercedemos en nuestros momentos de debilidad, podremos vivir vidas de victoria.

La certeza de la salvación

[Romanos 8:28-29]

Por favor, abran sus Biblias en Romanos 8:28-29: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos». La palabra «salvación» no aparece explícitamente en este pasaje. Sin embargo, al examinar su contenido, queda claro que el apóstol Pablo está hablando acerca de la salvación. Específicamente, este pasaje aborda la certeza de la salvación. Por lo tanto, he elegido «La certeza de la salvación» como título para esta meditación.

En primer lugar, ¿a qué «salvación» se refiere Romanos 8:28-29?

La salvación descrita en Romanos 8:28-29 hace referencia a la gloria que nos será revelada en el futuro (v. 18); a saber: la vida eterna. En otras palabras, la salvación de la que se habla en este pasaje se refiere a la consumación futura de nuestra salvación. Es decir, habla del momento en que Jesús regrese y nosotros seamos resucitados y transformados para entrar en el Cielo, donde viviremos eternamente, disfrutando de la bienaventuranza de la vida eterna en la presencia del Dios Trino. Si poseemos esta certeza de la salvación, nos mantendremos inquebrantables; podremos regocijarnos y triunfar en medio de cualquier dificultad o adversidad.

En segundo lugar, ¿quiénes pueden poseer esta certeza de la salvación?

«Los que aman a Dios» (v. 28) son aquellos que pueden poseer la certeza de la salvación. No todo el mundo es capaz de amar a Dios. Por ejemplo, aquellos que viven «sin Dios» (Efesios 2:12) no pueden amarlo. «Padre nuestro que estás en los cielos» (el Padre Nuestro): nosotros —los hijos de Dios que creemos en su existencia— somos, ante todo, aquellos que hemos recibido el amor de Dios (1 Juan 4:19) y, por consiguiente, somos aquellos que aman a Dios (Romanos 8:28). Esta es la prueba misma de que hemos obtenido la salvación, y constituye el fundamento de nuestra certeza de la salvación (la vida eterna). ¿Cómo, entonces, somos capaces de amar a Dios? Somos capaces de amar a Dios porque Él ha derramado Su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha dado (Romanos 5:5). Observe Mateo 10:37 en la Biblia: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí». La Biblia nos dice que debemos amar a Dios por encima de todas las cosas, incluso más que a nuestros padres o hijos. Si amamos a nuestros padres o hijos más que a Dios, eso constituye idolatría. Sin embargo, si —guiados por el Espíritu Santo y fortalecidos por el amor que Dios ha derramado en nosotros— amamos a Dios más que a cualquier otra persona, eso sirve como prueba de que hemos recibido la salvación. Observe Mateo 22:37: «Jesús respondió: "Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente"». Si amamos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, alma y mente —tal como Jesús lo mandó—, entonces somos personas que poseen la certeza de la salvación. No obstante, hay innumerables ocasiones en las que no alcanzamos este estándar. Precisamente por eso, nuestra certeza de la salvación a menudo vacila.

«Aquellos que aman a Dios» son aquellos que han sido llamados conforme a la voluntad de Dios Padre —específicamente, «aquellos que son llamados conforme a su propósito» (Rom 8:28)—, y tienen asegurada la salvación. Aquí, el término «llamamiento» (o «vocación») hace referencia a dos tipos distintos: (1) El Llamamiento General. Dios ha extendido un llamamiento a todas las personas. (2) El Llamamiento Eficaz (un llamamiento efectivo, potente o especial). «El llamamiento eficaz es la obra del Espíritu de Dios, mediante la cual, convenciéndonos de nuestro pecado y miseria, iluminando nuestras mentes en el

conocimiento de Cristo y renovando nuestras voluntades, Él nos persuade y capacita para abrazar a Jesucristo, ofrecido libremente a nosotros en el evangelio» (Catecismo Menor de Westminster, P. 31). Véase la Confesión de Fe de Westminster, Capítulo 10, Del llamamiento eficaz: «1. A todos aquellos a quienes Dios ha predestinado para vida, le place, en su tiempo señalado y aceptado, llamarlos eficazmente (Rom 8:30, 11:7; Ef 1:10, 11). Esto lo hace por medio de su Palabra y su Espíritu (2 Tes 2:13; 2 Co 3:3, 6), sacándolos de aquel estado de pecado y muerte en el cual se hallan por naturaleza, hacia la gracia y la salvación por medio de Jesucristo (2 Tim 1:9, 10; Rom 8:2; Ef 2:1-5). También ilumina espiritualmente sus entendimientos para comprender las cosas de Dios para su salvación (1 Co 2:10, 12; Hch 26:18; Ef 1:17, 18), les quita su corazón de piedra y les da un corazón de carne (Ez 36:26). Renueva sus voluntades y, por su poder omnipotente, las determina hacia aquello que es bueno (Fil 2:13; Deut 30:6; Ez 11:19, 36:27), y los atrae eficazmente a Jesucristo (Jn 6:44, 45; Ef 1:9). Sin embargo, ellos acuden con suma libertad, habiendo sido hechos dispuestos por su gracia (Sal 110:3; Cant 1:4; Jn 6:37; Rom 6:16-18). 2. Este llamamiento eficaz proviene únicamente de la gracia libre y especial de Dios, no de nada en absoluto previsto en el hombre (2 Tim 1:9; Rom 9:11; Ef 2:4, 5, 8, 9; Tit 3:4, 5). Una vez que los seres humanos son vivificados y renovados por medio del Espíritu Santo (1 Co 2:14; Rom 8:7; Ef 2:5), responden a ese llamamiento (Ez 36:27; Jn 5:25, 6:37) y se vuelven capaces de recibir la gracia que les ha sido impartida». «En este sentido, los seres humanos permanecen totalmente pasivos».

Considere la Parábola del Banquete de Bodas de Jesús, que se encuentra en el capítulo 22 del Evangelio de Mateo en la Biblia. Cierto rey, que preparó un banquete de bodas para su hijo (v. 2), envió a sus siervos a convocar a aquellos que habían sido invitados a asistir al banquete, pero estos no quisieron venir (v. 3). Envió a otros siervos una vez más, instruyéndoles que dijeran: «Vengan al banquete de bodas» (v. 4); sin embargo, haciendo caso omiso, todos se marcharon para atender sus propios asuntos (v. 5). Incluso maltrataron y mataron a los siervos (v. 6). Estos individuos representan a aquellos que caen bajo la categoría del llamamiento general. El rey dijo a sus siervos que el banquete de bodas estaba listo, pero que aquellos que habían sido invitados no eran dignos; entonces les

instruyó: «Vayan a las esquinas de las calles e inviten a todo aquel que encuentren al banquete de bodas» (vv. 8–9). En consecuencia, los siervos salieron a las calles y reunieron a todos los que encontraron: tanto a los malos como a los buenos (v. 10). Cuando el rey entró para ver a los invitados, notó a un hombre que no llevaba vestiduras de boda (v. 11) y dijo a sus asistentes: «Átenle de pies y manos y échenlo fuera, a las tinieblas de afuera; allí llorará y crujirá los dientes» (v. 13). «Porque muchos son invitados, pero pocos son escogidos» (v. 14). En otras palabras, si bien hay muchos que reciben el llamamiento general, son pocos los que reciben el llamamiento eficaz —o especial— (aquellos que son «escogidos»). Aquellos que «aman a Dios» son los que han sido llamados conforme a la voluntad de Dios Padre (Rom 8:28); son también «aquellos a quienes Dios conoció de antemano» (v. 29) y «aquellos a quienes Él predestinó» (v. 30).

Dios Padre nos predestinó —a nosotros, a quienes conoció de antemano— para ser conformados a la semejanza de Su Hijo, Jesús (v. 29). Además, a aquellos que predestinó, también los llamó; y a aquellos que llamó, también los justificó (v. 30): esto es la justificación. Y a los que justificó, a estos también glorificó (v. 30). Esto se refiere a la vida eterna —la consumación de la salvación—, la cual es la gloria que nos será revelada en el futuro. Así, la Biblia declara que aquellos que son llamados conforme al propósito de Dios recibirán, con absoluta certeza, la salvación (v. 28). La frase «conforme a su propósito» (Rom 8:28) significa «conforme a la voluntad de Dios»; y, en términos sencillos, la voluntad de Dios es la salvación. Es la salvación la que nos introduce —a nosotros, que estábamos espiritualmente muertos (Ef 2:1) y bajo condenación eterna— en el eterno Reino de los Cielos. Dado que Dios nos llamó precisamente para esta salvación, podemos poseer plena certeza de nuestra salvación. Por consiguiente, podemos vivir con la confianza de que, incluso si muriéramos hoy, iríamos al Cielo. En el versículo que afirma que «en todas las cosas Dios obra para el bien» (Rom 8:28), la frase «todas las cosas» se refiere a todo cuanto acontece a lo largo de toda nuestra vida (y esto incluye incluso nuestros pecados). Cuando cometemos pecado, Dios se entristece. Si no prestamos atención a la Palabra de Dios, Él nos emite una advertencia. Si persistimos en el pecado incluso después de ello, Dios nos

disciplina (o nos corrige). La razón de esto es que somos Sus hijos amados: Sus propios hijos e hijas (Heb 12:5–8). Debemos arrepentirnos antes de tener que enfrentar la disciplina. La frase «obran conjuntamente» denota el acto de «combinar». Alternativamente, implica «fusionarse», término definido en el diccionario como «el proceso mediante el cual diferentes elementos se funden entre sí, de modo que sus distinciones individuales desaparecen, formando un todo unificado; o bien, el acto de propiciar tal estado». En la afirmación «obran conjuntamente para el bien», la palabra «bien» se refiere al bien supremo: la salvación. En otras palabras, esto significa que Dios hace que todas las cosas —utilizando incluso nuestros propios pecados— obren conjuntamente (que se combinen y se fusionen) con el fin de producir, en última instancia, nuestra salvación, la cual constituye el bien supremo.

¡Por lo tanto, debemos poseer la certeza de la salvación! Como aquellos que poseen esta certeza, debemos esforzarnos aún más por hacer firme nuestro llamamiento y elección, asegurándonos de no tropezar jamás (2 Pedro 1:10). Además, debemos mantenernos firmes e inquebrantables, dedicándonos siempre de todo corazón a la obra del Señor. Pues nuestra labor en el Señor nunca será en vano (1 Corintios 15:58).

La salvación de Dios (1)

[Romanos 8:29-30]

Por favor, miren Romanos 8:29-30 en la Biblia: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó».

En primer lugar, en el contexto de «la salvación de Dios», ¿qué clase de Ser es «Dios»?

Dios es el Dios de la salvación. Por favor, miren Romanos 8:3-4 en la Biblia: «Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu». Declara que la salvación que la «Ley» no pudo lograr —eso— «Dios lo hizo» (v. 3). En otras palabras, esto significa que Dios salva. Por lo tanto, Dios es el Dios de la salvación. Entonces, ¿cómo nos salvó Dios? Nos salvó enviando a su propio Hijo —su Hijo unigénito (Dios el Hijo)— en semejanza de carne de pecado, condenando así el pecado en la carne (v. 3). La Biblia no dice que Él envió a «su propio Hijo *como* carne de pecado», sino más bien que lo envió «en *semejanza* de carne de pecado». La razón de esto es que Jesús —el Hijo unigénito de Dios— está libre de pecado. Jesús, el Hijo unigénito que es la Palabra, es Dios (Juan 1:1). Esa Palabra —Dios el Hijo— se hizo carne (v. 14). Se convirtió en un ser humano. ¿Cómo? Jesús, el Hijo unigénito que es Dios el Hijo, nació de la Virgen María —una descendiente (del linaje) de David (Rom 1:3)— habiendo sido concebido por el Espíritu

Santo (Mat 1:18). En consecuencia, Jesús está libre de pecado. La frase «a semejanza de carne de pecado» (Rom. 8:3) significa que, aunque Él mismo no poseía pecado alguno, vino en la *forma* de alguien que sí lo tenía; más específicamente, significa que vino bajo la apariencia de un ser humano frágil. Así, cuando Jesús pasaba sin dormir, se cansaba (Mar. 4:38); cuando pasaba sin beber, sentía sed; cuando pasaba sin comer, sentía hambre; y cuando fue crucificado, soportó un dolor insoportable. Satanás no dejó pasar esta oportunidad; procedió a tentar a Jesús. Por ejemplo, después de que Jesús hubo ayunado durante cuarenta días, el Diablo lo tentó (Mat. 4:1–11). Más allá de esta ocasión, Jesús enfrentó numerosas otras tentaciones por parte de Satanás; sin embargo, salió victorioso en cada caso. Consideremos Hebreos 4:15: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo aspecto tal como nosotros, pero sin pecado». En la obra de nuestra salvación, Dios envió a su Hijo unigénito a semejanza de carne de pecado; no obstante, debido a que Jesús superó cada una de esas pruebas, permanece absolutamente sin pecado. Nosotros también experimentamos con frecuencia momentos de debilidad. En tales momentos, Satanás —el Tentador— busca ponernos a prueba. En esos instantes, apoyándonos en la certeza de la victoria establecida por Jesús, debemos enfrentar las tentaciones (o seducciones) de Satanás con la Palabra de Dios y triunfar sobre ellas.

En segundo lugar, ¿qué significa exactamente «salvación» dentro del contexto de la «Salvación de Dios»?

El término «salvación», tal como aparece en Romanos 8:29–30, se emplea en su sentido más amplio y exhaustivo. Dios creó al primer Adán a su propia imagen (Gén. 1:27). Además, Dios plantó un huerto en Edén, hacia el oriente, y colocó allí a Adán (2:8). Luego, Dios le ordenó a Adán: «De todo árbol del huerto podrás comer libremente; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás» (vv. 16–17). Y declaró: «Porque el día que de él comas, ciertamente morirás» (v. 17). Sin embargo, Adán desobedeció este mandato divino y cometió pecado. En consecuencia, sobrevino la muerte. Aquí, la muerte adopta tres

formas: (1) Muerte espiritual: la ruptura de la comunión con Dios. La comunión de Adán con Dios fue, en efecto, interrumpida. Como resultado, Adán —junto con Eva— fue expulsado del Jardín del Edén (3:23). (2) Muerte física: Adán murió a la edad de 930 años (5:5). (3) Muerte eterna: Cuando Adán murió a los 930 años, su cuerpo fue depositado en la tumba, mientras que su alma quedó destinada a sufrir eternamente en el infierno. Posteriormente, tras la Segunda Venida de Jesús, su cuerpo sería resucitado de la tumba; su espíritu y su cuerpo se reunirían, y él quedaría destinado a padecer un castigo eterno en el infierno. ¡Es precisamente en este punto donde interviene la salvación —«la salvación de Dios»—!

Dios salvó a Adán. Ante todo, su salvación fue una salvación espiritual. Observe Génesis 3:21 en la Biblia: «Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer vestidos de piel, y los vistió». Dios hizo vestidos de piel para Adán y su esposa; para hacerlo, tuvo que sacrificar un animal —derramando su sangre— y procesar su piel para confeccionar la vestimenta con la cual cubrió a Adán y a Eva. Este acto cubrió toda impureza y contaminación de Adán (y de Eva). Esto es precisamente lo que se entiende por «justificación». El animal simboliza a Jesucristo. Al sacrificar el animal para crear vestidos de piel y vestir con ellos a Adán (y a Eva), Dios declaró a Adán justo ante Sus propios ojos. Por lo tanto, aunque el cuerpo físico de Adán finalmente descendió a la tumba, su alma ascendió al Cielo. Cuando Jesús regrese en Su Segunda Venida, el alma de Adán —actualmente en el Cielo— y su cuerpo —actualmente en la tumba— serán resucitados y reunidos, permitiéndole disfrutar de la bienaventuranza eterna en el Cielo. ¡Esta es la esencia misma de la salvación de Dios!

Dios nos ha salvado. Así como el pecado entró en el mundo por un solo hombre —Adán— y la muerte por el pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, por cuanto todos pecaron (Romanos 5:12). Como descendientes de Adán, estábamos espiritualmente muertos en nuestros delitos y pecados (Efesios 2:1), destinados a sufrir el castigo eterno y a vivir para siempre en el infierno. Sin embargo, mediante la muerte en la cruz y la resurrección del Hijo unigénito de Dios —Jesucristo, el Cordero Pascual— todos nuestros pecados han sido perdonados y hemos sido declarados justos (Romanos 4:25). En la obra

de nuestra salvación, Dios llamó a aquellos a quienes de antemano conoció y predestinó; a aquellos a quienes llamó, también justificó; y a aquellos a quienes justificó, también glorificó (8:29–30). Aquí, ser «glorificado» significa la consumación misma de la salvación. Aunque todavía no hemos sido glorificados, la Biblia emplea el tiempo pasado para declarar que Él *nos ha* glorificado. Por favor, observe Efesios 2:4–6: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con el que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo —por gracia han sido salvados—. Y con él nos resucitó, y con él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús». Aquí, la frase «nos sentó en los lugares celestiales» también hace referencia a un acontecimiento pasado.

En Romanos 8:29, el apóstol Pablo habla de «aquellos a quienes Dios conoció de antemano». Aquí, la palabra «conocer» conlleva un significado especial que trasciende el mero conocimiento intelectual. Por favor, observe Mateo 7:21–23: «No todo el que me dice: "Señor, Señor", entrará en el reino de los cielos, sino solo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?". Entonces les declararé abiertamente: "Nunca los conocí. ¡Apártense de mí, hacedores de maldad!"». Aunque Jesús es omnisciente —conoce todas las cosas—, declaró a los falsos profetas (mencionados en el versículo 15) —aquellos que desvían y atormentan a los santos y practican la iniquidad— que Él «nunca los conoció». El significado de esta declaración es que Jesús no ama a estos falsos profetas. En consecuencia, estos falsos profetas serán apartados de Jesús (versículo 23). En otras palabras, están destinados a la destrucción y sufrirán un castigo eterno en el infierno. Por favor, observe Amós 3:2: «Solo a ustedes he conocido de entre todas las familias de la tierra; por tanto, los castigaré por todas sus iniquidades». ...que Él retribuiría». La afirmación de que Dios «conoció» únicamente al pueblo de Israel de entre las muchas naciones significa que Dios amó al pueblo de Israel de manera exclusiva. Dios declaró que Él estaba plenamente consciente de cada pecado que habían cometido —desde el momento de su éxodo de Egipto hasta la época del profeta Amós— y que Él les «pagaría» (es decir, los castigaría) en consecuencia.

Esto implica que, cuando ellos no se arrepentían, Dios los disciplinaba precisamente *porque* los amaba (Hebreos 12:5–6). Aquellos a quienes Dios «conoció de antemano» (Romanos 8:29) son aquellos a quienes Dios ama. Dios ama a Sus hijos. Por lo tanto, cuando nosotros —como hijos de Dios— somos débiles y sucumbimos a las tentaciones de Satanás (el Tentador), cometiendo pecado y, posteriormente, no arrepintiéndonos, Dios nos disciplina movido por Su amor hacia nosotros (Hebreos 12:5–6).

Debemos esforzarnos por alcanzar una comprensión cada vez más profunda de esta salvación obrada por Dios. Debemos orar para que el Espíritu Santo —el Espíritu de Verdad— se convierta en nuestro Maestro, capacitándonos para captar el significado de cada uno de los versículos de esta Palabra de Verdad. En particular, a medida que exploramos la naturaleza de la salvación de Dios, debemos llegar a conocer al mismo «Dios de la Salvación», al tiempo que profundizamos nuestra comprensión de la salvación que Él provee. Específicamente, a medida que llegamos a comprender el amplio alcance de esta salvación divina, debemos experimentar personalmente cuán inmensos, asombrosos y magníficos son verdaderamente el amor salvador y la gracia de Dios. Cuando esto suceda, nuestra relación con esta bendita noticia de salvación ya no se limitará meramente a aprenderla y escucharla a través de las Escrituras; más bien, nos sentiremos impulsados —incapaces de actuar de otro modo— a salir y proclamar este Evangelio de salvación. Que el Señor utilice nuestra proclamación del Evangelio como instrumento para obrar la salvación de un alma tras otra.

La salvación de Dios (2)

[Romanos 8:29-30]

Por favor, miren Romanos 8:29: «Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó para ser conformados a la imagen de Su Hijo, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Dios predestinó a aquellos que conoció de antemano para que se asemejaran a la imagen de Su Hijo, de modo que Cristo llegara a ser el primogénito entre muchos santos»]. Aquí, si bien la traducción coreana de la Biblia comienza el versículo 29 con la frase «A los que Dios conoció de antemano…», si observamos el texto griego original, la conjunción «Porque» (ὅτι) aparece justo al principio del versículo. Esta conjunción sirve para vincular el versículo actual con el precedente —el versículo 28—; a mi juicio, introduce el versículo 29 como un pasaje que ofrece una explicación más específica del mensaje transmitido en el versículo 28. En otras palabras, ¿qué es lo que el apóstol Pablo está explicando con mayor detalle en el versículo 29? Él está profundizando en la verdad enunciada en el versículo 28: que «sabemos que en todas las cosas Dios obra para el bien de aquellos que le aman, de los que han sido llamados conforme a Su propósito». Dicho de otro modo, en el versículo 29, Pablo ofrece una explicación más específica del mensaje del versículo 28; una verdad que el apóstol Pablo y los creyentes de la iglesia en Roma sostenían con absoluta certeza: que para aquellos que aman a Dios —específicamente, aquellos a quienes Dios amó «primero» (1 Juan 4:19) y que han sido llamados conforme a Su voluntad—, todas las cosas obran conjuntamente para hacer realidad la segura salvación de Dios (el «bien» supremo). El apóstol Pablo habla de «aquellos a quienes Dios conoció de antemano» (Rom 8:29); aquí, «aquellos a quienes Dios conoció de antemano» se refiere a «aquellos que aman a Dios» —aquellos que han sido

llamados conforme a Su propósito (v. 28)—, denotando específicamente a aquellos a quienes Dios amó de antemano (cf. Amós 3:2). Dios es amor (1 Juan 4:8, 16). Como Dios de amor, Él ama todas las cosas que ha creado (un amor general). Sin embargo, en Romanos 8:29, no se habla de los individuos a quienes Dios amó de antemano en términos de este amor general, sino más bien de un amor especial. Este amor especial de Dios se refiere a Su amor salvador. Además, este amor especial y salvador de Dios es un amor tan profundo que Él entregó a Su Hijo unigénito; un amor destinado a asegurar nuestra vida eterna (Juan 3:16). Es más, este amor salvador de Dios dirigido hacia nosotros es un amor que existía no solo antes de que naciéramos, sino incluso antes de que Él creara todas las cosas: «antes de la fundación del mundo» (Efesios 1:4). Este amor divino, existente «antes de la fundación del mundo», constituye el amor electivo de Dios; en Romanos 8:30, el apóstol Pablo se refiere a aquellos que han recibido este amor electivo como «aquellos a quienes Él predestinó» [o, tal como se traduce en la *Modern Man's Bible*, «aquellos a quienes Dios "predeterminó"»]. El apóstol Pablo afirma que Dios predestinó a aquellos a quienes conoció de antemano «para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo» (Romanos 8:29). Aquí, el término «imagen» se refiere a la forma externa o semejanza; en el griego original, transmite el significado de ser «similar a», «parecerse a» o «adoptar la forma de» algo. En Mateo 22:15–21, encontramos que los fariseos, buscando tenderle una trampa a Jesús, enviaron a sus discípulos —acompañados por los herodianos— para interrogarlo de la siguiente manera (versículos 15–16): «...» «Dinos, pues, ¿cuál es tu opinión? ¿Es lícito pagar impuestos al César o no?» (v. 17). Conociendo su astuta intención de ponerlo a prueba, Jesús respondió: «Mostradme la moneda que se usa para pagar el impuesto» (vv. 18–19). Entonces le trajeron un denario, y Jesús les preguntó: «¿De quién es esta imagen y esta inscripción?» (vv. 19–20). Su respuesta fue: «Del César»; es decir, la identificaron como la imagen (semejanza) del César, el emperador romano (v. 21). En Romanos 8:29, la frase «la semejanza de su Hijo» no se refiere a la imagen (semejanza) de Jesucristo —el Hijo de Dios que fue a la vez Dios y hombre, y que habitó en esta tierra durante treinta y tres años en un estado de debilidad—, sino más bien a la imagen del Señor glorioso que, habiendo resucitado y ascendido, ahora se sienta a la diestra de Dios. El propósito detrás de la amorosa elección y predestinación

que Dios hizo de nosotros antes de la creación del mundo [«a los que antes conoció» (Rom. 8:29); «también los predestinó» (v. 29); cf. Ef. 1:4–5] es que seamos conformados a la imagen del Señor —el Hijo de Dios— que se sienta en el trono celestial (Rom. 8:29). Entonces, ¿cuándo exactamente somos conformados a la imagen del Señor? Es en el momento de la Segunda Venida de Jesús cuando seremos plenamente conformados a la imagen del Señor que se sienta en el trono celestial [(Glorificación) «a estos también glorificó» (v. 30)]. En la era presente, el Espíritu Santo nos está capacitando para ser conformados a esa imagen del Señor de manera parcial y progresiva (Santificación).

El apóstol Pablo declara: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Romanos 8:29). El propósito por el cual Dios —quien es amor— nos amó, nos eligió y nos predestinó antes de la fundación del mundo, para que fuésemos hechos conformes a la imagen del Señor (versículo 29) —quien es el Hijo de Dios y está sentado en el trono celestial— es precisamente este: que Jesucristo, el Hijo de Dios, llegara a ser el primogénito entre muchos hermanos (versículo 29). Aquí, debemos reflexionar sobre la frase «muchos hermanos». Mientras Jesús estuvo en la tierra, nunca se refirió a sus discípulos como «hermanos». Sin embargo, después de que Jesús resucitó de la tumba, sí se refirió a ellos como «hermanos». Por favor, observe Juan 20:17 en la Biblia: «Jesús le dijo: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”». El término «discípulo» denota a un estudiante en relación con un maestro (amo), mientras que «hermano» denota a un miembro de la familia. Si bien la relación entre Jesús y nosotros —sus discípulos— es actualmente, aquí en la tierra, la de discípulo y hermano a la vez; una vez que Jesús regrese y nosotros seamos resucitados y transformados para entrar en el Cielo, esa relación se convertirá en una de pura hermandad. En otras palabras, la relación de hermandad entre Jesucristo —el Hijo de Dios— y nosotros se realizará plenamente en la vida venidera, en el Cielo (coincidiendo con la consumación de nuestra salvación). En última instancia, el apóstol Pablo nos enseña que todos seremos glorificados (versículo 30); es decir, que

iremos al Cielo. Otro punto que requiere nuestra consideración es el término «primogénito» (Romanos 8:29). Esta palabra significa «preeminencia». Jesús es Aquel que ocupa esta posición preeminente. La Biblia, en Filipenses 2:9–11, habla de Jesucristo como Aquel que es preeminente: «Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre». Por Su pura gracia, Dios no solo nos dio vida juntamente con Cristo —a nosotros, que estábamos muertos en nuestras transgresiones [o, «espiritualmente muertos a causa del pecado» (Modern People's Bible)]—, sino que también nos resucitó juntamente con Él y nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús (Ef 2:5–6). Las Escrituras declaran que, incluso ahora, estamos sentados juntamente en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Por lo tanto, nuestra salvación está asegurada.

Dios, que es amor, nos ha amado desde antes de la creación del mundo. Por consiguiente, Dios nos escogió de antemano y nos otorgó la gracia de la salvación. Somos personas que han obtenido la salvación únicamente por medio de la gracia de Dios. En consecuencia, debemos dar gracias por la gracia salvadora de Dios y ofrecerle nuestra alabanza y adoración. Además, aferrándonos a la certeza de nuestra salvación y mirando con fe hacia la gloria que aún hemos de recibir, debemos seguir adelante, superando toda prueba y sufrimiento de la vida presente. En particular, fortalecidos por el evangelio de Jesucristo, debemos abrazar plenamente la gracia salvadora de Dios —experimentando así un anticipo de la vida celestial incluso aquí en la tierra— y esforzarnos con diligencia por proclamar el evangelio de Jesucristo a los demás.

El amor salvador de Dios (3)

[Romanos 8:29–30]

Según Romanos 8:29–30 en la Biblia, la obra de salvación de Dios consta de cinco etapas: (1) Dios conoció de antemano, (2) Dios predestinó, (3) Dios llamó, (4) Dios justificó y (5) Dios glorificó.

La primera etapa es: «Dios conoció de antemano» (Rom 8:29).

Aquí, la frase «Dios conoció de antemano» (v. 29) no significa que Dios simplemente supiera de antemano que una persona llegaría a creer en Jesús; más bien, significa que Dios amó a esa persona de antemano (Mat 7:15 ss.; Amós 3:2; Heb 12:7). Dios nos amó antes de la fundación del mundo. Por favor, observe Juan 17:24 en la Biblia: «Padre, deseo que también ellos, a quienes me has dado, estén conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, la cual me has dado; pues me amaste antes de la fundación del mundo». Dios Padre, Dios Hijo (Jesús) y Dios Espíritu Santo se aman mutuamente. El Dios Trino —la Santa Trinidad— nos ama con ese mismo amor con el que las tres Personas de la Trinidad se aman entre sí.

La segunda etapa es: «Dios predestinó» (Rom 8:29, 30).

¿Por qué nos predestinó Dios? ¿Cuál fue el propósito de Dios al escogernos en Cristo antes de la fundación del mundo? (Ef 1:4). Fue «para que fuéramos conformados a la imagen de su Hijo» (Rom 8:29). Aquí, «su Hijo» se refiere al Hijo unigénito de Dios, Jesucristo. Además, la «imagen de su Hijo» no se refiere a la frágil forma encarnada de Jesús que vino a este

humilde mundo; más bien, habla de la imagen del Señor —el Hijo de Dios— quien ahora está sentado a la diestra de Dios. El Jesucristo resucitado es Aquel que se sienta a la diestra de Dios e intercede en nuestro favor (v. 34). Dios nos predestinó (Rom. 8:29) para que fuéramos conformados a la semejanza de Su Hijo —nuestro Señor Jesucristo— quien, habiendo cargado con la pena total por nuestra redención en la cruz, murió, resucitó de la tumba después de tres días, ascendió al cielo y ahora se sienta a la diestra de Dios (Heb. 1:3; 8:1; 10:12; 12:2), intercediendo por nosotros. ¿Cuándo, entonces, seremos conformados a la imagen del Hijo de Dios? Sucederá cuando suene la última trompeta (1 Cor. 15:52); es decir, cuando el mismo Señor descienda del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios (1 Tes. 4:16). En ese momento, aquellos que han muerto en Cristo resucitarán primero (v. 16), levantados con un cuerpo imperecedero (1 Cor. 15:52); posteriormente, aquellos que aún estén vivos en ese tiempo (1 Tes. 4:17) serán transformados instantánea y repentinamente (1 Cor. 15:51), quedando así plenamente conformados a la imagen del Hijo de Dios. Entonces, juntos, seremos arrebatados en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (1 Tes. 4:17). Habiendo sido glorificados —lo cual marca la consumación de nuestra salvación y la obtención de la vida eterna— entraremos en el Reino de los Cielos: la ciudad santa, la Nueva Jerusalén (v. 2), situada dentro de los cielos nuevos y la tierra nueva (Ap. 21:1). Allí participaremos en las bodas del Cordero (Ap. 19:9) y viviremos eternamente, disfrutando de la bienaventuranza de la vida perdurable.

Consideremos a Jacob: un hombre a quien Dios conoció de antemano (amó) y predestinó (eligió). Observemos Romanos 9:11–13 en la Biblia: «Pues aunque los gemelos aún no habían nacido y no habían hecho nada, ni bueno ni malo —para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera firme, no por las obras, sino por su llamado— se le dijo: “El mayor servirá al menor”. Como está escrito: “A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí”». Aquí, «los gemelos» se refiere a Esaú y Jacob: los hijos que la esposa de Isaac, Rebeca, concibió únicamente por medio de nuestro antepasado Isaac (v. 10). Isaac se casó con Rebeca a la edad de 40 años y, durante 20 años, permanecieron sin hijos. En consecuencia,

él suplicó a Dios durante 20 años (Gén. 25:21); finalmente, a la edad de 60 años, recibió a los gemelos —Esaú (v. 25) y Jacob (v. 26)— como respuesta a sus oraciones (v. 24). Antes incluso de que Esaú y Jacob nacieran, y antes de que hubieran hecho algo, ya fuera bueno o malo (Rom. 9:11), Dios amó a Jacob —específicamente con un amor salvador—, pero no amó a Esaú con ese mismo amor salvador especial (lo «aborreció») (v. 13). Esta afirmación en Romanos 9:13 es una cita que el apóstol Pablo toma de Malaquías 1:2: «Dice el SEÑOR: "Yo los he amado". Pero ustedes preguntan: "¿En qué nos has amado?". "¿Acaso no es Esaú hermano de Jacob?", declara el SEÑOR. "Sin embargo, he amado a Jacob"». El conocimiento previo (y amor) de Dios hacia Jacob, así como su predeterminación (y elección) de él, tuvieron lugar *antes* incluso de que Jacob naciera; de hecho, «antes de que hubiera realizado obra alguna, ni buena ni mala». Esto tenía por objeto demostrar que el criterio para la elección no reside en las obras humanas (específicamente las de Jacob), sino únicamente en su propia voluntad (la de Dios) (Rom. 9:11). En otras palabras, Dios dispuso que Su voluntad —la cual opera conforme a Su elección— fuera establecida y sostenida únicamente por Dios mismo, Aquel que llama (v. 11). Aquí, la frase «ser establecida» conlleva el significado de «continuar, mantenerse o permanecer firme». La voluntad de Dios para la salvación —Su deseo y propósito supremos— no consiste en que la salvación se obtenga mediante el esfuerzo humano, el mérito o las buenas obras; más bien, consiste en que la salvación sea otorgada exclusivamente a aquellos a quienes Dios ha amado de antemano, predestinado (elegido), llamado, justificado y glorificado. Esto constituye la voluntad de Dios, y es precisamente esta voluntad divina la que permanece firme y perdurable. Dado que Dios efectúa la salvación de esta manera, Su salvación es absolutamente cierta. Por consiguiente, nos vemos impulsados no solo a depositar nuestra fe en la certeza de la salvación de Dios, sino también a poseer nosotros mismos una seguridad inquebrantable de dicha salvación.

¡La voluntad de Dios para la salvación será, sin duda alguna, establecida! Dios, que es amor, es también el Dios de la salvación. Habiéndonos amado —y, de hecho, habiéndonos amado *antes* de la fundación del mundo—, Dios nos predestinó (eligió) para que fuéramos

conformados a la imagen de Su Hijo unigénito, Jesús, quien ahora se sienta a la diestra de Dios (Rom. 8:29). Así, a quienes Dios predestinó, a esos también llamó; a quienes llamó, a esos también justificó; y a quienes justificó, a esos también glorificó (v. 30). Elevamos la oración enseñada por el Señor, pidiendo que la voluntad de Dios Padre para la salvación —la cual ya ha sido consumada en el cielo— se cumpla asimismo en la tierra (Mateo 6:10). En otras palabras, la voluntad de Dios Padre para la salvación *ya* se ha hecho realidad en el cielo; sin embargo, en esta tierra, *aún no* se ha cumplido plenamente. En esta tierra, se cumplirá cuando nuestro propio Señor «descienda del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios» (1 Tesalonicenses 4:16). En ese momento, seremos glorificados. Alcanzaremos la gloria; es decir, la vida eterna. Aferrándonos firmemente a esta certeza de salvación, llevaremos a cabo con fidelidad y diligencia la obra que el Señor ha encomendado a cada uno de nosotros; entonces, cuando el Señor nos llame a su reino celestial, seremos acogidos en sus brazos y disfrutaremos de la bienaventuranza de la vida eterna en el cielo.

«La salvación de Dios» (4)

[Romanos 8:29–30]

Por favor, abran sus Biblias en Romanos 8:29–30: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó».

Repasemos una vez más las cinco etapas de la salvación que se enseñan en este pasaje: (1) Primera etapa: Dios salva a aquellos a quienes antes conoció —es decir, a aquellos a quienes amó—. (2) Segunda etapa: Dios salva a aquellos a quienes predestinó —es decir, a aquellos a quienes escogió antes de la fundación del mundo—. (3) Tercera etapa: Dios salva a aquellos a quienes llamó —es decir, a aquellos a quienes llamó eficazmente—. (4) Cuarta etapa: Dios salva a aquellos a quienes justificó. (5) Quinta etapa: Dios salva a aquellos a quienes glorificó. Hoy deseamos reflexionar sobre la tercera etapa: Dios salvando a aquellos a quienes llamó —específicamente, a aquellos a quienes llamó eficazmente—.

Al examinar la Confesión de Fe de Westminster [Capítulo 10: El llamamiento eficaz], encontramos varias enseñanzas clave importantes que debemos considerar: (1) «A todos aquellos a quienes Dios ha predestinado para vida, y solo a ellos, le place, en su tiempo señalado y aceptado, llamar eficazmente (Rom 8:30; 11:7; Ef 1:10, 11)». Dios predestinó a aquellos a quienes antes conoció —es decir, a aquellos a quienes amó de antemano— para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo (Rom 8:29–30); aquí, la frase «predestinó» significa que Él los escogió antes de la fundación del mundo (o antes de todos

los siglos). Esto significa que Dios llama eficazmente a estos individuos en el tiempo que Él ha señalado. (2) Este llamamiento se lleva a cabo por medio de Su Palabra y del Espíritu Santo (2 Tes 2:13; 2 Co 3:3, 6), sirviendo para librarlos del estado de pecado y muerte en el que han existido desde su nacimiento, y para conducirlos a la gracia y la salvación que se hallan en Jesucristo (2 Ti 1:9–10; Ro 8:2; Ef 2:1–5).

¿Por qué medios, entonces, llama Dios eficazmente? Es, precisamente, "por medio de Su Palabra y del Espíritu Santo". Al llamar eficazmente a aquellos a quienes ha amado de antemano y escogido de antemano para la salvación, Dios los llama a través de Su Palabra —a saber, el Evangelio de Jesucristo—. Además, Dios llama por medio del Espíritu Santo; el Espíritu Santo los capacita para oír la Palabra (el Evangelio), para entenderla, para recibirla y para depositar su fe en Jesucristo. He aquí pasajes bíblicos referentes a la obra de iluminación del Espíritu Santo: (Hch 26:18) “para abrir sus ojos a fin de que se vuelvan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, para que reciban el perdón de los pecados y un lugar entre los que son santificados por la fe en Mí”; (1 Co 2:10, 12) “pero Dios nos lo ha revelado por medio del Espíritu; porque el Espíritu escudriña todas las cosas, aun lo profundo de Dios… Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido gratuitamente”; (Ef 1:17-18) “para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les dé el Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él; alumbrando los ojos de su entendimiento, para que sepan cuál es la esperanza de Su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos”. He aquí pasajes bíblicos referentes a cómo el Espíritu Santo ablanda nuestros corazones para que podamos recibir la Palabra de Dios (el Evangelio): (Ezequiel 11:19) «Les daré un corazón indiviso y pondré un espíritu nuevo dentro de ellos; quitaré de ellos su corazón de piedra y les daré un corazón de carne», (Ezequiel 36:26-27) «Les daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes; quitaré de ustedes su corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Y pondré mi Espíritu en ustedes y los moveré a seguir mis decretos y a tener cuidado de guardar mis leyes», (Deuteronomio 30:6) «El Señor su Dios circuncidará sus corazones y los corazones

de sus descendientes, para que lo amen con todo su corazón y con toda su alma, y vivan», (Filipenses 2:13) «Porque es Dios quien obra en ustedes para querer y para actuar, a fin de cumplir su buen propósito». El Espíritu Santo obra dentro de nosotros para capacitarnos a oír la Palabra de Dios (el Evangelio), a entenderla, a recibirla y a creer en Jesucristo.

¿En qué estado, entonces, nos llama Dios a través de Su Palabra (el Evangelio) y del Espíritu Santo? Él nos llama desde el «estado de pecado y muerte en el que hemos existido desde el nacimiento». El «pecado en el que hemos existido desde el nacimiento» se refiere a la verdad de que «en iniquidad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre» [(Modern People's Bible) «Fui pecador desde el momento en que nací, y poseí una naturaleza pecaminosa desde el mismo instante en que mi madre me concibió»] (Salmos 51:5). Decir que estábamos en un «estado de muerte» se refiere a la condición en la que estábamos espiritualmente muertos debido a la desobediencia y al pecado (Efesios 2:1, Modern People's Bible). Observe Efesios 2:1–3 en la Biblia: «Él les dio vida a ustedes, que estaban muertos en sus transgresiones y pecados, en los cuales anduvieron en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo y al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia; entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, cumpliendo los deseos de la carne y de la mente, y éramos por naturaleza hijos de ira, tal como los demás». En aquel tiempo, seguíamos los caminos de este mundo y al gobernante del reino del aire; además, vivíamos conforme a los deseos de nuestra carne, haciendo lo que nuestra carne y nuestra mente anhelaban. En otras palabras, Dios nos llamó precisamente cuando éramos, por naturaleza, hijos de ira. En ese momento, el Espíritu Santo se movió e influyó en nosotros, dando vida a aquellos de nosotros que estábamos muertos en nuestras transgresiones y pecados (Regeneración) —[(Tito 3:5) «Él nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino conforme a su misericordia, por medio del lavamiento de la regeneración y de la renovación por el Espíritu Santo»]—, conduciéndonos al arrepentimiento, capacitándonos para creer en Jesús, otorgándonos la justificación y adoptándonos como hijos de Dios para que pudiéramos llamarlo «¡Abba, Padre!» (Romanos 8:15). Además, el

Espíritu Santo nos está santificando actualmente (Santificación), capacitándonos para crecer en semejanza a Jesús. Luego, en el momento de la venida del Señor (la Segunda Venida), Él nos resucitará o nos transformará, introduciéndonos en los nuevos cielos y la nueva tierra para disfrutar de la bienaventuranza de la vida eterna. Todo esto culmina en nuestra glorificación, efectuada por el llamamiento eficaz (o efectivo) de Dios (v. 30).

Consideren estos pasajes bíblicos referentes al llamamiento de Dios: Por favor, diríjanse a 2 Tesalonicenses 2:13–14: «Pero nosotros siempre debemos dar gracias a Dios por ustedes, hermanos amados por el Señor, porque desde el principio Dios los eligió para ser salvos mediante la obra santificadora del Espíritu y mediante la fe en la verdad. A esto los llamó por medio de nuestro evangelio, para que compartan la gloria de nuestro Señor Jesucristo». Dios nos amó y nos eligió. Además, Dios nos llamó por medio del Evangelio. En ese momento, el Espíritu Santo obró en nuestro interior, capacitándonos para recibir la salvación al depositar nuestra fe en Jesucristo, quien es la Verdad. Por favor, miren 2 Timoteo 1:9–10: «Él nos ha salvado y nos ha llamado a una vida santa; no por nuestras propias obras, sino por su propio propósito y gracia. Esta gracia se nos concedió en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo, pero ahora ha sido revelada mediante la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, quien destruyó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio». El acto de Dios de llamarnos a una vocación santa y de salvarnos no se basó en absoluto en nuestras obras (o buenas acciones). Más bien, Él actuó únicamente conforme a su propio propósito salvador y a la gracia que nos otorgó en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo. Nuestro Salvador, Cristo Jesús, abolió la muerte y, por medio de las Buenas Nuevas (el Evangelio), reveló el camino hacia la vida eterna: una vida que nunca termina (v. 10). Por favor, miren Efesios 2:4–5: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, nos dio vida juntamente con Cristo, aun cuando estábamos muertos en nuestras transgresiones —¡por gracia ustedes han sido salvados!—». Es única y exclusivamente debido al gran amor de Dios que nosotros —quienes en otro tiempo estábamos muertos en nuestras transgresiones y pecados (v. 1)— fuimos vivificados juntamente con Cristo (regenerados) y recibimos la salvación enteramente por la gracia de Dios. Por favor,

consideren Juan 6:37: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no lo echo fuera». Aquellos a quienes Dios conoció de antemano (amó), aquellos a quienes predestinó y aquellos a quienes llamó: todos ellos vendrán a Jesús. Miren Juan 5:25 en la Biblia: «En verdad, en verdad os digo: la hora viene, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán». Nosotros —que estábamos muertos en nuestras transgresiones y pecados, espiritualmente muertos e inevitablemente destinados a la muerte eterna— cobraremos vida cuando, mediante el llamamiento eficaz de Dios, oigamos la voz de Jesucristo, el Hijo de Dios. El Espíritu Santo obra nuestra regeneración (nuevo nacimiento), nos guía al arrepentimiento, nos capacita para creer en Jesucristo y nos da el poder para obedecer la Palabra de Dios; así, a medida que crecemos espiritualmente, somos progresivamente conformados a la semejanza de Jesús. Entonces, en el momento de la Segunda Venida de Jesús, resucitaremos —o seremos repentinamente transformados— y entraremos en el Cielo para disfrutar de la bienaventuranza de la vida eterna.

Habiendo recibido este llamamiento eficaz de Dios y obtenido la salvación, ahora debemos consagrarnos con diligencia a la obra del Señor. Mientras oramos por la obra del Espíritu Santo, debemos proclamar la Palabra de Dios: el Evangelio de Jesucristo. En medio de cualquier adversidad o tribulación, debemos recibir la Palabra con el gozo del Espíritu Santo y esforzarnos por llegar a ser imitadores del Señor (1 Tesalonicenses 1:6). Cuando recibimos la Palabra de Dios, no debemos aceptarla meramente como palabra de hombres, sino como lo que verdaderamente es: la Palabra de Dios (1 Tesalonicenses 2:13). Esta misma Palabra también obra activamente en nosotros, los que creemos (v. 13). Debemos obedecer esta Palabra de Dios, viviendo una vida santa —una vida que refleje la semejanza de Jesús [una vida digna del Evangelio (Filipenses 1:27)]— y, dentro del contexto de tal vida, debemos proclamar el Evangelio de Jesucristo. Dado que todavía hay otras ovejas que aún no han entrado en el redil de Jesucristo, debemos proclamar Su Evangelio para que el Espíritu Santo capacite a esas ovejas —a quienes Dios ha amado y elegido de antemano— para oír la voz de Jesús y llegar a ser un solo rebaño bajo un solo Pastor (Juan 10:16). Así, cuando Jesús

regrese (en Su Segunda Venida), todos seremos glorificados, entraremos en el Cielo y disfrutaremos juntos de la bienaventuranza de la vida eterna.

«La salvación de Dios» (5)

[Romanos 8:29-30]

Por favor, miren Romanos 8:29-30 en la Biblia: «Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformados a la imagen de su Hijo, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a esos también llamó; y a los que llamó, a esos también justificó; y a los que justificó, a esos también glorificó».

Hoy me gustaría reflexionar sobre la cuarta de las cinco etapas de la salvación: la salvación que Dios otorga a aquellos a quienes ha justificado [«a esos también justificó» (v. 30)]. Esto corresponde a la Pregunta 33 del Catecismo Menor de Westminster: «¿Qué es la justificación?». La «Respuesta» es: «La justificación es un acto de la libre gracia de Dios, en el cual Él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos a sus ojos; únicamente por la justicia de Cristo imputada a nosotros y recibida solo por la fe». La justificación es un acto de la libre gracia de Dios. A modo de ejemplo, la salvación misma es un acto de la libre gracia de Dios: algo que Él nos concede sin costo alguno (como un don gratuito). Por favor, miren Efesios 2:5 en la Biblia: «Aun cuando estábamos muertos en nuestras transgresiones, [Él] nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia han sido salvados)». El perdón que Dios otorga a todos nuestros pecados es también un acto de su libre gracia. Todos somos pecadores y todos cargamos con el peso del pecado. Por favor, miren Romanos 3:23 en la Biblia: «Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios». Además, el hecho de que Dios nos acepte como justos a sus ojos es también un acto de su libre gracia. Es debido a que la justicia de Jesucristo nos es imputada que somos tenidos por justos (justificados).

Esto se recibe únicamente mediante la fe en Jesucristo (solo por la fe). En el cristianismo, existen tres tipos de «imputación»:

(1) La imputación del pecado de Adán:

La Confesión de Fe de Westminster (Capítulo 6, Sección 3) declara: «Siendo ellos la raíz de toda la humanidad, la culpa de este pecado les fue imputada, y esa misma muerte en el pecado, así como la naturaleza corrupta, fueron transmitidas a toda su posteridad que desciende de ellos por generación ordinaria». Dado que el primer Adán cometió el pecado de desobedecer el mandamiento de Dios bajo el Pacto, ese pecado nos fue imputado a todos nosotros. Véase Romanos 5:12: «Por tanto, así como el pecado entró en el mundo por un hombre, y la muerte por el pecado, y de esta manera la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron». A través de un solo hombre —Adán— el pecado entró en el mundo humano, y a través de ese pecado, entró la muerte. Todas las personas han pecado, y la muerte ha alcanzado a todos. Por consiguiente, el pecado original del primer Adán fue imputado a todas las personas. En consecuencia, todos han sido contaminados y corrompidos por el pecado (Depravación Total). Véase el Salmo 51:5 (Biblia del Pueblo Moderno): «He sido pecador desde el momento en que nací; poseí una naturaleza pecaminosa desde el mismo instante en que mi madre me concibió».

(2) Dios imputó todos nuestros pecados humanos al impecable Jesucristo.

Véase Isaías 53:6: «…Jehová cargó en Él la iniquidad de todos nosotros». Aquí, la frase «cargó en Él» significa que Dios le «imputó» nuestros pecados. En otras palabras, Dios puso todas nuestras iniquidades sobre —o se las imputó a— el impecable Jesucristo. Por favor, véase 1 Pedro 2:24 en la Biblia: «Él mismo llevó nuestros pecados en su propio cuerpo en el madero, para que nosotros, habiendo muerto a los pecados, vivamos para la justicia; por cuyas heridas fuisteis sanados». Jesucristo, el Cordero de Dios, llevó todos nuestros pecados y murió en la cruz. El propósito de esto fue capacitarnos para vivir para la justicia. Por favor,

consulte 2 Corintios 5:21 en la Biblia: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» [(Modern People's Bible) «Dios puso nuestros pecados sobre Cristo —quien no conoció pecado alguno— para que nosotros fuésemos reconocidos como justos ante Dios por medio de Cristo»]. El propósito de que Dios «hiciera a Él [Jesucristo] pecado por nosotros» —a pesar de que Él no conoció pecado, ni jamás lo había experimentado— fue «para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él». Dios Padre transfirió (imputó) todos nuestros pecados a Jesucristo, haciendo que Él muriera en la cruz en nuestro lugar. Por favor, consulte Romanos 4:25 en la Biblia: «Jesús fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación».

(3) La imputación de la justicia de Cristo:

Confesión de Fe de Westminster (Capítulo 11, Artículo 1): «A aquellos a quienes Dios llama eficazmente, también los justifica gratuitamente; no infundiendo justicia en ellos, sino perdonando sus pecados, y contando y aceptando sus personas como justas; no por algo obrado en ellos, o hecho por ellos, sino únicamente por causa de Cristo; ni imputándoles la fe misma —el acto de creer— o cualquier otra obediencia evangélica, como su justicia; sino imputándoles la obediencia y satisfacción de Cristo, mientras ellos lo reciben a Él y a Su justicia, y descansan en Él, por medio de la fe; fe que no tienen de sí mismos, sino que es don de Dios». Véase la Biblia, Romanos 3:21–22: «Pero ahora se ha manifestado una justicia de Dios, aparte de la ley, de la cual dan testimonio la Ley y los Profetas. Esta justicia de Dios viene por medio de la fe en Jesucristo para todos los que creen. No hay diferencia» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Sin embargo, ahora se ha abierto un camino para ser reconocidos como justos por Dios, aparte de la ley. Esto es algo atestiguado por la Ley y los Profetas. Cualquiera que cree en Jesucristo es reconocido como justo por Dios, sin discriminación»]. Véase la Biblia, Gálatas 2:16: «Sabemos que una persona no es justificada por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo. Así que nosotros también hemos puesto nuestra fe en Cristo Jesús para que seamos justificados por la fe en Cristo y no por las obras

de la ley, porque por las obras de la ley nadie será justificado». Uno no puede ser justificado por las obras de la ley. Es únicamente a través de la fe en Jesucristo que somos justificados. Jesucristo obedeció plenamente la voluntad de Dios —Su Palabra— incluso hasta el punto de morir en la cruz. Nosotros, quienes por la gracia de Dios creemos en este Jesucristo, somos declarados justos por Dios porque la justicia de Jesucristo nos es imputada. Por favor, véase Romanos 5:18: «Por lo tanto, así como por una sola transgresión el resultado fue condenación para todos los hombres, así también por un solo acto de justicia el resultado fue justificación que trae vida para todos los hombres». [(Contemporary English Version) «Así pues, tal como el pecado de un solo hombre resultó en un veredicto de "pecador" para todos, el acto justo de un solo hombre resultó en un veredicto de "justo" para todos, otorgándoles el privilegio de la vida»].

La frase «justificados» (8:30), que se encuentra en Romanos 8:30, es un término legal. La «justificación» se refiere al acto mediante el cual Dios —el Juez que preside— examina y evalúa las obras de Jesucristo —específicamente Su obediencia, incluso hasta el punto de la muerte en la cruz, al cargar con todos nuestros pecados de conformidad con la voluntad de Dios— y, posteriormente, nos declara libres de pecado. Por favor, observe Romanos 8:1: «Por tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús». Aquí, «condenación» es el antónimo de «justificación». Debido a que Cristo nos transfiere (nos imputa) Su propia justicia, Dios nos declara justos; es más, Él nos considera y nos trata como personas justas.

Habiendo sido así justificados, Dios nos ha adoptado como Sus «hijos» (adopción). Observe el *ordo salutis* (orden de la salvación): (1) Llamamiento, (2) Regeneración, (3) Conversión, (4) Fe, (5) Justificación, (6) Adopción, (7) Santificación, (8) Perseverancia, (9) Glorificación. Catecismo Menor de Westminster, Pregunta 34: «¿Qué es la adopción?». Respuesta: «La adopción es un acto de la libre gracia de Dios, mediante el cual somos recibidos en el número de los hijos de Dios, y tenemos derecho a todos sus privilegios». Véase 1 Juan 3:1: «Mirad cuán gran amor nos ha otorgado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios;

y eso somos. La razón por la cual el mundo no nos conoce es que no lo conoció a Él» [(Contemporary English Version): «Simplemente piensen en cuán grande es el amor que Dios el Padre nos ha otorgado. A través de ese gran amor, nos hemos convertido en hijos de Dios. Sin embargo, la razón por la que el mundo no nos reconoce es que no conocen al Padre»]. Es debido al gran amor otorgado por Dios Padre que hemos sido recibidos en el número de los hijos de Dios. Véase Juan 1:12: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios» [(Versión en Inglés Contemporáneo): «Sin embargo, a aquellos que le recibieron y creyeron en Él, les dio el privilegio de llegar a ser hijos de Dios»]. El privilegio de ser hijo de Dios es la capacidad de acercarse a Dios Padre y de llamar a Dios: «¡Abba! ¡Padre!» (Rom 8:15; Gál 4:6).

Véase Romanos 8:17 (Versión en Inglés Contemporáneo): «Si somos hijos de Dios, entonces somos herederos de Dios y coherederos con Cristo…». Dios Padre nos ha adoptado como Sus hijos a través de Su Hijo unigénito, Jesucristo, designándolo para ser «el primogénito entre muchos hermanos» (Versículo 29). Por favor, remítase a Hebreos 2:11 (Versión en Inglés Contemporáneo): «Porque tanto Aquel que santifica como aquellos que están siendo santificados, todos provienen del mismo Dios. Por lo tanto, Jesús no se avergüenza de llamarlos hermanos». Todos somos miembros de la familia de Dios. Dado que nos hemos convertido en hijos de Dios (hijos e hijas adoptivos), Jesús es nuestro Hermano Mayor, y nosotros somos Sus hermanos menores. Jesús no se avergüenza en lo más mínimo de llamarnos «hermanos». Este es un regalo que Dios nos ha dado gratuitamente, y es eterno. Debido a que el acto de Dios de adoptarnos es eterno, no puede ser revocado, ni nadie puede arrebatárnoslo. Por favor, remítase a Juan 10:29: «Mi Padre, que me las ha dado, es mayor que todos; y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre». Debido a que la salvación de Dios es tan cierta, podemos poseer la seguridad de nuestra salvación.

Puesto que es Dios quien efectúa nuestra salvación, debemos aferrarnos firmemente a la seguridad de nuestra salvación, permanecer inquebrantables y mantenernos firmes en nuestra fe; debemos luchar contra —y triunfar sobre— toda tentación mediante la cual

Satanás intente hacernos cuestionar o dudar de la certeza de nuestra salvación, o llevarnos a la incredulidad.

La salvación de Dios (6)

[Romanos 8:29-30]

Por favor, miren Romanos 8:29-30 en la Biblia: «Porque a los que Dios de antemano conoció, también los predestinó para que fueran conformados a la imagen de Su Hijo, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a esos también llamó; a los que llamó, a esos también justificó; y a los que justificó, a esos también glorificó». Hoy me gustaría reflexionar sobre la quinta y última etapa de las cinco etapas de la salvación: el acto de Dios de glorificar a aquellos que ha elegido. Aquí, el verbo «glorificó» está en tiempo pasado (refiriéndose a algo que ya ha tenido lugar). Sin embargo, nosotros aún no hemos sido glorificados. ¿Por qué, entonces, afirmó Dios que *ya* nos ha glorificado? Debido a que Dios nos glorificará con un 100% de certeza, el apóstol Pablo —el autor de Romanos— poseía una seguridad tan absoluta de la salvación que empleó el tiempo pasado, hablando como si Dios ya hubiera consumado esta glorificación. Dado que Dios llevará a cabo de manera segura y abundante las cinco etapas de la salvación, el apóstol Pablo, con plena confianza en dicha salvación, utilizó verbos en tiempo pasado para cada una de esas cinco etapas (a los que conoció de antemano, a los que predestinó, a los que llamó, a los que justificó y a los que glorificó).

Entonces, ¿qué es exactamente la glorificación? Cuando todos entremos en el Cielo, todos seremos glorificados. Basándome principalmente en el Libro de Romanos, me gustaría considerar la naturaleza de la glorificación a través de cuatro puntos clave:

En primer lugar, la glorificación se refiere a la salvación misma.

Por favor, miren Romanos 5:10: «Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con Él mediante la muerte de Su Hijo, ¡cuánto más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por Su vida!». Antes de creer en Jesús, éramos enemigos de Dios; sin embargo, Dios Padre envió a Su Hijo unigénito, Jesús, a este mundo y lo entregó a la muerte como propiciación. Como resultado, hemos sido reconciliados con Dios. Como aquellos que han sido reconciliados —es decir, aquellos que han recibido la justificación—, recibiremos la salvación en el futuro por medio de la resurrección de Jesucristo. En otras palabras, seremos glorificados en el futuro. Aquí, la afirmación de que seremos glorificados en el futuro se refiere a nuestra propia resurrección, tal como Cristo mismo resucitó de entre los muertos. Por favor, miren 1 Corintios 15:20: «Mas ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, y se ha convertido en las primicias de los que han dormido». Dado que Cristo se ha convertido en las primicias de los que han dormido —es decir, los santos que han muerto en el Señor (aquellos que han recibido la justificación)—, todos aquellos que han dormido en el Señor resucitarán (serán levantados) de igual manera.

En segundo lugar, la glorificación se refiere a heredar una herencia en el cielo.

Por favor, miren Romanos 8:17: «Y si somos hijos, también somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que en verdad padecemos con Él, para que también seamos glorificados juntamente con Él». Aquellos que reciben la justificación son «herederos de Dios y coherederos con Cristo». Ser glorificado significa convertirse en heredero. Es un estado glorioso porque no heredaremos las cosas de esta tierra, sino más bien las cosas (la herencia) del Reino de los Cielos.

En tercer lugar, la glorificación se refiere a la resurrección del cuerpo.

Por favor, miren Romanos 8:10–11: «Y si Cristo está en ustedes, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu está vivo a causa de la justicia. Si el Espíritu de Aquel que

levantó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, Aquel que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos también dará vida a sus cuerpos mortales por medio de Su Espíritu que habita en ustedes». Nuestros espíritus, que estaban muertos en delitos y pecados (Ef. 2:1), ya han recibido vida por medio del Espíritu Santo —el Espíritu de Dios que levantó a Jesús de entre los muertos (la primera resurrección)—. Ese Espíritu Santo que habita en nosotros también dará vida a nuestros cuerpos mortales. Cuando Jesús regrese, todos nuestros cuerpos muertos serán resucitados (la segunda resurrección). Nuestra glorificación se refiere a esta resurrección del cuerpo (la carne física). Finalmente, en cuarto lugar, la glorificación se refiere al hecho de que seremos sentados junto con Cristo Jesús en los lugares celestiales.

Por favor, miren Efesios 2:5–6: «Aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, [Él] nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia han sido salvados), y con Él nos resucitó, y con Él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús». Él nos dio vida juntamente con Cristo —nosotros, que estábamos espiritualmente muertos a causa de delitos y pecados [Él no revivió nuestros cuerpos, sino nuestros espíritus (regeneración)]—; y nos resucitó juntamente con Él (refiriéndose a la futura resurrección de nuestros cuerpos); y nos sentó juntamente con Él en los lugares celestiales en Cristo Jesús (desde la perspectiva de Dios, este es un hecho consumado; sin embargo, desde nuestra perspectiva, tendrá lugar en el momento de la segunda venida de Jesús). Por favor, miren Romanos 8:34: «¿Quién es el que condena? Cristo Jesús es el que murió —más aún, el que resucitó—, el que está a la diestra de Dios y el que en verdad intercede por nosotros». El Cristo Jesús resucitado es Aquel que se sienta a la diestra de Dios. Nosotros también, en Cristo Jesús, seremos sentados juntamente con Él en los lugares celestiales (Efesios 2:6). ¿Dónde, entonces, en los cielos seremos sentados? Miren Apocalipsis 3:21 en la Biblia: «Al que venza, le concederé sentarse conmigo en mi trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono». En Cristo Jesús, seremos sentados juntamente con el Señor sobre su trono en los cielos. ¡Qué honor tan glorioso es este!

Las cinco etapas de la salvación de Dios se llevan a cabo enteramente por medio de la gracia de Dios.

Consideremos la primera etapa: la salvación que Dios otorga a aquellos que Él conoció de antemano (Rom 8:29) —es decir, a aquellos que Él amó— es un acto de la pura gracia de Dios. No es el caso que Dios nos amara y nos salvara porque realizamos buenas obras dignas de Su amor. En otras palabras, aunque no poseíamos absolutamente ninguna cualidad o condición a la vista de Dios que nos hiciera dignos de Su amor, Dios —porque Él es amor (1 Juan 4:8, 16)— nos amó primero (v. 19) y, por consiguiente, nos salvó; así pues, esto no puede ser otra cosa que la pura gracia de Dios.

Consideremos la segunda etapa: la salvación que Dios otorga a aquellos que Él predestinó —es decir, a aquellos que Él escogió antes de la fundación del mundo— es también un acto de la pura gracia de Dios. El acto de Dios de escogernos en Cristo antes de la fundación del mundo (Ef 1:4) no se basó en absoluto en la presencia de nada en nuestro interior (tales como la fe, las buenas obras, etc.) que nos hiciera dignos de ser escogidos por Dios. Más bien, debido a que Dios —quien es amor— nos amó primero y nos escogió con la intención de salvarnos, fuimos escogidos y recibimos la salvación; por lo tanto, esto también es un acto de la pura gracia de Dios.

Consideremos la tercera etapa: la salvación que Dios otorga a aquellos que Él llamó —es decir, a aquellos que Él llamó de manera eficaz— es también un acto de la pura gracia de Dios. Observemos 2 Timoteo 1:9: «Dios nos ha salvado y nos ha llamado a un llamamiento santo; no conforme a nuestras obras, sino conforme a Su propio propósito y gracia, la cual nos fue dada en Cristo Jesús antes de que comenzaran los siglos». El llamamiento de Dios no se basa en absoluto en nuestras obras (no se basa en nuestras buenas obras ni en nuestros méritos). Más bien, se lleva a cabo conforme al propio propósito de Dios y a la gracia que Él nos dio en Cristo Jesús antes de que comenzaran los siglos.

Consideremos la cuarta etapa: la salvación que Dios otorga a aquellos que Él justificó es también un acto de la pura gracia de Dios. Observe Romanos 3:24 en la Biblia: «y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús». Hemos recibido «justificación gratuitamente por su gracia» (justificación).

Considere la quinta etapa: el acto de Dios de salvar a aquellos a quienes ha glorificado es también enteramente por su gracia. Hemos sido salvados mediante la gracia de Dios (Ef. 2:5). Nuestra herencia de un legado celestial es también resultado de la gracia de Dios (Rom. 4:16). Nuestro privilegio de sentarnos con Cristo en el trono del Señor se debe, asimismo, a la sobreabundante gracia de Dios (Ef. 2:6–7). Al hacernos sus obras maestras (v. 10), Dios tuvo el propósito de demostrar las sobreabundantes riquezas de su gracia a las generaciones venideras (v. 7).

¿Por qué, entonces, nos glorifica Dios mediante su gracia? Observe Efesios 2:9 en la Biblia: «no por obras, para que nadie se gloríe». El propósito es asegurar que nadie pueda jactarse. Dado que no alcanzamos la gloria mediante nuestros propios esfuerzos, buenas acciones u obras —sino únicamente mediante la gracia de Dios—, no tenemos nada en nosotros mismos de lo cual jactarnos; solo podemos gloriarnos en Jesucristo. Por lo tanto, debemos servir al Señor con gratitud, sin buscar fama ni reconocimiento. Observe 1 Corintios 15:57 en la Biblia: «Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo».

«Si Dios está por nosotros» (1)

[Romanos 8:31-34]

Por favor, miren Romanos 8:31: «¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?». Aquí, la conjunción «pues» sirve para conectar la afirmación precedente con la que sigue. En cuanto a qué constituye la «afirmación precedente» en este contexto, los eruditos sostienen diversas opiniones: (1) Romanos 3:21–8:30, (2) Romanos 5:1–8:30, (3) Romanos 8:1–30, o (4) Romanos 8:26–30. Mi propia opinión es que la palabra «pues» remite específicamente al pasaje que se encuentra en Romanos 8:29–30. Romanos 8:29–30 describe las cinco etapas de la salvación de Dios. Específicamente, declara que Dios: (1) conoció de antemano (amó) a aquellos a quienes Él (2) predestinó (escogió); luego (3) los llamó a creer en (recibir a) Jesús; (4) los justificó (los declaró justos); y (5) los glorificó. El apóstol Pablo pregunta: «¿Qué, pues, diremos a esto?» (v. 31). Aunque la Biblia coreana utiliza aquí la frase en singular «este asunto», un vistazo al texto griego original revela que la palabra es, en realidad, plural: «estas cosas». Estas «cosas» se refieren a las cinco etapas de la salvación de Dios descritas en Romanos 8:29–30. En otras palabras, «estas cosas» se refieren a los actos específicos mediante los cuales Dios conoció de antemano (amó) y predestinó (escogió) a ciertos individuos, para luego llamarlos, justificarlos y glorificarlos. La pregunta: «¿Qué, pues, diremos a esto?» —refiriéndose a estas cinco etapas de la salvación de Dios— implica que, ante tales actos, no nos queda absolutamente nada que decir. La razón de ello es que, dado que Dios ya ha consumado estas cinco etapas de la salvación, nos quedamos sin nada que decir con respecto a esta obra de la salvación divina. En Romanos 8:31, el apóstol Pablo empleó la palabra «si». Utilizó esta palabra no porque albergara duda alguna, sino más bien porque poseía una profunda certeza. La profunda

certeza que él sostenía era la convicción de que Dios —el Autor de la salvación— llevaría infaliblemente a su consumación estas cinco etapas de la salvación. En otras palabras, el apóstol Pablo estaba 100% convencido de que Dios llamaría, justificaría y glorificaría a aquellos a quienes Él había amado y elegido antes de la fundación del mundo. Así, en Efesios 1:4, declaró: «Porque Él nos escogió en Él antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprensibles ante Su vista, en amor». Además, al describir las cinco etapas de la salvación de Dios en Romanos 8:29–30, el apóstol Pablo utilizó verbos en tiempo pasado precisamente debido a su absoluta confianza en la obra salvífica de Dios. Aunque su cuerpo físico aún no había sido glorificado —de hecho, estaba envejeciendo y afligido por un «aguijón en la carne» (2 Corintios 12:7)—, él permanecía firmemente convencido de que Dios, habiéndolo amado y elegido de antemano, y habiéndolo posteriormente llamado y justificado, lo llevaría con toda seguridad a la glorificación. Viviendo como un cristiano situado entre el «Ya» (la consumación de la salvación en la Primera Venida de Cristo) y el «Todavía no» (la consumación definitiva de la salvación en la Segunda Venida de Cristo), el apóstol Pablo tenía la plena certeza de que, tal como la voluntad salvífica de Dios ya se había cumplido en el cielo, así también se cumpliría en esta tierra en el futuro; específicamente, en el regreso de Jesucristo. Como referencia, si observamos la oración que el Señor nos enseñó, esta dice: «…hágase Tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10, *La Biblia para la Gente Moderna*). El fundamento de la certeza de salvación del apóstol Pablo reside en Dios: Aquel que inició la obra de salvación en su interior. Por favor, consideren Filipenses 1:6: «Estamos confiados en que Aquel que comenzó una buena obra en ustedes la llevará a su plena realización hasta el día de Cristo Jesús» [(La Biblia para la Gente Moderna) «Estoy confiado en que Dios, quien comenzó una buena obra entre ustedes, completará esa obra hasta el día en que Cristo Jesús regrese»]. Así pues, tal como escribió el apóstol Pablo a los creyentes de la iglesia de Filipos, él se encontraba dividido entre dos estados: vivir en la carne en esta tierra o morir. Aunque sentía que partir de este mundo para estar con Cristo sería mucho mejor —y, de hecho, era lo que deseaba—, eligió permanecer en este mundo por el bien del progreso en la fe y del gozo de los creyentes filipenses (versículos 21–25). El apóstol Pablo deseaba que Cristo fuera

exaltado en su cuerpo, ya fuera por medio de la vida o por medio de la muerte (versículo 20). Aunque aún no había sido glorificado, el apóstol Pablo vivió de la manera en que lo hizo porque tenía la plena certeza de que, efectivamente, sería glorificado.

En Romanos 8:31 de la Biblia, el apóstol Pablo declaró: «Si Dios está por nosotros, ¿quién puede estar en contra de nosotros?». En este pasaje, la frase «Si Dios está por nosotros» se traduce en *The Modern English Version* como «Si Dios está de nuestro lado». Dios está por nosotros; Dios está de nuestro lado. Por lo tanto, el apóstol Pablo estaba plenamente convencido de que el hecho de que Dios esté «por nosotros» se demuestra en que —antes de la fundación del mundo— Él nos amó, nos eligió, nos llamó, nos justificó y nos glorificó. Fue con esta convicción que preguntó audazmente: «¿Quién puede estar en contra de nosotros?» (v. 31). En realidad, sin embargo, las fuerzas del mal *sí* se oponen a nosotros: a aquellos a quienes Dios amó, eligió, llamó, justificó y glorificó antes de la fundación del mundo. Estas fuerzas del mal lanzan constantemente ataques contra nosotros. Satanás envía a sus secuaces para asaltarnos repetidamente, atacándonos de diversas maneras: ya sea a través de las tentaciones del mundo, a través de nuestro propio ser interior, a través del pecado o por otros medios. Consideremos Mateo 24:24: «Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios para engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos». Estas fuerzas del mal que nos atacan —los falsos Cristos y los falsos profetas— llegan incluso a realizar grandes señales y prodigios [«grandes milagros y hechos asombrosos» (*The Modern English Version*)] en un intento de engañarnos incluso a nosotros, los elegidos, si les es posible. De hecho, Satanás recorre toda la tierra, deambulando de un lado a otro en sus incesantes esfuerzos por engañarnos, ponernos a prueba y atacarnos (Job 1:7). El Diablo ronda como león rugiente, buscando a alguien a quien devorar (1 Pedro 5:8). Adentrándose en cada rincón, el Diablo busca devorarnos —a aquellos a quienes Dios ha amado y elegido— intentando desviarnos del camino. Sin embargo, debido a que Dios está por nosotros, ni siquiera Satanás el Diablo se atreve a alzarse en nuestra contra (Rom 8:31). Observe Zacarías 1:8 en la Biblia: «Miré de noche, y he aquí un Varón montado sobre un caballo rojo, el cual estaba entre los mirtos que había en

la vega; y detrás de él había caballos rojos, alazanes y blancos». En el Libro de Zacarías —a menudo referido como el «Apocalipsis del Antiguo Testamento»—, la visión que contempló el profeta Zacarías fue la de «un Varón montado sobre un caballo rojo, que estaba entre los mirtos en la vega». Aquí, ese «Varón» se refiere al Hijo unigénito de Dios, Jesucristo. La afirmación de que el Hijo unigénito, Jesucristo, «estaba» (de pie) significa que Jesucristo se encuentra erguido. Observe Hechos 7:55 en la Biblia: «Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios». Este pasaje declara que, justo antes de su martirio, Esteban vio a Jesús de pie a la diestra de Dios; sin embargo, a lo largo del resto de la Biblia, Jesucristo es representado predominantemente como sentado a la diestra de Dios (Marcos 16:19; Lucas 22:69; Colosenses 3:1; Hebreos 1:3; 10:12; 12:2). ¿Por qué, entonces, estaba Jesús de pie a la diestra de Dios —en lugar de sentado— justo antes de la muerte de Esteban? La razón es que Él se puso de pie porque su amado Esteban estaba enfrentando tribulación. El hecho de que el profeta Zacarías viera al Hijo unigénito, Jesucristo, de pie en su visión significa que Él se puso de pie por causa nuestra; es decir, se puso de pie para obrar nuestra salvación. En la visión que tuvo el profeta Zacarías, detrás de aquel Varón —el Hijo unigénito, Jesucristo— había caballos rojos, alazanes y blancos (Zacarías 1:8); los jinetes sobre estos caballos son aquellos a quienes el Señor ha enviado a patrullar por toda la tierra (v. 10). Dios está con nosotros; en efecto, Él ha enviado a estos mensajeros —Sus ángeles— a recorrer toda la tierra para velar por nosotros y mantener una mirada atenta sobre cada uno de nuestros pasos. Por lo tanto, por mucho que Satanás intente oponerse a nosotros, dado que Dios está del lado de aquellos a quienes amó, eligió, llamó, justificó y glorificó de antemano, Él ciertamente llevará a cabo nuestra salvación y glorificación, asegurando que, en última instancia, entremos en el Cielo para participar de su gloria eterna.

En consecuencia, debemos vivir nuestras vidas por fe, cimentados en la absoluta certeza de nuestra salvación. Puesto que Dios —el Autor de nuestra salvación— nos amó, eligió, llamó, justificó y glorificó antes de la misma fundación del mundo, debemos permanecer plenamente convencidos de que estamos destinados a una glorificación total y de que

habitaremos en el Cielo por toda la eternidad. Además, debemos desechar todo temor. Consideremos Hebreos 13:6: «Así que decimos con confianza: "El Señor es mi ayudador; no temeré. ¿Qué pueden hacerme los simples mortales?"». Asimismo, debemos mantener la mente lúcida, el autocontrol, la vigilancia y la devoción a la oración. Consideremos 1 Pedro 4:7 y 5:8: «El fin de todas las cosas está cerca. Por lo tanto, manténganse lúcidos y con autocontrol para que puedan orar... Manténganse alertas y con mente sobria. Su enemigo, el diablo, ronda como león rugiente buscando a alguien a quien devorar». Debemos permanecer firmes e inamovibles, esforzándonos siempre con celo creciente en la obra del Señor. Consideremos 1 Corintios 15:58: «Por lo tanto, mis amados hermanos y hermanas, manténganse firmes. Que nada los mueva. Dedíquense siempre por completo a la obra del Señor, porque saben que su labor en el Señor no es en vano». Por consiguiente, oro para que, cuando todos estemos ante el Señor, podamos recibir Su aprobación: «¡Bien hecho, siervo bueno y fiel! Fuiste fiel en lo poco, y te pondré a cargo de mucho. Entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25:21).

«Si Dios está por nosotros» (2)

[Romanos 8:31–34]

Por favor, miren Romanos 8:32: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?». Aquí, «su propio Hijo» se refiere al Hijo unigénito de Dios: Dios el Hijo. Dios Padre envió a su Hijo unigénito a esta tierra, y su Hijo unigénito, Jesús, vino a esta tierra en obediencia a la voluntad de Dios Padre. Entre las ocho visiones que tuvo el profeta Zacarías, la primera fue la de Jesucristo —Dios el Hijo— entrando en el ámbito humano (Zac. 1:8). La visión que él vio representaba al Hijo unigénito de Dios, Jesucristo, de pie [la afirmación de que el Hijo unigénito estaba de pie aparece tres veces (vv. 8, 10 y 11)]. Si bien la Biblia suele retratar a Jesucristo sentado a la diestra de Dios (Mar. 16:19; Luc. 22:69; Col. 3:1; Heb. 1:3; 10:12; 12:2), Esteban —justo antes de su martirio— vio a Jesús de pie a la diestra de Dios (Hech. 7:55). Jesús se puso de pie para ayudar a su amado Esteban, pues este estaba atravesando un tiempo de tribulación. Incluso ahora, Jesús permanece de pie, listo para ayudar a los creyentes que enfrentan dificultades. Por lo tanto, dado que Dios está por nosotros de esta manera, Satanás y sus secuaces que se nos oponen están destinados al fracaso.

Si observamos la primera parte de Romanos 8:32, esta dice: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros...». En las Escrituras, existen casos en los que Dios Padre entregó a alguien distinto de su propio Hijo (y dado que entregar al hijo de otra persona —en lugar del propio— no se sentiría como un sacrificio, no se consideraría un «escamotear» o perdonar al propio). Por favor, examine Isaías 43:3 en la Biblia: «Porque yo soy el SEÑOR tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador; doy a Egipto por tu rescate, a Cus y

a Seba a cambio de ti» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Yo soy el SEÑOR tu Dios, el Santo que te salva, Israel. Di a Egipto, a Etiopía y a Seba como rescate para liberarte»]. En el acto de salvar a Israel, el santo Dios ofreció a Egipto, a Cus (Etiopía) y a Seba (refiriéndose, en sentido amplio, a la misma región que Cus) como rescate por Israel. Aquí, un «rescate» se refiere a una forma de compensación o pago ofrecido a cambio de —y para salvar— la vida de aquel que está siendo liberado. Cuando Dios salvó al pueblo de Israel —que, de otro modo, estaba condenado a perecer en el Mar Rojo—, lo logró ahogando a los egipcios en el Mar Rojo (aniquilándolos así) como sustitutos de los israelitas. Por favor, examine Isaías 43:4: «Puesto que eres precioso y honrado a mis ojos, y porque te amo, daré pueblos a cambio de ti, naciones a cambio de tu vida» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Porque te considero precioso y honorable, y porque te amo, salvaré tu vida aunque ello signifique sacrificar a otras naciones»]. La razón por la que Dios salvó las vidas de los israelitas ofreciendo a otras personas (los egipcios, y la gente de Cus y Seba) en su lugar —es decir, sacrificándolas— fue que, a los ojos de Dios, los israelitas eran preciosos y honorables, y Dios los amaba. Sin embargo, Dios el Padre... Su amado Hijo único... A pesar de atesorarlo tan entrañablemente, Dios nos amó y, en Su deseo de salvarnos, lo entregó para que muriera en la cruz en nuestro lugar. ¿Cómo, entonces, podemos discernir la profundidad del amor y el afecto de Dios el Padre hacia Dios el Hijo, Jesús? Podemos obtener cierta perspectiva observando las palabras que Dios el Padre dirigió exclusivamente a Su Hijo unigénito; palabras que no pronunció ante nadie más: «Y una voz desde el cielo dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”» (Mateo 3:17); Y: «Mientras él aún hablaba, una nube resplandeciente los cubrió, y una voz desde la nube dijo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; escúchenlo"» (Mateo 17:5). Dios Padre ama y atesora a su Hijo unigénito, Jesucristo, a tal punto que se dirigió a Él llamándolo: «Mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Sin embargo, cuando observamos el texto de hoy —Romanos 8:32—, la Escritura afirma que Dios Padre *no* perdonó a su propio Hijo, sino que, por el contrario, lo entregó por el bien de todos nosotros. ¿Cómo puede decirse que Dios Padre —quien ama, se deleita y atesora profundamente a su Hijo unigénito, Jesucristo— *no* perdonó a su propio Hijo? En este contexto, la frase «no perdonó» conlleva el significado de «entregar»,

«poner en manos de otro» o «renunciar a»; significa que Dios Padre entregó —puso en manos de otro, o renunció a— a Dios Hijo, Jesús, para que sufriera una muerte cruenta en la cruz. Dado que Dios Padre está *a nuestro favor* (versículo 31), y en aras de nuestra salvación, Él entregó a su Hijo unigénito —a quien ama, en quien se deleita y a quien atesora por encima de todo lo demás— para que muriera una muerte cruenta en la cruz; y lo hizo sin demora, sin la más mínima vacilación. Pues, debido a que su Hijo unigénito, Jesucristo, fue desamparado por Dios Padre… (Desamparado por Dios), nosotros hemos sido perdonados por Dios.

En el capítulo 22 del Génesis, en el Antiguo Testamento, nos encontramos con una escena en la que Dios pone a prueba a Abraham. La prueba de Dios fue la siguiente: «Toma a tu hijo, tu único hijo —a quien amas—, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah. Sacrifícalo allí como ofrenda quemada sobre una de las montañas que yo te indicaré» (Gén 22:1–2). En ese momento, sin vacilar, Abraham se levantó temprano a la mañana siguiente y obedeció de inmediato la palabra de Dios (vv. 3–10). Si Abraham hubiera titubeado o consultado con su esposa, Sara, en aquel momento, no habría podido brindar una obediencia tan inmediata al mandato de Dios. De hecho, al llegar al lugar exacto que Dios había designado, Abraham construyó allí un altar, dispuso la leña, ató a su hijo Isaac, lo puso sobre la leña en el altar, extendió la mano para tomar el cuchillo y se dispuso a degollar a su hijo (vv. 9–10). En ese momento crítico, un ángel del Señor llamó a Abraham desde el cielo y le impidió quitarle la vida a su hijo (v. 11). Entonces el ángel declaró: «No pongas la mano sobre el muchacho ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, pues no me has negado a tu hijo, tu único hijo» (v. 12). Aunque Abraham sabía que su único hijo, Isaac, era el hijo de la promesa de Dios —la simiente prometida (Rom 9:8)—, y aunque se había aferrado a la creencia de que, a través de Isaac, Dios cumpliría Su promesa de que sus descendientes serían tan incontables como las estrellas en el cielo —«Así será tu descendencia» (Gén 15:5)—, a pesar de las circunstancias aparentemente imposibles (Rom 4:18), no obstante obedeció la palabra de Dios (Gén 22:2); sin retener nada (v. 12), extendió la mano para tomar el cuchillo y se dispuso a sacrificar a su hijo (v. 10). Debido a que Dios Padre nos amó y deseó salvarnos, no perdonó

a Su Hijo unigénito, Jesucristo, sino que lo entregó para que muriera en la cruz. Sin embargo, los adversarios de Jesús habían buscado inicialmente *no* crucificarlo. Entre estos adversarios se encontraban los líderes judíos. Consideremos Marcos 14:1–2: «Faltaban solo dos días para la Pascua y la Fiesta de los Panes sin Levadura, y los sumos sacerdotes y los maestros de la ley buscaban alguna manera astuta de arrestar a Jesús y matarlo. "Pero no durante la fiesta —decían—, o podría estallar un disturbio entre el pueblo"». Los líderes religiosos judíos —los sumos sacerdotes y los maestros de la ley— decidieron posponer el arresto y la ejecución de Jesús hasta después de la fiesta de la Pascua, por temor a que estallara un disturbio. La razón de esto era que «temían al pueblo» (Lucas 22:1–2). Consideremos Lucas 22:3–5: «Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, uno de los Doce. Y Judas fue a ver a los sumos sacerdotes y a los oficiales de la guardia del templo, y habló con ellos sobre cómo podría entregar a Jesús. Ellos se alegraron y acordaron darle dinero». Sin embargo, Satanás intervino, utilizando a Judas Iscariote para acercarse a los líderes religiosos y acordar la entrega de Jesús a cambio de dinero. En consecuencia, Jesús fue finalmente crucificado y ejecutado durante la fiesta de la Pascua. Otro grupo de adversarios estaba constituido por el propio pueblo judío. Cuando Jesús entró en Jerusalén para padecer su sufrimiento y morir en la cruz, las multitudes judías gritaron a viva voz: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» (Mateo 21:9). En aquel momento, no tenían intención alguna de crucificar a Jesús. El gobernador romano, Poncio Pilato, fue también un adversario. Él tampoco deseaba matar a Jesús; por el contrario, se esforzó por ponerlo en libertad. La razón de ello era que Pilato había interrogado personalmente a Jesús y, en tres ocasiones distintas, no pudo hallar en él delito alguno digno de muerte (Lucas 23:22). Además, sabiendo que los sumos sacerdotes habían entregado a Jesús por envidia (Marcos 15:10), Pilato se empeñó en liberar al inocente Jesús. Él intentó liberar a Jesús invocando la costumbre (v. 6) según la cual, durante la festividad, se ponía en libertad a un solo prisionero a petición del pueblo; buscaba liberarlo, si fuera necesario, apelando a la compasión humana. Sin embargo, debido a que los sumos sacerdotes incitaron a la multitud a exigir, en su lugar, la liberación de Barrabás (v. 11), Pilato —buscando apaciguar a la muchedumbre— liberó a Barrabás, pero mandó azotar a Jesús y

lo entregó para ser crucificado (v. 15). Observe Lucas 23:23: «Pero ellos gritaban con más fuerza, exigiendo que fuera crucificado. Y sus voces prevalecieron». La esposa del gobernador romano, Poncio Pilato, tampoco deseaba que Jesús fuera ejecutado en la cruz. Observe Mateo 27:19: «Mientras él estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió este mensaje: “No tengas nada que ver con ese hombre inocente, pues hoy he sufrido mucho en un sueño a causa de él”».

Fue Satanás quien, actuando dentro del ámbito del permiso de Dios, utilizó a sus secuaces para provocar la muerte de Jesús. Bajo ninguna circunstancia podría Satanás haber matado a Jesús sin el permiso de Dios. Por favor, observe Juan 10:17-18: «La razón por la que mi Padre me ama es que yo entrego mi vida, solo para volver a tomarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego por mi propia voluntad. Tengo autoridad para entregarla y autoridad para volver a tomarla. Este mandamiento lo recibí de mi Padre». Dado que Jesús poseía la autoridad para entregar su vida por su propia voluntad y para volver a tomarla, ¿cómo podría Satanás haberlo matado? Era absolutamente imposible. Por más ferozmente que Satanás atacara con toda su fuerza, no podía matar a Jesús. Esto solo fue permitido dentro de la voluntad soberana de Dios, y solo fue posible dentro de los límites establecidos por Dios. Ese límite divino se encuentra precisamente en Génesis 3:15 (el *Protoevangelio*): «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella; él te aplastará la cabeza, y tú le herirás el talón». Se declaró que el Hijo unigénito, Jesucristo, aplastaría la cabeza de Satanás, mientras que Satanás heriría el talón de Jesucristo; por lo tanto, el límite que Dios impuso a Satanás se restringió a herir el talón de Su Hijo unigénito, Jesucristo. La culminación de este ataque por parte de Satanás se registra en Juan 19:30: «Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: "Consumado es". E inclinando la cabeza, entregó su espíritu». Jesucristo —Dios el Hijo— cumplió plenamente la voluntad de Dios el Padre, tal como se profetizó en Génesis 3:15. En otras palabras, al aplastar la cabeza de Satanás, Dios el Hijo, Jesucristo, llevó la obra de la salvación a su plena consumación. Dado que Dios ha demostrado un cuidado tan profundo por nosotros con respecto a la obra de nuestra salvación, ¿quién podría oponerse a nosotros? (Romanos 8:31). Incluso los ataques

de aquel adversario fueron, al final, utilizados como instrumentos para cumplir la voluntad redentora de Dios. Observemos Hechos 2:23 en la Biblia: «A este Jesús, entregado conforme al plan determinado y el conocimiento anticipado de Dios, ustedes lo crucificaron y mataron por manos de hombres sin ley» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Este Jesús les fue entregado conforme al plan predeterminado y el conocimiento anticipado de Dios; sin embargo, ustedes usaron las manos de hombres malvados para clavarlo en una cruz y matarlo»]. De acuerdo con la voluntad predeterminada y el conocimiento anticipado de Dios, Su Hijo unigénito, Jesús, fue entregado para sufrir la muerte en la cruz. Así pues, en aras de nuestra salvación —nosotros, que en otro tiempo estábamos muertos en nuestras transgresiones y pecados (Efesios 2:1)—, el Hijo unigénito, Jesucristo, fue entregado en la cruz como rescate.

Por consiguiente, nuestra salvación es segura. En consecuencia, no podemos dejar de poseer la certeza de nuestra salvación. Por lo tanto, dando gracias a Dios —quien nos concede la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo—, debemos ser fructíferos, mantenernos firmes e inamovibles, y esforzarnos siempre con mayor diligencia en la obra del Señor (1 Corintios 15:57–58). Por tanto, oro para que, cuando todos estemos ante el Señor, recibamos su aprobación: «¡Bien hecho, siervo bueno y fiel! Fuiste fiel en lo poco; te pondré a cargo de mucho. Entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25:21).

«Si Dios está por nosotros» (3)

[Romanos 8:31–34]

Por favor, miren Romanos 8:32: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?». Aquí, «el que lo entregó» se refiere a Dios: Aquel que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por el bien de todos nosotros. Este Dios es el Dios que está por nosotros (v. 31). Además, el Dios que está por nosotros es el Dios eterno (Deut. 33:27; Isa. 40:28; Rom. 16:26), el Dios omnipresente que está en todas partes (Isa. 57:15; Jer. 23:24), el Dios todopoderoso (Gén. 28:3; Jos. 22:22; Job 8:3, 5; Sal. 50:1; Isa. 9:6; Eze. 10:5; Ap. 11:17; 15:3; 16:7, 14; 19:6, 15; 21:22) y el Dios de amor (1 Juan 4:8, 16). En su amor por nosotros —y por el bien de nuestra salvación—, este Dios de amor no escatimó a su Hijo unigénito, Jesucristo, sino que lo entregó para morir en la cruz en nuestro lugar.

En Romanos 8:32, la frase «ese Hijo», utilizada por el apóstol Pablo, se refiere a Jesucristo: el Hijo unigénito de Dios, quien es igual a Dios. El Dios que nos ama y está por nosotros no escatimó a ese Hijo («su propio Hijo»), sino que lo entregó para morir en la cruz por el bien de nuestra salvación. En el capítulo 22 de Génesis —sobre el cual meditamos la semana pasada—, cuando Dios puso a prueba a Abraham, le ordenó: «Toma a tu hijo, tu único hijo —a quien amas—, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah. Sacrifícalo allí como ofrenda quemada sobre una de las montañas de las que te hablaré» (Gén 22:1-2). Sin embargo, en realidad, Abraham tenía otro hijo: Ismael (16:16). No obstante, Dios se refirió a Isaac como su «único hijo» (22:1). Si observamos Hebreos 11:17 en la *Versión Coreana Revisada* (1956), se traduce de la siguiente manera: «Por la fe, Abraham, cuando Dios lo puso a prueba, ofreció

a Isaac como sacrificio. Aquel que había recibido las promesas estaba a punto de sacrificar a su *único hijo*». Sin embargo, en la *Nueva Versión Coreana Revisada* (1998), la frase no se traduce simplemente como «su único hijo», sino como «su *Hijo unigénito*». Para Abraham, Isaac era, en efecto, su Hijo unigénito. No obstante, en obediencia a la palabra de Dios —y sin perdonar al mismo hijo que más amaba y atesoraba—, Abraham ató a Isaac, lo puso sobre la leña del altar, extendió su mano para tomar el cuchillo y se dispuso a matar a su hijo (Gén 22:9-10). Dios, que nos ama y cuida de nosotros, no perdonó a su propio Hijo unigénito —Jesucristo— por el bien de nuestra salvación; más bien, lo entregó para que muriera en la cruz por nosotros.

Puesto que Dios ni siquiera perdonó a su Hijo unigénito, Jesucristo, sino que lo entregó para que muriera en la cruz por causa nuestra, ¿cómo no nos concederá también, con gracia, todo lo demás junto con Él? (Rom 8:32). Dios nos ha dado —y continúa dándonos— todo, junto con su Hijo unigénito, Jesucristo. Aquí, la frase «con Jesucristo» también puede expresarse como «en Cristo», «en Jesús» o «en Él». Dado que la palabra «con» también puede interpretarse como «a través de», la frase «con Jesucristo» puede, asimismo, formularse como «a través de Jesucristo». En otras palabras, esto significa que Dios nos ha dado —y continúa dándonos— «todo» en y a través de Su Hijo unigénito, Jesucristo. Entonces, ¿a qué se refiere aquí ese «todo»? Dicho de otro modo, ¿qué es este «todo» que Dios nos ha dado —y continúa dándonos— con, en y a través de Jesucristo? Por favor, observe Efesios 1:3 en la Biblia: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales». Las «todas las cosas» que Dios nos ha dado junto con Jesucristo constituyen «toda bendición espiritual» [«todas las bendiciones espirituales» (Modern English Version)]; al respecto, el apóstol Pablo expuso varias de estas bendiciones espirituales a la iglesia en Éfeso, comenzando en Efesios 1:4. Por ejemplo, en el versículo 4, Pablo declara: «tal como Él nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin culpa delante de Él en amor». En el contexto de Romanos 8:29, esto conlleva el mismo significado que la declaración de que Dios «predestinó» (o escogió) a aquellos a quienes «conoció de antemano» —es decir, a

aquellos a quienes amó por anticipado. El hecho de que Dios nos predestinara —o escogiera— antes de la fundación del mundo constituye la segunda etapa de las cinco etapas de la salvación que hemos contemplado anteriormente. Para reiterar brevemente: las «todas las cosas» mencionadas en Romanos 8:32 se refieren a «toda bendición espiritual» (Ef 1:3), y estas bendiciones espirituales abarcan la totalidad de las cinco etapas de la salvación. Aquí, las cinco etapas de la salvación se definen como: (1) el preconocimiento/preamor de Dios, (2) la predestinación/elección de Dios, (3) el llamamiento de Dios, (4) la justificación de Dios y (5) la glorificación de Dios (Rom 8:29–30). Al reflexionar sobre el llamamiento que Dios nos ha hecho, 2 Timoteo 1:9 afirma lo siguiente: «Dios nos ha salvado y nos ha llamado con un llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino conforme a su propio propósito y gracia, la cual nos fue dada en Cristo Jesús desde antes del comienzo del tiempo». Dios nos salvó y nos llamó: un llamamiento extendido por gracia en Cristo Jesús desde antes del comienzo del tiempo. Aquí, la frase «desde antes del comienzo del tiempo» significa que Dios había establecido plenamente su plan para nuestra salvación en la eternidad pasada. En las cinco etapas de la salvación, Dios —antes de la eternidad o de la fundación del mundo— nos conoció de antemano, nos amó y nos predestinó o eligió. Posteriormente, después de que nacimos, Dios nos dirigió su llamamiento. Consideremos Juan 10:3: «El portero le abre la puerta, y las ovejas escuchan su voz. Él llama a sus propias ovejas por nombre y las saca». Dios llamó a cada uno de nosotros individualmente. Además —más allá de simplemente llamarnos— los actos de Dios de conocernos de antemano, amarnos, predestinarnos y elegirnos antes de la fundación del mundo estuvieron dirigidos, asimismo, a cada uno de nosotros individualmente. Es más, en Cristo Jesús, Dios declaró justo a cada uno de nosotros individualmente. También glorificó a cada uno de nosotros individualmente. Dado que Dios —quien nos ama y está a nuestro favor— ha consumado nuestra salvación al amar, elegir, llamar, justificar y glorificar individualmente a cada uno de nosotros, ¿quién podría oponerse a nosotros? (Romanos 8:31). Por lo tanto, no podemos menos que poseer la certeza de nuestra salvación.

Si observamos la parte final de Romanos 8:32, el apóstol Pablo pregunta: «¿No nos dará también con Él gratuitamente todas las cosas?». Pero, ¿quiénes son exactamente ese «nosotros» al que se hace referencia aquí? La Biblia describe esto de tres maneras en Romanos 5:6, 8 y 10: (1) Éramos «personas débiles». Observemos Romanos 5:6: «Porque cuando aún éramos sin fuerza, a su debido tiempo, Cristo murió por los impíos». Debido a nuestra debilidad, éramos —y seguimos siendo hoy— totalmente incapaces de hacer absolutamente nada para asegurar nuestra salvación, para entrar en el cielo o para sentarnos con el Señor en su trono celestial. La salvación no es, de ninguna manera, una fórmula de «fe (gracia) más obras (buenas acciones)». Esta gloriosa salvación es enteramente obra de Dios; no es algo que podamos lograr por nosotros mismos. Fue por causa nuestra —los débiles y los impíos— que Dios entregó a su único Hijo, Jesucristo, a la cruz. (2) Éramos «pecadores». Observemos Romanos 5:8: «Mas Dios demuestra su propio amor hacia nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». Dios entregó a su único Hijo, Jesucristo, a la cruz precisamente mientras aún éramos pecadores; nunca mientras éramos justos. No poseemos absolutamente ninguna justicia propia. Como pecadores totalmente depravados, éramos incapaces de realizar obras meritorias que pudieran capacitarnos para salvarnos a nosotros mismos. En aras de nuestra salvación, Dios no perdonó a su único Hijo, sino que lo entregó a la cruz; al hacerlo, la justicia de Dios nos fue imputada. (3) Éramos «enemigos» de Dios. Por favor, observemos Romanos 5:10: «Porque si, siendo enemigos de Dios, fuimos reconciliados con Él mediante la muerte de su Hijo, ¡cuánto más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida!». Dios nos reconcilió consigo mismo —incluso mientras éramos sus enemigos— al entregar a su Hijo unigénito, Jesucristo, para que muriera en la cruz. La relación hostil que existía entre Dios y nosotros nunca podría haberse reconciliado mediante nuestros propios esfuerzos u obras (buenas acciones). Esa relación hostil solo podía ser resuelta por Dios mismo. El medio para dicha resolución se hizo posible al permitir que Su Hijo unigénito muriera en la cruz como sacrificio propiciatorio.

Si nuestra salvación dependiera de alguna manera de algo que nosotros mismos hiciéramos —aunque fuera en lo más mínimo—, nunca podríamos poseer la certeza de la salvación. Quizás la razón misma por la que carecemos de la certeza de la salvación en este momento sea que nos estamos enfocando en nuestras propias acciones, creyendo que debemos esforzarnos, realizar buenas obras, y demás. Sin embargo, dado que es Dios quien efectúa la salvación, estamos destinados a poseer la certeza de la salvación. Puesto que Dios, antes de la fundación del mundo, decidió y planeó salvarnos —a nosotros, Sus amados— y está llevando a cabo activamente las cinco etapas de esa salvación, no podemos sino tener la certeza de la salvación. En este contexto, con respecto a la frase «¿no nos dará también... graciosamente?» (Rom 8:32): mientras que la *Versión Coreana Revisada* (1998) la traduce simplemente como «¿no nos dará?», la *Versión Hangul Revisada* (1956) la traduce como «¿no nos lo dará como un regalo?». En otras palabras, la diferencia radica en la frase «como un regalo», la cual aparece en la *Versión Hangul Revisada* pero está ausente en la *Versión Coreana Revisada*. Un examen del texto griego original revela la palabra *charizomai*, la cual conlleva el significado de «dar como un regalo» en coreano. Dicho de otro modo, la *Versión Coreana Revisada* tradujo con precisión el término griego original como «como un regalo». Nos encontramos con esta misma palabra griega —traducida aquí como «regalo»— una vez más en Romanos 6:23: «...el regalo de Dios (en griego, *charisma*) es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro». Consideremos los siguientes versículos de Efesios 2:4–5, 8–9: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo —por gracia sois salvos—... Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe». La lección de profunda importancia que transmiten estos pasajes es que la vida eterna (la salvación) en Cristo Jesús, nuestro Señor, es enteramente el resultado de la gracia de Dios (Ef 2:5, 8) y de Su don (Ro 6:23; 8:32); ciertamente no se origina en nosotros (Ef 2:8), ni emana de nuestras propias obras (v. 9). Es un don de la gracia de Dios (v. 8).

Las cinco etapas de la salvación —mediante las cuales Dios, habiéndonos amado y elegido antes de la fundación del mundo, nos llama, nos justifica y nos glorifica— constituyen una salvación que es enteramente obra de la gracia de Dios. Dicho de otro modo, la salvación es una manifestación de la gracia de Dios en Cristo, a la cual nuestro propio mérito no aporta absolutamente nada. Es Dios quien nos capacita para oír Su Palabra —específicamente, el Evangelio de Jesucristo— y, mediante la fe en Jesucristo, para recibir la salvación. Es debido a que el poder de esa Palabra —el poder del Evangelio— está obrando en nuestro interior que somos capaces de depositar nuestra fe en Jesús. Es más, incluso esa misma fe es, en sí misma, un don de la gracia de Dios, y de ninguna manera un producto de nuestras propias obras (Ef 2:8, 9). Es porque Dios, en Su gracia, nos concede la fe que somos capaces de creer en Jesucristo. En consecuencia, podemos poseer la certeza de la salvación.

Dios no escatimó a Su Hijo unigénito, Jesucristo; por el contrario, en aras de nuestra salvación, lo entregó para que muriera en la cruz. ¿Acaso no nos dará Dios, quien nos ama en tal medida, todas las cosas gratuitamente junto con Su Hijo (Ro 8:32)? Puesto que Dios nos amó de esta manera —no escatimando a su Hijo unigénito (Juan 3:16), Jesucristo, sino entregándolo a la cruz—, ¿cómo podría dejar de concedernos la salvación como un don (Rom 8:32)? Dios, quien nos amó y nos eligió antes de la fundación del mundo, sin duda llevará a su plenitud esta obra de salvación: llamándonos, justificándonos y glorificándonos. Por lo tanto, debemos mirar con fe hacia Dios —el Dios de nuestra salvación, que nos ama y está a nuestro favor— y aferrarnos firmemente a la certeza de nuestra salvación. Además, en gratitud por la gracia salvadora de Dios, debemos esforzarnos con aún mayor diligencia en la obra del Señor, buscando agradarle (1 Cor 15:57–58).

«Si Dios está por nosotros» (4)

[Romanos 8:31–34]

Por favor, miren Romanos 8:33: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios?...» Al considerar aquí a los «escogidos de Dios», cabe preguntarse: ¿cuándo exactamente los escogió Dios? Si miramos Romanos 8:29, este afirma que Dios los «predestinó». En otras palabras, Dios los escogió antes de la creación del mundo, antes de que existiera nada. Por favor, miren Efesios 1:4: «...según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo...» ¿Quiénes son, entonces, aquellos a quienes Dios ha escogido? Son aquellos que son conformados a la imagen de Su Hijo: Su Hijo unigénito, Jesucristo (Rom 8:29). Aquí, Jesucristo —el Hijo unigénito de Dios— es Aquel que no solo murió, sino que también resucitó (v. 34). Además, habiendo ascendido al cielo, Él se sienta a la diestra de Dios (Marcos 16:19; Heb 10:12) e intercede por nosotros (Rom 8:34).

Como aquellos que han sido escogidos por Dios, debemos imitar a Jesús. El único deseo y el tema de todas nuestras oraciones debería ser llegar a ser como Jesús [Nuevo Himnario 452, «Todo mi deseo y tema de oración»]. No debemos limitarnos a imitar la muerte de Jesús; también debemos imitar Su resurrección. Es más, como los escogidos, también debemos imitar la ascensión de Jesús, Su sentarse a la diestra de Dios y Su intercesión en nuestro favor. Esta es, precisamente, la vida de aquellos a quienes Dios ha escogido. ¿Cómo es nuestra vida en este momento? ¿Estamos viviendo actualmente de una manera digna de aquellos a quienes Dios ha escogido? La letra de la cuarta estrofa del *Nuevo Himnario* n.º 463, «Quiero ser cristiano», debería convertirse en el tema de nuestra oración ferviente:

«Quiero ser como Jesús, de veras, de veras; quiero ser como Jesús, de veras, de veras; de veras, quiero ser como Jesús, de veras. Amén».

¿Cuál es el propósito por el cual Dios nos escogió de antemano, incluso antes de la creación del mundo? Ese propósito consiste en asegurar que Jesucristo se convierta en el Hijo primogénito. Observemos Romanos 8:29: «Porque a los que Dios de antemano conoció, también los predestinó para que fueran conformados a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos». Para que Jesucristo sea el Hijo primogénito, debe tener hermanos menores. Son precisamente aquellos a quienes Dios eligió de antemano quienes constituyen los hermanos menores de Jesús. Todos nosotros somos hermanos menores de Jesús. Cuando todos lleguemos al Cielo, tendremos comunión con Jesucristo, dirigiéndonos a Él como nuestro «Hermano Mayor». Por lo tanto, ¿quién se atrevería a presentar cargos contra los hermanos menores de Jesús? (v. 33). Es absolutamente imposible. Dios los predestinó; Dios los eligió antes de la creación del mundo para que fueran conformados a la imagen de Jesús y llegaran a ser sus hermanos; ¿quién, entonces, se atrevería a acusarlos? Es absolutamente imposible.

Sin embargo, Satanás se opone a aquellos a quienes Dios ha elegido; presenta cargos contra ellos, los acusa y los enjuicia. Si examina el capítulo 3 de Zacarías, encontrará la cuarta de las ocho visiones concedidas al profeta Zacarías. En esta cuarta visión, observamos una escena en la que Satanás se interpone frente al sumo sacerdote Josué y presenta acusaciones en su contra (v. 1). La razón por la que Satanás acusó al sumo sacerdote Josué fue que, a pesar de ser el sumo sacerdote, Josué se hallaba ante el ángel vestido con ropas sucias, apareciendo como un hombre sin esperanza, como un tizón arrebatado del fuego (v. 2). Por consiguiente, el SEÑOR, quien había elegido a Jerusalén, reprendió severamente a Satanás (v. 2) y ordenó a «los que estaban de pie ante él, diciendo: "Quítenle las ropas sucias". Luego le dijo a Josué: "Mira, he quitado tu pecado, y te vestiré con ropas finas"» (v. 4). Dado que Dios había perdonado así todos los pecados de Josué, ¿cómo podría Satanás, en absoluto, presentar una acusación o cargo en su contra? No podía hacerlo; ni en lo más

mínimo. En el capítulo 23 del Evangelio de Lucas, encontramos una escena en la que toda la multitud se levanta, arrastra a Jesús ante Pilato y presenta cargos en su contra (vv. 1–2). El fundamento de su acusación era que Jesús estaba «extraviando a nuestra nación, prohibiéndonos pagar impuestos al César y afirmando ser el Cristo, un Rey» (v. 2). En consecuencia, el gobernador romano Pilato interrogó personalmente a Jesús, pero declaró: «No hallo base alguna para una acusación contra Él» (v. 4); afirmó: «No he hallado fundamento para vuestros cargos contra este hombre» (v. 14) y, nuevamente: «No he hallado en Él motivo alguno para la pena de muerte» (v. 22) —[Herodes, también, había declarado de igual modo que nada de lo que Jesús había hecho justificaba «la pena de muerte» (v. 15)]. No obstante, ellos persistieron gritando a gran voz, exigiendo que fuera crucificado, y sus voces prevalecieron (v. 23). Como resultado —Jesús, quien no solo estaba libre de pecado, sino que además «no conoció pecado» (2 Corintios 5:21)— fue hecho pecado en favor de aquellos a quienes Dios había conocido de antemano (nosotros, a quienes Él amó desde antes) (Romanos 8:29) y de aquellos a quienes había predestinado (nosotros, a quienes Él eligió antes de la creación del mundo) (v. 30); así, cargando con el peso de todos nuestros pecados en nuestro lugar, fue crucificado y murió. Por lo tanto, a través de las vestiduras salpicadas de sangre —o «túnicas teñidas de sangre» (Versión Coreana Contemporánea)— de Su Hijo unigénito, Jesucristo (Ap. 19:13), Dios nos ha despojado de nuestras vestiduras inmundas (Zac. 3:3–4) y nos ha revestido con túnicas blancas (Ap. 7:13), o con lino fino, blanco y limpio (Ap. 19:8, 14).

Puesto que Dios —quien no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por amor a todos nosotros (Rom 8:32)— nos conoció de antemano (y nos amó) (v. 29), y nos predestinó (y nos eligió), y nos llamó, y nos justificó, y nos glorificó (v. 30), ¿quién se atrevería a presentar cargos en nuestra contra? (v. 33). ¡Absolutamente nadie! ¿Cómo podría Satanás atreverse siquiera a acusarnos, cuando Jesús —quien no conoció pecado alguno— fue acusado en nuestro lugar y murió en la cruz para expiar todas nuestras transgresiones, asegurando así que todos nuestros pecados fueran perdonados, que recibiéramos la salvación, que

fuéramos hechos semejantes a Jesús y que nos convirtiéramos en sus hermanos y hermanas? ¡Absolutamente nadie!

«Si Dios está por nosotros» (5)

[Romanos 8:31-34]

Por favor, fíjese en la primera parte de Romanos 8:33-34: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condena?...» El propósito por el cual Dios nos eligió es conformarnos a la imagen de Su Hijo unigénito, Jesucristo. Por favor, mire Romanos 8:29: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos». El Hijo unigénito, Jesucristo, vino a esta tierra, derramó Su sangre y murió en la cruz, resucitó al tercer día, ascendió al cielo y ahora está sentado a la diestra de Dios, intercediendo por nosotros. De esta manera, Dios ha glorificado a Su Hijo unigénito, Jesucristo. Así pues, el Hijo unigénito, Jesucristo, está sentado a la diestra de Dios en el reino de gloria —el Reino de los Cielos—, orando en nuestro favor. Dios nos eligió con la intención específica de que llegáramos a ser como este Hijo unigénito, Jesucristo. Por lo tanto, ¿quién se atrevería a presentar cargos contra nosotros? Absolutamente nadie. Además, otro propósito por el cual Dios nos eligió es asegurar que Jesucristo fuera el «primogénito» (v. 29). El Hijo unigénito, Jesucristo, es el Primogénito; y todos nosotros, los que hemos sido salvos, somos Sus hermanos menores. Por consiguiente, ¿cómo podría alguien, en absoluto, presentar cargos contra nosotros: los hermanos menores de Jesucristo? Es totalmente imposible. Las Escrituras nos dicen que Jesucristo no se avergüenza en lo más mínimo de llamarnos Sus hermanos (o hermanos menores) (Hebreos 2:10-13). Por lo tanto, ¿quién se atrevería a presentar cargos contra tales personas? Jamás podrán ser acusadas. Sin embargo, como vemos en el capítulo 3 de Zacarías, Satanás presentó acusaciones contra el sumo sacerdote Josué. Dado que se requiere que un sumo sacerdote vista vestiduras

limpias, y sin embargo Josué estaba cubierto de harapos inmundos (v. 3), Satanás lo acusó. En ese momento, el Señor —quien había elegido a Jerusalén— reprendió a Satanás repetida y severamente (v. 2). La razón de esto era que, dado que Dios mismo había elegido a Josué, Satanás no se atrevió a presentar cargos en su contra; por lo tanto, Dios reprendió a Satanás. ¿Por qué, entonces, reprendió Dios a Satanás con tanta severidad? Fue porque Dios ya había perdonado plenamente los pecados de aquellos a quienes había elegido. Por favor, miren Zacarías 3:4: «Entonces el Señor dijo a los que estaban de pie ante Él: "Quítenle sus vestiduras sucias". Y a Josué le dijo: "Mira, he quitado tu pecado, y te vestiré con finas vestiduras"». Dado que Dios había eliminado todos los pecados de aquellos a quienes había elegido, ¿cómo podría Satanás, en absoluto, presentar acusaciones en su contra? Es totalmente imposible. Por eso Dios reprendió severamente a Satanás, y a este no le quedó más opción que retirarse.

En Génesis 2:17, la Biblia registra claramente que Dios le ordenó a Adán: «No debes comer del árbol del conocimiento del bien y del mal», añadiendo: «porque el día que comas de él, ciertamente morirás» (2:17). Sin embargo, Adán y Eva sucumbieron a la tentación de Satanás, desobedecieron el mandato de Dios y comieron del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Por favor, miren Génesis 3:6: «Cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer, que era agradable a la vista y también deseable para adquirir sabiduría, tomó de su fruto y comió. También le dio a su esposo, que estaba con ella, y él comió». Como resultado, Adán y Eva se convirtieron en enemigos de Dios (Rom 5:10). Sin embargo, cuando Adán y Eva pecaron contra Dios y se convirtieron en Sus enemigos, Dios les extendió Su misericordia. Dios salió en busca de Adán y Eva (Gén 3:8–9). Este fue un acto de la inmensa gracia de Dios. ¡Cuán precioso es el Evangelio que se encuentra en el hecho de que Dios vino buscándolos y preguntó: «¿Dónde están?» (v. 9)! En Génesis 3:15, vemos que Dios proclamó un pacto de gracia, declarando Su intención de salvar a Adán y a Eva. En última instancia, Él prometió aquí que Jesucristo obraría su salvación. Por eso Jesús, estando en la cruz, declaró: «Consumado es» (Juan 19:30). ¡Qué gracia tan inmensurable es esta! Además, Génesis 3:21 registra que Dios hizo vestiduras de piel para Adán y Eva y los

vistió. Para confeccionar vestiduras de piel, tuvo que ser sacrificado un animal —muy probablemente una oveja—. En aquel entonces, Dios aún no había designado a los animales como alimento para los seres humanos, sino que más bien proveía vegetación para su sustento. Por lo tanto, al sacrificar una oveja para proveerles de vestimenta, Dios demostró que, tal como esa oveja tuvo que morir, así también ellos habrían de enfrentar la muerte. En consecuencia, Adán vivió 930 años antes de morir (Gén. 5:5). Es más, el acto de sacrificar un animal cumplía el propósito de ofrecer un sacrificio. Así, ellos sacrificaban una oveja para ofrecer un sacrificio y luego confeccionaban su piel para convertirla en vestidura que usar. Este acto simboliza a Jesucristo, quien sirve tanto como nuestro Sacrificio Expiatorio como nuestro Sacrificio de Reconciliación. También prefigura la verdad de que Dios vestirá a Su pueblo escogido con la justicia de Jesucristo. Observemos Romanos 3:25–26: «A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados —con el fin de manifestar, digo, en este tiempo su justicia, para que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús». De esta manera, Dios ha justificado a aquellos a quienes escogió: aquellos que creen en Jesucristo. Observemos Romanos 8:30: «Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó». Dios, pues, llamó a aquellos a quienes había predestinado y justificó a aquellos a quienes había llamado; al respecto, la Biblia pregunta: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios?» (vv. 33b–34a). Puesto que Dios, en su amor previo, ha llamado y justificado a aquellos a quienes predestinó (Rom. 3:25–26; 8:30), ¿quién se atrevería a condenarlos como pecadores? ¡Absolutamente nadie!

Mire Romanos 8:1 en la Biblia: «Por lo tanto, ahora no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús». Aquellos unidos a Jesucristo —aquellos que se asemejan a Jesucristo, aquellos que son sus hermanos y hermanas— no enfrentan absolutamente ninguna condenación. Mire Romanos 8:2: «Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte». Dado que el Espíritu Santo nos ha liberado de la ley del pecado y de la muerte, ¿quién podría condenarnos? ¡Absolutamente nadie! Mire

Romanos 8:4: «Para que los justos requisitos de la ley se cumplieran plenamente en nosotros, que no vivimos según la carne, sino según el Espíritu». Para aquellos a quienes Dios ha elegido —aquellos a quienes Dios ha declarado justos— los requisitos plenos de la ley se han cumplido; ¿quién, entonces, podría condenarnos? ¡Absolutamente nadie! Mire Romanos 8:14: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios». Si somos hijos de Dios, ¿cómo podríamos ser condenados? ¡Absolutamente nadie! Mire Romanos 8:15: «Pues no recibisteis un espíritu que os esclavice nuevamente al miedo, sino que recibisteis el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: "¡Abba! ¡Padre!"». ¿Quién se atrevería a condenarnos —a nosotros, hijos de Dios— mientras clamamos a Él: «¡Abba! ¡Padre!»? ¡Absolutamente nadie! Mire Romanos 8:17: «Y si somos hijos, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que en verdad compartimos sus sufrimientos para que también compartamos su gloria». ¿Quién se atrevería a condenar a los herederos de Dios, a los coherederos con Cristo? ¡Absolutamente nadie! Mire Romanos 8:30: «Y a los que predestinó, a esos también llamó; y a los que llamó, a esos también justificó; y a los que justificó, a esos también glorificó». Dado que Dios nos ha justificado, ¿quién se atrevería a condenarnos? ¡Absolutamente nadie! Observe la última parte de Romanos 8:33 hasta la primera parte del versículo 34: «...Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condena?...». Es Dios quien justifica. ¿Quién, entonces, puede condenar? ¡Absolutamente nadie! Dios no solo nos ha justificado, sino que también nos ha glorificado (versículo 30). Mire Zacarías 3:5: «Entonces dije: “Pónganle un turbante limpio en la cabeza”. Y le pusieron un turbante limpio en la cabeza y lo vistieron, mientras el ángel del SEÑOR permanecía de pie». El profeta Zacarías suplicó, pidiendo que se colocara un turbante limpio —un turbante puro, un turbante glorioso— sobre la cabeza del sumo sacerdote Josué. En ese mismo instante, se colocó un turbante limpio sobre su cabeza y fue vestido con vestiduras limpias: túnicas puras y gloriosas. Dios ha glorificado a aquellos a quienes ha justificado. Mire Efesios 2:5-6: «Aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, Él nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia han sido salvados), y nos resucitó juntamente con Él, y nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús». Dado que Dios nos ha glorificado de esta manera, ¿quién se atrevería a condenarnos? ¡Absolutamente nadie! Esta

es obra de Dios. Dios capacitó a Jesucristo para triunfar por completo sobre el poder de la muerte —resucitándolo de entre los muertos, exaltándolo al cielo y sentándolo a su propia diestra—, de tal modo que todos se ven compelidos a doblar la rodilla y adorar ante Él. Debido a que Dios ha actuado de esta manera, la certeza de nuestra salvación está asegurada. Por lo tanto, oro para que todos poseamos la seguridad de la salvación, manteniéndonos firmes e inquebrantables, y para que, al dedicarnos con aún mayor fervor a la obra del Señor, todos recibamos Su aprobación cuando finalmente estemos ante Él.

«Si Dios está a nuestro favor» (6)

[Romanos 8:31–34]

La semana pasada meditamos en la última parte de Romanos 8:33, hasta la primera parte del versículo 34: «Dios es el que justifica. ¿Quién es, entonces, el que condena?». Nadie —absolutamente nadie— puede condenar a aquel a quien Dios ha justificado. Si observamos Juan 8:3–11 en la Biblia, vemos que los escribas y los fariseos trajeron a una mujer sorprendida en el acto de adulterio, la hicieron ponerse en medio (v. 3) y le dijeron a Jesús: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. En la Ley, Moisés nos mandó apedrear a tales mujeres. Ahora bien, ¿qué dices tú?» (vv. 4–5). Hicieron esta pregunta para poner a prueba a Jesús y encontrar un pretexto para acusarlo (v. 6). En conclusión, Jesús le dijo a la mujer: «Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te condenó? [...] Tampoco yo te condeno; vete, y de ahora en adelante no peques más» (vv. 10–11). Dado que el mismo Jesús no la condenó, ¿quién se atrevería a acusar y condenar a esa mujer? ¡Absolutamente nadie! «Dios es el que justifica; ¿quién es, entonces, el que condena?» (Rom 8:33b–34a). ¡Absolutamente nadie!

Miren Romanos 8:34: «...Cristo Jesús es el que murió —más aún, el que resucitó...». Estas palabras hablan de la muerte y la resurrección de Jesús. Este es el Evangelio de los evangelios: el núcleo mismo del mensaje evangélico. La fe en este Evangelio, por sí sola, es más que suficiente para asegurar la salvación. Hoy meditaremos específicamente en la muerte de Jesús; la próxima semana dirigiremos nuestra meditación hacia su resurrección. Por favor, abran sus Biblias en 1 Corintios 15:2–4: «Por este evangelio son salvos, si se aferran firmemente a la palabra que les prediqué, a menos que hayan creído en vano. Porque

lo que recibí se lo transmití a ustedes como de primera importancia: que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; que fue sepultado; que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras». Aquí, «la palabra que prediqué» se refiere al Evangelio de Jesucristo tal como fue proclamado por el apóstol Pablo. Solo la fe en este Evangelio de Jesucristo trae la salvación (versículo 2). El apóstol Pablo articuló este Evangelio de Jesucristo en los versículos 3 y 4: «que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras». El pasaje de 1 Corintios 15:3-4 —que habla de Jesucristo, quien murió y resucitó *conforme a las Escrituras*— se corresponde con el texto de hoy, Romanos 8:34, el cual se refiere a Cristo Jesús como Aquel que no solo murió, sino que también resucitó. Aquí, la frase «conforme a las Escrituras» (que aparece dos veces) hace referencia al Antiguo Testamento. En otras palabras, significa que Jesucristo murió y resucitó en la era del Nuevo Testamento exactamente tal como las Escrituras del Antiguo Testamento habían profetizado acerca de Él.

En primer lugar, quisiera considerar las profecías que se encuentran en el Antiguo Testamento con respecto a la muerte de Jesucristo.

Por favor, observen Deuteronomio 21:23: «No dejarás que su cuerpo permanezca en el árbol durante la noche; al contrario, deberás sepultarlo ese mismo día, para que no contamines la tierra que el SEÑOR tu Dios te da como herencia, pues todo el que es colgado de un árbol está bajo la maldición de Dios». Este pasaje profético predice que Jesucristo sería colgado de un árbol; a saber, la cruz. Un punto particularmente significativo dentro de esta profecía es el hecho de que cualquiera que es colgado de un árbol (la cruz) se encuentra bajo la maldición de Dios. Por favor, observen Mateo 27:35 y 38: «Después de haberlo crucificado, echaron suertes para repartirse sus ropas... En aquel momento, dos ladrones fueron crucificados con Jesús: uno a su derecha y otro a su izquierda». Este pasaje significa el cumplimiento de la profecía que se halla en Deuteronomio 21:23 del Antiguo Testamento: que Jesucristo (el Mesías) moriría en un árbol, específicamente en la cruz. Desde la

perspectiva del pueblo judío con respecto a Deuteronomio 21:23, el hecho de que Jesucristo muriera en una cruz de madera implicaba que Él estaba bajo la maldición de Dios. En otras palabras, la razón por la que los judíos de la época de Jesús clamaron a gritos para que Él fuera crucificado (Juan 19:6) fue que lo acusaron de blasfemia (Mateo 26:65; cf. Juan 10:33, 36) y del pecado de profanar el Templo (Juan 2:19). Considere Gálatas 3:13: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros, pues está escrito: "Maldito todo el que es colgado en un madero"».

Considere el Salmo 22:16: «Perros me rodean; una manada de malhechores me cerca; taladran mis manos y mis pies». Esta profecía predijo que Jesucristo sería clavado por sus manos y sus pies mientras estuviera en la cruz. Considere Marcos 15:24-25: «Y lo crucificaron. Repartiéndose sus ropas, echaron suertes para ver qué se llevaría cada uno. Era la hora tercera cuando lo crucificaron». Jesús fue, en efecto, crucificado, tal como se profetizó en el Salmo 22:16. Jesús fue traspasado por nuestras transgresiones (Isaías 53:5).

Observe Zacarías 12:10 en la Biblia: «Y derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de súplicas de misericordia, de modo que, cuando miren a aquel a quien han traspasado, harán duelo por él como se hace duelo por un hijo único, y llorarán amargamente por él como se llora por un primogénito». Este pasaje profético predijo que Jesucristo sería traspasado en su costado. Observe Juan 19:34 en la Biblia: «Pero uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua». Este versículo afirma que, en cumplimiento de la profecía de Zacarías 12:10, un soldado traspasó el costado de Jesús con una lanza.

Observe el Salmo 22:7 en la Biblia: «Todos los que me ven se burlan de mí; hacen muecas con los labios; menean la cabeza». Este pasaje profético predijo que la gente insultaría a Jesucristo, curvaría los labios con desprecio y menearía la cabeza hacia Él mientras estaba en la cruz. Observe Mateo 27:39–42 en la Biblia: «Y los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: "Tú, que destruirías el templo y lo reconstruirías en tres días, ¡sálvate

a ti mismo! Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz". De igual modo, los sumos sacerdotes, junto con los escribas y los ancianos, se burlaban de él, diciendo: "Salvó a otros; no puede salvarse a sí mismo. Él es el Rey de Israel; que descienda ahora de la cruz, y creeremos en él"». Este pasaje sirve para confirmar que la profecía que se encuentra en el Salmo 22:7 se cumplió. Observe el Salmo 22:1 en la Biblia: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de socorrerme y de las palabras de mi gemido?». Este pasaje profético predijo que Jesucristo sería desamparado. Observe Mateo 27:46 en la Biblia: «Y cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: "Eli, Eli, ¿lama sabactani?" esto es: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"». Este versículo declara que Jesucristo —el Hijo unigénito— fue, en efecto, desamparado por Dios Padre, exactamente como se profetizó en el Salmo 22:1.

Observe Isaías 53:8 en la Biblia: «De la cárcel y del juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes; por la rebelión de mi pueblo fue herido». Aquí, la frase «cortado de la tierra de los vivientes» hace referencia a su muerte. Este pasaje profético predijo que Jesucristo (el Mesías) moriría. Observe Juan 19:30 en la Biblia: «Entonces, cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: "¡Consumado es!". Y habiendo inclinado la cabeza, entregó su espíritu». Este versículo afirma que Jesucristo murió en la cruz, en cumplimiento de la profecía que se encuentra en Isaías 53:8.

Observe el Salmo 34:20 en la Biblia: «Él guarda todos sus huesos; ni uno de ellos es quebrado». Este pasaje profético predijo que, cuando Jesucristo muriera en la cruz, ninguno de sus huesos sería quebrado. Por favor, observe Juan 19:36 en la Biblia: «Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: "No será quebrado hueso suyo"». Este versículo indica que la palabra profética que se encuentra en el Salmo 34:20 se ha cumplido.

A continuación, me gustaría considerar las profecías del Antiguo Testamento relativas a la muerte de Jesucristo; específicamente, las profecías que predijeron que Él moriría por

nuestros pecados y sería sepultado. (1) Esta es la profecía que declara que Jesucristo moriría por nuestros pecados (1 Corintios 15:3):

Por favor, consulte Isaías 53:5–6 en la Biblia: «Mas él fue traspasado por nuestras transgresiones; fue aplastado por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo que nos trajo paz, y con sus llagas fuimos sanados. Todos nosotros, como ovejas, nos descarriamos; cada uno se apartó hacia su propio camino; y el SEÑOR cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros». Esta profecía declara que la razón por la cual Jesús fue traspasado, aplastado y azotado fue «por nuestras iniquidades». Además, esta profecía revela que Dios cargó la iniquidad de todos nosotros sobre Jesucristo.

(2) Esto hace referencia a la palabra profética de que Jesucristo sería sepultado (1 Corintios 15:4):

Por favor, consulte Isaías 53:9 en la Biblia: «Y pusieron con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca». Este pasaje profético predijo que, después de que Jesucristo muriera, su sepultura estaría con los ricos. Por favor, consulte Mateo 27:57–60 en la Biblia: «Al caer la tarde, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, quien también se había hecho discípulo de Jesús. Este hombre fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato ordenó que se le entregara el cuerpo. Cuando José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia de lino y lo puso en su propio sepulcro nuevo, el cual había labrado en la roca; y rodó una gran piedra a la entrada del sepulcro, y se retiró». Este pasaje revela que, de conformidad con la profecía de Isaías 53:9, el cuerpo de Jesús fue colocado en el sepulcro nuevo perteneciente al hombre rico José, y de este modo fue sepultado con los ricos.

De esta manera, Jesucristo murió por nosotros y fue sepultado, tal como lo predijeron las Escrituras. La muerte de Jesús fue una muerte sustitutoria en nuestro favor, y nosotros también morimos juntamente con Jesús. Por favor, consulte 2 Corintios 5:14 en la Biblia:

«Porque el amor de Cristo nos constriñe, pues juzgamos así: que si Uno murió por todos, entonces todos murieron». Dado que Aquel —a saber, Jesucristo— murió en favor de todas las personas, se deduce que todas las personas han muerto. Por favor, consulte Romanos 6:6 en la Biblia: «Sabiendo esto: que nuestro viejo hombre fue crucificado con Él, para que el cuerpo del pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado». Por favor, lea Gálatas 2:20 en la Biblia: «Con Cristo he sido crucificado; ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí». Debido a que Jesucristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras (1 Corintios 15:3), hemos recibido el perdón de los pecados y la redención.

«Si Dios está por nosotros» (7)

[Romanos 8:31–34]

Por favor, observe la parte final de Romanos 8:34: «…Cristo Jesús, el que murió —más aún, el que resucitó…». Este pasaje habla de la resurrección de Jesús. La parte final de 1 Corintios 15:4 también habla de la resurrección de Jesús: «…que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras». La Biblia habla extensamente sobre la resurrección de Jesús. Por favor, observe Salmos 16:10–11 (de *The Bible in Modern English*): «Pues no me abandonarás en la tumba, ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me has dado a conocer la senda de la vida; ¡en tu presencia hay plenitud de gozo, y placeres eternos a tu diestra!». Este pasaje es una profecía referente a la resurrección de Jesucristo; en efecto, Dios no abandonó a Jesucristo en la tumba. Si bien la parte final de 1 Corintios 15:4 afirma que Jesucristo resucitó al tercer día «conforme a las Escrituras», encontrar en la Biblia un pasaje profético específico que prediga explícitamente la resurrección de Jesucristo «al tercer día» no es una tarea fácil. Basándose principalmente en el versículo de Génesis 22:4 —«Al tercer día, Abraham alzó los ojos y vio el lugar desde lejos»—, el pastor Arthur Pink intentó identificar una profecía referente al hecho de que Jesucristo murió, fue sepultado y resucitó al tercer día conforme a las Escrituras (1 Co. 15:3–4). Él buscó esta profecía dentro de la narración en la que Dios puso a prueba a Abraham, llamándolo y ordenándole: «Toma a tu hijo, tu único hijo —a quien amas—, a Isaac, y ve a la región de Moriah. Ofrécelo allí en holocausto sobre un monte que yo te mostraré» (v. 2). Por favor, observe Hebreos 11:19: «Él (Abraham) razonó que Dios incluso podía resucitar a los muertos y, en un sentido figurado, lo recibió de vuelta de la muerte». Por favor, lean Mateo 12:38–40: «Entonces algunos de los escribas y fariseos le dijeron: "Maestro, queremos ver una señal de tu parte". Él respondió: "¡Una generación

malvada y adúltera pide una señal! Pero no se le dará ninguna, excepto la señal del profeta Jonás. Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de un gran pez, así también el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra"». A los escribas y fariseos que pedían ver una señal, Jesús les declaró que no se les daría ninguna otra señal que no fuera la del profeta Jonás; Él afirmó: «Así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de un gran pez, así también yo mismo —el Hijo del Hombre— estaré tres días y tres noches en el corazón de la tierra». Por favor, lean Jonás 1:17 y 2:10: «Y el SEÑOR dispuso un gran pez para que se tragara a Jonás, y Jonás estuvo dentro del pez tres días y tres noches... Y el SEÑOR dio una orden al pez, y este vomitó a Jonás en tierra firme».

En numerosas ocasiones, Jesús profetizó (declaró) que sufriría, moriría y resucitaría al tercer día. Por favor, lean Mateo 16:21: «Desde entonces Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas a manos de los ancianos, de los sumos sacerdotes y de los maestros de la ley, y que debía ser ejecutado y resucitar al tercer día». Lean Mateo 17:23 en la Biblia: «Lo matarán, y al tercer día resucitará». Los discípulos se llenaron de tristeza. Lean Mateo 20:19: «Lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen. Al tercer día resucitará». De acuerdo con esta palabra profética, Jesús murió en la cruz y fue sepultado el Viernes Santo; permaneció en la tumba el sábado y resucitó al amanecer del domingo: el tercer día. Tras haber resucitado al cabo de tres días, Jesús caminó junto a dos discípulos que se dirigían a Emaús; sin embargo, esos dos discípulos no se percataron de que la persona que caminaba con ellos era el Jesús resucitado (Lucas 24:13–16). Los dos discípulos le dijeron a Jesús: «Nuestros sumos sacerdotes y gobernantes lo entregaron para que fuera condenado a muerte, y lo crucificaron. Pero nosotros teníamos la esperanza de que él fuera quien iba a redimir a Israel. Y lo que es más, hoy es el tercer día desde que todo esto sucedió. Además, algunas de nuestras mujeres nos dejaron asombrados. Fueron al sepulcro al amanecer, pero no hallaron su cuerpo. Regresaron y nos contaron que habían tenido una visión de ángeles, quienes les dijeron que él estaba vivo» (versículos 20–23). Sin saber que la persona que caminaba con ellos era el Jesús resucitado, dieron testimonio del hecho de que Jesús había

vuelto a la vida desde el sepulcro —es decir, que había resucitado— al cabo de tres días. Entonces, comenzando por Moisés y todos los Profetas, Jesús les explicó detalladamente lo que estaba escrito acerca de sí mismo en todas las Escrituras (versículo 27). En otras palabras, Jesús explicó a esos dos discípulos —partiendo de la Ley de Moisés y los Profetas— todo aquello que, a lo largo de las Escrituras, hacía referencia a su propia persona (específicamente, su sufrimiento, su muerte y su resurrección). No obstante, nadie presenció realmente el momento en que Jesús resucitó del sepulcro. Es más, desde los tiempos de Adán hasta el día de hoy, ningún ser humano ha resucitado jamás de esta manera (la resurrección de Lázaro difiere fundamentalmente de la resurrección de Jesús; mientras que Jesús resucitó de la tumba, ascendió al cielo y ahora está sentado a la diestra de Dios, Lázaro fue devuelto a la vida únicamente para vivir por un tiempo y, finalmente, volver a morir). Las Escrituras sí registran casos de individuos que ascendieron al cielo (tales como Enoc y Elías); sin embargo, nadie —absolutamente nadie— ha resucitado jamás de entre los muertos de la misma manera en que lo hizo Jesús.

Jesús resucitado ofreció múltiples pruebas de Su resurrección. Por favor, consulte Hechos 1:3 en la Biblia: «Después de Su sufrimiento, se presentó ante ellos con muchas pruebas convincentes de que estaba vivo. Se les apareció durante un período de cuarenta días y les habló acerca del reino de Dios». Por favor, consulte 1 Corintios 15:5–8: «Se apareció a Cefas, y luego a los Doce. Después de eso, se apareció a más de quinientos hermanos al mismo tiempo —la mayoría de los cuales viven todavía, aunque algunos ya han dormido. Luego se apareció a Jacobo, después a todos los apóstoles, y por último se me apareció también a mí, como a uno nacido fuera de tiempo». De las muchas apariciones que Jesús resucitado realizó durante los cuarenta días que permaneció en la tierra (por ejemplo, se apareció primero a María Magdalena, aunque esto no está registrado en 1 Corintios 15:5–8), solo seis están registradas específicamente: (1) Se apareció a «Cefas» (Pedro). Pedro vio a Jesús resucitado con sus propios ojos físicos en la tierra al menos cinco veces. Por lo tanto, la resurrección de Jesús no fue una mera alucinación. (2) Se apareció a los Doce discípulos. (3) Se apareció a quinientos hermanos. (4) Se apareció a Jacobo, el propio hermano de Jesús;

Jacobo llegó a creer en Jesús solo después de la resurrección y, posteriormente, se convirtió en anciano de la iglesia en Jerusalén. (5) Se apareció a todos los apóstoles. (6) Se apareció al apóstol Pablo. En el camino a Damasco, el apóstol Pablo contempló a Jesús resucitado: Aquel que había ascendido al cielo y estaba sentado a la diestra de Dios.

¡Jesús volvió a la vida! ¡Jesús ha resucitado! Si creemos en Jesús —quien murió conforme a las Escrituras, fue sepultado y resucitó al tercer día conforme a las Escrituras—, recibimos el perdón de todos nuestros pecados, somos declarados justos y experimentaremos una resurrección física el día del regreso de Jesús. Por favor, lean 1 Corintios 15:20 y 23: «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos, y se ha hecho las primicias de los que durmieron... Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida». Aquellos que pertenecen a Jesucristo —quien se convirtió en las primicias de los que durmieron— serán todos resucitados cuando Jesús regrese. Por favor, lean 1 Corintios 15:52: «Porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados». Cuando suene la trompeta final, los creyentes fallecidos serán resucitados con cuerpos incorruptibles, y aquellos creyentes que aún estén vivos en ese momento serán transformados repentinamente. Por favor, lean 1 Tesalonicenses 4:14 (Modern People's Bible): «Creemos que Jesús murió y resucitó. Por lo tanto, también creemos que Dios traerá consigo a aquellos que han muerto creyendo en Jesús». Dios traerá consigo las almas de los creyentes que murieron en la fe. Aquellos que han muerto en Cristo resucitarán primero; luego nosotros, los que vivimos y permanecemos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por lo tanto, aferrándonos a esta certeza, debemos permanecer firmes e inamovibles, abundando siempre en la obra del Señor (1 Corintios 15:58).

«Si Dios está por nosotros» (8)

[Romanos 8:31–34]

Por favor, miren Romanos 8:34: «…Cristo Jesús es el que murió —más aún, el que resucitó—, el que está a la diestra de Dios y el que también intercede por nosotros». Aquí, la frase «el que murió» se refiere a la muerte de Jesucristo (v. 34). Según las Escrituras, Jesucristo murió por nuestros pecados (1 Corintios 15:3). Además, la frase «el que resucitó» se refiere a la resurrección de Jesucristo (Romanos 8:34). Según las Escrituras, Jesucristo resucitó al tercer día (1 Corintios 15:4). La muerte y la resurrección de Jesucristo son como las dos caras de una moneda. En otras palabras, la muerte y la resurrección de Jesucristo son inseparables. Sin la muerte de Jesús, no hay resurrección; y sin la resurrección de Jesús, no hay muerte. Así como creemos en la muerte de Jesucristo —damos gracias por ella, la alabamos y damos testimonio de ella—, del mismo modo debemos creer en Su resurrección, dar gracias por ella, alabarla y dar testimonio de ella. La razón de esto es que Jesucristo no solo murió, sino que también resucitó. Este es, en verdad, el corazón mismo del Evangelio.

Cristo Jesús —quien murió según las Escrituras y resucitó según las Escrituras (Romanos 8:34)— es tanto el Hijo de Dios como el Hijo del Hombre. En otras palabras, Jesucristo es plenamente Dios y plenamente hombre. Por lo tanto, Jesucristo se convirtió en el Mediador entre Dios y la humanidad. Miren 1 Timoteo 2:5: «Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y la humanidad: el hombre Cristo Jesús». A través de Jesucristo, quien se convirtió en nuestro Mediador, Dios nos ha reconciliado consigo mismo (2 Corintios 5:18). Por consiguiente, recibimos la salvación únicamente a través de Jesucristo. Miren Hechos 4:12:

«La salvación no se encuentra en ningún otro, pues no hay otro nombre bajo el cielo dado a la humanidad por el cual debamos ser salvos». Solo podemos acercarnos a Dios Padre a través de Jesucristo. Consideremos Juan 14:6: «Jesús le respondió: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí"».

Jesucristo —quien murió y resucitó conforme a las Escrituras— permaneció en esta tierra durante cuarenta días, dando testimonio de su resurrección, antes de ser elevado al cielo (ascendió) (Hechos 1:3, 9). Además, Jesucristo se encuentra —o está sentado— a la diestra de Dios. Así, en Romanos 8:34, el apóstol Pablo declara: «Él es quien está a la diestra de Dios». Las Escrituras dan testimonio del hecho de que Jesucristo se encuentra —o está sentado— a la diestra de Dios. Consideremos Hebreos 1:3: «El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios y la representación exacta de su ser, sosteniendo todas las cosas con su poderosa palabra. Después de haber provisto la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en los cielos». Consideremos Hebreos 8:1: «Ahora bien, el punto central de lo que estamos diciendo es este: Tenemos tal sumo sacerdote, uno que está sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos». Consideremos Colosenses 3:1: «Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la diestra de Dios». Aquí, la frase «a la diestra de Dios» constituye un lenguaje metafórico; significa que la diestra de Dios —o el lado derecho de Dios— representa autoridad o poder. En otras palabras, Dios ha conferido autoridad y poder a Jesucristo: Aquel que murió conforme a las Escrituras, resucitó conforme a las Escrituras, ascendió al cielo y ahora reside o está sentado a la diestra de Dios. Consideremos Mateo 28:18: «Y Jesús se acercó y les dijo: "Toda autoridad en el cielo y en la tierra me ha sido dada"». La afirmación de que Él está sentado a la diestra sirve como una metáfora que significa que Él posee toda autoridad: una autoridad absoluta. Observe 1 Pedro 3:22: «quien ha ido al cielo y está a la diestra de Dios, habiéndosele sujetado ángeles, autoridades y poderes». Las Escrituras declaran que todos los seres espirituales en el cielo están sujetos a Jesucristo: Aquel que ascendió al cielo y reside a la diestra de Dios. Observe Efesios 1:20–21: «Su poder obró en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo sentó a su propia diestra en los lugares

celestiales, muy por encima de todo principado, autoridad, poder y dominio, y por encima de todo nombre que se nombra, no solo en esta era, sino también en la venidera». El poder de Dios obró en Cristo, resucitándolo de entre los muertos, sentándolo a la propia diestra de Dios en los lugares celestiales y exaltándolo por encima de todo nombre. Observe Hechos 2:33 en la Biblia: «Exaltado a la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que ahora ven y oyen». Cuando Dios resucitó a Jesucristo de entre los muertos, conforme a las Escrituras, Jesucristo recibió del Padre el Espíritu Santo prometido y lo derramó. ¿En qué otro lugar se puede hallar tal autoridad?

Se afirma que este Jesucristo es «Aquel que intercede por nosotros» (Rom 8:34). En la expresión «Cristo Jesús» —Aquel que intercede en nuestro favor—, el título «Cristo» significa «el Ungido». En la era del Antiguo Testamento, la unción con aceite estaba reservada exclusivamente para los profetas, los sacerdotes y los reyes. En otras palabras, Jesucristo es el Profeta, el Sumo Sacerdote y el Rey de reyes. En este contexto, la declaración de que Jesucristo es el Sumo Sacerdote destaca dos responsabilidades significativas:

(1) La primera responsabilidad es ofrecer sacrificios.

Como Sumo Sacerdote, Jesucristo hizo de su propio cuerpo la ofrenda sacrificial y se presentó a sí mismo ante Dios como sacrificio, una vez y para siempre. Por favor, observe Efesios 5:2: «Y andad en amor, así como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios como aroma fragante». Aquí, la expresión «aroma fragante» transmite la idea de un espíritu gozoso o dispuesto; significa que Jesucristo se ofreció a sí mismo a Dios como ofrenda sacrificial con un corazón gozoso y dispuesto. Por favor, observe Hebreos 9:26: «De otra manera, le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde la creación del mundo; pero ahora, una vez para siempre, en la consumación de los siglos, se presentó para quitar el pecado mediante el sacrificio de sí mismo». Este pasaje declara que Jesucristo se ofreció a sí mismo a Dios como sacrificio —una vez y para siempre— para quitar nuestros pecados.

(2) La segunda responsabilidad es ofrecer oraciones.

Como Sumo Sacerdote, Jesucristo intercede ante Dios en nuestro favor. Observe Hebreos 7:25: «Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos». ¡Cuán poderosa y eficaz debe ser la intercesión que ofrece Jesucristo —nuestro Sumo Sacerdote que intercede en nuestro favor— desde la diestra de Dios (una expresión metafórica que denota poder y autoridad)! Esta intercesión de Jesucristo es tan poderosa que obtiene respuesta, lo cual le permite salvarnos plenamente (v. 25). En otras palabras, la poderosa intercesión de Jesucristo nos conducirá a la consumación de nuestra salvación. Esa consumación de la salvación consiste precisamente en que Dios nos glorifique (Rom. 8:30). «Dios no solo nos dio vida juntamente con Cristo, sino que también nos sentó con Él en los lugares celestiales» (Ef. 2:6, *Modern People's Bible*). Dado que Dios está a nuestro favor de esta manera (Rom. 8:31), la salvación que Él nos otorga está destinada a alcanzar su plenitud. Por consiguiente, debemos aferrarnos firmemente a la certeza de nuestra salvación, manteniéndonos firmes e inamovibles, y esforzándonos siempre con mayor diligencia en la obra del Señor (1 Co. 15:58).

Mientras estuvo en esta tierra, Jesucristo se dedicó extensamente a la oración. Un ejemplo excelente de ello se encuentra en el capítulo 17 de Juan: la Oración Sacerdotal de Jesucristo. Observemos Juan 17:9: «Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me has dado, porque tuyos son». Observemos Hebreos 5:7: «En los días de su vida terrenal, ofreció oraciones y súplicas, con clamores vehementes y lágrimas, a Aquel que tenía poder para salvarlo de la muerte; y fue escuchado debido a su reverencia piadosa». Jesucristo —quien, mientras habitaba en la carne, ofreció oraciones y súplicas a Dios Padre con clamores fervientes y lágrimas— intercede ahora por nosotros a la diestra de Dios. Al interceder —Él, que murió conforme a las Escrituras y resucitó conforme a las Escrituras—, Jesucristo presenta su intercesión ante Dios por todos y cada uno de nosotros. Jesucristo conoce las

circunstancias, las situaciones y las necesidades de cada individuo entre nosotros; e incluso ahora, intercede por nosotros a la diestra de Dios. El Espíritu Santo que mora en nosotros, y que nos asiste en nuestra debilidad, intercede por nosotros conforme a la voluntad de Dios, intercediendo personalmente en nuestro favor con gemidos demasiado profundos para ser expresados con palabras (Rom. 8:26-27). Por lo tanto, creyendo en esta verdad, debemos elevar nuestras súplicas a Dios; y debemos hacerlo en conformidad con las Escrituras. Es decir, guiados por el Espíritu Santo, debemos orar a Dios en armonía con Su Palabra y Su voluntad.

«Si Dios está por nosotros» (9)

[Romanos 8:35-39]

Observemos Romanos 8:35: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada?». Aquí, ¿quiénes son exactamente ese «nosotros» a quienes nada puede separar del amor de Cristo? Podemos considerar esto desde unas tres perspectivas:

(1) El «nosotros» se refiere a aquellos a quienes Dios ha elegido (Rom 8:33).

¿Cuándo nos eligió Dios? Observemos Efesios 1:4-5: «Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor; habiéndonos predestinado conforme al beneplácito de su voluntad, para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo». Dios nos eligió antes de que se creara cualquier cosa en el universo. Dios nos predestinó conforme al beneplácito de su voluntad. Por lo tanto, ¿quién podría separar a tales personas —a nosotros— del amor de Cristo? ¡Absolutamente nadie!

(2) El «nosotros» se refiere a aquellos a quienes Dios ha justificado (Rom 8:33).

Dios ha justificado a aquellos a quienes eligió. Dios no se limitó a declararnos justos solo con palabras; más bien, Él nos considera personas justas y nos trata como tales. Observemos Efesios 1:5: «Habiéndonos predestinado conforme al beneplácito de su voluntad, para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo». Dado que Dios nos ha

hecho —a nosotros, a quienes eligió y justificó— sus propios hijos, ¿quién podría separarnos —ahora que nos hemos convertido en hijos de Dios— del amor de Cristo? ¡Absolutamente nadie! (3) El «nosotros» se refiere a aquellos por quienes Cristo Jesús, quien está a la diestra de Dios, intercede (Rom 8:34).

Puesto que Jesús, el Hijo de Dios, está intercediendo por nosotros a la diestra de Dios, ¿quién puede separarnos del amor de Cristo? ¡Absolutamente nadie!

La Biblia está repleta del amor de Cristo (Rom 8:35). De principio a fin, las Escrituras hablan del amor de Cristo. Observe Mateo 1:1 y 16: «Genealogía de Jesucristo, hijo de Abraham, hijo de David… y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo». Podemos descubrir el amor de Cristo incluso dentro de la genealogía de Jesucristo. En otras palabras, debido a que Jesucristo —el Hijo de Dios— fue concebido por el Espíritu Santo antes de que María y José se casaran y vivieran juntos (v. 18), y debido a que Él se encarnó para habitar entre nosotros como «Emanuel», no podemos dejar de experimentar el amor de Cristo. Observe Apocalipsis 22:20–21: «El que da testimonio de estas cosas dice: "Sí, vengo pronto". Amén. Ven, Señor Jesús. La gracia del Señor Jesús sea con todos. Amén». Podemos hallar el amor de Cristo en la declaración de Jesús: «Sí, vengo pronto». ¿Por qué viene verdaderamente pronto Jesucristo? Observe Juan 14:3: «Si voy y les preparo un lugar, volveré y los llevaré conmigo, para que también ustedes estén donde yo estoy». El propósito del regreso de Jesucristo a este mundo es volver, recibirnos para sí mismo y llevarnos a habitar en el mismo lugar donde Él reside. El Señor, nuestro Esposo, vendrá a tomarnos —a su iglesia, la Esposa— y nos conducirá a los Cielos Nuevos y la Tierra Nueva, la Nueva Jerusalén donde Él habita (Apocalipsis 21:1–2), permitiéndonos participar en las Bodas del Cordero (19:9). Por lo tanto, no podemos dejar de ofrecer nuestra acción de gracias, alabanza y adoración por el amor de Cristo.

Si bien no podemos meditar plenamente sobre la totalidad del amor de Cristo tal como se revela a lo largo de las Escrituras, centremos nuestra meditación específicamente en

Romanos 8:34: «¿Quién es el que condena? Cristo Jesús es el que murió —más aún, el que resucitó—, el que está a la diestra de Dios, el que en verdad intercede por nosotros». A través de este pasaje, llegamos a reconocer el amor de Cristo: el derramamiento de su sangre y su muerte en la cruz por causa de nuestros pecados, su resurrección de la tumba y su continua intercesión por nuestra vida eterna a la diestra de Dios. No podemos comprender plenamente la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de este amor de Cristo (Efesios 3:19). En otras palabras, somos incapaces de medir la magnitud, la extensión, la profundidad y la altura de este amor divino. Así pues, la tercera estrofa y el coro del Himno 304 del *Nuevo Himnario* ofrecen esta alabanza: «Si todo el reino de la naturaleza fuera mío, sería un tributo demasiado pequeño; un amor tan asombroso, tan divino, exige mi alma, mi vida, mi todo. ¡Oh, la altura y la profundidad del gran amor de Dios! ¿Cómo podría contarse todo? Aunque se apilara tan alto como los cielos de arriba, nunca podría llenarse por completo. ¡El gran amor de Dios trasciende toda medida; oh santos, alabemos este amor que nunca cambia!».

En el texto de hoy —Romanos 8:35— el apóstol Pablo comienza su mensaje preguntando: «¿Quién?». Aquí, esta palabra «quién» se refiere a siete cosas específicas: (1) «Tribulación» (Rom 8:35): Esto hace referencia al *tribulum* —un instrumento de trilla— que se utilizaba durante la época romana para separar el grano de la espiga. En Corea, existía una herramienta agrícola tradicional llamada *dorikkae* (mayal), la cual se usaba para golpear cultivos como los frijoles o la cebada a fin de liberar los granos. Cuando consideramos que estas herramientas de trilla no se abaten sobre el grano, sino sobre *nosotros* —aquellos que creemos en Jesús—, eso es precisamente lo que se entiende por la palabra «tribulación». La Biblia nos dice que debemos soportar una gran cantidad de dicha tribulación. Observemos Hechos 14:22: «Fortaleciendo los ánimos de los discípulos, animándolos a perseverar en la fe y diciendo: "A través de muchas tribulaciones debemos entrar en el reino de Dios"». Estas palabras fueron pronunciadas por los apóstoles Pablo y Bernabé a su regreso de su primer viaje misionero; al detenerse en la iglesia de Antioquía, ofrecieron esta exhortación a los discípulos. Dentro de esta exhortación se halla la declaración: «A través

de muchas tribulaciones debemos entrar en el reino de Dios». El mismo Jesús pronunció estas palabras: «…En el mundo tendréis tribulación; pero tened buen ánimo, yo he vencido al mundo» (Juan 16:33b). (2) «Angustia» (Rom 8:35): Aquí, «angustia» se refiere a la aflicción o el sufrimiento mental. (3) «Persecución» (Rom 8:35): En este contexto, «persecución» se refiere específicamente al acto de ser oprimido o acosado a causa de la propia fe. Observemos 2 Timoteo 3:12: «Sí, y todos los que deseen vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución». (4) «Hambre» (Rom 8:35): Aquí, «hambre» se refiere a la inanición o al hambre física. Cuando enfrentamos tribulación, angustia o persecución, bien podríamos experimentar hambre y carestía. (4) «Desnudez» (Rom 8:35): Aquí, «desnudez» se refiere a carecer de vestimenta, a estar sin ropa. Dado que el propio Jesús fue crucificado desnudo en la cruz, nosotros, como sus discípulos, también podemos enfrentar persecución en un estado de desnudez. (5) «Peligro» (Rom 8:35): El apóstol Pablo soportó muchos peligros. Considere 2 Corintios 11:26: «He estado en frecuentes viajes; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de mis propios compatriotas, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos». Así como el apóstol Pablo se encontró con diversos tipos de peligros mientras realizaba su labor misionera, del mismo modo muchos misioneros de hoy —quienes trabajan en los campos misioneros por amor a Jesucristo y a su Evangelio— enfrentan una multitud de peligros. (6) «Espada» (Rom 8:35): Aquí, la «espada» se refiere a una hoja larga. Específicamente, denota una espada utilizada para cercenar la cabeza de una persona. Por lo tanto, en este contexto, la «espada» simboliza la muerte. Según las Escrituras, el primer apóstol en sufrir la muerte por la espada —es decir, en ser martirizado— fue el apóstol Santiago, hermano del apóstol Juan. El rey Herodes mandó ejecutar a espada a Santiago, el hermano de Juan (Hechos 12:1–2).

En última instancia, en Romanos 8:35, el apóstol Pablo declara que ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la espada pueden separarnos del amor de Cristo. La razón de esto es que Dios nos ha elegido y justificado, y el propio Cristo Jesús está intercediendo por nosotros a la diestra de Dios (vv. 33–34). Así, el

texto afirma que estos siete elementos —denominados colectivamente como «quién» (v. 35)— carecen de poder para separarnos del amor de Cristo. El libro bíblico de Romanos fue escrito por el apóstol Pablo a los creyentes de la iglesia en Roma. Menos de diez años después, estos creyentes sufrieron siete formas específicas de persecución a manos del emperador romano Nerón. En consecuencia, muchos fueron ejecutados; de hecho, un gran número de creyentes sufrieron el martirio. Al observar las señales de nuestra época actual, podemos discernir que el día del regreso del Señor se acerca. Antes de ese acontecimiento, sin duda sobrevendrá la Gran Tribulación. Aunque desconocemos el momento exacto, no debemos ceder ante el miedo; más bien, debemos aferrarnos a la convicción de que Cristo nos ama y de que absolutamente nada puede separarnos de ese amor. Aun si somos llamados a soportar la tribulación, debemos mantenernos valerosos. La razón de ello es que Jesucristo ya ha vencido al mundo (Juan 16:33b). Oro para que, cuando el Señor regrese a este mundo, todos podamos recibirlo como vencedores.

«Si Dios está por nosotros» (10)

[Romanos 8:35–39]

Por favor, diríjase a Romanos 8:36–37: «Como está escrito: "Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero". Sin embargo, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó». Aquí, la frase «como está escrito» hace referencia a la cita que el apóstol Pablo hace de un pasaje registrado en el Antiguo Testamento —específicamente, el Salmo 44:22: «Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero» [(Versión en Inglés Contemporáneo) «Por causa de ti enfrentamos la muerte todo el día; somos considerados como ovejas para el matadero»]. Además, en la frase «somos» (Rom 8:36), el pronombre «nosotros» se refiere —dentro de este contexto específico— a tres grupos distintos: (1) aquellos a quienes Dios ha elegido (v. 33); (2) aquellos a quienes Dios ha justificado (v. 33); y (3) aquellos por quienes Cristo Jesús, quien está sentado a la diestra de Dios, intercede (v. 34). En su carta a los creyentes de la iglesia en Roma, el apóstol Pablo escribió que este «nosotros» es «muerto todo el tiempo por causa [del Señor]»; aquí, la frase «todo el tiempo» denota literalmente la duración de un solo día, aunque, en última instancia, significa la totalidad de la vida de una persona. Mientras redactaba esta epístola —el Libro de Romanos— desde su encarcelamiento, el apóstol Pablo declaró: «Por causa de ti somos muertos todo el tiempo...»; al hacerlo, se dirigía a los creyentes romanos desde la perspectiva de alguien que, él mismo, vivía en estricta conformidad con las enseñanzas de Jesús. La enseñanza específica de Jesús a la que aludió se encuentra en Marcos 8:35: «Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará». En otras palabras, el apóstol Pablo —mientras vivía una

vida en la que él mismo obedeció primero las palabras de Jesús, llegando incluso a entregar su propia vida por causa de Jesucristo y Su Evangelio (razón por la cual fue encarcelado)— escribió su Epístola a los Romanos dirigida a los creyentes de la iglesia en Roma; al hacerlo, citó el Salmo 44:22, afirmando: «Como está escrito: "Por causa Tuya afrontamos la muerte todo el día…"». Por lo tanto, la frase «por causa del Señor» (Rom 8:36) es sinónima de «por causa Mía y del Evangelio» (Marcos 8:35); es decir, por causa de Jesucristo y Su Evangelio. Considere Romanos 14:8: «Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos» [(Modern Man's Bible) «Vivimos para el Señor, y morimos para el Señor. Por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, pertenecemos al Señor»]. Considere Lucas 9:23: «Entonces les dijo a todos: "Si alguno desea venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame"» [(Modern Man's Bible) «Entonces Jesús les dijo a todos: "Si alguno desea seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame"»]. Un discípulo de Jesucristo vive por causa de Jesucristo y Su Evangelio, negándose (renunciando) a sí mismo y tomando su propia cruz cada día para seguir a Jesucristo.

Cuando el apóstol Pablo citó el Salmo 44:22 en su carta a los creyentes en Roma, afirmando: «Por causa Tuya afrontamos la muerte todo el día» (Rom 8:36), la *Modern Man's Bible* tradujo esta frase como «afrontando el peligro de muerte». El significado de este pasaje se refiere a las tribulaciones, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro o la amenaza de muerte —tales como la espada (v. 35)— que padecieron los discípulos de Jesús, específicamente el apóstol Pablo y los creyentes de la iglesia en Roma. Además, estos peligros mortales eran tan graves que los llevaron a un estado semejante a la muerte misma. En la Biblia, la figura de Job padeció una agonía tan extrema que él también fue llevado a un estado que se asemejaba a la muerte. Incluso hoy en día, entre los discípulos de Jesús, hay hermanos y hermanas que, mientras viven por causa del Evangelio de Jesucristo, soportan sufrimientos tan extremos. Es más, el apóstol Pablo dijo a los creyentes de la iglesia de Roma: «Somos considerados como ovejas destinadas al matadero» (Rom 8:36); en efecto, el propósito mismo de criar ovejas es llevarlas al matadero y matarlas.

Consideremos la profecía del profeta Isaías referente a Cristo (el Mesías): «Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; fue llevado como un cordero al matadero, y como una oveja enmudece ante sus trasquiladores, así él no abrió su boca» [(Biblia Coreana Contemporánea) «Permaneció en silencio incluso mientras sufría aflicción; como un cordero llevado al matadero, y como una oveja silenciosa ante sus trasquiladores, no abrió su boca»] (Isa 53:7). En su Epístola a los Romanos —escrita a los creyentes de la iglesia de Roma mientras se encontraba encarcelado en dicha ciudad—, el apóstol Pablo declaró: «Como está escrito: "Por causa tuya afrontamos la muerte todo el día; somos considerados como ovejas destinadas al matadero"» (Rom 8:36). Esto revela que Pablo, basándose en la profecía de Isaías 53:7, buscaba emular el sufrimiento y la crucifixión de Jesucristo: el Cordero que fue llevado al matadero tal como la profecía había predicho. En consecuencia, el propio Pablo soportó sufrimientos y afrontó el peligro de muerte durante todo el día por causa de Jesucristo y del Evangelio; fue precisamente por esta razón que se dirigió a los creyentes de Roma diciendo: «Nosotros...» (Rom 8:36). Considere el siguiente pasaje de la Biblia: 1 Corintios 4:9, 11–13 (de *The Modern Man's Bible*): «Pues me parece que Dios nos ha colocado a nosotros, los apóstoles, en la posición más baja, como prisioneros condenados a muerte en una arena de ejecución... Incluso hasta esta misma hora, pasamos hambre y sed, andamos cubiertos de harapos, somos tratados con brutalidad y carecemos de hogar. Trabajamos arduamente con nuestras propias manos para ganarnos el sustento. Cuando somos insultados, bendecimos; cuando somos perseguidos, soportamos; cuando somos calumniados, respondemos con palabras amables. Hasta el día de hoy, nos hemos convertido en algo así como la escoria de la tierra, la hez de todas las cosas». Además, considere 2 Corintios 11:23–27 (Versión Coreana Contemporánea): «...He trabajado mucho más abundantemente; he sido encarcelado a menudo, golpeado incontables veces y he enfrentado la muerte en muchas ocasiones. Cinco veces recibí de los judíos los cuarenta latigazos menos uno. Tres veces fui golpeado con varas, una vez fui apedreado, tres veces naufragué y una vez pasé toda una noche y un día a la deriva en el mar. En mis frecuentes viajes, he enfrentado peligros en los ríos, peligros de bandidos, peligros de mi propia gente, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar y

peligros de falsos creyentes. También he conocido el trabajo arduo y las privaciones; he pasado muchas noches sin dormir; he conocido el hambre y la sed, quedándome a menudo sin comida; y he sufrido el frío y la intemperie».

Así pues, aunque el propio apóstol Pablo enfrentó el peligro de muerte por causa del Señor durante todo el día (Romanos 8:36), declaró a los creyentes de la iglesia en Roma: «Sin embargo, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Romanos 8:37). Él les dijo que, incluso si «nosotros» (Pablo y los creyentes de la iglesia en Roma) tuviéramos que enfrentar «peligros de muerte» —tales como tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o la espada (v. 35)—, «sin embargo, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó» (v. 37). No es que venzamos por nuestro propio poder, sino que vencemos por medio de Aquel que nos ama. Y no nos limitamos a obtener una victoria a duras penas; más bien, vencemos «más que abundantemente» —o «triunfalmente» (tal como se traduce en *The Bible for Modern Man*)—. La razón de esto es que el Hijo amado, Jesucristo, ya ha vencido al mundo. Miren Juan 16:33: «Les he dicho estas cosas para que en Mí tengan paz. En este mundo tendrán aflicción. ¡Pero anímense! Yo he vencido al mundo». Por lo tanto, ¿quién se atrevería a presentar cargos contra nosotros, los escogidos de Dios? (Rom 8:33). ¿Quién nos «condenaría»? (v. 34). ¿Quién podría separarnos del amor de Cristo? (v. 35). ¿Es la «tribulación»? ¿Es la «angustia», la «persecución», el «hambre», la «desnudez», el «peligro» o la «espada»? ¡Absolutamente nada! Por medio de Cristo, que nos ama, vencemos triunfalmente todas estas cosas (v. 37, *The Bible for Modern Man*). Por consiguiente, no podemos menos que dar gracias. Miren 1 Corintios 15:55–57 (*The Bible for Modern Man*): «"Oh muerte, ¿dónde está tu victoria? Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón?". El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley. Pero demos gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo». Vivamos todos para Jesucristo y para el Evangelio de Cristo, con la certeza de la salvación y la certeza de la victoria.

«Si Dios está por nosotros» (11)

[Romanos 8:35–39]

Por favor, dirijan su mirada a Romanos 8:38–39: «(Pues) estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo futuro, ni ningún poder, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa en toda la creación, podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, nuestro Señor». Aunque la traducción coreana de la Biblia omite la conjunción «pues» (γὰρ) (en inglés: *For*) al comienzo del versículo 38, el texto griego original la incluye. Esta conjunción sirve para establecer un nexo entre la afirmación que Pablo hizo en el versículo 37 —«Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó»— y las afirmaciones que hace en los versículos 38–39. En otras palabras, debido a que somos «más que vencedores» en todas estas cosas por medio de Aquel que nos ama (v. 37), Pablo declara a los creyentes de la iglesia en Roma: «Estoy convencido» (v. 38). Para ser más específicos: incluso si enfrentamos tribulaciones, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o la amenaza de muerte —simbolizada por la espada (v. 35)—, e incluso si enfrentamos un peligro mortal (v. 36), somos, no obstante, «más que vencedores» en todas estas cosas por medio de Aquel que nos ama (v. 37). Esta victoria no es algo que logremos por nuestro propio poder; más bien, es una victoria —una victoria triunfante y sin esfuerzo— lograda *por medio de* Aquel que nos ama. La razón de esto es que el Hijo amado, Jesucristo, ya ha vencido al mundo (Juan 16:33).

Pablo dijo a los creyentes de la iglesia en Roma: «Estoy convencido» (Rom 8:38). Aquí, el verbo traducido como «estoy convencido» aparece en voz pasiva y en tiempo perfecto, transmitiendo el siguiente significado: «Ya he sido convencido» (o «he sido llevado a un

estado de convicción»). En otras palabras, cuando el apóstol Pablo confesó: «Estoy convencido», esa convicción no fue algo que él generara por sí mismo; más bien, debido a que el Espíritu Santo le había impartido esa certeza, él estaba diciendo, en esencia: «He sido convencido». ¿Cómo, entonces, infundió el Espíritu Santo esta convicción en el apóstol Pablo? El Espíritu Santo le otorgó a Pablo esta certeza al demostrarle que la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús lo había liberado de la ley del pecado y de la muerte (v. 2), y al establecer que ahora no hay condenación para aquellos que están en Cristo Jesús —es decir, el propio Pablo— (v. 1). Además, el Espíritu Santo le dio certeza porque Él moraba dentro de Pablo y ejercía dominio sobre él (v. 9, *Modern People's Bible*). El Espíritu Santo le dio certeza al guiarlo (v. 14), y también al dar testimonio personalmente, junto con el espíritu de Pablo, de que él era, en efecto, un hijo de Dios (v. 16). Asimismo, el Espíritu Santo le dio certeza a Pablo al acudir en auxilio de su debilidad —intercediendo por él con gemidos que las palabras no pueden expresar (v. 26)— y al interceder por él conforme a la voluntad de Dios (v. 27). Basándose, al menos, en los pasajes que se encuentran en los versículos 26 al 37, el apóstol Pablo declaró: «Estoy convencido», y procedió a ofrecer su confesión final en los versículos 38 y 39.

¿Cuán convencido estaba, entonces, el apóstol Pablo? ¿En qué medida —o con qué intensidad— poseía esta convicción? Como ejemplo, podríamos considerar al diácono Esteban, cuya historia aparece en el capítulo 7 del libro de los Hechos. Por favor, observe Hechos 7:59-60: «Mientras lo apedreaban, Esteban oró: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. Luego cayó de rodillas y exclamó: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado”. Dicho esto, se durmió». Aquí, la frase «se durmió» significa que Esteban estaba durmiendo en Cristo; aunque su cuerpo físico fue «sepultado» (8:2), su alma había ascendido al cielo. En otras palabras, antes de su muerte, Esteban poseía la certeza absoluta de que su alma viviría eternamente con el Señor en el cielo. El apóstol Pablo también poseía esta misma certeza absoluta de salvación. Por favor, lean 1 Tesalonicenses 4:14 y 17: «Porque creemos que Jesús murió y resucitó; así también creemos que Dios traerá con Jesús a los que han dormido en él. Pues el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de

arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Después de eso, nosotros, los que aún vivimos y quedamos, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre». El apóstol Pablo confiaba en que, cuando el Señor regresara en Su Segunda Venida, Dios traería consigo a aquellos que habían dormido en Jesús (un grupo que, por supuesto, incluye al diácono Esteban, quien ya dormía en el Señor). Además, tenía la certeza de que, en ese momento, aquellos que habían muerto en Cristo resucitarían primero (lo cual significa la resurrección de sus cuerpos); y esto incluye al propio apóstol Pablo, quien finalmente moriría después de escribir esta Epístola a los Romanos. Al igual que el diácono Esteban, Pablo estaba seguro de que Dios traería su alma de regreso consigo en la Segunda Venida del Señor. Asimismo, el apóstol Pablo estaba convencido de que aquellos que permanecieran vivos en el momento de la Segunda Venida del Señor serían transformados, llegando a ser semejantes al cuerpo glorioso del Cristo resucitado [«Cuando Él venga, mediante ese poder que le permite someter todas las cosas bajo su control, transformará nuestros cuerpos humildes para que sean semejantes a su cuerpo glorioso» (Fil. 3:21, *The Contemporary Bible*)] (cf. 1 Co. 15:51–53). Además, Pablo estaba convencido de que, después de que aquellos que han muerto en Cristo resuciten (1 Tes. 4:16) —y después de que aquellos que hayan sobrevivido hasta ese momento sean igualmente transformados— entonces, «después de eso», todos ellos juntos serían arrebatados en las nubes para encontrarse con el Señor en el aire y, de este modo, estar con el Señor para siempre en el cielo (v. 17). En otras palabras, Pablo estaba convencido de que, en la Segunda Venida del Señor, aquellos que ya habían muerto en Cristo experimentarían una resurrección corporal —reuniéndose con las almas que Dios trae consigo— y morarían con el Señor para siempre en el cielo; asimismo, estaba convencido de que aquellos que hubieran sobrevivido hasta ese momento serían transformados repentinamente, llegando a ser semejantes al cuerpo glorioso del Señor, y también morarían con el Señor para siempre en el cielo.

Por favor, observe la parte final de Romanos 8:39: «…ni ninguna otra cosa en toda la creación podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro». Aquí, la palabra

«nos» se refiere a los santos que aún estaban vivos en Cristo en aquel tiempo —específicamente, el apóstol Pablo y los creyentes de la iglesia en Roma (puesto que, en el momento en que se escribió la Epístola a los Romanos, tanto Pablo como los creyentes romanos seguían con vida)—. Sin embargo, hablando en un sentido más amplio, el término «nos» se refiere aquí a aquellos a quienes Dios conoció de antemano (aquellos a quienes amó antes de la fundación del mundo) (v. 29); se refiere a aquellos a quienes Dios predestinó (sus escogidos), a aquellos a quienes llamó, a aquellos a quienes justificó y a aquellos a quienes glorificó (v. 30). El apóstol Pablo poseía una inquebrantable seguridad de salvación, porque nada podía separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro (v. 39). Esta seguridad de salvación nos es otorgada por el Espíritu Santo a través de la Palabra de Dios. Fortalecidos por esta seguridad —que el Espíritu Santo concede por medio de las Escrituras— nos regocijamos incluso en medio de tiempos de tribulación (5:3). Además, ofreciendo acción de gracias y alabanza a Dios, nos mantenemos firmes e inamovibles, dedicándonos siempre de todo corazón a la obra del Señor (1 Corintios 15:58). En particular, nos esforzamos por consolar a quienes sufren, por dedicarnos a la evangelización y por participar en misiones. Que todos memoricemos las palabras del capítulo 8 de Romanos, orando para que el Espíritu Santo conceda, asimismo, esta certeza de salvación a cada uno de nosotros.

Conclusión

¿Qué es el Evangelio de Jesucristo? A través de la desobediencia del primer Adán —quien transgredió los mandamientos del Dios que guarda su pacto— el pecado entró en el mundo. En consecuencia, debido a que todas las personas pecaron, caímos bajo condenación; morimos espiritualmente y, habiendo muerto también físicamente, fuimos destinados a enfrentar la muerte eterna: obligados a vivir para siempre en el Infierno, el lago de fuego inextinguible, sin la posibilidad de morir verdaderamente jamás. Sin embargo, mientras estábamos muertos en nuestras transgresiones y pecados, Dios nos amó primero y nos eligió antes de la fundación del mundo. Además, Dios Padre, deseando salvarnos, designó a Su Hijo unigénito —Jesús— tanto como sacrificio propiciatorio como sacrificio de expiación. Él envió a Jesús a este mundo en semejanza de carne pecaminosa; Él imputó nuestro pecado al Jesús sin pecado, haciendo así que Aquel que no tenía pecado pagara la pena completa por todos nuestros pecados en la cruz. Jesús el Hijo —el Último Adán y el Cordero Pascual— cargó con el peso de todos nuestros pecados (por lo cual nuestros pecados le fueron imputados a Él) mientras nosotros éramos aún débiles, pecadores y enemigos de Dios; Él obedeció a Dios Padre incluso hasta el punto de derramar Su sangre y morir en la cruz como sacrificio de expiación. En consecuencia, la justicia de Dios nos fue imputada; fuimos declarados justos, llegamos a ser justos a Sus ojos y alcanzamos la vida eterna. Así, ahora vivimos en esta tierra disfrutando de la bienaventuranza de la vida eterna en parte, y al entrar en el Cielo, reinaremos con Jesús por los siglos de los siglos, disfrutando de la bienaventuranza de la vida eterna plena y completamente. Aquí, la afirmación de que la justicia de Dios nos fue imputada —y de que fuimos "declarados justos"— significa, en otras palabras, que recibimos la "justificación" de parte de Dios. La "justificación" es un término legal que significa que Dios, el Juez que preside, no solo emite un veredicto de "no culpable" —declarándonos a nosotros, que somos transgresores culpables, totalmente libres de pecado— sino que también declara afirmativamente: "Ustedes son justos". En

otras palabras, la justicia de Dios nos ha sido imputada. A través de esta justificación, somos declarados justos únicamente por la gracia de Dios y únicamente mediante la fe en Jesucristo, Su Hijo. Así pues, habiendo sido justificados por la gracia de Dios a través de nuestro Señor Jesucristo, hemos sido reconciliados con Dios y ahora gozamos de paz con Él. Dicho de otro modo: nuestra relación con Dios ha sido restaurada; ya no somos sus enemigos, sino ahora sus hijos, y somos capaces —bajo la guía de Jesucristo— de acercarnos con valentía al trono de la gracia de Dios. Además, por medio del Espíritu Santo —el Espíritu de Jesús enviado a nuestros corazones— somos capaces de comulgar con Dios, llamándolo «Abba, Padre», y nos regocijamos en la esperanza de compartir la gloria de Dios. Poseyendo esta certeza de salvación, mantenemos una esperanza firme en la Segunda Venida de Jesús, quien regresará en gloria; confiamos en que, cuando Jesús aparezca, seremos semejantes a Él, pues lo veremos tal como Él es en realidad, y el Señor transformará nuestros cuerpos humildes para que sean como su cuerpo glorioso. Por lo tanto, incluso en medio de la tribulación, nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios. La razón es que sabemos que la tribulación produce perseverancia; la perseverancia, carácter; y el carácter, esperanza. Aferrándonos a esta esperanza cierta, debemos vivir nuestras vidas en esta tierra como aquellos que han recibido una vida nueva, viviendo en el pleno disfrute de la vida eterna. Debemos continuar creciendo en nuestro conocimiento del único Dios verdadero y de Jesucristo. Por medio del Espíritu Santo, gocemos de comunión con Dios Padre —quien nos otorgó su inmenso amor y nos adoptó como sus hijos— y con Dios Hijo, Jesús: la Palabra de Vida que ha existido desde el principio, la fuente misma de la vida eterna y el sacrificio propiciatorio que entregó voluntariamente su vida en la cruz por causa de nuestros pecados. Mientras nos deleitamos en esta comunión, obedezcamos los mandamientos del Señor y demos el fruto del Espíritu Santo. De conformidad con el «Doble Mandamiento» del Señor —la ley misma del Reino de los Cielos—, amemos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente; y amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos. Al hacerlo, podremos experimentar —incluso en esta vida terrenal— un anticipo de la vida celestial, rebosante de amor y gozo, mientras nos esforzamos con diligencia por proclamar el Evangelio de Jesucristo. Incluso si nos

hallamos en medio de adversidades, penurias y tribulaciones —como al caminar por el valle de la sombra de la muerte—, vivamos para Jesucristo y su Evangelio con una confianza inquebrantable: la certeza de que nuestros sufrimientos presentes no son dignos de compararse con la gloria que se revelará en nosotros; la seguridad de que Dios está de nuestro lado; y la convicción triunfante de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada, podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.